EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Las cuatro estaciones del Último Edén-2

* **LAS TORMENTAS** de estos primeros días de agosto, ya se han ido y ahora parece que todo vuelve al verano del calor y del cielo azul. Así fue el día de ayer, de un sol radiante que desprendía fuego y aunque en el día de ayer el aire era fresco, las temperaturas fueron altas. Pero aunque parece que todavía no se ha marchado el verano porque hoy otra vez calienta el sol y ni una sola nube se ve por el cielo, como estos días de atrás las tormentas han sido fuertes, ahora y al amanecer, las nieblas cubren el valle y los barrancos que al valle le entran. La tierra está muy caliente y el agua de la lluvia caída se evapora llenando de asombro humeante y blanco, los valles, las cañadas y los barrancos.

El bosque también agradece la lluvia caída porque sus hojas se han refrescado y el suelo ha recuperado la humedad que necesita y hasta para las setas viene bien este agua. Si ahora las lluvias siguen cayendo, aunque sean de tarde en tarde para ir manteniendo la humedad en la tierra, cuando llegue octubre, los níscalos brotarán en abundancia y también las otras setas y los madroños, que empezarán a tornarse rojos.

Pero esta noche, desde este aislamiento mío y esta soledad que me arropa, me consuela y me mantiene unido a Ti y a los recuerdos, me he visto surcando los caminos desde el valle a la hondonada de este arroyo y luego a las llanuras de la parte alta y a las cumbres. Me he visto cargando con todos los pájaros del valle, las palomas zuritas y las bravías, los arrendajos y los cuervos, las lavanderas y los ruiseñores y también con todos los árboles de esta tierra hermosa, las encinas, los quejigos, los tejos, las madreselvas y las madroñeras y

luego todas las fuentes de aguas limpias, todas las praderas de hierba verde, todas las flores de colores brillantes y todos los rayos del sol y todo el perfume y todos los charcos azules y los amaneceres mágicos y las noches de estrellas y hasta el rumor de las hojas que acaricia el viento y cargándolo todo junto sobre mis espaldas, me he visto subiendo los caminos de esta ladera en busca de este rincón mío y las llanuras de la cumbre.

-¿Adónde vas con todas esas bellezas?

Me han preguntado, al verme, los de los autobuses, los de los coches de lujo, los de las tiendas de colores y los de las mochilas subiendo los caminos.

- A esconderlo en el rincón que sé para que no podáis romperlo.

- Pero el monte es de todos.

Y entonces le he dicho que sí, que el monte es de todos y eso Tú lo has dispuesto así porque así lo quieres pero dime ¿cómo les digo yo, a tantos como son ellos, que estoy solo y me he quedado desnudo en este lugar no porque el monte sea mío sino porque no tengo otro rincón sobre esta tierra ni sé respirar ningún otro aire que no sea este?

* **CUANDO EL RÍO** era un paraíso, no por un matiz concreto sino por la suma de miles, había un trozo, casi de ensueño, que era especialmente bello y gustaba mucho a la hermana pequeña cuando en aquellas primeras tardes de primavera, se iba a la orilla de las aguas y allí, esperando que aparecieran, se quedaba horas enteras y en silencio. No en el charco grande que de tanta agua como tiene unas veces era azul, otras color

viento y otras verde, sino un poco más arriba: donde el río se ensancha y por entre las piedras del musgo y las raíces de las encinas, se abre camino con dulzura, en el centro mismo de la corriente y en la roca grande que sobresale un poco.

Y primero, ya avanzado el mes de julio, aparecían como de escondidas y enseguida se les empezaba a ver río arriba o río abajo, nadando por la corriente, parados en las piedras espulgándose o simplemente buscando alimento entre las algas de las rocas, las ramas secas de la orilla o el fondo de las aguas y al poco, se ponían a fabricar el nido en el espacio que cuidadosamente escogían.
- ¿Por qué siempre se van a ese sitio?
Preguntaba la niña.
- Rodeados por el agua se defienden mejor de los depredadores que les llega por la orilla.
Respondía el padre.

- Si te sientas y paciente los observas, verás que divertido.
Le seguía indicando el padre y ella, allí se quedaba mirando embelesada y ellos, una vez escogida la piedra gorda, uno de los dos queda a la espera y el otro empiezan con el acarreo de ramas secas, hojas viejas, juncos o cualquier cosa que vea por el río y en cuanto encuentra algo que le gusta, nada corriente arriba o alza vuelo y aterriza dos metros por encima y se deja arrastrar por la corriente y viene a parar, sin esfuerzo, justo a donde el compañero le aguarda y al acercarse, le recoge la rama del pico y con ella, comienza a dar forma al nido. Al rato, se turnan y el de la piedra, se pone a buscar y el

que ha trabajado antes, se queda en la construcción y así el día entero sin parar.
- ¡Hay que ver qué juego tan curioso!
Exclama la niña.

Y a los pocos días ya tienen huevos que son como los de las gallinas y entonces, la actividad aumenta: más ramas secas, más ir y venir y más relevos porque ahora tienen que empollar los huevos.
- Será posible como trabajan estos animales.
Comentan los del cortijo.
- Pues como caiga una tormenta el río se los lleva.

Y si al pasar por ahí me paro, miro o me siento, veo que sin inmutarse, siempre siguen como en su casa, con el trajín de sus cosas y la niña sentada, entretenida en su juego de la gallina de agua pequeña pero más grande que una perdiz y negra y con el pico rojo y las patas amarillas y la cola corta y respingada y moviendo la cabeza menuda y las cuatro plumas blancas que no paran de bailar y los polluelos y el agua y...

Hasta que un día, llegan los que vienen buscando tesoros por la sierra, con sus cámaras de fotos para llevarse los recuerdos, y empiezan a tirarles piedras para que se muevan y dan voces a las crías pequeñas para que naden a fin de retratarlos mejor y las aves se asustan primero y después, cuando llega la primavera del siguiente año, ya no vuelven ni al valle ni al río ni al charco de las aguas verdes ni a las redondas piedras.

Pero yo, desde entonces lo que te digo es que no la olvido a ella porque aquello fue tan bonito, que ahora la recuerdo allí sentada frente al río y el agua limpia, con el

silencio y las mañanas, quieta y las aves nadando primorosas, como en su mundo y en un sueño preñado de belleza.

* **LAS HORAS PASAN** como fundidas con el silencio y aunque te siento y sé que estás aquí conmigo, me parece que desde aquellos días han pasado siglos y aunque también siento como si lo quedado atrás esté seco, vacío y sin frutos, las horas pasan y el tiempo sigue lento sin que nada pueda hacer para retenerlo o vestirlo de otro color. Ahí están ellos, amontonados en los pueblos, por las calles, en sus pisos y afanados en sus cosas que son las únicas importantes y ahora se preparan para irse de vacaciones, unos, para volver otros, para ponerse en la carretera y rodar, otros muchos y los niños siguen soñando en que pronto empezará su colegio y mientras tanto, el sol cae y me aprisiona el silencio apagado de las horas y me digo que es cierto que Tú estás conmigo pero la verdad rotunda y pura y que tiene pasaporte de realidad llana ¿en qué lugar la encuentro?

Y es cierto que mi corazón late como aislado en una burbuja que le separa de casi todas las realidades que los demás llevan a cuestas y por eso ahora mismo no tengo más dolor que el de tu espera y la ausencia pero también es cierto que lo sigo viendo tumbado en su cama de la sencilla casa de la aldea en el valle y a ellos, como siempre, metidos en sus tareas del ganado, los huertos, las tierras y la madre que viene de la fuente y que entra, lo mira y se acerca y al ver el hijo ya hecho un hombre hoy tumbado en la lecho sin vida, sin fuerzas, sin ilusión en las cosas del futuro, como quebrado y sin esperanzas,

le pasa la mano por la cara, le limpia el sudor, lo acaricia y le pregunta:
- ¿Qué te pasa a ti hijo mío?
Y el hijo mira apagado y no habla porque lo que le pasa es que ayer le rompieron medio corazón y luego lo dejaron solo y ahora le sangra el alma y se siente sin vida y no sabe lo que hacer ni a dónde ir porque todo lo que ayer soñaba se le ha desmoronado y a ver a dónde se agarra y a dónde va y qué hace.

Y por la puerta de la casa se sienten los que van llegando para la montería del día y de la semana y ladran los perros, resuenan los motores de los coches grandes, charla la gente y hasta la muchacha joven está engalanada con traje de montera y de escaladora de cumbres y dispuesta a ganarle a muchos en matar animales y a ser valiente y yo que me acerco, cruzo por debajo, entre el río y los huertos y como voy pensando en mi amigo que se consume en la cama y ni siquiera le apetece hablar, hoy sí tengo que pescar un par de peces en el río, buenos, gordos y sanos para traérselos a él y que la madre se los prepare y se los como a ver si sana porque el joven es mi amigo, mi hermano y ella es mi madre, mi padre y la hermana pequeña y cuando llego al agua, salto la corriente hermosa donde Tú me saludas y me besas y me voy por la orilla del lado en que sale el sol y me agacho por entre las madroñeras gruesas y antes de llegar a los charcos que hoy son verdes como la esmeralda que es donde nadan los peces buenos, me voy por la senda de la derecha, aparto los juncos, busco la fuente que también mana agua buena y bebo y ahora me levanto y me vengo a la sombra del fresno que se refleja en el río y tiene un lecho tierno de hierba fresca y me siento mirando a la llanura de la aldea.

Y por ahí los sigo viendo llegar, coger sus rifles, montar en sus caballos e irse por los caminos que surcan el monte y comienza el jaleo y la feria y como continuo mirando hacia la ladera que me queda enfrente y todavía no he aprendido yo la destreza de pescar, me acuerdo de mi amigo el pastor que vive en ese otro rincón de la sierra y primero veo el cortijo, a la izquierda del arroyo, casi colgado frente a la corriente donde se alza lleno de majestad y segundo, veo la pradera de tupida hierba, a la derecha del arroyo y frente al cortijo y en la lomilla que sube para la parte de atrás y cuando ya remonta a lo alto, se convierte en llanura más amplia y por ahí está la tierna pradera, el denso bosque y por el lado del arroyo, que comienza en lo alto, un macizo de rocas con grandes bloques y al lado, el castaño y por debajo de las rocas y entre el ampuloso árbol y la primera pradera de tupida hierba, nacen los veneros pero esto es punto y aparte, aunque lo es todo y mi amigo con su tierra, las ovejas, el corral, el bosque, la mañana y mucho más que todavía llevo en mi alma esperando colocar en su lugar concreto.

Pero lo exacto, es la cascada que se despeña desde la roca grande donde crece el castaño y luego me queda el primer charco, casi laguna inmensa con sus cuevas y el verde oscuro del agua, el caño del río que de aquí sale, los peces que desde el charco se van corriente abajo y la fantasía del misterioso lugar que parece como si no existiera de tan grandioso, dulce y bello.

Y yo que subo por el lado del cortijo y como son las primeras horas del día me encuentro con que el pastor se dispone a darle suelta a las ovejas y por eso está abriendo la puerta del corral y como me dice que las va a

llevar por el lado derecho del arroyo a las praderas de atrás, la última o la primera si venimos desde la gran cordillera que es donde ya descansa el horizonte, me voy con él y subimos la cuesta y cuando llegamos a donde duermen las rocas y empieza la cascada, nos metemos por ellas, pasamos por debajo del castaño que hoy está frondoso y lleno de majestad y aunque no es tiempo de castañas, instintivamente miramos por si acaso todavía vemos algunas entre las hojas secas del suelo y quiero preguntarle al pastor cómo es que aquí crece un árbol como éste y de esta especie pero sabiendo de las muchas sorpresas de estas sierras, seguimos en nuestro silencio aceptando que a partir de hoy conozco tres secretos nuevos.

- Asómate y verás.

Me pide con el entusiasmo del que muestra a los amigos el mejor tesoro de su vida y sé que me está diciendo que suba a la roca donde nace el primer venero.

- Exactamente ahí, debajo de las piedras gordas por donde crece el castaño, es donde brota y el segundo sale justo de debajo de nuestros pies y el otro a la derecha.

- ¿Y cuántos son en total?

- Más de tres para comenzar son los que alimentan el arroyo desde su comienzo porque luego y, según va cayendo la cascada, brotan casi veinte o quizá más.

Y miro y compruebo que desde la roca, el espectáculo es grandioso y además del agua que revienta por los veneros, se ven las grutas por donde en su oscuridad brotan muchos borbotones limpios y la pared rocosa por donde caen y por donde se van juntando los mil chorrillos según se despeñan y las cortinas azuladas con reflejos de nieve que se quiebran y se abren y se

mecen al viento y cuando ya por fin se rompen en el charco y parece que acaba el espectáculo, no es así porque es ahora cuando empieza otro, el mejor, el más bello y al verlo, no sé por qué, me acuerdo de la cristalina fuente que tan soñada tengo por el nacimiento del río pero también sé muy bien que esto no es aquello y ni siquiera mucha gente sabe donde duerme este rincón ni el otro.

Y a lo largo de la mañana, el pastor que es amigo mío, me lleva y me trae y me enseña y me habla de cada uno de los trozos que él tanto quiere y por fin, cuando ya cae la tarde, sembrando de infinitas luces y lejanía doradas los bosques y los horizontes que bordean el cielo, me explica lo que yo he venido buscando y tanto hoy deseo y es el sistema que siempre usó para pescar los peces que tan abundantes siguen siendo en este charco y me dice que en la estrechura de la corriente, donde a un lado hay una roca y al otro una minúscula playa de arena, él pone el artilugio fabricado con cañas o ramas delgadas de pinos o cualquier otro árbol, como una cesta alargada, algo más ancha por arriba que por abajo, y la mete en la corriente poniéndola de tal manera que por la parte ancha, al principio, sí le entra mucha agua pero como tiene inclinación, el agua se le va saliendo poco a poco hasta quedar completamente seca.
- Si por la corriente baja algún pez, en cuanto se le acaba el agua, como se sigue escurriendo, se va al final y como en el final ya no hay ni gota, no puede subir y ahí me los encuentro cuando vengo cada mañana que algunos días cojo hasta diez kilos de los buenos.

Lo de mi amigo el pastor y los peces es curioso y, además, el rincón, las cascadas, el ruido del agua, el

castaño en lo alto, el cortijo y las rocas y todo como un espacio tan lleno y aquí rozando casi las nubes de la cumbre, tan alejado del resto de la civilización y tan extrañamente virgen y limpio que me deja sin aliento y lo recorro porque la curiosidad me empuja a ello y porque además estoy aprendiendo pero aunque lo toco, lo abrazo, lo piso y lo miro un millón de veces, como no salgo del asombro, no me lo creo y menos sin que Tú me digas que es cierto.

Y ahora, aquí estoy, dispuesto a irme por los charcos grandes del río a ver si por fin pesco lo que mi amigo necesita hoy para comer a ver si se levanta, ríe, habla y se pone alegre mientras yo sigo pensando que las horas pasan fundidas con el silencio y aquí respiro solo y aislado y aunque Tú estás conmigo y eres bueno, la verdad rotunda y pura, que tiene pasaporte de realidad llana y viso de gloria y gozo ¿dime dónde la encuentro?

* **SI A LA SIETE Y DIEZ** de la mañana de un día de agosto cualquiera, suena la voz del cárabo sembrando el miedo por el bosque y rompiendo el sueño de los vivientes, desde este instante para delante ¿qué hay? En mi mente, y durante diez minutos más, somnolencia que con paso de tortuga y vestida de niebla blanca, se alza por los barrancos y luego tu luz divina que como una flor engalanada de rocío, se va abriendo a la mañana para recibir al nuevo día sobre la canción del arroyo, el viento fresco que sube y mueve las fibras del bosque, el temblor del brillo que las estrellas van dejando por el cielo mientras se retiran, el canto de los últimos grillos que también se van y la luz de la lumbre que se apaga,

abriéndose desde la lejanía de la sierra y llenando de claridad las laderas y arroyos que se ven desde mi rincón.

Pero justo a la siete y diez de la mañana, que es cuando me despierto en Ti y te saludo y te doy las gracias y te siento dispuesto y ya bien metido en faena y también comienzo a sentir los ruidos que llenan las ciudades y las palabras de tantos y los camiones recorriendo el asfalto y los que todavía duermen y me ignoran porque su mundo es otro mundo y los que se van a su trabajo y sueñan y sufren y a ocultas, lloran otra vez y son felices a medias por lo que Tú sabes y ellos aguantan y los niños, mientras, tanto acurrucados en su aliento y la mañana y el nuevo día, cuando justo a la siete y diez, te beso y te doy las gracias por este nuevo detalle y mientras todavía sigo durmiendo pero ya con ganas de levantarme y también de seguir en mi sueño, me encuentro por la llanura del valle y a los voy siguiendo.

Avanzan con el burro y su carga de leña seca y van dirección a los cortijos de los arroyos primeros y la niña que sale de la casa y alza sus manos y grita y corre y cuando los alcanza, los besa y mientras así está durmiendo en su cara, casi llorando, le dice a la madre que quiere irse con ellos.
- Pero si te vas a cansar porque hoy vamos lejos.
Y entonces mira al padre y al hermano que soy yo y sigue queriendo y hace carantoñas y de nuevo se abraza y besa hasta que el padre habla y dice:
- Pues se le hace un sitio sobre la leña que lleva el burro y ahí se le sienta y que ella sea la reina que nos acompaña y nosotros vamos delante caminando y así le damos y nos damos compañía y nos consuela y nos llena de gozo el alma y de dulzura la tierra que pisamos y de primavera el

aire que nos viene de frente y de sonrisa y de ensueño y de todo lo que sea necesario porque para eso es la pequeña y es el ángel y la pura presencia del cielo y que ya no llore más que está todo arreglado y todos estamos con ella.

Y pronto la niña está sentada en su trono de princesa mientras el burro sigue trotando con su carga de leña seca y la madre con el padre y el hermano que soy yo, caminamos delante orgulloso el corazón y de amor el alma llena y la tierra silenciosa y las encinas viejas y la luz de la mañana y por entre la hierba tierna del valle, ya pastando las ovejas y allí sobre la cumbre y el barranco que vierte al sol de la tarde, la tinada vieja de monte y de piedras recogidas en la ladera y la tarde noche que cae y yo que me acerco y al abrir la puerta le digo al padre:
- Venga, que entren las ovejas para que aquí se queden encerradas y nosotros nos vamos a la casa y nos sentamos junto a la candela para charla un rato y luego a dormir mientras aquí también duermen ellas.

Pero el padre que es sabio y, además, tiene grande el corazón y aunque no sabe ni leer ni escribir, sí le rebosa el amor por sus animales, se retira de la tinada y por las praderas que bajan de la loma y tienen llanuras y grandes pinos y, además, muchos arroyuelos con aguas claras y muchas fuentes y mucha hierba, se va con su rebaño y mientras brillan las estrellas y con su reflejo acuestas, yo lo veo caminando alegre y llama y acaricia y recoge a los corderos que todavía no tienen fuerzas y apacienta a las ovejas y yo que aún ando por la tinada con la puerta abierta esperando que los animales vengan y entren y se acuesten y nos dejen tranquilos porque es de noche y hay que descansar y mañana ya será otro día

en el que tiempo habrá de seguir con la tarea, no dejo de mirar al padre extrañado, desorientado y perdido en mi inútil espera porque él no viene y allá a lo lejos se le ve como dispuesto a no venir mientras las ovejas no quieran.

Y entonces ¿qué hago? Me digo mientras me retiro de la tinada y me subo por el monte donde están las peonías abiertas. ¿Lo espero a ver si a media noche vuelve o me voy por la cumbre y mientras la luna brilla me pongo a buscar espárragos y después me voy a su vera? Porque también puedo irme para la derecha y por donde se alza el collado de las encinas, buscar la senda y en silencio, bajarme por ella y sentarme en la casa junto a la candela y si luego me entra sueño, me acuesto y mañana ya veremos cuando lo vea y también puedo irme desde esta loma derecho a la llanura y en lugar de por la senda, cortar recto por los tajos de las piedras y así llego antes y aunque por aquí haya más monte y tenga más problemas, esta noche, este momento, tengo que resolverlo como sea.

Porque este padre mío hay que ver lo que quiere a sus ovejas que ni en las noches cerradas y largas, las dejas solas no sea que se pierdan. Mañana le tengo que preguntar para que me explique y me diga por qué por la noche a su rebaño no lo encierra porque a mí me intriga y como no lo comprendo, me digo que la noche es para dormir y luego ya habrá día para trabajar y recorrer los caminos y recorrer la tierra.

Y ahora, mientras vamos caminando delante del burro llevando sobre su lomo la leña y encima, a la princesa, nos acercamos al arroyo pequeño que está cerrado y arropado por el bosque y que durante años ha

sido para nosotros el refugio y el rincón donde respirar el gozo y estar, simplemente, junto al agua, y en el remanso donde se ensancha y hay una llanura de arena, vemos el charco alargado, de tres metros por uno de profundidad y dos de ancho, que aquel día construimos, sólo para ver el agua ahí estancada y gozar su transparencia y perdernos por entre sus olas y estar cerca del rumor del río y tener un palacio donde soñar y nadar y coger piedras, algo nos dice hoy que de este charco para delante no pasemos y casi estamos a punto de no seguir pero seguimos bajando y entonces llegamos al río y ahí están las casas con sus cristales y antenas y cientos de ellos que van orilla arriba y hasta donde la vista llega y entonces pregunta la princesa:
- ¿Qué es esto?
Y el padre le responde:
- Cada cual escoge su espacio con el deseo de vivir entre los bosques y del río, cerca.
- Pero son tantos que no caben.
- Les da igual porque aunque buscan aire limpio, bosques verdes y una corriente transparente, fíjate en lo que ya es la rivera.

Cauce arriba y cauce abajo, a un lado y otro, han construido aceras y pegado a ellas se ven cientos de comercios donde venden de todo y van y vienen comprando cosas que luego miran con cierto regusto de alegría nueva.
- ¿Y hasta dónde seguirá creciendo?
Pregunta otra vez la niña.
- Quizá ya nunca sean capaces de frenarlo.
- Pero es que acabarán con el río de las aguas limpias, sus plantas, sus bosques y las playas de arena.
- Ellos lo saben pero siguen adelante

- ¿Y qué esperan?

Si a la siete y diez de la mañana de un día de agosto cualquiera, suena la voz del cárabo rompiendo la tranquilidad del bosque, desde este instante para delante, dime ¿qué hay sobre la tierra?... Y yo que sigo durmiendo todavía un poco más a la espera, con el sabor del alma agriada y por eso de nuevo me abrazo a Ti y te digo ¡Dios mío si no estuvieras!

* **Y SI A LA UNA Y MEDIA** de la tarde de este día cualquiera de mediado del mes de agosto, estoy sudando por el calor que a estas horas hace y el repecho tan fuerte que acabo de subir pero como aquí se está fresquito, me siento en la roca y mis pies cuelgan hacia el charco por donde pasa la senda y me roza la rama del arrayán pequeño y antes de rebosar, en el charco se arruga un poco el agua y cae por la cascada, y la cornicabra verde con su semilla naranja, en la rama con tres racimos y otra más con sólo un racimo que se curva hacia arriba y abajo la madroñera, el fresno y las encinas y si me quito el jersey porque estoy sudando, me limpio el sudor y el aire fresco me consuela y cantan las chicharras y por encima del fresno, se ve el cielo ceniza borroso y las nubes blancas alargadas y hace mucho sol y un gran silencio y sólo el agua corriendo y las chicharras cantando y una mariposa color naranja que arranca desde el charco y al caer hacia la cascada se para en las hojas verdes de la cornicabra.

Y mientras la miro, me acuerdo de aquella tarde que vamos bajando un poco a media altura por el lado occidental de la cordillera y mi amigo el pastor me dice:

- Verás qué visión del cortijo y de la llanura en cuanto lleguemos a los quejigos de la cuesta.
Y los quejigos del cerrillo los tenemos tan a la mano, a doscientos pasos, y como nos coge para abajo, sin monte por delante y aunque vamos sin senda, con la ilusión de verlo, nos cunde tanto, que llegar a los robles son seis minutos escasos.

Y pasamos la roca del torcal y cruzamos el pequeño cauce que no trae nada más que un hilillo de agua limpia y subimos el repechillo y ya los tenemos tan a nuestros pies que si alargamos la mano la podemos rozar con los dedos y un poco metido en el barranco y por eso casi nos obligan a agachar la cabeza para verlos y de nuevo dice:
- Fíjate qué cosa tan repleta, tan en silencio y tan dormidos en la ladera.
- Cierto que es de ensueño, porque lo estoy viendo y ya sólo esto, el alma llena.
- Y de la llanura ¿Qué me dices?

Y cuando ya han pasado tantos años, le digo que aunque la tierra sigue bajando hasta que llega al arroyo y ahí le frena en seco la gran hilera de chopos y las zarzas y madroños y luego la otra ladera que llega desde lo más alto de la cumbre, si me siento aquí y observo despacio, descubro como ya no está el cortijo que aquel día quería enseñarme pero sí por entre la encina y la roca del rasete de la ladera, en cuanto termina de caer el sol un poco más, los jabalíes llegan, porque todas las tardes bajan desde la umbría de enfrente en busca de la llanura y un poco más a la derecha, donde las rocas blanquean y hay unas matas de enebro, por ahí aparecen los zorros en forma de manada, distraídos pero sabiendo lo que

acechan y desde aquellos días y al caer la tarde, siempre salen de sus madrigueras y su primer recorrido es por la llanura donde estuvo el cortijo y el arroyo y la reguera, donde crecen los perales y se van por la explanada olisqueando la tierra y algo más tarde los veo que se meten por el barranco abajo y la trinchera y, a veces, los jabalíes y los zorros se juntan en el charco de la hondonada y parece como si fueran a formar una familia bien avenida y entre fieras pero me doy cuenta que cada uno se dedica a lo suyo, respetándose, en armonía y también a la espera.

Que por eso te decía antes que te quedes un poco a ver si se pone el sol y nos vamos por la senda que viene ladera arriba para acercarnos de puntillas a ver si vemos algunos de aquellos cuadros, porque !si Tú supieras lo que era esta llanura, en aquellos tiempos, y el cortijo por las noches y los pastores sentados junto fuego y charlando y los niños y la música y la luna y la hierba en la tierra y el cortijo, otra vez, y el prado!

* **LA DIFERENCIA,** por la tierra del collado y su color y el sabor que deja en alma al mirarlo, puede estar en la luz del momento, en la tarde y el sol que lo acaricie, en el tono del cielo y el viento que lo roza e incluso en el alma que hay detrás de los ojos que lo miran, en la mirada misma y en el horizonte que hacia atrás tenga esa mirada. El matiz, la diferencia, el sabor y la alegría y el gozo, no está en la tierra sino en el momento y la mañana en que los ojos miren y así se encuentra mi alma ahora mismo.

Porque vengo de la ondulación que el terreno tiene en el collado y además de la mañana silenciosa posada grabe sin dejar huella, se me ha llenado el corazón del

ocre oscuro de los terrones de tierra y el temblar de las ramas del cerezo jugando con el viento que me acaricia y el sol quemando la piel fina de las cerezas rojas en las ramas retorcidas. Y he mirado más despacio al tiempo que muevo mis pies como sintiendo miedo por el dolor que va notando el alma y ahí lo he visto, abierto de piernas sobre el caballete de tierra gris, con las espaldas apoyadas en el mismo tronco del cerezo y clavando con fuerza la azada en el suelo. No está quitando piedras ni arrancando monte ni destruyendo las hierbas malas que nacen junto con el trigo y se lo come sino abriendo la reguera encharcada que va desde los veneros finos hasta el mismo cauce de arroyo para que por ella se deslice el agua y no empape tanto las raíces del cerezo que este año está cargado y como lo estoy viendo tan repleto de racimos que son piñas fabulosas que cuelgan ya rojas y negras, siento ganas de pedirle un puñado y voy bajando para acercarme cuando por el barranco y por detrás de él, los veo que van llegando.
- Son los que todos los años me quitan esta fruta cuando ya está madura y fíjate que llevo doce meses esperando y, además, lo cabo todos los días y lo riego y le echo estiércol pero no hay manera.
Me dice y luego sigo mirando y veo que la sierra entera está llena de gente y hoy más que nunca.

Pero por el barranco y por las tierras sueltas que dan tomates y garbanzos, corren los niños amigos de la muchacha y amigos míos y están alegres y ella también porque sonríe y camina hermosa acariciada por el viento y bañada por el sol de la mañana que tiene sabor a sierra y por eso es grandiosa.
- ¿Adónde vas tú por aquí?

- No voy a estar siempre en mi casa escondida allí en la aldea donde nadie me puede ver. Sabía que estabas por este collado y vengo a despedirme porque ahora ya sí es verdad que me marcho a esos rincones de la ciudad que tanto sueño.

Y los niños saltan por las piedras de la cañada que baña el agua y pisan la hierba verde, ríen y juegan y luego que les pregunto, me dicen que son amigos de la muchacha y que han venido porque quería jugar y también querían despedirse de mí porque ella se lo ha dicho. Y ahí mismo, donde la tierra ya es barranco y las rocas forman una covacha, arde el fuego y el tronco grueso del pino que cortaron hace tiempo y la madre con la abuela se calienta al tiempo que echan más leña y hasta un gran trozo de la rama de la encina que ya no vive.

- Ponla así de punta y encima de las llamas para que prenda pronto y dé calor.

Y estoy mirando, con las ondulaciones del barranco que desde el collado empieza a caer, corriéndome por los ojos y el cerezo tan cargado y la muchacha que juega y ríe y la madre con la abuela alimentando al fuego y los barrancos por la loma y la otra gente que llena la sierra y la profundidad del arroyo que se precipita y se hunde en las lejanías de las sombras densas del río profundo, cuando por el cielo aparece la figura majestuosa del gran ave de manchas blancas y amarillas, cortejado por otros pájaros más pequeñas que intentan ahuyentarlo y es magnífica, como un sueño planeando quedamente, en el silencio de la mañana y el momento es tan intenso que paraliza el alma.

Y ya decía que a pesar de todo, hoy es un día bello, cargado de matices y de emociones que ahora quisiera retener aquí conmigo y abrazarme a ellas y morir en silencio porque tienen tal regusto bueno, la visión de este barranco y el cerezo y los niños con la muchacha y las mujeres con el fuego y la luz del sol y los que están llenando la sierra y este arroyuelo, que ojalá no me hubiera despertado nunca del dulce sueño de la noche para no morir en este tan gran dolor en que ahora muero. Y ya te lo he dicho antes: con tanto y los matices que siento, a pesar de todo, hoy es un día bello.

* **PERO A MÍ ME DIJERON** que todo ocurrió una bonita mañana de primavera y que cuando empezó a venir el día, el campo se llenó de un silencio que hasta entonces era nuevo en todo aquel rincón y el arroyo apagó, un poco, su chapoteo de cascadas y aunque siguió bajando y llenando de agua todas aquellas tierras, lo hacía como aplastado, como suspendido en el viento para que su rumor no despertara a la gente del cortijo y se quedaron quietas las hojas de las encinas de la ladera, los perros de los rebaños y, hasta los rebaños mismos, dejaron de respirar esperando, o más bien, absortos ante el acontecimiento y desde el cortijo de la roca y la cascada para abajo, toda la ladera, la gran llanura ya en lo hondo y luego la vega del río grande y las tierras y la hierbecilla con las sementeras y las huertas repletas de verdor, se llenaron de la luz de aquel amanecer y parecían como si no pudieran despertarse, como si no pudieran abrirse al nuevo día que empezaba a extenderse por todas las llanuras.

Y dentro del cortijo se movían ellos preparando sus cosas y mientras tanto ni una palabra salía de sus bocas y todos sabían lo que estaba ocurriendo y como lo que estaba ocurriendo era tan grande para ellos, ninguno se atrevía a pronunciar palabra y los que se iban tenían dentro cogido un pellizco tan roto, que hasta el alma parecía borracha por aquel río tan extraño de sensaciones y era como una gran mezcla de alegría, gozo, dolor, tristeza, despedida, llegada y al mismo tiempo el silencio profundo y corría por su interior algo de gozo, un poco de ilusión y algunos hilillos de esperanza pero como el arrancarse era tan doloroso, también por su interior ardía una llama de tristeza empujada por el sufrimiento de la despedida y los que se quedaban, sólo miraba ausentes queriendo comprender y en el fondo buscando las razones de aquella pérdida pero como en su interior no había claridad, todo era mirar en silencio, moverse de acá para allá y dejar que dentro el dolor quemara fuerte.

Y cuando ya los primero rayos del sol se alzaron por las cumbres y hermosos se derramaron por las laderas y el valle, los que se iban salieron del cortijo y los que se quedaban, también salieron con ellos y como los primero y los segundos sabían que de un momento a otro llegarían los que bajaban de la sierra profunda, se encaminaron hacia el recodo del camino.
- Ahí los esperamos que ya no tardarán en llegar.
Dijo uno de los que se iban mientras que subían desde el cortijo buscando el camino y algunos se quedaron en la misma puerta del cortijo porque ya no tenían ánimo para llegar hasta el borde del camino y esperar todavía allí un rato haciendo que la despedida fuera más larga y dolorosa.

- Pues ya volveréis.
Dijeron los que se quedaban.
- Ya volveremos.
Dijeron los que se iban y tanto unos como otros sabían que aquello se decía por decirse porque en el fondo, la convicción era que no iban a volver nunca más y por eso era tan cruel, porque más que despedida, era un arrancarse de raíz de las tierras y hasta de las personas queridas.

Y en el recodo del camino, junto al pino grande y viejo que crece antes del arroyo y del roble clavado en las mismas rocas e inclinado un poco hacia el cortijo y la llanura, ellos se pusieron a esperar porque los que tenían que llegar venían del otro lado de la sierra y mientras esperaban, echaron su última mirada a la tierra, la casa y los animales que dejaban y ahora es cuando comprendieron lo hermosamente bello que era todo lo que en este momento estaban perdiendo para siempre y el silencio de la mañana y junto con el viento fresco y perfumado que subía del valle hasta parecía que acaso hecho se había puesto su mejor gala y mirando estaban ellos al valle y a los cortijos que por el valle se esparcían hermosos cuando llegaron los que tenían que llegar y acompañados de un pequeño burro donde traían algunas de sus pertenencias y cargaron otras cuantas cosas más de los que aquí esperaban y se pusieron en marcha.
- Ya volveréis.
Repitieron los que se quedaban.
- Pues ya volveremos.
Volvieron a decir los que se iban y cinco minutos más tarde se perdían por la curva del camino, ahí por donde el camino se encuentra entre las rocas de la gran cascada y se perdieron, los que se iban, seguidos de las miradas de

los que se quedaban y una vez que las rocas y los árboles los taparon dejaron de verlos para siempre

Y algunos de los habitantes de los cortijos, durante tiempo, todavía estuvieron esperando su vuelta pero otros decían que aunque así sucediera, en el fondo ya casi no iba a servir para nada porque ya se han secado todas las mieses, se ha hundido el cortijo, la llanura de la laguna ya no es la misma, los demás cortijos, todos pura ruinas y muchos de ellos bajos las aguas y ni siquiera hay ya encinas donde antes había grandes bosques y ni el camino es lo que era y yo sé que no volverán pero si algún día de estos volvieran, como también sueña la muchacha y la otra y la otra que se van, muchos manantiales que ellos conocían y hasta los amigos, se han secado y por eso nada sería como fue en aquellos días y fíjate que hasta la gran cascada dejó de correr y el río que atraviesa la llanura, desde el lado en que sale el sol, ahora ya no tiene el verdor que antes, porque es sólo un surco en la tierra roja, rodeado de un gran bosque de tarayes amarillentos y por entre ellos, esqueletos de tortugas muertas.

* **Y COMO TENGO LLENO EL CORAZÓN,** en esta mañana especial que llega acorralándome contra el rincón del arroyuelo en tu sierra, se me viene al recuerdo aquella otra mañana que al pasar por la tinada de la derecha ya veo los llanos por donde se asientan las casas de la vega y se ve el barranco de la gran rambla y como por estas fechas es casi plena primavera, a pesar de la sequía, los campos están verdes y la hierbecilla brotada y los árboles ya se mecen repletos de hojas nuevas y como es un paisaje hermoso el que hoy presentan estos campos y

como desde hace mucho tiempos estos lugares a mí me tienen fascinado, ahora estoy gozando intensamente.

Y es por esto que, mientras vamos dejando atrás las partes altas de los montes de hoy, se me va quedando el alma en los paisajes que atravieso y los ojos en lo que va apareciendo a cada curva del camino.
- Parece un sueño.
- Y ahora que bajamos por aquí me acuerdo de lo que un día me contó mi padre.
- ¿Qué fue?
- Como tiene tan conocido, andando y vivido estos campos, lo sabe todo y recuerda hasta las imágenes de los sueños en las noches de estrellas aladas.

Así que hablando de cosas de estas sierras me contó un día que sobre aquel monte, donde el arroyo que corre en dirección sur se tropieza con el cerrillo y tiene que girar hacia el poniente, construyeron un chozo y justo en lo alto del cerrillo para desde ahí dominar bien tanto el barranco grande que da al río como la llanura que queda al frente y las laderas con paredes y arroyos incluidos, al lado norte.

Y me dijo que aquel chozo, construido de monte y palos de encinas, una vez levantado sobre el leve montículo, parecía todo un gran palacio a donde acudían casi todos los pastores de la sierra tanto a dormir por la noche para no quedarse a la intemperie como a charlar y compartir la comida durante el día.
- Tú tienes que venir y ver esa senda estrecha que baja por el arroyo.
Me decía.
- ¿Qué le pasa a la senda?

- Que es la más bella que nunca nadie haya trazado por ningún rincón del planeta. Baja desde la llanura del cortijo y en cuanto se aleja, se queda perdida por entre las zarzas y los durillos del arroyo y, de vez en cuando, se alza un poco sobre la ladera para no tropezarse con los charcos y en cuanto ya avista el chozo, se deja ir directamente hacia él y cuando uno se encuentra en el rellano de la misma puerta del chozo, si mira a la senda y ve venir por ella a los otros pastores de las llanuras de los campos, se te llena el alma de gozo y de espanto.
- Pero, sendas y refugios para los pastores, hay muchos por las sierras.
- Pero como ésta, con su chozo al final, su arroyuelo ahí mismo y el bosque de encina en las llanuras, al frente, no hay otra en todo el mundo. Tú tendrías que venir y ver si es verdad o no lo que ahora yo te digo.

Esto y otras muchas cosas eran lo que mi padre me contaba del chozo del cerrillo con su senda, el arroyo y la llanura y desde aquellos días, no sé por qué, siempre sueño con el rincón y hasta me parece un puñado de tierra mágica que un día tendré que visitar y ahora que pasamos por aquí, me he acordado de él y no he podido perderme la ocasión de contarte lo que su recuerdo produce dentro de mi corazón.

Y rumiando en mi alma la presencia de este día entre ellos y en sus casas, voy yo en estos momentos y ya venimos rozando los paisajes de otra de las aldeas del valle cuando me dice su nombre y al mirar, la veo justamente al lado del arroyo con el mismo nombre, a la izquierda de la dirección que llevamos.
- ¡Qué nombre más bonito y qué cerro más redondo!

Y también me dice cómo se llama y luego el del arroyo, el del río y el del charco.
- El que atravesamos no es todavía, que éste desemboca en la rambla, sino el siguiente y ¿y sabes lo que me pasa?
- ¿Qué es?
- Que al ver el arroyo me viene al recuerdo, la figura del pequeño cortijo construido ahí mismo, muy pegadito al cauce y donde casi lo bañaban las aguas y enfrente de la ladera de los pinos.
- ¿Qué tuvo, tiene o qué paso en el cortijillo?
- Sí tengo muy clavado en mi mente aquello que un día me contaron.
- ¿Y qué fue?

- Que por la ladera que da al levante, aquella mañana pastaba el rebaño de cabras y en la tinada de la loma, se había quedado el pastor y como el ambiente por la mañana era algo frío y estaba nublado, en todo momento el hombre se estaba diciendo que tenía que ir en busca del rebaño. Y estaba él repitiéndose este deseo cuando por el otro collado de las carrascas, asomó no el rebaño sino una punta de cabras, unas treinta que se habían separado del grueso del ganado y cogiendo el arroyo grande arriba, se vinieron luego para el otro arroyo de los álamos y después recorrieron la ladera para venir a salir al collado de las carrascas y cuando el pastor vio este pequeño grupo de animales, se quedó algo extrañado porque no hacía ni quince minutos que acababa de ver la totalidad del rebaño pastando por la otra ladera. "¡Qué raro! ¿Cómo se habrán separado estos animales del conjunto de la manada y se han venido por este sito en tan poco tiempo? Se digo para sí realmente sorprendido al tiempo que le salía al encuentro. "Es como

si hubiera ocurrido algo extraño porque sino, cómo puede explicarse este comportamiento tan anormal. Además ¿qué hago yo ahora?” Siguió diciéndose el hombre por momentos más lleno de dudas y su gran incertidumbre estaba en ¿qué hacía en aquel momento con aquella punta de cabras?

Pensó encerrarlas en la tinada y quedarse él también por allí en espera de que el resto de la manada llegara al caer la tarde y pensó esto porque era lo que habitualmente sucedía: cuando su rebaño se iba de careo por las laderas en que hoy se habían ido, lo que siempre sucedía era lo siguiente: los animales le entraban a la ladera por donde los dos arroyos se juntan y desde aquí se desparramaban llenando todo el monte hasta que ya, cayendo la tarde, alcanzaban el final de la solana y al llegar a este punto y hora del día, sin que nadie los condujera, los animales se recogían hacia el lado del arroyo que baja por la umbría y todos ellos, perfectamente ordenados, se dirigen a la tinada y esto era así puntual desde la primera vez que el rebaño tomó la ladera y como lo sabe el pastor, ahora duda si quedarse en la tinada esperando a que al caer la tarde, la parte del rebaño que falta, regrese y mientras tanto, puede meter en el corral el piquete que ha llegado desorientado o dejarlo por ahí pastando mientras termina la faena de las cuatro cosas por hacer.

Parece que esto fue lo que aquel hombre pensó y decidió pero quedándose con en la duda de hacer lo contrario: coger y llevarse el pequeño piquete despistado hasta donde estaban las otras cabras y así de esto modo se aseguraba de dos cosas: ver qué había sucedido para aquel tan extraño comportamiento de los animales y que

siguieran su pastoreo hasta el final del día y entre una cosa y otra estaba el hombre dudando cuando vio que la oscuridad del cielo, por las partes altas de la sierra, empezó a crecer y como si lo que asomara por allí fuera la misma oscuridad de la noche, sopló un poco el viento y aunque era época de frío, en aquel momento no parecía que fuera a nevar pero al ver esta oscuridad al hombre se le aclararon las ideas: " cogeré este grupo de cabras y volveré a llevarlo a donde están las otras no sea que allí halla pasado algo y si me quedo aquí tan tranquilo a lo mejor luego más tarde no puedo remediar lo que ahora todavía sí", fue lo que de nuevo se dijo y enseguida se puso en acción.

Recogió a las cabras, las condujo hasta la sendilla y en cuento terminó de remontar la pequeña ladera se encontró con el collado de las setas, porque así es como dicen que se llamó y creo que todavía se llama el collado donde un día estuve buscando setas con mi familia y vi que el lugar hace honor a su nombre y son como sombreros de grandes las setas que en esos terrenos se crían y como tú bien sabes, este tipo, también son únicas en el mundo.

- Yo no sé muy bien pero sé que las setas de cardo que por estas tierras crecen, son exquisitas como ningunas, porque las he comido en muchas ocasiones y casi siempre ha sido porque mis amigos los pastores me las han regalado y cuando llega el otoño, como ellos son tan generosos y de corazón tan grande, al menos a mí siempre me regalan buenas bolsas de estas setas porque saben que me gustan mucho y esto es una de las cosas que de las setas de tu tierra te puedo decir y la otra, es el pellizco que dentro de mí tengo ahí donde se me amontona tantos pellizcos.

- ¿A qué te refieres?
- Es que de las setas todavía no sé yo bien, ni su secreto para cogerlas, dónde crecen con mayor preferencia ni cuales son las mejores.
- ¿Nunca las has visto por estos campos?
- Sólo en dos ocasiones pero más bien como lo hacen los torpes y yo sé que eso ni es bueno ni es serio y como te decía, tengo dentro de mí el resquemor de no haber gozado a fondo todavía el placer de echarme por los campos a buscar las setas, sintiéndome uno de vosotros entre vosotros, por eso os envidio tanto y por más verdades que te contaré otro día.

Porque es como si me sintiera frustrado, como si mi verdadera vocación hubiera sido la de andar por estas tierras como tu padre y otros pero en fin, de este asunto, que es mi secreto más hondo, ya no quiero hablar más y sigue tú con lo de aquel hombre y sus cabras.
- Voy a seguir, porque cuando el hombre llegó al collado de las setas, se echó barranco abajo y en diez minutos estuvo en la solana y quiso, en aquel momento, preguntarle a los animales qué había pasado pero claro, a las cabras ¿cómo les iba a preguntar? y, sin embargo, parece que no tardó en obtener la respuesta porque brilló un relámpago y a continuación estalló el trueno. "¡Va! Será una tormenta como otras muchas". Fue lo que se dijo y de inmediato empezó a buscar refugio y por las rocas blancas de la gran pared que se encuentran a mitad de la ladera, también se refugiaron las cabras y lo que parecía que en un principio iban a ser sólo unos relámpagos, unos truenos y unos cuantos chaparrones de poca monda, se convirtió en un auténtico diluvio donde caía la lluvia como su fueran cataratas que desde el cielo se hubieran desbordado y como las nubes eran tan

espesas, se cerró por completo en una densa oscuridad. “¿Si ya es de noche con esta lluvia tan grande ¿cómo voy a irme de aquí con tantos barrancos, arroyos y monte como tengo por delante hasta llegar a la tinada y luego a mi cortijo donde me espera la familia?” Se dijo y tenía mucha razón porque era totalmente imposible moverse de aquel refugio y más imposible era todavía pensar en atravesar los campos para llegar hasta su cortijo.

Así que allí se quedó aguantando la lluvia mientras sentía como la ladera se iba convirtiendo en una pura cascada y los profundo barrancos en una densa tiniebla y no paró de llover en tres o cuatro horas seguidas y, además, torrencialmente pero cuando ya la noche estaba tocando su centro o así, paró un poco la lluvia y se calmó el viento aunque el frío siguió aumentando y empezó, entonces, a nevar con tal abundancia y copos tan grandes que en nada de rato, tanto la ladera como los barrancos y las llanuras, quedaron por completo tapadas por la nieve y ¿tú has oído alguna ver hablar de las nevadas de estos campos?
- Sí que lo he oído y hasta me han cogido por aquí.
- ¿Y tú has odio decir lo que le ha ocurrido a mucha gente atravesando los campos en esos días de nevadas grandes?
- También lo he oído pero aquel hombre con sus cabras y con la nieve ¿cómo escapó?

- Pues casi no escapó pero escapó porque cuando amaneció al día siguiente el hombre vio que toda aquella ladera, el barranco, las otras laderas de enfrente y toda la gran sierra, estaba tapada por un amplio y grueso manto de nieve blanca y no pudo él ni siquiera saber dónde estaban sus cabras ni qué había sido de cada una ni

tampoco, aunque lo hubiera sabido, podía hacer nada por ellas y lo único que pudo y, a duras penas, fue dejar el refugio, bajar hasta el arroyo que de tanta agua y tanta nieve, por ningún sitio podía cruzar pero por ese sentido de supervivencia y amor a la familia y a la tierra y a su cabras y a sus raíces y a su yo profundo y a la verdad eterna que tú sabes, es el Dios sincero de nuestras vidas y nuestras cosas, al final lo cruzó por unas rocas grandes en la parte más cerrada y cuando, casi todo deshecho, llegó al cortijo de su propiedad, ya si que no podía cruzar el arroyo que bañaba la vivienda y al intentarlo, se hundió en la misma nieve que junto a la corriente ya se había amontonado y allí se quedó perdido ante las miradas de su familia y en la puerta de su humilde casa.

Así que fíjate: lo que empezó con aquel piquete de cabras que se separó del grueso de la manada, acabó con una de las nevadas más grandes que se han conocido en estas sierras y con la vida de uno de los serranos enamorados de su tierra, sus animales, sus caminos y su rincón y sus piedras y ahora dime tú, ¿esto no lo sabe Dios y lo tiene apuntado en el gran libro de las letras de oro y las verdades eternas?

Y en este camino que hoy llevamos rumbo a su aldea, ya estamos nosotros bajando la ladera norte del picón redondo y como por aquí todo lo que se ve, llena de gozo el espíritu y los ojos de verde, me dice:
- En cuanto terminemos de recorrer la ladera, vamos a caer a la hondonada que se forma entre el nacimiento del arroyo y la cabecera de ese otro afluente que se le engancha un poco más adelante y ya verás qué maravilla de arroyo ese trozo pequeño que desciende desde lo más alto. ¿Tú has oído hablar de la fuente de la piedra?

- Sí que he oído algo y hasta me parece que en una ocasión debí estar cerca.
- Pues nace esta fuente también un poco al norte del pico a una altura grande y de toda esa zona es de donde se le va juntando el agua que luego va recogiendo el arroyo. Por qué ¿tú has oído hablar de los charcos azules?
- Los charcos azules con reflejos de planta, son muchos en estas sierras y yo, de unos he oído hablar y de otros tengo referencias por mis propios ojos pero si te refieres a unos charcos azules concretos que tú conoces y yo no, quizá es la primera vez que oigo hablar de ellos.
- Seguro que sí, porque me estoy refiriendo a unos charcos azules concretos que aunque yo tampoco conozco, sí me han dicho que están por aquí.
- ¿Dónde de por aquí?
- Me parece que en el segundo barranco del segundo arroyo. ¿Ves ese pino clavado en la ladera del collado?

Y el pino que me indica sí que lo veo mientras ahora mismo llegamos a lo hondo del primer barranco, Se le ve clavado en la ladera verde del collado y desde lejos se parece al grande viejo y quizá no le llegue ni a la mitad pero se parece y resalta más aún por lo solitario y la tierra inclinada del collado en que ha venido a crecer. Por eso le digo que:
- Lo estoy viendo.
- Es un señor pino pero no es ahí donde yo quería quedarme sino al volcar ese collado, que no sé cómo se llama, aunque sí me lo han dicho muchas veces, donde veremos los charcos azules.
- ¿Y si no los vemos, por las escasas lluvias de este año?

- Pues te diré que esos charcos son inmensos lagos de belleza y cuando los ves desde lo alto de este

lado, lo que más te impresiona es su transparencia al mismo tiempo que sus tonos celeste, verdes y nieve y cae primero una gran corriente desde este ladera y antes de convertirse en charco, salta en una cascada, ni muy grande ni muy ancha pero sí lo suficiente para que al caer el agua, el charco todo se convierta en espuma con burbujas redonditas que parecen diminutos mundos flotantes que enseguida se deshace, tanto la espuma como las burbujas, y lo que de esa corriente resulta, es toda una fantasía viviente. Y es un charco grande, alargado para seguir el cauce que el arroyo ha horadado y al principio, como si fuera una playa de piedrecitas chicas y después, una gran profundidad donde el agua se torna casi verde, por la profundidad, y luego otra vez playa que por la parte del arroyo se queda sólo en corriente donde el agua sigue bajando y por la parte de arriba, aparece la limitada llanura también de piedrecitas blancas y relucientes.

¡Qué maravilla de arroyo con un charco como ese que más parece un lago donde se remansa, no agua sino viento mezclado con cielo y nieve! Una magia, de verdad, y más embrujo cuando en él tú ves los juegos que según me han dicho, jugaban los jóvenes los de aldea de enfrente.

- ¿Y qué juegos eran esos?

- Pues creo que se venían en pandillas y por la parte de arriba del charco ellos se organizaban, repitiendo una y otra vez y siempre, su aventura favorita de atravesar el charco, no nadando sino andando y desde la primera playa, uno detrás de otro, se iban andando adentrándose en las aguas y poco a poco quedaban sumergidos por completo en ella sin dejar de andar y paraban sólo cuando llegaban a la segunda playa y entonces ahí, unos a otros

se felicitaban y mientras tanto, el resto del grupo, contemplaba la escena desde las rocas de la cascada de la primera playa y, según me han dicho, gozar de aquella escena era la visión más hermosa que jamás nunca nadie pueda contemplar en esta tierra del sol naciente.

Y así me va interpreta él la tierra y mientras nos vamos acercando no todavía a la aldea pero sí a las vegas, llanuras y laderas que la rodean, remontamos ahora la pequeñas cuestecilla que nos presenta el collado del pino y como el árbol ya nos queda cerca, vemos que a su sombra descansan los tres pastores que se han juntado para comer en la hora de la siesta porque empieza a calentar el sol y las ovejas se recogen en la tinada de la derecha, junto a las rocas de la ladera o a la sombra de las carrascas y es el momento en que los pastores se junta para charlar, comentar las cosas del ganado o para comer o estar cerca y los miro y es una singular estampa, en medio de la soledad y amplitud de los campos, ellos se buscan entre sí por la necesidad de hablar de algo, para darse compañía y porque al mismo tiempo se ayudan haciendo bueno tu presencia entre ellos, de pastor que apacienta a sus ovejas.

Remontamos el collado y como al otro lado se encuentra el barranco y en su centro el arroyo, casi nos hemos creído que de verdad, enseguida aquí vamos a ver ese hermoso paisaje de los charcos azules pero aunque al llegar a lo alto lo primero que vemos es este arroyo, los charcos no aparecen.
- Pues tendría que estar.
- Quizá no te dijeron la verdad.
- Si me la dijeron pero lo que puede haber pasado es que el arroyo se haya secado por la poca lluvia de estos años

pero también puede haber pasado que lo que mis amigos me contaron fuera un sueño, un deseo de llevar a la belleza máxima la hermosura de estas sierras.
- Pero, aún así, yo creo que la verdad de esa fina elegancia, no merma en nada.
- Eso es lo que también creo y aunque el paisaje no exista en la dimensión de la materia, en otra dimensión y conteniendo toda su esencia, sí es verdad y se toca o casi se roza plenamente como un borbotón de bellezas de estas sierras y en fin, que mi fantasía no es menos real porque ahora descubramos que aquí no hay ni charco ni arroyo ¿verdad?
- Y tan verdad.

* **HOY, QUE ES YA** dieciséis de agosto y todavía el verano sigue con su calor asfixiante, aunque fresco por las mañanas, muy caluroso en el centro del día y casi frío a media noche, cuando al nuevo día me permites que entre, lo primero que quiero que sepas es que te doy las gracias por el regalo de la vida, otra vez más, y por este suelo y lo que siento y por el sitio donde estoy, con gusto, y por eso soy feliz.

Porque hoy, desde el rincón que me estás permitiendo ocupar y es grande y me sabe tan dulcemente y me llena de tanta ciencia y se está tan encogido y calentito que además de sentir y ver tanta luz y gozo saltando por la cascada, observo la lejanía de mi sierra y donde los caminos se retuercen y se cruzan, allá donde se abren y presentan el asfalto y el ruido de los coches y las calles y el murmullo de los pueblos y las aldeas, sigo viendo a los que por aquellos tiempos se fueron y por estas fechas ahora todos los años vuelven

con sus coches de lujo, sus trajes de seda, su lenguaje impersonal y sus cacharros y sus neveras y se agarran a las raíces y se funden con las fuentes que ya no son lo que eran y entre los otros amigos, todavía quieren sentirse de la sierra pero ya han olvidado muchas cosas y aunque se acuerden de las fuentes y de las sendas y de las sombras de las encinas y del arroyuelo saltando y de la huerta, ahora son un poco de aquí y otro poco de allí y, lo demás, ausencia que como este dolor mío, les quema prisioneros de la distancia, de la materia y de la ambición y aunque quieren volver, ya no pueden del todo porque las raíces se quiebran y al no estar en contacto con la lucha de la tierra, se les pega el corazón a la hojalata y miseria de las otras culturas y los otros mundos y llega el momento en que las cosas dejan de ser lo que eran y ya no tienen un sitio donde estar con gusto y mucho, bajo el sol, les desorientan.

Por eso te iba a decir antes que aquel día que íbamos atravesando la sierra nos metimos por la hondonada y allí donde la vereda se curva y se estrecha y se abre al abismo hacia los profundos charcos del río y las cascadas que resuenan y salta el agua en espuma de nieve que se lleva el viento y todo es como una niebla fría que llena el barranco y los caminos y los pinos y la ladera, tropezó el burro y rodó por la torrentera y dio muchos tumbos por el aire y detrás de él, salieron las piedras y mientras caía despatarrado, por el aire saltó la leña, los serones y el aparejo y el cabestro y las aguaderas y cuando desde arriba todos creíamos que aquello era el fin del mundo y la gran tragedia, el burro cayó a los charcos y dio la última voltereta y se puso de pie y se levantó y salió andando corriente abajo por el río y luego tomó por la senda y allí donde se abre el barranco y manan las

grandes fuentes que siempre riegan las huertas, lo esperamos y lo cogimos y tirando del cabestro, de nuevo subimos a la verea y seguimos por el camino dándote gracias a Ti y a la gran suerte y a la mañana fresca.

Y recuerdo que cuando remontamos el rellano y nos metimos por la espesura de las encinas hacia la llanura que lleva a la otra orilla del río, a la sombra del bosque y entre las hojarascas secas, nos encontramos con las ardillas saltando por los troncos de los pinos y las ramas de los avellanos y por el suelo, entre el polvo de la tierra y la espesura de las hojas muertas, las avellanas reluciendo, manchadas por el rocío de la noche y arropadas por los tallos de la hierba y gordas, casi como castañas y bellas, con su tono cuero acaramelado y su redondez de perlas y aquello si que fue la emoción del día llenando el alma y luego la grieta de la cima profunda tapada con los enebros y la frialdad de la cueva y la espesura del bosque con su sombra nueva y el burro allí amarrado, firme y elegante y lleno de fuerza y al frente el gran monte coronando y abajo, el barranco de la corriente del río y por la curva de los álamos, los charcos verdes remansados y más al fondo, la llanura con los cortijos y las tierras y los caminos esperando a las ovejas que ya bajan por el collado y nosotros, entusiasmados buscando avellanas y las ardillas por las copas mirando y hay que ver qué momentos y qué mañana y qué tardes y cuántas sensaciones bellas con nuestros arañazos del monte por los brazos y por las piernas pero con el corazón lleno hasta los bordes y por los caminos de la sierra y las soledades del monte y los remansos y la lluvia y el hambre y la miseria pero Tú siempre a nuestro lado dando vida y ánimo y fuerzas y luz en las noches oscuras y llenando el alma de tesoros que no son tierra.

Que por eso te decía antes que a la aldea de los pastores que son mis amigos y tanto quiero y que es una de las tres casas junto al río, llegó la que volvía y no lo hacía como turista sino para quedarse aquí otra vez y para siempre y ella, como tantos otros de solera pero emigrado durante años, había sufrido la enfermedad, la metamorfosis o transformación hacia la realidad impersonal.

Por ejemplo: ella ahora cuando hablaba no decía "he dejado de trabajar", sino "he plegado" y cuando le preguntaban que cómo estaba siempre respondía que "así de aquella manera", lo cual era una despersonalización porque ni hablaba el castellano bonito de nuestra tierra bella ni el recio lenguaje de los serranos ni tampoco el lenguaje de la región donde tanto tiempo ha vivido y así que por todo ello no era turista pero como en el fondo a causa de haber perdido su propia identidad, ella se da un cierto postín de finolis y moderna, en la aldea, por estas cosas, la llamaban la turista, más por seguirle la corriente que por la verdad sincera que podía tener la realidad y sus sobrinos, porque era familia de ciertos pastores de estas sierras, siempre le dicen:
- Pero tita, si eso de hablar pronunciando las eses finales aquí es una cursilada.
- Es que vosotros no sois finos.
- Porque tú más que finolis, lo que pareces es una tonta, porque ni hablas como los de allí ni como los de aquí y, además, das la sensación como que nos desprecias o como si fuéramos personas incultas o pobres.
- Lo que pasa es que vosotros no sois modernos como yo que me he subido en el metro y he ido a los grandes centros con muchas tiendas.

- Si para ser moderno como tú tengo que renunciar al habla de mi tierra, a las cosas propias de estas sierras nuestras, es decir, a mis raíces, mi personalidad y mi identidad, prefiero no convertirme en moderna.
- Claro, ya se ve como tratas al pobre perrito mío.

Al pobre perrito de la turista, que no lo es por todo lo que ya atrás hemos dicho, lo único grabe que le pasa es que todo el día está entre las manos y faldas de la mujer lamiéndole las manos, la cara y la boca y cuando lo pone en el suelo ni sabe andar por la casa y si se asoma a la puerta, enseguida empieza a ladrarle a cualquier cosa menos a un ladrón si llegado el caso por aquí viniera y lo más grabe de todo es que mientras el perrito está en los brazos de la turista, parece algo pero cuando lo deja por el suelo, es la cosa más fea que jamás se había visto nunca en la aldea, porque el perrito de compañía de la turista que es un perrito que de tan chiquito apenas se sabe lo que es, en el fondo sí es un perrito de raza y tiene las orejas un poco alzadas, el hocico torcido hacia arriba y con unas patas de trapo que para recorrer veinte metros tiene que dar por lo menos sesenta pasos.

- Pero tita, nunca en la vida se ha mimado tanto a un perro que, además, para lo único que sirve es para lamer la cara, retorcerse entre tus manos y dormir en tu cama.
- Ves como no tenéis conciencia ni sois modernos y los feos y los que no sirven nada más que para correr por los campos detrás de las ovejas, son vuestros perros.
- Los nuestros, los perros que toda la vida hemos tenido en estas sierras, son perros de raza, con identidad propia, que no duermen jamás en nuestras camas con nosotros sino en la calle con el frío, la nieve, la lluvia, el

hielo, el rocío o el calor del verano y no son perros señoritos ni merengues pero en cuanto les damos una orden nos carean a las ovejas, nos recogen a los borregos y nos avisan y nos defienden de cualquier peligro real que pueda amenazar tanto a nosotros como al ganado y donde se ponga un perro de los nuestros, curtidos en las durezas y necesidades de estos campos, que se quite esa ñoñería de perrito muñeca que más que otra cosa lo que ha hecho ha sido invadir un terreno, una región que ni le pertenece ni se sentirá nunca a gusto en ella porque es extranjero entre nuestras cosas y, además, tita, te voy a dar un consejo: las cosas nuestras, las que han sido siempre en estas sierras, valen por encima de todos los tesoros del mundo.
- Pues a ver ¿dime por qué tu perro de agua o de lana, como lo llamáis vosotros, vale más que esta preciosidad de perrito mío?
- Pues porque es de aquí, autóctono que quiere decir del mismo lugar en que vive o en que se encuentra y porque nos es útil para todo ya que está acostumbrado a nuestras vidas austeras y sencillas y porque no lo usamos como paquete que es lo que tú haces con el tuyo todo el día entero y una gran cosa: ni nuestro perro ni nosotros hemos perdido ni perderemos nunca jamás nuestra propia identidad por culpa de esa moda tonta de creer que lo de fuera es mejor que lo de aquí y eso es una auténtica tontería que a lo único que lleva es a quedarte sin lugar en estas tierras y a que los que vengan de fuera nos echen porque si ni nosotros mismos nos damos valor en lo que somos ¿Cómo nos van a valorar y querer los de fuera?
- Lo que pasa es que en el fondo tenéis envidia.

- Que no tita, que no tenemos envidia que las cosas son como son y lo que tú traes de otra tierra, es un desajuste de personalidad y una confusión tremenda.

* **MIENTRAS EL AUTOBÚS** que los transporta y me transporta, atraviesa la belleza de esta región tuya y a lo largo del viaje ellos se afanan, luchan y hasta se pelean por los asientos primeros y el más cómodo y el más blando, yo voy ocupando el último rincón y con mis ojos abiertos y mi alma volando, gozo de Ti, todo esplendoroso, inmenso y lozano y lleno de vigor en el canto, unas veces del grillo, el croar de la rana y el silbar del viento por el bosque y en el rumor de la fuente pura, el esplendor de las cumbres amadas, en la transparencia del río que atravieso y en la luz de la mañana y los caminos que se borran e incluso en las hojas verdes del bosque, el brillo de las estrellas y el sabor dulce de los higos de mi higuera que ya han madurado y en el silencio de este barranco y el agua limpia del arroyuelo que me acompaña.

Y como no tengo un enorme vacío en mi corazón ni estoy frustrado porque mi experiencia de Ti la llevo viva y resbalándome por los ojos a cada segundo, mientras ellos se afanan en construirse la casa más bonita sobre la tierra y en lo alto del puntal que mira a todos los barrancos y a todas las cumbres para que se vean todas las nubes que recorren el cielo y todas las gotas de lluvia y la nieve y los arroyos y me rompen, de paso, un trozo más de mi loma bella, yo me entretengo en escucharte a Ti que, frente a los cinco que has congregado y yo entre ellos, abres el libro y en las páginas centrales, lees el mensaje: “De la verdad del pastor y sus palabras, vendrá la salvación

rotunda y la auténtica y la gozosa y la que trasciende y es eterna”.

Y entonces se me ocurre preguntarte si el pastor es hombre de coraje, de manos ásperas, fuertes y recias y al mismo tiempo son manos de padre o son sus manos tus propias manos, que arañan y acarician, a la vez que reparte el pan y aprietan y dan amor pero me cayo y te pido permiso para preguntar al que ha escrito el gran libro y como me dices que sí, mi pregunta primera es por qué lo ha escrito y me responde que su verdad sincera es para alcanzar fama, ganar dinero y obtener un beneficio.
- ¿Pero no hay un mensaje?
- No hay más mensaje que el deseo de que se hable de mí y cojan en sus manos el libro y lo abran y lo miren.

Y mientras voy pasando, mi experiencia de Ti la tengo clara en la rotunda verdad del pastor que habla y sufre y calla y en los bosques de esta sierra nuestra y en sus aguas claras y en la noche que acaba de besarme y en la huella débil que en mis momentos bajos han quedado sobre el camino grabadas cuando Tú me has llevado en brazos y en la niebla que en esta nueva mañana se va por los barrancos y en mis lagos de soledades anchas que pasan y desde mi último asiento me acerco a Ti y me abrazas y me llenas de gozo y me dejas el alma colmada para percibir los tenues tonos de tu voz y tus pasos por el monte y las estrellas y el respirar que alimenta y sacia, te digo, Dios mío, que gracias y que no tengo envidia ni de sus primeros asientos ni de su libro que da dinero ni de su fama ni de su casa en el mejor lugar de la tierra ni de cuanto ama y en su corazón se amontona, porque hoy tengo mi experiencia de Ti rotunda

y exacta y estoy con el humilde pastor que además de ser pobre te abraza.

Y si acaso, lo que te decía: que al asomarme al barranco y verlos con esas caras y ese ánimo y en esas luchas, me entra depresión y me come la tristeza y me digo que te mereces otra sonrisa aunque sea desde un rincón escondido, como el de mi arroyuelo, y por lo demás, como ya sé dónde encontrarte y me llamas, hoy de gozo salta mi alma y ¿qué quieres que te diga? Que desde este último asiento que ocupo, Dios mío, gracias.

* **TUVE UN SUEÑO** y en él no vi, como en la Biblia, un cielo nuevo y una ciudad nueva porque el cielo que vi era el mismo y la ciudad, el pueblo de la roca que se reflejaba en la transparencia del charco. Los serranos ahora llaman por aquí charco al gran pantano que un día construyeron sobre las tierras de nuestras huertas pero los serranos siempre llamamos charco, a los hermosos remansos de aguas limpias que de toda la vida se recogen en los arroyos de estos montes y por eso mi charco no era el pantano sino el de toda la vida, el que se remansa entre las rocas en las corrientes de los arroyos.

Junto al charco verde bosque, el joven guardaba su libro, la muchacha se recostaba en la hierba, los mayores se afanaban en sus cosas de siempre y los niños jugaban por entre la corriente, espejo del arroyo, frente al charco transparente donde el cielo de siempre y la ciudad de la roca se reflejaba y todo, como en una imagen símbolo, lo vi así:

Un río, el que atraviesa y siempre atravesó el valle, partiéndolo en dos y al norte la hermosa ladera que mira al sur y donde nace el río, la ladera poblada de inmensas encinas oscuras y por debajo de ellas, el suelo tapizado por un gran césped verde: grandes praderas de hierba por donde pastan los rebaños de ovejas, vacas y bueyes y en las tierras de la llanura, grandiosos trigales ondeados por el viento y toda la ladera, por la llanura y el lado norte, salpicadas de blancos cortijos y alrededor de algunos más grandes y junto a los manantiales, los arroyuelos y los huertos. Un mundo lleno de vida que más parece una fantasía soñada donde la belleza es lo más importante y después el aire limpio lleno de aromas de rebaños y trigales que maduran.

Bajo la gran encina oscura de la ladera se afana el padre en tejer esparto, sentado sobre la hierba y con sus pies estirados por la torrentera que se derrama hacia el río y está ocupado en esta tarea y lleno de gozo en su alma por el placer de cuanto le rodea y un poco más abajo pasta el rebaño y con sólo verlo, la dicha le llena el corazón porque los animales tienen tanta abundancia de hierba y el tiempo es tan plácido y benigno que no les faltan de nada y los corderos retozan y cantan por entre las zarzas los ruiseñores y por el bosque de encina revolotean los mirlos.

Justo a los mismos pies del padre, el joven se recuesta y junto a él la muchacha juega y en sus manos el joven tiene el libro y con interés lee las cosas que en las páginas fueron escribiendo aquellos que a lo largo de los siglos vivieron y se afanaron en las tierras.
- Entonces, ¿todo lo que aquí hay escrito es importante?
Le pregunta al padre.

- Lo que ahí se ha contado, es la historia de nuestros ante pasados, su lucha por la vida, por las tierras, sus alegrías y sus penas y es casi lo mismo que tú ahora puedes ver a lo largo y ancho del gran valle pero con profundidad hacia atrás y lejanía hacia delante, porque en el libro se recoge no sólo el pasado sino el presente y el futuro de cuanto por aquí respira y existe.

La muchacha mira al joven y al padre y ya sólo con su mirada parece decir que aquello y el presente inmediato que ahora mismo viven ellos, es hermoso, que le gusta y le llena, no sólo de paz y gozo profundo, sino de esperanzas y ganas de vivir la vida
- ¿Quién no puede apetecer un paraíso como este donde por no faltar no falta ni el amor ni la abundancia de manantiales ni las tierras repletas de hierba y bosques? Le dice el padre.

Y algo más abajo, por entre la sombra de las encinas que clavan sus raíces en la misma corriente del río, juegan los niños y como en el rebaño los corderos, en la familia, ellos son los que retozan mientras los mayores se afanan en las cosas de cada día y los niños andan por la corriente y al llegar donde ésta se remansa en el charco, se paran y es que el charco les fascina, tan grande, todo azul y tan cristal y, además, ahí recogido entre las sombras de las encinas y frente a la ladera norte con el pueblo dorado en medio y en el espejo de sus aguas, se reflejan las montañas con sus bosques, las cumbres y las nubes blancas y en el mismo centro, destaca el pueblo.
- Es como pura fantasía de juguete que hasta parece viento y ni se puede tocar porque se rompe y se escapa. Dice la hermana.

- Sí que es eso pero, además, qué pequeño y ahí clavado en su roca de siempre que no parece ni pueblo porque tampoco parece que fuera cosa de esta tierra ni magia.
Responde el hermano.
- Y, sin embargo, es nuestro pueblo de siempre que hoy ha venido a bañarse a este charco como si le gustara este rincón y quisiera jugar con nosotros y el agua.

Y en la mañana amable, cuando nadie en el valle lo espera y menos ellos, por lo alto de las tierras del collado, asoman los que vienen de fuera y comienzan a bajar ladera adelante llenos de solemnidad y se acercan al padre y a los jóvenes y como quien tiene el poder y viene dispuestos a que se les respete, junto al padre, se paran y sin ni siquiera saludarlo, el que parece más importante, dice:
- Este es mi ayudante y yo, el que manda.
- ¿Mandar en qué, señor?
Le pregunta el padre desde su humildad de rey.
- Soy el único grande en todo y a partir de ahora van a cambiar mucho las cosas en estas sierras y en este valle.
- ¿Y qué cosas, señor?
Y el gran importante se dirige al joven que sostiene el libro donde están escritas todas las cosas de los tiempos antiguos y de los actuales y le dice:
- Trae ese libro.
- Es que este libro lo conservo con cuidado y no se lo puedo dar a cualquiera porque en él se recogen historias bellas y si se pierde o se rompe es como si de pronto nos quedáramos sin raíces y eso sería malo para nosotros.
Expone el joven.
- Tú trae el libro que encima de lo ya escrito, voy a redactar el plan que traigo para los nuevos tiempos.

- Pero señor, escribir sobre lo viejo es una irresponsabilidad.
- Es que quiero hacerlo ahí para que se sepa que lo antiguo, ya no sirve.

Y como el joven no quiere darle el libro, el gran importante se acerca, se lo arrebata de las manos y pasándolo al ayudante le dice:
- Toma y escribe sobre ese papel el nuevo plan para los nuevos tiempos.
- Pues que quede claro, señor gran importante, que usted ***me acaba de arrancar de las manos y con violencia, nuestro pasado, las raíces de nuestras vidas y nuestra propia identidad e historia.***
- Tonterías, porque eso es como si fuera una profecía y aquí no se trata de añoranzas ni de sueños y de tu libro arrancado con violencia de tus manos, no va a quedar claro nunca porque en ningún sitio se recogerá y lo único que desde ahora empieza a ser válido es mi nuevo proyecto y adelante ayudante.
Y el auxiliar toma el lápiz, también muy grande para que parezca que es serio todo lo que se va a escribir y, mirando al gran importante, le dice:
- Usted dirá qué se pone.
- Que se construirá, en este valle, un gran pantano y las aguas inundarán todas las tierras fértiles con sus huertas, cortijos, caminos y aldeas y para siempre, todo quedará bajo las aguas y se romperán casorios, se destruirán montes, se trazarán nuevos caminos, de por aquí se echará a todo el ganado y a un lado y otro, los bosques ya no serán lo que son porque los habitantes de estas sierras, ya no podrán entrar en ellos ni con sus rebaños ni a cazar y puede que hasta ni para caminar en forma de paseos hermosos y todo esto, a partir de ahora, queda

regulado por decreto ley y allí donde halla un manantial, ya no seguirá llamándose manantial sino fuente porque primero construiremos caminos, luego asientos y pilares, más tarde todas estas sierras las declararemos parque y a partir de esos momentos lo anunciaremos por el mundo entero para que venga de fuera mucha gente, que eso es muy importante.

Y yo ordeno que se construyan hoteles, campings, lagos artificiales y que la gente que hasta hoy trabajaba en las tierras, en sus huertos y en sus ganados, que se dediquen a los nuevos negocios, que estudien en las escuelas taller del pueblo y que luego monte más campings y para estas sierras, desde ahora y de una vez para siempre el sistema de vida tradicional de los serranos, se acabó y muera todo lo antiguo y demos paso a lo moderno con su red de carreteras asfaltadas, luz eléctrica en los pueblos y televisión en abundancia y que mueran también las ferias añejas de ganado y esas costumbres rancias y que los nuevos tiempos traigan discotecas, fiestas con buenos músicos de chocolate y grandes movidas donde corra la cerveza, el vino y viva la fiesta y...

- ¡Viva, señor!

Contesta el escribano.

- Déjate de bromas que esto es serio.

Responde el importante.

Y en fin, que esto es, a grandes rasgos, el nuevo plan que luego poco a poco iremos corrigiendo, retocando o amoldando según vayan las cosas saliendo y nos interese a nosotros y en ello daremos participación a los que quieran.

- Pero señor, según yo entiendo, esto que dice y su ayudante escribe, es una barbaridad que nos va a hacer mucho daño y de una forma irreversible.
- Ya sabemos que algunos no estaréis de acuerdo y que protestaréis pero con el tiempo os cansaréis y por ahora todo se hará tal como ya ha quedado escrito sobre las cosas antiguas de este libro antiguo vuestro.
- Señor, y eso del pantano ¿usted me lo puede explicar más despacio?
- Espera un poco que lo vas a ver con tus propios ojos y con detalle.
- Pero señor importante...

*__ESTOY CANSADO,__ agotado el corazón y sin ánimo ni fuerzas por la monotonía de este respirar mío siempre en el mismo tono y la misma sombra y el mismo viento y la misma visión de la mañana y del agua que pasa y de los recuerdos y de esta casa tan nueva cada día pero tan vieja, tan antigua y tan eterna y tan grande que me pierdo y nunca termino de recorrerla y al mismo tiempo tan pequeña, tan recogida en este barranco y detrás de esta piedra que me arropa a la cual vuelvo, desde aquellos tiempos, y una tarde y otra y a cada hora y a cada segundo y me la encuentro tan distinta y siempre lo mismo, sin techo a todas horas pero con el mismo techo de hace cien siglos y nuevo cada mañana y el rayo de sol que por entre las rocas entra cada tarde y a la misma hora y con el mismo color naranja, oro y desvaído y la misma sombra por el mismo camino y la misma lejanía y el mismo verde del bosque meciéndose con la misma cadenciosa armonía por la mañana, al medio día, por la tarde y por la noche con el ulular del cárabo a todas horas y el vuelo de la lechuza cruzando el campo a la luz

de la luna y ese rocío de plata sobre la hierba fresca en el centro de la noche y las estrellas brillando por donde la luna se derrama y este amanecer de nuevo con el sonido de la misma agua y este corazón mío, ya cansado de tantos días, tantos momentos, tanto soñar contigo y tanto esperarte y tanto no verte y necesitarte a cada hora y verte y besarte y ya no saber qué hacer porque estoy cansado y te espero y te pido que no me arrojes de tu presencia porque me has reducido y la fuerza mía es únicamente tu misericordia y a estas horas del día y de la noche y de los años, a nadie ni nada tengo sobre este suelo sino a Ti y por eso regreso a la gran casa vieja siempre nueva y porque sé que si me soltaras de tu mano, volvería a la nada y te necesito porque no hay más consuelo ni suerte ni amor en mi vida pero estoy cansado.

Y cuando esta mañana tengo el sueño pegado a los ojos y la pereza me agarra desplomándome por el suelo y no hay en mí ganas ni de hablar contigo ni de mirarme ni de mirar a la tierra ni de sentarme ni de levantarme porque estoy cansado y casi sin esperanzas, aunque no es cierto pero sí es cierto, me corre por el alma aquel otro momento de aquella mañana del pastor junto a la fuente del valle y su hacha golpeando sobre el tronco del pino viejo y los golpes retumbando por el barranco y las astillas saltando por los aires y sus hermanos y compañeros, echando una mano y dando ánimo y compañía y luego el tronco del pino por el suelo y más hachazos y más trozos de corteza y las medidas y después al trabajo fino y la paciencia y el dolor por los brazos y el sol que ya quema y la sangre que chorrea por las manos y la fuerza de todos unidos y al final, el tornajo reluciente, grande, perfecto y puesto en su sitio para que el chorro que sale de la fuente, lo vaya llenando y las

cabras que se acercan y beben y lo estrenan y el agua que ya rebosa y el tornajo nuevo del pino viejo, puesto en su fuente y la mañana y ellos que se felicitan y el ganado ya de nuevo llenando la ladera y el sonido de los cencerros y el balar de las ovejas y los corderos que retozan llenando de alegría el campo y ajenos a los caminos y a los que por ellos van subiendo y por el que llega desde el valle, la madre que regresa del pueblo grande y se acerca.

Y ahora, la niña que sale por la esquina de las tres casas viejas de la que ni es aldea ni pueblo ni cortijada grande ni reducida y como ella sí es la hermana pequeña, corre al encuentro de la madre y ahí mismo, junto a la fuente que ya tiene su tornajos y en estos momentos, colmado, la madre que se para al encontrarse con el padre y detiene al burro para que beba agua en el pilón recién fabricado y mientras la niña que se acerca corriendo por la llanura y grita y sonríe y sus pelos rubios se los lleva el viento y en cuanto llega se abraza a la madre y le dice que la quiero y que la ha echado de menos aunque sólo se marchara ayer y hoy, con el nuevo sol de la mañana, vuelva.
- Pero es que te quiero y sin ti no puedo vivir y ¿qué me traes del pueblo?

Dice y pregunta la hermana pequeña abrazada a la madre y se la come a besos y se bebe todo el sol de la mañana y sonríe sin dejar de saltar y sueña y pregunta otra vez y como todo para ella es un juego y pura emoción que se desmorona sin comienzo ni fin porque no sabe ni de la amargura en la monotonía de las horas ni de la dureza de las noches ni del sudor que cuesta conseguir el pan de cada día, otra vez pregunta a la madre:

- Pero qué me traes que quiero verlo.
- Pues mira hija, te traigo una muñeca de trapo, un peine para tu pelo, tres caramelos de azúcar y un espejo para que mires tu cara por la mañana con su sueño.

Y la hermana pequeña, al oír la noticia, salta de alegría y ahora ya la estoy viendo, no en el perfume de la sierra que siempre es el mismo y viejo y de los pinos, la mejorana, el tomillo, el romero y espliego además de aire limpio y el del musgo y el de tierra mojada cuando llueve como es el caso de hoy por las gotas finas que ya están cayendo, sino en el olor nuevo, a perfume hondo, más con sabor a añoranza o quizás a eternidad y que hace que muchas de aquellas cosas siguen aún por aquí con la misma fuerza y fragancia de aquellos días viejos.

Y es la hermana de ojos azules y alma de cascadas que vive en el cortijo, gozo de todo el valle por tanta alegría como en cualquier momento derrama y todos la conocemos porque todos la estamos viendo, a cualquier hora del día, corriendo y jugando por estas llanuras y como resulta excelsamente bello su dulce juego, lo realmente emocionante es cuando la sementera ya está creciendo.

La chiquilla se va por los trigales y su gran gozo, porque estalla como una cascada de alegría, es correr ladera abajo, por la llanura y por el barranco, atravesando la loma y abriendo sus brazos, al tiempo que exhala su alboroto por la boca en forma de risas y de voces y todo el valle se llena de asombro mientras los mayores le regañan por el destrozo de sementeras que siempre lía pero en el fondo a los mayores les gusta, como a mí,

tanto derroche de belleza celestial por el mullido y silencioso trigal de la llanura y el blanco viento.

Y hoy, se me encoge el alma respirar este aire tan cargado de aquel perfume donde todo parece anunciar que, a pesar del tiempo, casi nada ha muerto porque sigo sintiendo que una alegría como la de aquella niña no puede ser sino un trozo de eternidad que en un amanecer, rozó con brevedad estos llanos dejando un perfume nuevo, que no se extingue nunca aunque tanto halla muerto.

Y esta otra mañana, donde sigo parado y quieto, la hermana pequeña, al oír la noticia que le anuncia la madre, salta de alegría y corre y ya quiere tocar su muñeca de trapo y jugar y vestirla toda de azul con la tela que también le trae la madre para hacerle el vestido que le prometió hace tiempo.

- Pero hija, no tengas tanta prisa que en cuanto estemos en la casa y descargamos el burro, tendrás tus regalos y el pañuelo.

Y el padre que se acerca y la sube en el burro y despide a la madre y mientras él sigue con su ganado que ya se va por la ladera de enfrente, la madre con su burro y su niña que recorren el trozo de senda y llegan a la noguera y rodean la esquina y las paredes de piedra y luego ya están en la casa y amarran el burro en la puerta y en estos momentos que sale la otra hermana, la mediana y al ver a la madre, la besa y seca sus lágrimas de los ojos y le dice:

- Yo no sé cómo ha pasado pero la abuela fue a por leña y cuando volvió venía cansada, mala y hasta llorando.

Y la madre que corriendo entra y sobre el camastro de monte, ve que la abuela, la reina del valle y la hermosa entre las flores, está lacia encima de la cama y, como yo esta mañana, dice que ya no tiene más ganas de vivir porque las fuerzas les fallan y no tiene ánimo para mantener la lucha sin saber hasta cuándo ni de qué manera y como estoy a su lado, cojo su cara y la pongo sobre mi pecho y al acariciar sus pelos blancos, le digo:
- ¡Pero abuela!
Y ella descansa serena y respira con calma el aire que Tú le regalas y con las miradas perdidas por el horizonte blanco de la sierra allá a lo lejos, me dice:
- ¡Pero hijo! Estoy cansada, agotado el corazón y sin ánimo ni fuerzas para la monotonía de este respirar mío y aunque quizá tú no lo entiendas pero si ahora me quitan la tierra y me derriban la casa donde siempre he vivido ¿para qué quiero seguir con vida?

Y del todo no pero un poco yo sí lo entiendo porque a la abuela la quiero tanto como a la vida mía y sé que ella no llora cuando no tiene que llorar y como lo sabe la madre y también tiene un corazón grande y tierno, me pregunta:
- Y tú que estuviste por ahí ¿qué fue lo que viste y qué es lo que dices?
- Yo que estuve por ahí, primero con los hippies, hace ya unas semanas y luego con el pastor rey, hace unos días y por fin solo, hace sólo tres horas, digo que me asomé al borde del cerrillo y miré por el barranco y vi que el camino subía por la hondonada emergiendo del río y venía buscando la iglesia.

Subía al arroyo primero y ella venía por él y como por allí aquello era ladera, ella subía con bastante

dificultad, como si no pudiera con la carga del haz de leña seca para la lumbre en esta casa y cruzó unas rocas y como el camino daba una curva no veía bien lo que en la otra pequeña hondonada se iba a encontrar y en la otra hondonada, en cuanto remontó el puntalillo, vio que estaban ellos, bueno, ellos más que estar, bajaban por el camino, no se sabía hacia dónde pero era igual porque recorrían estos terrenos para vigilar o algo parecido porque desde hace tiempo se sienten dueños y por eso ella los temió y nada más verlos, se echó a temblar.

“Seguro que en cuanto me los cruce me quitarán la leña y me preguntarán, primero que de dónde vengo y les diré que ya lo están viendo, del campo de recoger unas ramas secas para la lumbre y me dirán que si no sé que está prohibido recoger leña porque ahora los bosques ya tienen dueños y les diré que lo entiendo pero que en mi casa tenemos frío y necesitamos la leña no sólo para calentarnos sino para hacer la comida y medio poder vivir y me dirán que a ellos les da igual, lo ordenado es lo ordenado y si no se cumple, se castigará a quien infrinja la ley”.

- ¿Ni siquiera con una pobre anciana como yo por respeto a los años y por compasión con mi pobreza y pequeñez, podéis tener una poca de bondad?
- Es que si hoy la tenemos contigo, mañana habrá que practicarla con otro y luego con otro y así de este modo ¿dime tú cómo podremos ejercer la autoridad?
- Mirad que somos pequeños, pobres y carecemos hasta de libertad para andar por estos campos y de palabras para decir lo que sentimos. ¿Por qué os ensañáis de este modo con los humildes del valle?

- Donde manda el que, manda, no podemos decidir lo contrario.
- ¿Y no será que en el fondo tenéis necesidad de pisar para sentiros fuertes?

Toda esta tragedia corría por el alma de ella mientras ya comenzaba a bajar para el segundo arroyuelo donde se los encontró y ellos la reconocieron, ella los saludó y encorvada tal como venía con su haz de leña a cuestas, siguió el camino y se acercó a la cristalina fuente y en la fuente su perro se puso a beber agua y al verlo ella se dijo que en el borde de la pila se podía parar a descansar como otras veces pero ellos estaban todavía por allí cerca y si se paraba seguro que entonces sí vendrían a quitarle el haz de leña y así que siguió, dando una voz para llamar al perro que trotó y enseguida se puso delante.

"Ahora ya el camino se mete en la ladera y por ahí se queda oculto entre los trigales y ya dejarán de mirarme y ya estoy segura de librarme de ellos por esta vez y en cuanto llegue a la iglesia voy a entrar a darle gracias a Dios por haberme defendido otra vez más de estas personas. **Gracias Señor y protégeme que refugio en ti, porque mi vida y mi suerte están en tus manos".**

Y esto es lo que ella venía meditando en su corazón para rezar ante el sagrario cuando llegara y yo la vi como se quedó perdida, toda encorvada y con su haz de laña a cuestas, por entre los altos y dorados trigos de la ladera y durante un rato estuve esperando a ver si salía por la parte de arriba, por donde el camino remonta y surge el barranco como en una fantasía de luz y luego se

viene derecho a la iglesia pero no la vi salir y me acerqué a la iglesia y noté que respiraba silencio, paz y belleza.

Y ella, cuando terminó de salir, cuando volví a verla saliendo de aquel trigal de espigas doradas con su haz de leña acuesta y encorvada, se vino buscando la iglesia y ahí los vio a ellos, sentados sobre las piedras de las ruinas y los saludó de nuevo y entonces uno le dijo:
- No creas que lo hacemos para dañarte, para castigarte porque has infringido la ley que lo hacemos por tu bien y el de los que aquí en esta aldea habéis vivido desde siempre.
- ¿Pero qué habéis hecho con mi iglesia?
- En el fondo no queríamos pero no quedaba otro remedio.

La iglesia, ella la vio y yo también, estaba aquí y preciosa, con un hermoso arco de sillería, tres grandes piedras que suben, otras tres a los lados y una en el centro y no tiene puerta ni techo pero todavía se ven trozos de vigas en la pared del fondo y se adivina donde estuvo el sagrario y por entre la poca hierba que ya empieza a brotar, se ve el suelo de cemento y también se ven los trozos de tejas que se desmoronan.

Y a la derecha según se entra, la puerta la sacristía y los escalones del altar y mirando desde dentro, al fondo se ve la fachada donde estuvo la campana en forma de una gran ventana y otro hueco más pequeño abajo y la puerta que, además del arco de piedra por arriba la sujetan unas vigas de madera de pino y a la entrada, su escalón con las dos piedras grandes que trajeron y luego el rellano empedrado.

- Vosotros sois malas personas.
Le dijo ella parada frente a lo que quedaba de la iglesia.
- ¿Por qué piensas eso?
- Lo que acabáis de hacer con mi pueblo y con la iglesia de mi pueblo, no se hace porque ya veis que soy una pobre anciana que no tiene más riqueza en este suelo que la pequeña casa de piedra que me habéis roto, un trozo de huerto donde siembro los tomates y este rincón sagrado donde vengo a rezar a mi Dios.
- Es necesario que os vayáis de aquí por muchas cosas. ¿Para qué queréis una iglesia si ya no la vais a usar? Y de todos modos, nosotros cumplimos órdenes. ¿Por qué dices que no somos buenos?

- No se puede romper lo que vosotros estáis rompiendo y menos aún del modo en que lo hacéis y por eso pienso y digo que no sois buenos y lo que habéis hecho con mi iglesia no se hace y le decís al importante de mi parte que no tiene corazón y que obra mal porque machaca a los pobres casi por puro placer o para sentirse fuertes y lo único que le interesa es que su proyecto salga adelante y ello, en nombre del bien común y de ayudar a la gente pero en el fondo, y esto se lo decís también, es un egoísta y un soberbio que no permite que un pequeñuelo ponga en duda sus decisiones y que un día las cosas serán de otro modo y que entonces se verá que lo suyo fue un puro capricho personal para realizar su ambición y esto se le decís también y que al otro lado del tiempo, nos encontraremos, más tarde o más temprano, y que en aquel reino ya no tendrá poder sobre nadie y que si se mata a hombres, se mata a hijos y Dios queda afectado.

Después de estas palabras ella se fue por detrás de la iglesia y mientras pasaba, cerca de las zarzas que empezaban a crecer por donde estuvo la sacristía, volvió a repetir su oración: “Piedad de mí, Señor, que me refugio en Ti, porque mi vida y mi suerte están en tus manos. Y mi fuerza es únicamente tu misericordia”. Y luego la vi alejarse por entre las ruinas de las piedras y después me vine con ella a esta casa nuestra.

Y sigo recordando a la madre, ahora besando dulce a la abuela y limpiándole las lágrimas y luego que la besa otra vez, la acaricia y la acuesta y me pide que me queda a su lado y también a la hermana pequeña y mientras va cayendo el día, le preguntamos y le pedimos que nos cuente algo de cuando su juventud y entonces habla y nos dice que:

- Al viejo roble del camino, una hermosa pareja de torcaces que revoloteaban por los bosques de la ladera y llenaban de arrullos los barrancos, todos los años venían para hacer sus nidos.

Detrás del cortijo de monte claro y mirando al sur, hay una ladera tupida de árboles pequeños y grandes con ramas recias en forma de un cielo de nubes donde el musgo crecía con tanta abundancia y tan largo, que las ramas se fundían con él dando la impresión de que el mismo tronco era tan frondoso como las copas redondas.

Cuando todavía no había llegado la guerra y a pena conocía este suelo y todo lo que para mí existía, eran aquellos campos con su sol, sus nubes, sus ríos y sus montañas, en los días de lluvia oscuros y en aquella ladera, pasaba largos ratos viendo temblar, en las hojas, las gotas del rocío blanco y me divertían los

pequeños arroyuelos bajando por los troncos de los árboles y saltando por las piedras, las lastras y la hierba y nunca allí había otro ruido sino el de la lluvia y el viento y en ocasiones, ni siquiera éste y sí el cielo azul y la ladera con su asombrosa visión verde y tranquila.

Y al llegar la primavera, todo los años ocurría un fenómeno que me llenaba de ilusión y me divertía hermosamente porque aparecían en el cielo cuatro o cinco palomas torcaces y al poco se llenaban los montes y los cerros junto al río y los robles de las umbrías y los pinos de la llanura y la espesura frondosa de la gran ladera y en mis largos paseos, llenos de paz, juegos y sueños, al ponerse el sol, subía hasta la espesura verde y siempre me las encontraba paradas en las ramas con las alas huecas o la cabeza entre las plumas y algunas dormían en el mismo tronco y con mis manos podía cogerlas y al verme, nunca se espantaban sino que se estaban quietas que las acariciara y que las pusiera en mis manos o simplemente que las cambiara de una rama otra.

Y aquél juego era delicioso y nunca me pareció ni extraño ni raro y por eso mi alma de niña lo veía como lo más normal del mundo e igual de y simple que la hierba y el rocío por el campo y las flores titilando en los montes al rayar el día y mis pequeños ojos se embelesaban tanto que se dormían y se derramaban dulces descubriendo la belleza de aquellas aves.

Pasaron los años y me hice mayor y las palomas cada primavera acudían al oscuro bosque llenándome de gozo horas y tardes, con sus vuelos y sus arrullos y después de casarme y cuando ya el niño andaba, mil

veces subía al vergel de la ladera para jugar con ellas y en medio del imponente silencio.

Pero al estallar la guerra, me vine de aquellos campos y años después volví a ellos varias veces y entre otras muchas cosas, de lo que más me acordaba era del bosque verde y las bandadas de palomas y en mi alma, siempre que me acercaba al rincón, no deseaba otra cosa sino volver de nuevo a tener en mis manos y acariciar con mis dedos las palomas de mis juegos de niña y ocurrió que ni una tarde más pude gozar del espectáculo que tanto me había divertido años atrás

Ahora ya de mayor, antes de llegar al rincón ellas me descubrían y asustadas, remontaban vuelo cielo adelante hasta las nubes y luego se iban a lo más alto de la colina y aquello me daba pena.

Siempre las recordaba en mi corazón como a mis mejores amigas pero ellas, al verme ahora, me huían y se asustaban de mí y no me reconocían ni se fiaban de mis intenciones ¿Qué era lo que se había roto y por qué se habían tornado tan ariscas? En la guerra y después de ella, muchos hombres recorrieron aquellos campos con escopetas y lazos cazando lo que encontraban y allí mismo, junto al río, encendían lumbres y en sus brasas asaban las carnes de las palomas y ahora, cuando yo volví al rincón de mis juegos, deseaba que las palomas, al verme, se estuvieran quietas y se dejaran acariciar como en los tiempos pasados pero ahora parecía como si este rincón se riera de mí y cada vez que me acercaba a él, antes de llegar, las palomas se iban y hasta los árboles estaban menos verdes, tenían los troncos más pelados y las ramas más lejos del suelo.

Y la abuela guarde silencio pero la hermana pequeña que la está mirando, enseguida le pregunta:
- ¿Y por qué te huían si eras su amiga?
- La única explicación que he encontrado es que yo también había perdido mi inocencia primitiva y hasta la naturaleza ahora lo sabía y me lo echaba en cara negándome lo mejor, lo más dulce, lo más elevado de ella misma.
- ¿Y cuál es el camino de retorno para volver otra ver a la limpieza del alma?
Le pregunta el hermano
- Estoy convencida que todas las guerras, todos los odios, todos los conflictos, todos los amores, dolores y gozos del mundo, no están en ningún otro lugar sino dentro del corazón y por aquí tendríamos que empezar a poner las cosas en paz así que decidme, si "levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?
- El auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra". Responden los sobrinos.

Y el hermano ahora dice:
- Pero abuela, tú aquella tarde estabas sentada en tu pequeña silla de aneas, tomando el fresco situada frente al barranco del gran salto del río por donde se perdían tus miradas y también se te iban por allí tus pensamientos y como tus recuerdos son muchos, a pesar de que tu mundo esté contenido en este pequeño puñado de tierra, te sentías triste. ¿Por qué?
- Porque la fuente que junto a la roca de la cañada, brota y tiene el agua tan fresquita y limpia, ya no volvería a verla más ni iría más por allí con mi azada acuestas para volcar el agua del manantial en la reguera.

Ya no volcaría esta reguera para que el agua que baja del manantial entre en el bancal de los pimientos verdes ni vería como la tierra se va empapando con ese agua limpia y fresca del manantial y deja por completo bañada de vida las matas de las calabazas ni vería más como los tomates primero abren sus flores pequeñitas, luego aparece el fruto redondo y día a día se va poniendo gordo hasta que al final, una mañana, ya se torna colorado justo cuando el agua del manantial moja la tierra del surco ni me sentaría más sobre la piedra blanca que al comienzo de las tierras de la huerta parece que alguien puso expresamente para que mientras el hortal se riega, yo lo contemplara en silencio sentada en mi peñasco.

- Como si fueras una reina.
Te decía el nieto.
- Reina sin trono y bañada de sudores bajo el sol que cada día tuesta esta solana. ¡Vaya reina que soy yo! Toda mi vida respirando soledad en estos montes y saltando las riscas tras las cabras.
Respondías tú.
- Pero abuela, tú me has dicho a mí que no te vas a ir nunca de estas tierras.
- Lo que no quiero es que me arranque a la fuerza y es verdad que mi vida se ha ido quedando enganchada en trozos por cada uno de los arroyos que de estas laderas descuelgan y es verdad que he vivido muchas penas y sufrimientos pero quizá por eso, la tierra se me ha metido dentro y ahora es doloroso dejarla. A donde quiera que en este momento me lleven me sentiré extranjera, porque desde que respiro, la tierra que he pisado, es la de esta solana.

- Abuela, y aquello que me dijiste del río helado ¿cómo fue?
- De qué manera fue, yo no lo sé, lo que sí puedo decirte es que lo vi helado y fue una mañana temprano de un mes de enero.
- Pero tú explícame, porque eso sería un espectáculo.
- Ya te digo que fue por la mañana antes de que el sol asomaras por las cumbres y unos días antes había nevado mucho y aquella noche se quedó el cielo sin nubes y bajó tanto la temperatura que aquella noche se helaron todos los charcos de este manantial, la corriente del arroyo, la gran cascada que este arroyo tiene antes de juntarse con el río y hasta el río mismo.

Aquello no había ocurrido nunca por aquí o por lo menos, yo no lo había visto nunca ni tampoco lo he visto después y fue el día más frío que he conocido en toda mi vida y bajamos por la senda que lleva hasta el río y cuando ya íbamos asomando al despeñadero nos quedamos extrañados. "¡Qué raro, no se oye la corriente del río!" Me dijo mi padre y era verdad, no se oía la corriente del río, cuando siempre, al llegar al despeñadero, lo primero que se oye y sirve para indicarte que ya queda poco, es la corriente despeñándose. "Tienes razón, no se oye. ¿Qué habrá pasado? Porque en una sola noche el río no se puede secar". Le contesté yo. "¡Cómo se va a secar el río y precisamente ahora con tanta nieve como hay sobre las cumbres!" Me decía él.

"Pero si no se oye ¿por qué será?" Le seguía preguntando yo. "En cuanto lleguemos a lo hondo lo sabremos". Me dijo él y a partir de aquel momento bajamos mucho más aprisa que otras veces porque la emoción nos empujaba y queríamos saber qué le había

pasado al río y claro, como aquella mañana la nieve estaba helada en el camino, el vientecillo que desde lo hondo del barranco subía, te cortaba la cara y las manos de tan frío. Mucho frío he pasado yo en mi vida sobre las tierras de estas laderas pero como el que aquella mañana subía por el barranco no recuerdo otro y al respirar, el vaho del aliento se te quedaba helado en la comisura de los labios y de las hojas de las madroñeras, las gotas de agua de la nieve al derretirse, colgaban heladas y puro hielo eran todos los charcos y el camino mismo todo estaba recubierto de una gruesa capa de escarcha transparente y a cada paso los pies se te iban y si no salías rodando era porque te ibas agarrabas a las ramas de los romeros.

- Pero cuando llegasteis al río ¿qué visteis?
- Cuando llegamos a la corriente vimos que el gran charco azul que el río remansa para recoger dos o tres manantiales, estaba helado y toda la superficie blanca y convertida en un puro cristal.
- Pues las truchas que en este charco siempre he visto, se habrán muerto.
Le dije yo a mi padre cuando vi el río convertido en hielo.
- No se han muerto porque del agua sólo se ha helado una capa gruesa que cubre la superficie y por debajo, sigue corriendo.
- Pero si no se oye.
- Pero el río siguen corriendo y las truchas nadando.
- ¡Pues parece mentira!

Y parecía mentira los grandes chuzos transparente colgando de las rocas y algunos eran puras columnas trabadas en los despeñaderos de la cerrada y de la cascada antes de la cerrada y otros eran columnas y

catedrales rellenando los huecos de las rocas y uniéndose con los charcos de las pozas y las ramas de los enebros y los tallos de los juncos eran manojos de chuzos colgando y hasta las primaveras, que algunas ya habían nacido, formaban estrellas brillantes aplastadas en los salientes de las piedras.

Y aquello era de ensueño y para verlo y gozarlo despacio sin tocarlo por lo frío que aquel hielo estaba y lo frágil de cada una de las figuras y tan delicadamente bonita estaba la mañana adornado el río que hasta tenías miedo pasar por la senda no se fuera a romper tanta belleza.

- Es que parece puro juguete.

Le seguía yo diciendo a mi padre.

- Como si esta noche, el mejor de todos los artistas hubiera venido y por puro gozo, como si de un juego se tratara, se hubiera entretenido en tallar la más hermosa obra de arte.

Me decía él.

- Y le ha salido tan perfecta que ningún otro artista es capaz de mejorarla y lo que me pregunto es ¿para quién ha tallado tanta delicadeza?

- Sólo para él y quizá un poco para nosotros porque nos quiere.

Y en aquello tenía razón mi padre porque por el camino que entonces subía por el río, sólo pasaban los serranos y estos de tarde en tarde y los serranos aquel día tenían para ellos solos un museo mucho mayor que las paredes de la cerrada y desde arriba, desde las rocas de las cumbres altas, por todas las cascadas y salientes, caían los chuzos blancos y se despeñaban las cortinas de hielo y como si de pronto la creación entera se hubiera

convertido en figuras extrañas que caprichosas se mecían en el vacío para adornar a las montañas y como un gran museo que se abría y se mostraba a sí mismo en una lucha silenciosa de lucir la mejor joya en cada rinconcito de las rocas, las laderas y los barrancos.

Cuando llegamos al charco, no pude resistir la tentación de coger piedras y tirarlas sobre él pero al contrario de otras veces, las piedras no se hundían sino que al caer rebotaba y luego salían resbalando superficie adelante hasta chocar con las rocas de la orilla y tanto frío hacía aquella mañana, que la piedra que tiraba enseguida se quedaba fundida con el hielo que el río mostraba en la superficie de mi charco azul y me quedé allí parada y como era tan delicado lo que en el charco se veía aquella mañana, me olvidé que teníamos que seguir.
- Porque tú conocías ese charco desde pequeña ¿verdad abuela?
- Desde muy pequeña.

Y hasta recuerdo yo cuando mi padre me lleva a él para que viera las nutrias nadar y nos sentábamos en la piedra gruesa y al poco de estar allí los animales salían de su agua y oteaban un poco el horizonte y luego saltaban a las rocas y desde ellas se tiraban otra ve al charco y como era tan alegre el juego suyo y el agua brillaba con tanta transparencia, al charco, detrás de ellas me iba yo.
- Pero espera chiquilla, que te vas ahogar.
Me decía mi padre y se bajaba él también de su roca y me ayuda a cruzar la corriente y el charco, en unas de las orillas, siempre tuvo un puñado de arena que servía como de playa y por allí, primero me levantaba por los aires, me daba una vuelta alrededor de él como si a lo grande

quiera tirarme a lo hondo del charco y luego me sujetaba con mucho cuidado.

Poco a poco iba metiendo los pies en el agua mientras todavía seguía subida en las piedras de la orilla y cuando ya me sentía animada plenamente, toda yo entera me zambullía en el agua y fría, como el hielo, estaba siempre el agua del charco azul pero como era tan alegre, como era tan cristalina y de ella manaba tanta belleza, yo me volvía loca y por un lado temblaba de frío pero por otro, la ilusión se me iba detrás de aquellas olas y la espuma blanca de la cascada al romperse y como si en un sólo bocado o un pequeño abrazo deseara comerme todo el charco, su corriente y las piedrecicas blancas que en el fondo bailaban.

- Ahora ven que te voy a enseñar otra fantasía.
Me decía mi padre y me sacaba de las aguas y frente al sol, sobre la roca pulida, me sentaba mirando a las cumbres y entonces me decía:
- ¿Tú ves aquel picacho de rocas blancas que sale por entre las nubes?
Con el dedo me señalaba a las cumbres que tú sabes.
- Sí que lo veo, padre. ¿Qué le pasa a esa montaña grande?
- ¿A que ahora mismo te gustaría una cosa?
- Por gustarme me gustaría estar en lo alto de aquella cumbre.
- Es lo que siempre me pasa a mí.
- ¿Y qué es lo que sucede?
- Sucede que en más de una ocasión me hubiera gustado ser ave para volar desde lo hondo del barranco de este río y plantarme en la cima de ese monte que nos corona.
- ¿Y eso podrá suceder?

- Es lo que quería que supieras: quizá pase mucho tiempo antes de que sea verdad pero un día, tú vendrás a este charco, te sentarás en esta misma playa de arena suave, mirarás a las rocas blancas que en la cumbre hay y entonces te dirás: “Quiero extender mis brazos, surcar el aire, atravesar los barrancos y al abrir los ojos, encontrarme en lo alto de ese monte”. Y como en un sueño, ese deseo, se hará real.
- ¿Y eso cómo será, padre?
- Yo lo intuyo y casi lo veo con claridad pero decirte de qué modo y será, ya no puedo. Será, porque así lo siento y eso es lo que importa.
- ¿Pues sabes que te digo?
- ¿Qué me dices?
- Que aunque esa realidad esté muy lejos y parezca sueño, será bonita y ya me siento como si en este mismo momento volara al encuentro de las rocas y las nubes blancas que por allí se ven.
- Pues tal como ahora lo sientes, un día será todo y suave como un sueño, repleto de vientos perfumados y coronado el monte de tantas nubes blancas como ahora vemos y será eso: un juego sostenido en los paisajes del sueño y contenido en el viento, la luz y el perfume de estos barrancos.

- Y de aquellos años de niña ¿qué otras cosas recuerdas?
Sigue preguntando la hermana.
- Ya te he dicho que recuerdo mil momentos y como me lo preguntas, entre todos, hay uno que parece que lo estoy viendo ¿Quieres oírlo?
- Queremos oírlo.

- Pues era un día de espléndido sol, allá por el mes de septiembre y desde la aldea me fui por el camino que baja al arroyo y en lo hondo del valle, me encuentro con el que viene cruzando la llanura de la parte alta del collado y cruzo por ahí el cauce y en lugar de irme por el camino que busca el arroyo grande, me meto por el que sigue para abajo y se encuentra con el río después de la gran curva que la senda traza para salvar el cerro.

Bajo por el lado del río y cuando llego a la segunda división, a la derecha, tampoco me vengo por aquí, sino que sigo río adelante, por el gran camino y un poco antes de los terrenos de la aldea de la solana, dejo el camino y a la izquierda, me vengo al huerto y en los hortales de “regerío” quería yo regar un bancal de tomates y de paso coger un buen cesto de los que ya estuvieran maduros.

Pero aquella mañana, cuando bajaba por el camino del río, en el lugar donde la corriente se ensancha formando el vado pequeño, me encuentra con algo que nunca antes había visto por allí: un grupo de jóvenes que al parecer estaban de excursión y aquella noche habían montado su campamento junto al río y eran unas cuantas tiendas que se esparcían por las tierras llanas junto a la corriente y el grupo sería entre doce o catorce muchachos jóvenes y el que mandaba.

Al ver tanta gente joven por el lugar y pensar que todos eran de la ciudad y que venían de colegios importantes donde sólo estudian los de mucho dinero, me dio un poco de corte encontrarme con ellos y agaché la cabeza, seguí mi camino y al pasar junto al grupo, los saludo.

- ¡Oye muchacha!

Me dice el que manda y yo, que era una muchacha pero que nunca en mi vida me habían llamado así sino “zagala” y menos un grupo de extranjeros, me ruborizo un poco y me paro frente al que me llama.
- Somos un grupo de entusiastas por la montaña que hemos venido de excursión por estas tierras, de las que tanto hemos oído hablar y ya teníamos ganas de conocer pero resulta que ahora queremos ir a un pueblo para comprar cosas y coger el autobús y creemos que vamos por el buen camino pero antes de seguir, ya que te hemos visto a ti, preguntamos: ¿Tú sabes si por aquí se va bien?

Les digo que sí, que el camino va a un pueblo muy bonito, pasando antes por unas llanuras muy grandes que están repletas de muchos cortijos pero que tendrán que andar mucho.
- Con estos muchachos que yo llevo, no sé si podremos llegar a donde dices y puente para cruzar el río ¿por dónde hay?
- Este río, en estas fechas y con la poca agua que trae, lo cruza cualquiera saltando de piedra en piedra.
- Dirás eso de bromas ¿verdad?
- No lo digo de guasa porque lo cruzo todos los días por cualquier sitio de estos y nunca me pasó nada.
- Pero si con el agua que lleva es lo más peligroso del mundo.
- Usted sí estará de chiste conmigo, porque con lo buen hombre que yo le veo, no me puedo creer que le tenga miedo a la corriente porque agua, cuando llega el invierno pero ahora, lo que por aquí baja, es nada.

Y mientras pronuncio estas palabras miro a la gente del grupo y veo que todos están vestidos tipo militar y son jóvenes fuertes, al menos en apariencia. “¿Cómo es

posible que no se atrevan a cruzar este río siendo tan corpulentos muchachos?" me digo para mí y los despido y sigo mi camino hasta la huerta y cuando llego me pongo a regar los tomates y estaba en plena faena, con la azada en la mano y los pies llenos de barro, cuando oigo los gritos:
- ¡Muchacha, muchacha! Ven por favor, que perdemos la tienda.
Alzó mi cabeza y veo frente a mí al jefe corpulento y el que, en apariencia, parecía comerse al compañero y al mundo entero si se encartaba.

- ¿Qué le pasa a usted?
Le pregunto.
- Los chavales que se han puesto a cruzar el río por unas piedras y como son tan tontos, no se les ha ocurrido otra cosa que cargarse sobre los hombros la mejor tienda que tenemos y para pasar más cómodamente, la han puesto encima de unas piedras en el centro de la corriente y al saltar el segundo, ha tropezado con el saco y se ha caído a la corriente e inmediatamente el agua se ha llevado la tienda río abajo y ahora ninguno es capaz de meterse a por ella.
- ¿Y usted que es el jefe?
- Yo no puedo mojarme y, además, si han sido ellos los que la han tirado, que se las arreglen como puedan y que la salven pero lo que les pasa, es que tienen miedo de meterse en la corriente porque dicen que el agua los puede arrastrar río abajo y es que son unos "mataos", unos cobardes y unos inútiles.
- Modérese usted joven un poco, que los jefes deben dar ejemplo para que los demás aprendan pero en fin ¿qué quiere que haga yo?

- Que vengas porque si no me quedaré sin tienda ya que ellos no me preocupan tanto y es la mejor tienda que tengo y, además, fue un regalo que me trajeron del extranjero y me ha dado una pena que por pocas me muero cuando la he visto dando tumbos río abajo.
- Por ir yo voy ahora mismo con usted pero fíjese que soy una muchacha y ustedes son hombres que se suponen duros y expertos en las briegas y dificultades de la montaña y meterse en el río y coger una tienda que se la lleva el agua no es ni tan peligroso ni tan difícil.
- Eso es lo que tú dices desde aquí pero ven y verás como asusta la corriente tan tremenda que baja por ahí y la tienda se ha ido al fondo por completo y se le ve dando tumbos aguas abajo y a ver ¿quién se mete en esa corriente, con tanta fuerza como lleva y tantas piedras como hay, y se agacha luego a coger la tienda?

Y dejé mis tomates, crucé la llanura en compañía del extraño jefe y me fui derecha al río.
- Es por este lado por donde se ha caído.
Me decía él.
- Pero la voy a esperar más abajo.
Le decía yo.
- ¿Y eso por qué?
- Porque ahí el río es más ancho y las aguas se serenan y en cuanto la vea venir me meteré en las aguas y la cogeré.
- ¿Pero tan fácil es?
- Ya lo verá usted.
- ¿Puedo llamar a los muchachos para que vean tu hazaña?
- Usted llame a quien quiera y haga lo que quiera pero yo le digo que esto no es ninguna hazaña ni tiene nada de asombroso.

- De todos modos los voy a llamar.

Y el jefe se pone a dar voces para que los montañeros vengan.
- Venid corriendo que vais a ver a una muchacha valiente.
Los jóvenes se pusieron a correr río abajo y aquello parecía todo un circo de tantas voces y carreras como daban y llegaron al vado y en fila se pusieron frente a las aguas y algunos hasta sacaron libretas para escribir lo que estaban a punto de ver y en mi vida he pasado tanta vergüenza como en aquel momento observada por aquel grupo de muchachos de ciudad y no sólo vergüenza sino indignación sentí y estuve a punto de irme y dejar que el río se llevara la tienda y que ellos se las arreglaran como pudieran pero por amor propio y no por demostrar a aquella gente nada, me quedé a esperar que la corriente me trajera la tienda.

Me puse frente a las aguas del río y tal como lo había pensado, enseguida vi un saco grande y verde, bajar dando tumbos.
- ¡Mirad, por allí viene!
Gritaron casi a coro toda la tropa al tiempo que señalaban al río y me miraban a mí y yo, me olvidé de ellos porque aunque sólo llevaba unos minutos en su compañía, ya estaba más que harta y tanto que si en aquel momento hubiera podido, los hubiera cogido uno a uno o a todos juntos con su jefe y de cabeza los hubiera tirado al río para perderlos de vista y no oírlos más.

Pero me hice valiente, me fui derecha al agua y sin quitarme ni el calzado ni la ropa, me metí en el centro, me puse delante de la tienda que venía dando tumbos río abajo y cuando el saco tropezó con mis pies, sólo tuvo

que agacharme, cogerlo, alzarlo para arriba, caminar de nuevo por las aguas que no me llegaban ni a la cintura y en cuanto alcancé la orilla, dejé caer la tienda allí mismo y me sacudí las manos y un gran aplauso surgió del grupo al tiempo que también muchas exclamaciones.
- ¡Bravo!
- ¡Qué valiente!
- Y sin quitarse ni el calzado ni la ropa.
- ¡Con qué serenidad y maestría!
- ¡Si parece imposible!
- ¿Y cómo lo consigues?
Me preguntaba el jefe.
- Pero señor, si esto es lo más sencillo del mundo y cualquiera puede hacerlo con los ojos cerrados.
- Eso lo dices porque tú eres la valiente, yo se lo contaré a todo el mundo, porque lo que tú has hecho es asombroso.

Y me fui y los dejé solos junto al río porque tenía que terminar con la faena de la huerta y todavía ellos siguieron aplaudiéndome mientras subía por la ladera y nunca luego en mi vida, he podido olvidar al grupo de montañeros de papel.

- ¡Hay qué ver!
Exclama la hermana, que ahora besa a la abuela y le pregunta:
- ¿Y aquello que tú nos decías del alma?
- Reflejo puro que es de Dios o más bien palacio donde Él vive y ya os podéis imaginar cómo será esa casa cuyos trozos de fuentes, espejos, jardines y lagos, por estos valles, cumbres y collados, nos rodean cada mañana y no sé pero bastantes veces he soñado con la loma de las rocas blancas.

- Es que abuela, desde tanto tiempo has jugado tanto por sus laderas, que eres tú trozo de ella o ella está en tu corazón tallada.
- Y uno de aquellos días fue lo más bonito y dulce que imaginar puede persona humana porque toda esta montaña seguía siendo pero en lugar de calizas como es en la realidad, era como de granito fino muy blando y si la tocabas un poco con un palo o con la mano, se desmoronaba.

Y aquella mañana, venía yo con mi padre y quería coger un rubí para mí y otro para él y no te creas que era un rubí cualquiera sino el mayor, rojo, grande y bien formado para mi padre y para mí, uno más grande y bello todavía. ¿Tú sabes cómo son los rubíes al natural?
Le pregunté yo al que para mí lo sabía todo.
- Es una variedad del mineral corindón de color rojo o rojo púrpura con sistema cristalino triangular y brillo vítreo adamantino.
- ¿Pueden darse por las rocas de estas montañas?
- La mayoría de las rocas de estas sierras son calizas detríticas que están constituidas por fósiles fragmentados o por calizas fragmentadas únicamente y posteriormente, cementadas y hay margas grisáceas y lutitas que en superficie tienen color de alteración blancas y casi todas ellas contienen “Agal ball”, estructuras de algas en forma de bolas o nódulos y por lo tanto, parece que no es tierra esta de rubíes, puesto que el origen y yacimiento de estas piedras preciosas se da en los mármoles, en las rocas metamórficas y originadas a temperaturas y presiones muy elevadas.
- Algo de esto sabía yo pero alguien me dijo un día que en cantidades pequeñas sí hay por aquí mineral de rubí.

- Eso también es verdad y ya te he dicho que el mineral del rubí es el corindón y por estas zonas hay algo, aunque sea poco.

Pues la otra, noche yo iba andando y al llegar a esta loma que llamo losal y tú dices es un pliegue redondeado, me paro y veo como un corte en las rocas y me acerco porque llevo varios días buscando un rubí y justo ahora, cuando veo que esta roca se desmorona como si fuera arena apelmazada, me pongo a escarbar con el palo y la arena cae con mucha facilidad y esto me anima a seguir.

No llevo dos minutos deshaciendo roca cuando veo el primero y es una piedra roja en forma de pequeña pirámide cortada a plano por abajo y muchas caras, todas brillantes, hacia la cúspide.
- ¿Qué es eso?
Me pregunta mi padre que se acerca.
- Es un rubí y por fin lo he encontrado.
Lo coge en sus manos y lo mira y lo remira y como le gusta, me lo pide.
- Es que yo también lo quiero y ya sabes el tiempo que llevo soñando en tener un rubí en mis manos.
- Pero bien podrías hacerme un regalo tú que me quieres tanto.

Y como es verdad que lo quiero mucho porque mi padre siempre ha sido la persona más buena del mundo para mí, le digo que sí, que se lo regalo.
- Seguiré buscando a ver si tengo suerte y encuentro otro.
Y me agradece el detalle y se aleja porque las ovejas andan cerca de los hortales y no quiere que se coman las hortalizas que tenemos sembradas para nosotros y sigo

arañando en la cantera, ahora más ilusionada y con un deseo grande de encontrarme una nueva piedra preciosa y cuando aún no se ha alejado mi padre treinta metros, en uno de los filones donde escarbo, queda al descubierto una pequeña parte de otra piedra roja.

- ¡Lo encontré!
Grito llena de emoción al tiempo que acelero el proceso de desenterrarla y escarbo aprisa y sale y de la pared cae al suelo entre la arena y cuando la veo, toda entera, no me lo pudo creer porque es mucho más grande que la primera y más transparente y mejor formada y con un brillo que ciega.
- ¡Vaya joya primorosa!
Mi padre se ha vuelto y se acerca y cuando llega a mí, como la tengo en mis manos, se la enseño.
- Es más hermosa que la mía.
- Pero ahora no te la cambio.
- Lo que importa es que ya tienes lo que tanto sueñas.

Y algo más tarde me vengo de la ladera y cuando llego a mi casa, llena de gozo, le muestro el rubí a mi madre y al principio no se lo cree pero luego se alegra mucho y entonces le pregunto a ella.
- ¿Qué te parece?
- Pues que es muy bella.
- Te hago la misma pregunta que a padre ¿Habrá rubíes en estas sierras?
- Seguro que no aunque un tesoro puede que sí pero no en forma de piedras sino en forma de aguas cristalinas que por el corazón de estas rocas y aquellas y ese valle y esos campos y las praderas, corren en mil veneros que además de regar y dar vida a la tierra son reflejos de tus

sueños y mis sueños y esencias ¿sabes tú de quién, hija mía?
- ¿De quién, mamá, que estoy inquieta?
- De tu alma y mi alma y del que sostiene a este mundo y nos da fuerzas y si la fuente es limpia, hija mía ¿no serán limpios los arroyuelos que salgan de ella?
- Pero entonces este rubí ¿a qué se parece o qué refleja?
- Un poco a tu corazón y luego al mío y después, a Dios, la pura belleza y sigue diciendo que es un trozo más de su huella que hoy, en forma de este sueño tuyo, se te ha hecho a ti presencia.
- Pues a lo mejor es eso que dices y ni siquiera me he dado cuenta.

- Y luego, después ya ¿ vino aquel día de la niebla?
Sigue ahora la nieta preguntando a la abuela.
- Aquel día, las sombras de la tarde y de las nubes cubrían los montes y el cortijo y un poco antes había llovido y ahora la niebla llenaba los barrancos y las cumbres y era Navidad o por lo menos el viento y la nieve que por él iba, eso parecían anunciar.

Él, antes de llegar, ve la puerta y como nuestro cortijo siempre ha estado abierto, sin llamar, entra y estoy sentada junto al fuego y al verlo exclamo:
- ¡¿Tú?!
Corro y lo abrazo. Mutuamente nos llenamos de dulzura y cosas extrañas.
-¿A qué estas carreras con tu abrazo y tu gozo?
Me pregunta.
- ¡No sabes el deseo que tengo de ti! Está nublado el cielo, la tarde es triste y hace frío.
Le digo y él me responde:

- Sí, es todo tan bonito y a la vez tan misterioso. ¿Estás sola?

- ¿Sabes lo de nuestro hijo?
- ¿Qué ha pasado?
- En el incendio del otro, día le alcanzaron las llamas; se lo llevaron a la ciudad, está en el hospital.
Al oírlo me abraza y durante un rato llora y luego dice:
- ¿Y mamá?
- En la cama.
- ¿Duerme la siesta?
- No, parece enferma.
- ¿Qué le pasa?
- No lo sé.
- ¿Puedo verla?
- Sí, entra.
Anda hacia la puerta y la abraza y al hacerlo noto que el barro y el agua del campo también están dentro.
- ¡Qué triste es todo hoy, qué triste aunque por momentos da gusto sentir esta tristeza.

Por la rendija que la puerta de la habitación ha dejado al abriese, se ve la cama y en ella está mamá. Sus ojos nos miran buscando sol y cariño.
- Mamá, ¿puedo pasar?
- Sí.
Dice blancamente con su cabeza y amándola desde el otro lado del tiempo, se acerca y la mira y lo mira. Tiene sus manos entre las sábanas y no las mueve, no le dice nada y guarda silencio y por su cara parece pasar la lluvia, la nieve, el viento.
- Mamá ¿Qué tienes hoy?
- No lo sé, quizá es un catarro o puede que no sea nada.
- ¿Has visto qué día hace?

- ¡Ella es tan pequeña! ¿Vamos a dejarla sola?
- Eso digo yo, mamá.
- ¿Hace viento fuera?
- Mucho.
- ¡Quién me diría a mí que esta vida es eso: Nada!
- Tengo que decirte que este cortijo es extraño hoy ¿Eres feliz en él?
- ¡Qué más da la casa!
- Quizá todo es un sueño o el día que llueve o el campo mojado.
- Hasta por mi ventana entra el olor de los pinos.
- Son mis pinos mamá, nuestros pinos, la nieve blanca pero dime ¿Qué te pasa hoy?
- ¡Quién pudiera decirlo! Quizá sea el deseo de ser toda alma.
- Tú eres tan buena, tan hermosa, tan callada...
- Algún día tenía que acabar lo que nunca es nada.
- Y ojalá, mamá, que nos amemos siempre y que siempre seamos nieve blanca.
- Acércate, soy tan buena como tú dices.
- ¿Me dejas que te dé un beso?

- Sí y, además, debes saber que también te quiero.
- Hoy estás más guapa que nunca.
Y ella se levanta sobre la cama y lo abraza y sobre su pecho llora y los dos tienen mucho que decirse pero lo esencial, lo más hermoso, se lo dicen así, durmiendo en el pecho el uno sobre el otro.
- ¡Qué pavesa somos en el universo!
- No te entiendo, mamá.
- Es igual porque es hermoso pasar por el camino sólo sembrado flores y cantando alegre y mirando el azul del cielo y haciendo puro lo que no lo es y amándonos a raudales.

- ¡Oh mamá! ¿Quién te ha dicho a ti eso?
- ¡Qué más da ahora! Sólo ya es importante contemplar la tarde y sentir el arroyo.
- Porque todo es breve ¿verdad mamá?
- Y nada queda después de todo.
- ¡Oh, quiero llorar pero en tus brazos mamá, mientras se va la tarde. ¿La dejas que venga conmigo?
- ¿Dónde vas?
- Sólo a dar un paseo, está casi nevando.
- Llévala, tú la quieres, tú eres bueno.

Se agacha hacia ella y besa su mano y arropa su brazo y entonces dice:
- ¡Animo mamá! Todo pasa y quedarnos en las cosas no podemos, hay que seguir porque el tiempo avanza y todo se pudre menos eso: Tú alma, su alma y mi alma.
- Espera un momento.
Le digo y entro para mi habitación. Avanza por la cocina.
- Ya no volveré más.
Le dice.
- Es igual, adiós.
Responde mamá y en el campo sigue lloviendo y todo es semi oscuro y perfumado de eterno. Salgo del cuarto, me mira y dice:
- ¿Adónde vas tan guapa?
- Contigo.

Me ofrece su brazo y me agarro y salimos al campo y el viento frío y la niebla blanca me acercan más y nos baña a los dos de lluvia invisible y prados de luz.
- ¡Qué frío hace!
- Hoy sí es verdad. ¿Adónde vamos?
- Sólo a hacer real lo que es sueño y por su belleza quedará eterno.

Avanzamos por el campo hacia la colina y a cien pasos está el arroyuelo y todo son pinos, niebla, monte, viento.
- Mira lo que sale por mi boca.
Le digo y me mira y expulso mi aliento y al mezclarse con el frío se hace nube de incienso.
- Parecen ríos de nieve que volando van al cielo y es bonito, muy bonito.
- Yo diría que son ríos de humo, en mi alma llevo fuego.
- Todo es eso y algo más porque el día y tú lo hace.
- Pero escucha. ¿Oyes pasar el tiempo?
- Yo sí lo siento y parece como si sólo faltara un hililllo y jamás me sentí tan feliz ni más lleno.

Pequeños caños de cristal gotean por las rocas y al caer a los arroyos cantan dulcemente.
- Para que te hagas nota en este silencio, para eso te traigo por estos cerros.
- Ya comprendo ¿no importa no ir a ningún sitio?
- Nada.
- Sólo caminar por la tarde dando un paseo, sentirnos blancos entre la niebla y sentirnos uno casi en el cielo; sólo esto importa, porque todo ello nos hace buenos. ¿Quién a su paso por esta tierra se tropezó en este suelo, con algo que le dirá tanto, en tan poco y tan perfecto?
- No lo sé.
- Quizá somos únicos y por eso hoy te llevo por entre la lluvia blanca.
- Pero todo es sueño.
- Aunque así fuera, no puede serlo. ¡Todo es tanto y tan bello! Cae la lluvia, es invierno, está llegando la Navidad,

los montes son arroyuelos que llevan perfume y luz por los mares de mi pecho.

Formando ángulo recto, torcemos en el arroyuelo y frente a nosotros está la fuente de los caños de viento. Sólo hay barro, lluvia y algo inmenso.
- Es como en aquellos días llenos. ¿Te acuerdas?
- Sí, como en aquellos días cuando éramos pequeños. Cuánto hemos corrido por estas praderas, cuánto y qué bello.

De nuevo torcemos a la izquierda y el agua del arroyo corre en la misma dirección que nosotros y por entre las piedras y la sombra.
- ¡Qué frío tengo! Ahora sí tengo frío.
- Ya no llegó a casa.
- ¿Por qué?
- Sólo quería verte y abrazarla a ella. Me esperan en la guerra.
- Pues dame un beso pero antes dime ¿Es cierto que no se puede hacer nada?
- Nada. Ha llegado el momento. Aunque nos duela, hay que aceptarlo y quererlo.
- ¿Qué serán, cuando hayan pasado veinte siglos, estos cerros?
- Quizá sólo sean olas esmaltadas de nieve y fuego, aunque eso no nos toca a nosotros.
- Es verdad pero dime ¿no es todo pureza y aunque da miedo, sabe a eterno y, además, es bello? Casi parece un sueño que va sobre la aurora besando al viento.
- Y qué bien volar sobre las nubes y rozar el cielo, qué gozo sentir el frío cuando la tarde cae y todo es inmenso. Estamos abrazados ¿No oyes su aliento? Parecen campanillas blancas y aunque es misterio no es nada de

eso. A partir de ahora, de este momento, ya la materia empieza a pudrir a la humanidad y sólo queda lo bello: Tu amor, mi amor, tu sueño y mi sueño. Es el fin y el comienzo. Adiós, volveré si puedo.

Acerca su cara a mí y al hacerlo, tropieza con la bufanda y saco mi mano del bolsillo y tiro de ella hasta la mitad del pecho.
- Adiós y no hablemos más, te espero.
Le digo con otro beso sobre su mano que tiembla. Lo sigo con mis ojos. Se pierde en el monte. La lluvia sigue cayendo. Es tarde. Poco después, se tiñe de negro el cielo. Ya lejos, se vuelve y me dice:
- Mañana la aurora será blanca y allí, con ella, los dos estaremos, abrazados para siempre y dueños del tiempo. ¡FELIZ NAVIDAD Y AHORA, DESDE DENTRO!
Fueron sus últimas palabras y después, no he vuelto a verlo".

* **ESTABA YO RUMIANDO,** esta mañana, y me decía que no se piensa lo mismo desde un chozo de pastor que desde un palacio de lujo en una gran ciudad con muchas luces y anchas avenidas y espesos rascacielos blancos de paisajes allá a lo lejos y fuentes con esculturas de mármol, cuando caigo en la cuenta que me ha tocado vivir en el chozo del pastor y al meditarlo despacio y desde mi refugio y al calor de tu cariño, advierto que también por esto tengo que darte las gracias y hasta quizá más, por haberme dado, para que viva, este sencillo chozo de pastor y este arroyuelo con su caño de agua sin contaminar y este cielo sin perturbación de luces artificiales donde por la noche se ven tantas estrellas y este rumor de tantos sonidos mágicos y tan bien

timbrados y otra vez más, el dulce y extraño canto del cárabo al amanecer de cada día con su grito largo y unos segundos después, su trémolo cortado y el mochuelo que le responde y luego los mirlos y a continuación el barranco con su ronco silencio callado y después el trino, casi imperceptible, de la curruca y el vuelo de las torcaces y las tórtolas y la canción de mi arroyuelo y este chozo de monte y callado, sólo donde Tú yo sabemos, y claro, por toda esta gran riqueza y el cariñoso privilegio que tienes conmigo, caigo yo en la cuenta y pienso ahora que ¿cómo te pago yo a Ti, Dios mío, y te doy las gracias y medio te devuelvo este regalo?

Y estaba yo pensando en lo mucho que me quieres siendo tan bueno para conmigo, que no merezco tanto, cuando caigo en la cuenta que junto al padre y a la madre y el burro blanco y las dos hermanas pequeñas y el hermano que soy yo, bajamos por la senda que pisa la rivera del río y vamos con los costales de trigo llenos, al molino para molerlo y sacar la harina para el pan y las migas de pastor y el ajo y los buñuelos y las tortas de manteca y el hornazo, cuando al llegar a la curva suave, donde el agua se remansa y se forma el gran charco azul diamante y cae el caño por la roca lisa y luego se abre y se riza y se mueve y se funde con el color de la roca blanca y pulida, la hermana pequeña me dice:
- ¿Nos vamos por el juego de siempre?
Y como el juego de siempre es el largo charco del río cayendo por la roca que en forma de losa se tumba en la dirección que lleva la corriente y por su centro, el surco pulido y acomodando al caño de agua que el río lleva, le digo que sí pero que yo me tumbo primero y ella va detrás de mí sujeta por mis espaldas y protegida y cuidada para que se lo pase bien, para que goce y para que ría y que

no sufra ningún daño, y a esto que la hermana mediana dice que ella también quiere jugar y que a la niña la ponemos en el centro y así protegida por los dos, nos tiraremos por el caño de agua limpia, suave y hasta armoniosa que tanto nos gusta y tanto nos quiere y tanto es deliciosa y tanto se refleja y tanto se mueve.

- Pues tened cuidado.
Advierte la madre.
- Y allá abajo, en las tierras llanas del molino y a la sombra de la noguera, os esperamos.
- Tú tranquila, madre, que de la niña yo me encargo porque ella, que la princesa del valle y de estos campos, es bueno que juegue y se bañe en las lágrimas de la nieve que por este río va cantando.

Y la niña que tanto quiero y tengo en mi alma bailando y es rocío por la mañana trabado en las hojas de la hierba verde y es primavera y es flor y es perfume que volando va por todas las amapolas que en el valle están temblando, se agarra a la hermana mediana y a mis manos y por el tobogán de cristal y mármol, se sienta en el caño de agua y me siento al comienzo y nos tiramos por la superficie de la roca lisa y por el caño que cae con la lentitud del tiempo pero fresquito, grande, hermoso y blando y como burbuja de espuma que acariciando se mueve en las olas y cae y se la lleva el río y nunca se quiebra y refleja la luz de la mañana y es mariposa que volando surca todos los mundos intangibles y aunque a todos va besando, siempre sigue y se confunde con el sol su aleteo y su encanto, así y entre risas y gozo en el alma, caemos mientras jugamos.

Y ya en el agua, luz del amanecer, que se remansa en el charco, nos ponemos en fila y como si fuéramos nadando pero sin nadar porque la cuenca de este baso de esmeralda no tiene profundidad, nos vamos gozando para la orilla, para el centro, para la playa menuda que tiene la piscina al lado y luego nos echamos ráfagas de cristal líquido, nos movemos y se nos llena de cosquilla el alma y se nos escapan las manos por entre el viento y las luces de plata y juego del remanso y la niña, qué feliz y qué puñado de ilusión celeste y qué arroyuelo colmado y qué gozo del corazón cuando todo está callado y desde el agua, que mansa se mueve hasta los rayos del sol que llena la tierra de verde y en el centro del azul del cielo, los enebros, las sombras de las encinas y la pradera y las flores de la mejorana y los juncos y la música de las fuentecillas, todo nos habla de Ti porque nos acaricia, nos da vigor y nos abraza en el cosquilleo de la fina mano del agua.

Y por el vado, los padres con el burro blanco y los costales de trigo a punto de ser triturados en las piedras del molino y luego el otro hermano y las ruedas del molino viejo y el molinero que también es mi amigo y la corriente otra vez y el río y la mañana de ensueño y la niña pequeña con su juego del charco en el agua y su espejo y, Dios mío, cuánta gracia te debo por tanto y este valle y el chozo de pastor que ahora tengo y el jardín con sus lagos y su princesa y Tú que eres el jardinero.

Y por la llanura, algo más abajo, pastan las buenas manadas de bueyes y, como en aquellos tiempos de "años cargados", las dehesas se tupen de finas hierbas y como es ya media mañana, los niños se han juntado y se disponen a organizar sus diversiones por entre las

praderas que rodean el charco y entre sus proyectos de juegos, hoy van a construir el aparato.
- Y vosotros os venís también que lo estáis deseando y la niña es nuestra amiga.
- ¿Y cómo es ese aparato?
Pregunta el pequeño al mayor.
- Hasta que no esté hecho y vaya volando, no te lo puedo explicar.
- Pues ya sabéis que yo quiero echar una mano.
Aclara la hermana pequeña.

- Esto es un juego para todos.
- ¿Y por dónde se empieza jugando?
- Lo primero, es buscar palos porque necesitamos muchos y bueno y que estén secos y que sean gruesos como un brazo y otros un poco más delgados y luego tenemos que buscar esparto y juncos para amarrarlos y cuando ya los tengamos bien sujetos no subimos a esa llanura y desde ahí pondremos en marcha el invento.
- ¿Y cómo se pone en movimiento y qué hace?
- Tenemos que construirlo grande para que quepamos bien y lo situamos mirando al río y le damos un empujón y en cuanto el cacharro se ponga en movimiento, nos subimos en él y eso es todo.
- ¿Y cómo se mueve y a dónde nos lleva?
- Se mueve por el aire y nos llevará por todos los campos y cómodamente remontando sobre ellos y sin esfuerzo ninguno y ya veréis qué divertido y qué gozo
cuando pasemos por encima de estas praderas, a la manera de pájaros y como dueños de toda la tierra y rozándola con nuestras manos pero sin llenarnos ni de agua ni de barro.
- Pues si tú lo dices vamos a ponernos mano a la obra.
Anima ahora el hermano.

Y nos vamos hacia el barranco de la parte de abajo y por ahí nos ponemos a buscar los palos y otros a cortar hebras de esparto y aneas y estamos tan entusiasmados en la tarea nuestra que ni nos damos cuenta que por barranco se acerca una punta de vacas con tres toros a la cabeza y los animales también vienen en sus cosas, conducidos por el vaquero que los lleva de un lado a otro de la sierra en busca de nuevos pastos y es la niña la que, al ver las vacas tan grandes y tan fieras, sale corriendo barranco abajo, dejando abandonados los palos y las hebras del esparto que preparamos para atar el aparato.

- ¡Que nos pillan!

Grita mientras corre buscando donde esconderse.

- ¿Qué es lo que nos pilla?

- Las vacas que suben por el barranco que como no corramos se nos echan encina y no habrá modo de escaparnos.

El niño mayor, que ya tiene más experiencia en esto de las vacas y otros animales, le dice que no se ponga nerviosa porque no es para tanto.

- Venid que nos pongamos detrás del tocón de la encina y desde aquí las vemos pasar.

- ¿Y si nos alcanzan?

- No van ni a mirarnos.

Y tras el tronco de la vieja y gruesa encina nos parapetamos y cuando por ahí, rozando, pasan las vacas, las observamos asustados y ahí nos quedamos quietos viendo como los animales van a lo suyo sin ni siquiera meterse con nosotros y, sin embargo, la niña se asusta tanto que cuando ya ha pasado el peligro, dice:

- Otro día seguimos con el juego.

- Pues otro día seguimos jugando.
Responden los amigos y dejando el aparato, la llanura y los juncos, nos vamos.

* **Y ALGO MÁS ABAJO,** en los cortijos que son hervidero de vida y más cuando llega la época de la siega y de la trilla, donde tanto en el cortijo de arriba como en el cortijo de abajo, al rayar el día, todo el mundo se afana y prepara los mulos y se van por la senda arriba hasta la era y enganchan el trillo y cargan las alpacas de paja y de nuevo se van por la senda para guardarlas en el pajar y en el cuartucho, el grano.

Y lo de la paja, la trilla, la parva y los costales llenos de trigo, de cebada y de centeno y la siega y el transporte de las mieses hasta la era, todo es un puro hervidero de vida y de inquietud y los caminos de la ladera se llenan de gente que van y vienen con sus mulos cargados y en la puerta de los cortijos y dentro, no se habla de otra cosa que no sea de la sementera, la paja, el trigo o la era y hasta los niños, en estos días, rompemos las costumbres de siempre y nos vamos con los padres y comenzamos el aprendizaje de la trilla y nos montamos en el mulo cogido del cabestro para cargarlo con la paja y jugamos en la era mientras los padres amontonan la parva y salimos del cortijo con la talega llena de pan, tocino y chorizo a llevar la comida a los segadores.

Y en el cortijo de abajo y el arroyo que limpio pasa, ocurría lo más importante porque cuando salía el sol y el padre ya preparado con el mulo en la puerta, se disponía para irse al tajo de la siega pero antes de marcharse, ordenaba a su familia y también a los niños, que regaran

la huerta y que subieran a por las alpacas de paja a la era y que cuidaran del ganado y ahora recuerdo como aquello de los niños fue uno de los juegos más emocionante que nunca se vio por estos llanos.

Resulta que el mayor de ellos, una de aquellas mañanas, se fue cumbre arriba pensando volver al atardecer porque el día anterior las cabras se habían quedado por aquel lado de la sierra y como todas las noches ellas volvían al corral que tenían junto al cortijo, al no aparecer aquel día, en cuanto salió el sol, el joven se puso en marcha monte arriba en busca de sus animales.
- Ya verás como las encuentro y vuelvo pronto.
Le dijo al padre y confiaron ellos en que así sería pero llegó el día casi a su centro y el joven no apareció.
- ¿Se habrá perdido?
Preguntaba el hermano pequeño al padre que lo sabe todo.
- Conoce bien estos montes.
Respondió el padre.

- Si quieres podemos ir en su busca.
Le decía la hermana pequeña.
- Lo mejor que podéis hacer es iros a jugar por el campo y a esperar y ya veréis como el hermano vuelve trayendo las cabras, y además, sano.
Dijo otra vez el padre.

Así que los hermanos menores se salieron del cortijo de arriba y fueron en busca de los otros niños que vivían en el cortijo de abajo.
- ¿Y a qué vamos a jugar?
Preguntaron los amigos y como la pequeña hermana era la más reina dentro del grupo, todos pidieron que fuera la

que propusiera y a ella se le ocurrió un juego por completo original y que nunca antes habían jugado.
- Pues tú nos explica en qué consiste.
La decían ellos.
- Vamos a jugar a una exposición y vamos a imaginar que vendría mucha gente a ver nuestra exposición y vamos a pensar que esa gente necesita caminos para llegar a donde se puede ver la exposición.
- Pues vamos a imaginar todo eso y después ¿qué?
- Que la exposición la montamos cerca del cortijo del puntal y en la ladera que pega al río que es el sitio más bonito y es, además, donde más calienta el sol, porque eso es fundamental: que el lugar sea acogedor para que apetezca ir y estar.
- Escogido ese sitio y aceptado por todos ¿en qué consiste el juego?
- Lo primero es preparar un rodal de tierra que tenga árboles y rocas y luego, desde el camino principal, que es por donde vendrá la gente, trazamos una senda, ni muy grande ni muy pequeña, para que no se estropee el campo, que vaya hasta donde se encuentra la exposición.
- ¿Pero qué vamos a exponer?

Y en esto no había caído la niña y por eso, de pronto, se encontró en apuros y se quedó parada pensando y enseguida reaccionó diciendo:
- ¡Ya lo tengo!
- Pues explícalo.
- Antes de escoger el lugar para exponer lo que vamos a mostrar, antes de trazar el camino y antes de que venga la gente, nos vamos a echar a recorrer los campos.
- ¿Y eso para qué?

- Cada uno va a buscar un puñado piedras bonitas y todos sabemos que por aquí hay muchas y muy curiosas y luego las juntamos y las lavamos en el río para quitarle la tierra, si fuera necesario, y cuando ya las tengamos todas allí, las vamos poniendo sobre las rocas y en los troncos de los árboles y por entre la hierba y junto a la corriente del arroyo y ya tenemos la exposición montada y lo que a continuación nos queda es lo más sencillo: el camino.

- ¿Cómo será?
- Ya lo he explicado un poco pero si queréis doy más detalles.
- Eres la única que conoces el secreto.
- Desde el vado grande, trazaremos una senda pequeña que suba ladera arriba cruzando el monte y no tiene que ser ni muy ancha ni tampoco cómoda de andar porque eso le quitaría belleza que es lo principal.

Cuando lleguemos al arroyo, la introducimos rozando la corriente y buscamos que pase exactamente por donde crece el gran olivo, porque esto debe ser la primera sorpresa para el que venga por la senda: el olivo con la cascada y la misteriosa y fresca y cristalina nube de gotas de agua paseando por las ramas del árbol y a partir de ahí, la senda va directamente a la loma del cortijo y al lugar de la exposición, que como antes decía, tiene que encontrarse como escondido en un punto desde donde, además, se vea el valle y la corriente del río. ¿Qué os parece?
- El juego el bueno pero vamos a tardar mucho tiempo.
- Así no nos aburrimos nunca más.
- ¡Y fíjate tú cuando empiece a venir la gente a visitar el museo!

- Si es tan complicado y da tanto trabajo, lo mejor es que cuanto antes nos pongamos frente al tajo.
- Pues manos a la obra.

Y así fue como aquella mañana, llegaron a un acuerdo y pusieron en marcha el más divertido de cuentos juegos nunca a niño alguno se le haya ocurrido y se pusieron manos a la obra y en un par de horas ya tenían un montón de piedras hermosas amontonadas en el cerrete que hay cerca y por encima del cortijo y la niña fue la encargada de ir clasificando las variadas formas y figuras y ella misma iba indicando dónde había que colocarlas y se les pasó la mañana ocupados en estas tareas y cuando ya decidieron irse a sus cortijos porque era la hora de la comida, oyeron voces que venían de la solana de arriba.
- ¡Que ya he encontrado las cabras!
Gritaba el joven que por la mañana había salido campo a través en busca del rebaño.

Y al oír la noticia los niños dejaron sus cosas y salieron corriendo al encuentro del que bajaba de la montaña y nada más estar a su lado, la niña decía:
- ¿Pues sabes lo que pensaba?
- ¿Qué pensabas?
- Que no ibas a volver más.
- ¡Que tontería! ¿Por qué pensabas eso?
- Como ya no eres un niño como nosotros, sino casi un hombre, pensé que lo mismo que las cabras se habían ido de estas tierras, también tú te irías a otros lugares para no volver más a este cortijo como hacen tantos.
- No sé cómo se te ocurren esas cosas.

- Es que esta mañana hemos descubierto un juego muy interesante y yo te estaba recordando. ¿Quieres verlo o te lo cuento?
- Por la tarde o mañana lo veo o me lo cuentas porque ahora vamos al cortijo a decirle a padre lo del juego y lo de las cabras y en cuanto se alegren de una cosa y otra, todo va a ser más divertido. ¿Vale?
- ¡Pues vale!

Y desde la loma, los niños se fueron a sus cortijos y aquel día, durante toda la tarde, estuvieron junto a sus padres viviendo la emoción del juego que la niña se había inventado y la presencia, otra vez, del rebaño de cabras en las tierras amadas y al día siguiente ya no pudieron seguir con el juego porque apareció por aquí el grupo de hombres y empezaron a recorrer las tierras.
- ¿Qué estáis haciendo?
Les preguntaba la niña.
- Tenemos que medir para deslindar cada parcela porque debemos saber las fanegas y cortijos que hay para pagarles a los dueños, lo que a cada uno les corresponda, porque dentro de pocos días, estas tierras quedaran cubiertas por las aguas y por eso, las estamos expropiando.
Dijeron los hombres.
- ¿y nuestro museo y camino con las piedras y el olivo?
- No es importante porque sólo es un juego.
Y cuando la niña oyó esto se enfadó y se fue corriendo en busca de sus padres para contárselo.

* **QUERÍA YO DECIRTE,** esta mañana que amanece con la niebla cubriendo el bosque del barranco, que en esta covacha de piedra fría, donde he venido a

refugiarme y me encuentro parapetado contra tanto y al mismo tiempo frente a la tierra que llevo en mi corazón, me siento cómodo y mejor que nunca en ninguna otra parte donde, por más que lo busqué y lo deseé, no llegué a sentir la libertad, en la plenitud, que ansiaba y necesito y es que desde este asiento de piedra, alfombrado por las hojas secas y la corriente del arroyuelo, lo principal es que te tengo a Ti con la presencia total y me hablas y te hablo y me tocas y te toco y hasta siento el calor de tus manos rozando a las mías y el aliento de tu ser, resbalar por mi rostro y te siento con la fuerza y la presencia real y viva que desde siempre he soñado.

Pero es que demás, te hablo y me hablas y las palabras me salen con la fluidez del gozo y de la abundancia y el chorro es como el de este arroyuelo que cae sin parar con la comodidad total porque el terreno se inclina y el barranco le abre el camino para que salte libre y sin sufrimiento ni freno que lo retenga o coarte y con esta comodidad, libertad y deleite, siento que desde este rincón, se derrama mi alma y es lo que necesito y lo que desde tanto ando buscando y por ningún lugar encontraba en la plenitud y redondez que ahora sí.

Por eso quería decirte, además de darte las gracias, que no se me muera otra vez ni me lo quiten ni me lo rompan, el rincón este de mi chozo ni el sillón donde me siento ni el arroyo ni la cueva de piedra fría ni el balcón, tan escondido y frente a tanto y desde donde con tanta libertad vuela mi alma , porque tanto ha sido, y Tú lo sabes bien, lo que se me ha muerto a lo largo de los años, después de tanto amar y tanto intentarlo y tanto luchar y aunque siempre estabas, porque mi lucha ha sido hacia Ti

y contra lo que me sujetaba y me amarraba, que necesitaba el respiro para que mi amor reviente de la tierra que le aprisiona y fluya en la libertad que necesita.

Así que esta mañana, gracias y de paso ya decirte que anoche lo vi otra vez en su rincón acorralado, algo así como yo, defendiendo su último puñado de tierra para que no se la quiten y al mismo tiempo asomado al desfiladero como pidiendo socorro porque se muere en la soledad entre las rocas, con sus cuatro ovejas, que ya no le dan corderos, los enebros colgando en las lanchas de lo alto y el trocito con su hebra de agua brotando de la oscuridad de la covacha y la tierra del rincón recogida entre los cantiles de la media cumbre y luego, abajo, el profundo barranco de rocas escarpadas y grietas viejas y cuevas y tajos y el surco del cauce hundiéndose en el corazón de la montaña y la oscuridad y la lejanía y la soledad y la senda estrecha que apenas puede avanzar y él allí, en lo alto, acorralado y asomado, como si pidiera auxilio y yo enfrente, en la otra ladera, queriendo darle la mano, sin poder, porque nos separan un abismo imponente de rocas, monte y voladeros y cornisas y cuanto más grita:
- Que soy tu hermano,
yo menos puedo y también grito:
- Que eres mi hermano.

* **ESTOY SIGUIENDO,** embelesado, el rumor del agua que cae y se quiebra en el charco y se arruga en olas por los bordes entre el culantrillo verde y rebosa y cae otra vez y me voy con ella entusiasmado y trazando un camino invisible e imaginario, arroyo arriba siguiendo el cristal de cada caño y cada cascada con sus puñados de espuma y

sus filigranas saltando por los aires y sus arreboles celestes y las sombras y los rincones por donde se esconde y el musgo espeso y verde y me remonto, por este camino de viento e imaginario, hasta llegar al rincón donde brota el arroyuelo y me digo que es la imagen pura y exacta de Ti que eres la fuente, incontaminada, de todos los valores y de ello me alegro en mi corazón por tanto como Tú sabes y me estoy diciendo que un día de estos tengo que irme por la senda que se borra y remontar la cuesta y cruzar la llanura y encontrarme con el claro manantial.

Y estoy soñando y mirando embelesado el rumor que de la corriente brota, donde vivo acurrucado, y de pronto, oigo allá a lo lejos, apagado y por detrás de la música de la corriente y muy borrado sobre el fondo, el canto del cárabo y también al instante recogen mis oídos, y esto suena nuevo y como clavado en el centro de la música del arroyuelo, el canto del grillo y estoy soñando y gozando la presencia de la hermana pequeña allá por el cerro blanco de los olivos, cuando despierto y asombrado me sorprendo que siga oyendo el canto del grillo a este lado del tiempo y a dos pasos de donde duermo y respiro y entonces me digo que no es sueño ni lo que estoy gustando ni lo que estoy oyendo sino realidad tangible que se escapa de mi alma y se eleva y cuando duermo, sueño y cuando despierto, tengo la vida y el sueño, mezclado entre la música del arroyo y el viento.

Y estoy mirando embelesado, no sé si dormido y sobre la tierra blanca de los olivos del cerro y frente al verde de las huertas que por el valle riega el arroyuelo, la hermana pequeña que me dice que le gusta mucho el canto del ruiseñor a estas horas de la mañana y en este

momento y me sigue hablando y me dice que ella tiene un juego.

- ¿Otro más?

Exclamo yo sorprendido y responde que:

- Este es el más bello.

Y entonces le digo que me lo explique a ver si es cierto y me vuelve a decir que me lo cuenta pero que un día de estos también tenemos que irnos hasta el río y en el charco azul de cielo, ponernos a jugar y gozar la hermosura de este juego.

- Pero entonces ¿cómo se llama y qué es esta tu fantasía o tu sueño?

- También tenemos que irnos por el monte y buscar un palo bueno que sea fuerte y que esté hueco y que tenga el color como el oro viejo y que sea de una madroñera que haya roto la nieve y que ya esté seco y tenemos luego que cogerlo y limpiarlo y pulirlo y tallarlo con la navaja y dejarle un agujero y cuando caiga la tarde, nos vamos por el repecho hasta el charco grande del río que es azul de cielo y entre aquella arena que tú sabes, se amontona en la playa chica del viento y tiene piedras con todos los colores del arco iris y redondas y alargadas y algunas como huevos y otras más pequeñas y más bonitas y transparente como los chuzos del hielo, nos sentamos junto al agua y yo te enseño mi juego.

- Pero me tienes tan intrigado que ahora quiero saber todo lo que se pueda de este invento.

- Pues ya te lo he dicho y luego, verás qué melodías y con qué tan dulce acento.

- ¿Pero tu juego son canciones o música que habla todos los idiomas o qué otros secretos?

- Es eso y, además, un palo seco y la arena del charco del río y un pequeño movimiento con la mano sobre el

agua y el viento y lo que de ahí sale es lo más hermoso y bello que nunca nadie halla escuchado en este suelo: canciones y melodías de espuma y notas de cristal que resuenan y brillan y tiemblan y vuelan y se deshace el alma, al oír sus ecos y eso, cuando tú lo oigas, vas a verlo.

Y estoy siguiendo embelesado la explicación de su fantasía de cuento cuando la hermana pequeña me dice que quiere irse por la senda que lleva hasta los huertos porque allí entre las matas que hay donde da un poco la sombra del fresno, ella tiene escondido, no otro juego, sino los nidos de los jilgueros y ya sabe que están grandes y cantan y revolotean y cualquier día de estos alzan vuelo y antes de que se vayan y se remonte y se alejen y ya se hagan también juego con el viento y trinos al amanecer y reflejos y burbujas de notas blancas y también canción como las de su juego y mi sueño, quiere cogerlos en sus manos y lanzarlos al aire y darle la libertad en su primer vuelo.

Y sigo embelesado en la cascada de este arroyo entre el sueño de este día y me digo que trazaré un camino por entre las olas del agua y del viento para subir a la fuente de este cauce nuestro y fíjate Tú, Dios mío, cómo llegas, me enredas y me besas y me asombras con tu poder y misterio.

Y estoy yo pensando en ella y en la cascada de flores rojas que caen desde el cielo como en una lluvia de perlas que Tú has inventado para su juego y mi juego cuando caigo en la cuenta que, como tantas otras cosas en estas sierra, a veces creo que esto se repite y aquello pero si me paro y despacio observo, siempre descubro

que no es cierto, que se parecen por hermosas pero diferentes en aspectos y ningún quejigo es igual al otro ni los pinos y menos aún los manantiales ni las cumbres ni el azul del cielo.

Y miro y veo al quejigo, que se parece a otro que también conozco y me llena de asombro, creciendo en la misma puerta de la casa y por ahí las zarzas y, bajo la sombra espesa que tiembla, los niños y su juego.

El hermano mayor se entretiene con ese casi trocito de cielo que es la hermana pequeña y como el hermano ya tiene casi quince años, se conoce, estupendamente todo el rincón y sabe por donde va la senda que desde aquí baja al cortijo de las erillas y sabe de la subida más fácil para llegar a lo alto de la cumbre y, sobre todo, se conoce a fondo el bosque, las praderas y los enebros y por eso, esta mañana, antes de ponerse a temblar con el trozo de su alma, lo primero, es cortar un buen manojo de hierba fresca y por la sombra la amontona y cuando el trocito de cielo con ojos de viento y sonrisa de manantiales, se ha venido al juego del hermano y éste la tumba en la blandura de la primavera que para ella ha amontonado por el suelo y le dice que se la quiere comer toda entera empezando por la nariz, por la cara y por la barriga y la niña se deshace en risas y gritos y gozosos y como es todavía tan frágil, tan casi copo de nieve cayendo suave, no sabe defenderse y ríe, alza sus manos y de vez en cuando llama a la madre para que le quite el miedo.

Y en la pila de cemento que por la parte de abajo construyeron, lava ella y no le hace mucho caso porque sabe que no pasa nada grabe pero tiene los ojos puestos

en el agua y la ropa que restriega y en los hijos que juegan envueltos en la caricia del viento que recorre por la montaña y ella, entre el mundo de soledades y rocas y bosques, es feliz por dentro y más feliz que todas las otras que viven en la tierra porque tiene el chorrillo que baja de las cumbres y las ramas del árbol que se mece y el río que canta y el cielo azul mañana y tarde y no es gran cosa pero sirve como palacio para que sus niños crezcan, rían y jueguen y estén llenos de vida y por eso la madre, que en lo material si es pobre, en lo espiritual y bendición del cielo, hoy se siente profundamente rica y es toda dicha y contento.

Y estoy mirando, Dios mío, y hay que ver qué cosa tan sencilla eres Tú y tan inmenso y el detalle que has tenido conmigo y este regalo y el gozo, dentro.

* **VOY SUBIENDO** por donde la nava se estrecha y se hace canal y se asoma a la caída y ya se desploma para el barranco y vierte ladera adelante en busca de las tierras del valle y del río, cuando entre otros mil matices y detalles, miro al frente y tengo la grandiosidad y la primavera derramada y la extensa llanura ancha en el fabuloso mundo verde y la tierra húmeda y las rocas que me escoltan silenciosas, llenas de majestad y los pinos y las nueve encinas y estoy viendo como el sol, que empieza a levantarse por la parte alta, cae sobre el campo en rayos de oro que prenden fuego al verde de la pradera y al color ceniza de las rocas, cuando de nuevo me sorprendo.

Las nubes que llenan el cielo y también tienen bordes dorados y flecos blancos y núcleos negros y son

alargadas y en forma de mil borregos que retozan amontonados y pintan de nieve el azul, y por la parte final de la nava, los tres cerros coronando con sus figuras iguales y las rocas por la ladera y los rodales de nieve que por la solana se derrite y salen luego en pequeñas fuentes y en varios arroyuelos y otros manantiales que surgen a la luz del día, por la cueva de los tornajos grandes donde estoy viendo a las ovejas que terminan de beber y se van por la nava arriba cubriendo toda la tierra y mordiendo la hierba fina que acaba de nacer y por eso todavía tiene rocío y algunos tallos, flores y primaveras y violetas y peonías y mariposas y pajarillos que cantan, cuando, según voy subiendo y viendo, caigo en la cuenta que todo esto, otra vez Tú, me lo regalas sin que ni siquiera yo te lo halla pedido y hay qué ver cuánta abundancia y con qué traje lo engalanas y exclusivamente para mí y desde esta soledad y este silencio y esta inmensidad temprana.

Y voy subiendo ya por la tierra de la nava, repleto, colmado y lleno y al frente, además de los pastores que bañados de rayos de sol que parecen fuego, bajan colina adelante y charlan mientras buscan el centro de la nava, estoy viendo los tres cerros que son iguales remontados sobre la cumbre y en el lejano cielo y al fondo y como asomando hacia la nava, las espesas nubes negras que se amontonan y los relámpagos que brillan y los truenos que explotan y al rodar de una nube a otra, parece como si lo hicieran por las entrañas de la tierra y de un cerro a otro y al chocar, suena como si se abriera la montaña y hasta miro asustado porque espero que de un momento a otro se raje y se hundan las rocas o salten en mil pedazos por los aires y también la hermosa llanura, con los pastores y las ovejas y los bosques y yo con ellos y mientras sigo avanzando y te voy dando gracias por el

espectáculo de luz, sombras y figuras grandiosas con que hoy otra vez me regalas, asustado y más que asustado, me digo que la tormenta viene a mí encuentro, desde los tres cerros de la cumbre y hacia la nava que cubrirá dentro de un rato y luego toda la gran ladera que desciende hacia el río y el valle.

Y como estoy solo, a pesar de los pastores que cuidan a sus ovejas, me digo que tengo que buscar un refugio y si es posible, no por las cumbres donde sé que caen los rayos a puñados y aunque me refugie en el pino viejo o en la cueva grande, pueden alcanzarme, sino por las partes bajas, como a media ladera o mejor si es en lo hondo del barranco y entonces corro y me digo que es peligroso pero también me digo que la tormenta todavía está llegando y por eso tengo tiempo antes de que se me plante encima y comience la lluvia recia y en serio, a caer los rayos y el viento y los granizos y hasta puede que nieve y truene y caigan chuzos de punta, porque según estoy viendo, no es una nube cualquiera.

Y al remontar el collado de la tierra negra y la hierba fina, veo el pino achaparrado y grande y espeso y que está doblado en la dirección que sopla el viento que sube desde el barranco que me queda a la derecha y me digo que aquí me refugio si no tengo tiempo de seguir y encontrar otro amparo mejor pero enseguida caído en la cuenta que el pino es un sombrajo donde no estoy protegido ni de la lluvia ni del viento ni de los rayos porque "quien se mete bajo hoja, dos veces se moja" y, además, un pino sobre estas cumbres es todo un pararrayos, que eso lo sé yo bien y como todavía la tormenta no ha llegado, sigo corriendo y por el lado del barranco de mi derecha, encuentro la senda chica de las ovejas y

saltando por el mismo borde del voladero me vuelco al otro lado y ahora sí que me queda al frente total, la espesa nube negra del viento recio, los relámpagos y los truenos y ya, la lluvia que me está empapando y mientras te sigo dando las gracias por el espectáculo y ellos y la montaña y esta carrera, me tropiezo con la senda verdadera que sube desde el barranco a la nava y justo en la curva, me encuentro con ellos que también bajan corriendo y medio arropados con hules y al verme con el problema que llevo, me dicen:
- Ponte aquí debajo y vente con nosotros al cortijo.
Y alzando sus capotes, me arropan y me dan ánimo.
- Pues con vosotros me voy pero nos empapamos.

Y a tres curvas, ladera abajo, aparece el cortijo y lo primero, el cobertizo de las ovejas y en el rincón y pegado a la pared, el fuego ardiendo y ahí mismo, los niños mirando y metiéndonos bulla para que corramos porque ya la tormenta ha llenado toda la cumbre y la ladera hasta el río y el valle y sopla el viento y sigue tronando tan fuerte que me creo que no llegamos porque antes las rocas de las cumbres nos sepultan y nos parte un rayo contra las piedras del camino que ya es todo un lago de aguas turbias que caen a chorros desde lo alto y los niños desde el chambado:
- ¡Aprisa que ya estáis llegando!

Y las gotas gordas de agua fría que se nos quiebran en la cara y en los ojos y en los brazos y en la cabeza y casi no vemos ni el camino pero al fin llegamos y ellos que nos cogen con gozo y echan leña al fuego y ya se alegran otra vez y se vienen a nuestro lado y nos besan y como la hermana pequeña está entre ellos, hoy no jugando sino aprendiendo la dureza y la belleza de las

nubes y las tormentas y los truenos por los barrancos, que se viene junto a mí y que me dice:
- Esto es tremendo, porque fíjate qué lagos y qué cascadas y ciegan los chispazos y ensordecen los truenos y se doblan los álamos de la fuente en la ladera pero aquí estamos nosotros dos y todos juntos y las ovejas ¿dónde se han quedado?
Y el padre que más la quiere, le dice que ellas se han refugiado en la cueva grande de las cumbres de los tornajos y que no se preocupe que están a salvo.

Y el fuego que arde en el rincón y yo que sigo mirando y otra vez más, Dios mío, que me asombro y te digo y te repito que cuánta es tu grandeza y tu poder y tu majestad de rey y tu belleza y tu amor sincero que para mí, sólo para mí, de nuevo hoy has desplegado el más grandioso y profundo y hermoso y tremendo de los espectáculos y los humildes y, fuente de toda la ciencia, aquí conmigo y la nava sobre la cumbre y la hermana, reina del alma y de los sueños, también a mi lado
y Tú, qué bello, ahora tormenta y luego,
ascada y después, en el río, remanso.

* **POR AQUELLOS TIEMPOS,** las tierras de la grandiosa región también tenían dueños y un gran trozo de las llanuras y vegas que se ven, pertenecían a un sólo señor y por eso todo el mundo decía que era el más rico y el hombre no era malo pero sí tenía una manía como le suele pasar a los que presumen de poder sobre los demás y era la de que nadie de los que trabajaban en sus tierras podía pensar por sí ni tener ideas propias y menos poner en marcha la realización de alguna de ellas.

- Como en mis campos mando yo, tengo derecho a pediros que seáis como me apetezca porque lo que deseo es realizar un proyecto.

Era lo que siempre les decía y como ocurría que en aquellos tiempos las personas tenían poca cultura y había mucha pobreza, el que más y el que menos estaba "Pa colgar las quizás en el humero", pues se amoldaban a lo que el dueño decía.

Pero ocurrió que entre los que trabajaba en la finca, fue creciendo el joven que no le gustaban mucho las cosas que el hombre proclamaba y criticaba esto y aquello y cuando el dueño anunciaba que había que hacer una obra de éste modo, si veía que no estaba claro o era absurdo, daba su opinión y se resistía "entrar por el aro".
- Tendrás problemas un día.
Le decían los compañeros.
- Los tendré pero me sentiré bien porque no puede privarme de mí.
- Ten en cuanta que es el dueño.
- Eso lo tengo claro pero también otras verdades en mi mente que son parte de mi persona y renunciar a ser yo, sería convertirme en un impersonal y ni siquiera Dios, que es el que me ha creado, quiere esto.
- Deberías dejarte de teorías y obedecer y callar porque esto tuyo "No son maneras" pero en fin, allá tú y luego no digas que no te lo hemos "advertio".
- No me pinchéis más porque "estoy que me traspongo".

Y un día estaba el joven en lo alto del cerrillo, junto a la era, recogiendo la paja y el dueño le había ordenado cómo debía amontonarla y cómo tenía que protegerla para que cuando vinieran las lluvias no se pudriera.

- A ver si este año sale el almiar a mi gusto.
Le dijo.
- Pero señor, luego habrá que techarlo porque un pajar al aire libre y sin techumbre, en cuanto las primeras lluvias caigan, pudren la paja.
- Déjate de teorías y haz lo que te ordeno.

Y dijo que sí y nada más ponerse mano a la obra se dio cuenta que existía otra manera sencilla y eficaz de apilar la paja y protegerla para que las lluvias no la pudrieran y en cuanto el dueño se retiró, empezó a realizar su proyecto, que en el fondo era lo mismo y con idénticos resultados pero con un enfoque personal.

Y volvió aquella mañana el dueño por allí y le entró al cerrillo y a la era por el barranco del arroyo y por la senda que sube por entre los álamos verdes y luego se adentra ladera arriba atravesando las encinas e iba satisfecho, tanto de la belleza del paisaje que recorría como de los mil manantiales que en sus tierras brotaban y de la obra que estaba realizando en su cortijo y con la gente que a sus órdenes trabajaban e iba subiendo y rumiando que lo único que estorbaba, impedía y hacía daño a su buen proyecto, era el joven porque estaba convencido de que no sólo era rebelde sino que contagiaba a los otros y esto era un elemento perturbador y entonces pensaba que lo mejor era quitar de en medio la podredumbre y así ya lo demás seguiría su desarrollo en armonía y sin problemas.

- Que mire usted, que “todo poder sin control enloquece”.
Le decía el joven y esto le caía como una bomba al dueño de las tierras.

- Tener poder es controlar el tiempo de los demás y el de uno mismo y sólo así puede salir a flote un gran proyecto.
Le contestaba el dueño.
- Todo poder es una violencia ejercida sobre la gente.
- Un poderoso ya os trata bastante bien cuando no os trata mal, así que “al buen entendeor con pocas palabras basta”.
Respondía el amo de las tierras.

Y remontó el cerrillo y se plantó frente a donde el joven trabajaba y lo primero que vio fue que además de haber hecho las faenas distintas a como se lo había pedido, ahora estaba subido en el montón de paja y desde allí jugaba y reía tirando piedras a otros y como si no le importara hacer las tareas tal como el dueño se lo había ordenado, o al menos esto fue lo que el hombre pensó: que se estaba riendo de él y que hacía lo que le daba la gana. “Lo está haciendo ‘a posta’ pero no sabe la que le espera porque lo voy a ‘meter en verea”, se decía para sí, recomido de enfadado por dentro.

Y cuando llegó y sin decir palabra, se acercó al joven, lo cogió por las dos orejas y ladera abajo se lo llevó hasta el arroyo donde había dos hombres que eran autoridades pagadas para que en su finca se cumplieran las órdenes.
- Aquí lo tenéis que ya estoy harto, así que cogerlo y que no vuelva a pisar nunca
las tierras de mi finca e incluso, que ni hable con la gente que a mis órdenes trabajan porque me lo estropea todo y, como me descuide, hasta se ríe de mí y logra que los otros sean y piense como él.

Aquellas autoridades, que obedecían al que pagaba, lo cogieron de las manos y siguieron empujándolo ladera abajo hacia los límites de la finca y sin rechistar, “obediente como un cordero al matadero” y “achantado”, iba él pero maquinando en su corazón lo que en aquél momento tenía que hacer para además de salir airoso del trance, demostrar que no andaba equivocado con su proceder y modo de pensar y así que cuando ya estuvieron en lo hondo del barranco, les dice a los guardias:
- Esperad un momento.
- ¿Qué quieres ahora?
- ¿Conocéis la cueva de la niebla?
- ¿Qué pasa con esa cueva?
- Que como la tenemos aquí mismo nos vamos a parar en ella.
- ¿Y Para qué tenemos que parar?
- Quiero enseñaros un sueño.
- No sé qué sueño nos vas a enseñar si en esa cueva sólo hay rocas en la entrada, oscuridad, más adentro y luego, niebla y todos sabemos que es a causa de esa bruma que siempre sale del fondo y de la oscuridad, por lo que nunca se ve nada más que los dos metros primeros, próximos a la puerta, y ya está.
- Esto es lo que quiero enseñaros porque no es verdad que por culpa de la niebla deje de verse lo que hay en lo hondo.
- Eso será otra majadería tuya y puede traernos problemas si te hacemos caso.
- Nada de tontería ni de engañaros y vosotros esperad un poco y sentaros aquí conmigo en la puerta y veréis lo que ocurre.
- ¿Qué es lo que ocurre?
- Sentaros y esperad.

Y un poco mosqueados, ascendieron a la petición y dejaron que se sentara en la puerta de la cueva y cerca tomaron asiento ellos y como el joven les dijo que mirasen a la oscuridad y la niebla que se amontonaba dentro, les hicieron caso.
- Esto que estamos haciendo es lo que ya ha han hecho muchos y al final tuvieron que irse cansados de ver sólo niebla.
Dijeron los guardias.
- Ahí es donde se encuentra el error porque todos creen que en esta cueva sólo existe niebla y oscuridad y nadie espera ni el tiempo suficiente ni con la necesaria fe para llegar a ver lo que hay más al fondo. Vosotros mirad fijos y esperad y veréis como se abre la verdad.

Les decía y como los guardias le hicieron caso, en un momento, cuando ya llevaban rato mirando a la niebla que manaba por entre la oscuridad de la caverna, de pronto vieron que se abrió y apareció a lo lejos una zona clara y ellos, tanto el joven como los guardias, reflejados en la luz del fondo.
- ¿Qué es eso?
- Somos nosotros mismos que como hemos mirado con fe y convencidos de que al otro lado de la niebla existía algo, ahí lo tenemos y estamos aquí y allí porque lo peor en la vida es tener dudas y lo maravilloso, poder cerrar los ojos y decir: “creo en esto porque lo tengo en mi corazón y lo estoy viendo”.
- ¿Y eso qué significa?
- Es la demostración de que nos estaban engañando porque nos decían que dentro de esta cueva no existía nada más que la niebla que por su boca sale y ya veis como no es cierto que si miramos y pensamos con

criterios propios y no por lo que nos digan o nos pidan, al final obtendremos la verdad encontrada y hallada por nosotros que es la que nos hará libres porque "me gusta más la verdad cuando soy yo quien la encuentra que cuando es otro quien me la hace ver" y la primera verdad es que hay que creerse y crear porque sólo así uno se encuentra.

Todo lo otro no vale nada y lo de fuera de nosotros podemos y debemos aceptarlo como algo que vendrá en ayuda de nuestra realización pero no para que dejemos de ser nosotros y nos hagamos ellos porque sería la ruina y la destrucción y la miseria y la esclavitud que es lo que pretende el dueño-jefe. Al otro lado de la niebla que brota de la cueva, de este valle, de las sierras, tierra nuestra de toda la vida, estamos con nuestros sueños, anhelos e ilusiones y ya sabéis cual es el camino para avanzar y llegar a lo que en el fondo somos: Luchar contra lo que nos esclaviza para mantenernos firmes y para no perder nunca ni nuestras raíces ni nuestra identidad porque nuestro propio ser, es el valor más puro.

- ¿Quieres decir que de fuera no vendrá la salvación?
- La libertad no consiste en tener un buen amo, sino en no tenerlo.
- ¿Y cuál es el hombre libre?
- El que no tiene miedo de ir hasta el final de sus pensamientos porque la libertad es el pan que los pueblos deben ganar con el sudor de su frente.
- Pero si prescindimos de su ayuda y protección ¿en qué nos quedamos y qué podremos hacer por nosotros mismos?
- Ahí se encuentra el error, en que creemos lo que nos dicen: que por nosotros no somos capaces y que

tenemos que estar sometidos a su servidumbre. Eternamente viviremos sumidos en la esclavitud y la pobreza mientras aceptemos que sin su protección iremos al fracaso y a la miseria. Un hombre no puede ser más hombre que los demás, porque la libertad es igualmente infinita en todos y ningún poder humano puede quebrantar el baluarte impenetrable de la libertad del corazón.
- En fin, quizá tu teoría sea bonita y tentadora pero no queremos complicarnos la vida y tenemos que cumplir lo ordenado porque para eso trabajamos y nos pagan.

Y los guardias siguieron empujando al joven hasta echarlo fuera de las tierras no sólo del valle sino por las cumbres que lo rodean.
- Te damos la libertad que sueñas y no se te ocurra venir nunca por aquí porque tendrás un fin peor que el de hoy.
Le dijeron los guardias cuando ya lo dejaron libre.
- Pero no olvidéis que el ser propiamente libre es el que puede realizar sus proyectos y mientras estéis sometidos al que paga, seréis esclavos.

Y se alejó por las sendas y ya no se supo de él ni tampoco nunca nadie más ha sabido ni de la cueva ni de su oscuridad y niebla ni mucha gente se ha preocupado del mensaje que esa gruta y su bruma representan para el valle y nuestras tierras y aunque parece que algunos oyeron hablar del joven y esta cueva, en eso se ha quedado, para muchos, el futuro.

* **HOY ES SÁBADO** veintitrés de agosto y me he levantado temprano porque, en parte, no me ha dejado dormir la música, más bien es ruido, que ha sonado a lo

largo de la noche y en esta ocasión no ha sido la del arroyuelo sino la del conjunto que han montado por donde me voy a ir dentro de un rato y por otro lado, también me ha despertado el cárabo que siempre grita al rayar el día y hoy tiene algo anormal, porque ha cantado desesperadamente y hasta el mochuelo de las rocas que me coronan, le ha respondido y entre un canto y el poco silencio en el alma y los ruidos de la música del fin de semana, ha empezado a llover y al llegarme el olor a tierra mojada, ya no he dormido.

Y ahora mismo, cuando todavía la luz del sol no brilla sobre los campos, me he ido por el viejo camino que tan lleno está del perfume de la hermana pequeña cuando era juego y al pasar por el bosque de las encinas gruesas, las he visto arrancadas y por entre la vegetación de mis recuerdos, el nuevo camino que trazan sobre el viejo que es todavía tierra y polvo y raíces de madroñeras y torrenteras atacadas por la gran máquina color naranja, que lo allana todo y más trozos de camino que se meten por el bosque y como si no quisieran dejar nada vivo, lo atraviesa y lo rodea y lo corona por arriba y donde estaba el cortijo que llevo en mi corazón por aquellos años y los momentos de sueños y de juegos y de ilusión y la era y el mirador desde la puerta al gran valle y a la llanura y a las imborrables y hermosas puestas de sol de aquellos años y aquellos días, sólo he visto el rellano y la cal de las paredes y alguna piedra de las pequeñas y destartaladas porque la gordas y bonitas, se las han llevado y donde estaba el horno que tanto caldeé para cocer el pan y el color de sus llamas de tea y su calorcito en las mañanas frías, sólo he visto hierbas secas y más tierra que es polvo de cal y de piedras y de tejas y luego he visto la noguera, también seca y los granados, rotos y donde yo tenía

sembrado aquellas violetas que me traje de la cumbre de las estrellas en las noches largas del invierno que me sigue ardiendo en el corazón, sólo hay zarzas y los arriates, rotos y las otras flores, más secas y el camino que llegaba al cortijo, también roto y la máquina, bramando y llevándose por delante lo que queda en pie y a lo lejos, todavía se oyen los grabes roncos del bajo y los ritmos de la música que esta noche no me ha dejado pegar ojo.

Y como he mirado tanto y tanto, se me han llenado los ojos de lágrimas y en silencio y frente a Ti he comprendido que es otro ataque de soberbia que necesita espacio para tener vida, a la humildad y a la soledad y herida del corazón y frente a la gran urbe y la gran masa que ni siquiera sabe que existo, he seguido por el polvo del camino que rompen para trazar el nuevo y al cruzar el arroyo de las higueras de los higos negros, he mirado a mi derecha y sobre la tierra del cerrillo que baja, me parece haberla visto.

- Hermana pequeña del alma ¿qué haces tú por aquí?

Y me ha mirado con los ojos de la hermosura y esa cara que sigue siendo sueño y juego y enseguida me he dado cuenta que está enfadada.

- ¿Pero conmigo? Vente tú que voy a la fuente donde lavabas tus manos en las tardes que fueron gozo el día de tu gran encuentro.

Y me sigue mirado enfadada y da media vuelta y se va cerro abajo hacia las segundas higueras.

- ¿Pero qué te pasa hoy a ti, dulzura de mis soledades y luz que das vida a mis sueños?

- Como ya has llenado tu corazón de tanto y tan alegra te vas con ellos, quiere decir que no me quieres y por eso estoy enfadada y no te quiero.

- Pero eso no es cierto, lo que pasa es que estos tiempos no son aquellos y como tengo que seguir en mi cuerpo hasta que Dios me llame y se acabe esta lucha, no me queda otro remedio que estar en este lado y en aquel pero tú vives en el centro y para siempre seguirás siendo lo bello, lo único y lo eterno, así que vente y no te enfades que te quiero.

Pero ella ha seguido bajando por el cerro hacia las higueras y como estamos separados por el tiempo y la distancia y la loma y la tierra, no puedo hacer nada para que se venga y sigo subiendo, ahora por la espesura del bosque y ya siento el rumor de su fuente, de tu fuente y de mi fuente y en cuanto llego, todavía la encuentro casi como en aquellos días y bebo y lavo mis manos como cuando estaba ella y busco la sombra del fresno y sobre la misma piedra y las hojas muertas y el rumor del agua brotando, me acuesto en la tierra frente al cielo que hoy no tiene estrellas porque ya es media mañana y enseguida veo a las urracas y a los abejarucos y a los otros pajarillos que como en aquellos días, vienen a curiosear y a saltar por las ramas y a beber, si los dejo, y mientras revolotean y me voy durmiendo, pienso que son los mismos pero restriego mis ojos y me digo que no pueden serlo ni tampoco el agua ni el viento pero sí la sombra y el fresno y ya empiezo a recordarme de aquel día que fue tan bello, que aún sigue y hasta que Tú quieras que me vaya, por aquí latiendo.

Ahí más arriba, sólo cien metros, jugamos a coger piñones y a partirlos y a comerlos, como si lo estuviera viendo y algo más abajo, aún resuena el cencerro de las vacas y la tarde de las uvas en las parras y de las lagartijas y el mochuelo y un poco más allá, aquel día,

regaba el huerto cuando le ayudé a coger los tomates de los hortales y los pepinos y los pimientos y por lo hondo del barranco, por donde subía el sendero, aquel magnífico día de primavera, el padre tenía el ganado por las navas entre los cerros y la cumbre del monte grande y allí nos dirigimos nosotros a llevarle el puchero y la hermana y yo, le entramos a la gran ladera por la parte de abajo, aprovechando los barrancos del gran arroyo y los demás pequeños regatos que le van llegando por un lado y otro.
- Vente por aquí que vamos a disfrutar hoy viendo manantiales bellos.
Le voy diciendo cuando ya empezamos a enfrentarnos con la cuesta de la ladera.
- Por donde yo voy, también estoy viendo manantiales bonitos y arroyos llenos de cascadas tan limpias que parecen viento.
- Pero por el sitio que te digo además de encontrar mil pequeños arroyos y caños brotando de entre las rocas y los pinos, al volcar aquel cerro, vamos a descubrir la gran fuente. Así que hazme caso y vente por aquí que ya verás como no te arrepientes porque este barranco tiene más agua que el tuyo.

- Que te crees eso porque de las laderas y rocas del mío, sale tanta agua y es tan cristalina y sonora que ahora mismo casi no puedo andar por la cantidad de arroyuelos y charcos y veneros que encuentro.
- Es que no sabes lo que voy viendo por la cañada que recorro y tu barranco, la senda que llevas, tendrá toda el agua que dices pero éste, a cada paso que doy me tropiezo con una fuente nueva y de verdad, nunca en la vida he visto tantos arroyuelos y tantas cascadas claras como me estoy encontrando por la cañada que llevo.

Hazme caso y vente por mi lado y conmigo que te vas a asombrar de lo bonito que es esto.

Y no cambia de opinión y por más que el hermano quiere convencerla para que deje el barranco por donde sube y se vaya con él por su hondonada y sendero, no lo consigue y mi camino es tan bonito, con tanta agua brotando por los rincones y tan limpia que para mí, en este momento, no existe en el mundo una hermosura más grande ni que dé más contento.

Y mientras sube, a pesar de lo fría que está porque es agua de nieve que baja desde las cumbres del rey grande y los gemelos, chapotea con sus pies en la corrientes y en los charcos y manantiales que encuentra y ya se ha puesto empapada y como el fluir de tantos caños es tan bonito, no parece otra cosa sino juego y se deja ir detrás del entretenimiento y toda entera se convertí en puro sueño.

Y entre estas travesuras y otras, el hermano no consigue llevarle a su barranco y mientras, sube envuelta en la sinfonía de borbotones y cascadas despeñándose ladera abajo en busca del gran arroyo, algo dentro le va diciendo que lo mejor está al final y todo ello, aun siendo tan finamente bonito no tiene ni chispa de comparación con lo que su intuición le dice, revienta junto al fresno.
- Tú crees que la fuente grande mana por tu lado y que la vas a descubrir pero ya verás como no es cierto.
Le seguía diciendo con la intención de traerla conmigo.
- Si vieras el mar de agua limpia que por aquí baja te convencerías de que la fuente se encuentra por este arroyuelo.

- Es que esta cañada mía pega al cerro de los castellones y entre ese monte y el grande, ha caído mucha más nieve este invierno que por el lado tuyo, así que por fuerza, de esta ladera, tiene que venir el venero.

- Quizá sea verdad pero entre el gemelo que es el mío y el pico grande, hay un gran barranco y en esa hondonada la nieve se amontona más que por tu cerro y toda esa nieve ahora derretida es agua que ¿adónde va? Desde la cumbre se filtra por los agujeros de las rocas y después de recorrer las entrañas de las laderas, viene a salir a la gran fuente que me voy a encontrar de momento.
- Ya veremos quién se encuentra la fuente y en qué rincón secreto.

Y con estas y otras discusiones, la hermana y yo, subimos cada uno por su mundo y tan interesados y metidos en el chapoteo del agua y el descubrimiento de la gran fuente que, hasta nos hemos olvidado de lo principal que es buscar al padre para llevarle el sustento.

Y termina de recorrer la pequeña cuestecilla sin dejar de pisar manantiales y arroyuelos cuando de pronto, oye el ruido de mucha más agua de la que por el barranco corre y acaba de subir el repecho y en la pequeña hondonada que es como el comienzo, la gran fuente, la que va buscando y su corazón le decía que estaba por ahí, la tiene antes sus ojos y al descubrirla se queda parada en lo alto y sin dejar de mirarla quiere llamar al hermano para decirle que la tiene y que está ahí y que la caudalosa fuente de aguas cristalinas que brota de las entrañas del monte eterno, casi le mana de las manos y quiere llamar y de tanta emoción como

siente, las palabras no le salen y arranca a correr con los brazos abiertos y mientras baja ladera adelante, derecha al manantial, gozo se le hace la sonrisa y le falta el aliento y le late el corazón y como un volcán, sale de dentro:

- ¡Que ya la tengo!
Fuerte para que la oiga y no tardo en asomarme por el puntal y al verla exclamo:
- ¡Madre mía qué manantial!
Y salgo corriendo a su encuentro y en unos minutos ya estoy frente al borbotón.
- Nunca lo hubiera creído si no llego a verlo.
- Y es un privilegio y un sueño.

Y jugando con el caño de agua y tocándola y pisándola y bebiendo de ella y abrazándola, en la medida que puede transformarla, nos quedamos durante rato y ni siquiera nos damos cuenta que por la parte de arriba, aparece el que buscamos y al vernos y verlo, exclama:
- Padre, ¿a que es un portento?
- A mí no me espanto tanto porque vista, ya la tengo desde que de niño ando por estos montes pero sí es un manantial recio.
- Pero ¿la has visto bien, padre?
- La he visto bien, hija y como a ti, la quiero y la llevo conmigo por las cumbres y en las tardes, en ella bebo y duermo la siesta en aquella sombra y luego me quedo a oír los cantos de los ruiseñores y las ranas en sus conciertos y las tórtolas y las palomas y en invierno, muchas veces me la he encontrado engalanada con chuzos de hielo y después de las nieves espesas y al llegar la primavera, como ahora, siempre reventada en un río tremendo.

- Pero padre, si la toco y lavo mis manos y bebo y estoy escuchando su rumor y con mis ojos la veo y aunque tú me lo dices, todavía no lo creo.
Y le sigue preguntando de dónde viene tanta abundancia y por qué está aquí sin que nadie se la lleve y él dice que:

- Viene de las nieves que se amontonan en las cumbres y navas del cerro grande y no se la lleva nadie porque en estas sierras a todos nos sobra agua y después de años tan abundantes, los manantiales llenan los agujeros de los montes y a todos nos rebosa por las tierras de cultivo y tinadas y cortijos y por los huertos.
- Pero padre, ¿no ve qué maravilla de caño tan semejante a viento?

Y hasta que llegó la noche nos quedamos en su compañía y las cabras y las aguas limpias de los chorrillos y luego nos vinimos siguiendo las sendas que conocemos.

Y ahora esta mañana, mientras todavía la sigo viendo cogida de la mano del padre y hecha esencia de sonrisa y nieve por donde brota en venero, le estoy diciendo a mi alma que se haga silencio y se llene de paz y se torne blanca la mente y el corazón se ponga sereno y que se duerma a la sombra y al rumor de la fuente que brota y el recuerdo y que no llore más y que espere a que pase el tiempo, que lo que ya Tú tengas decidido, surgirá y brotará como su juego y mientras tanto, aunque no haya otro consuelo, que se calme la sangre en las venas, que llegará el momento.

* **LLEGA EL VEINTICUATRO DE AGOSTO** y estando la mañana en calma y el viento quieto y el río cristal, corriendo con su sereno marchase y siempre prestando su aliento al pastor que en la ribera vive y a los álamos que tiemblan y al juego de la niña entre las tierras del huerto y a los pollitos de sus gallinas que saltan y picotean la hierba y a la sed de los borregos, sale la niña de la casa y como anda enredada en sus sueños y siguiendo el camino que lleva a la luz que viste de gala los campos adornados con flores de violeta espliego, canta sin cantar nada porque la niña no sabe las canciones que se entonan por la tierra pero canta porque tiene el corazón contento.

Y llega y besa el aroma de la alhucema que ya tiene sus espigas estiradas y clava sus raíces en el cerro que mira al valle y de las que están maduras y exhalan su perfume al viento llenando de gloria los campos y las tardes y las mañanas de este mes de agosto pequeño, corta un ramo apretado y con la mañana que la besa, se vuelve por el sendero y tras su canción de notas de espuma labradas en las límpidas cascadas de los charcos azules y siguiendo también la voz amiga que hoy le presta su juego, busca a la hermana del valle, la que es hija del pastor bueno que vive en la otra aldea de las tierras llanas por donde son casi jardines densos, los huertos y queriendo, le entrega las flores y le dice:
- Otro presente no tengo pero aquí está mi amor y mi emoción latiendo para ti que hoy eres la reina de la sonrisa más pura y del corazón sincero.

Y la hermana dulce que hoy no cabe en su cuerpo, le da las gracias y le dice, al poner en su cara el beso:

- No me voy de casa aunque es mucho lo que le quiero, sino que como tú sabes, ha llegado el momento y hoy se celebra mi boda y esto, ya ves que es casi tu puro juego.

Y estando el campo en calma y quieto el viento y el perfume de los tomillos manando todo sereno y el río pasando con su correr cristalino que canta y acompaña con la bendición del cielo, se prepara la hermana humilde, hija del pastor de las ovejas que lamen el cerro, porque hoy se hace alma con la del hermano bueno y todo es, para ella y la familia entera, como el mejor de los sueños y para la niña, princesa del valle, otro más de sus blancos juegos.

* **-YA TE DECÍA** que si hubiera ido a estudiar a los colegios de la ciudad, habría sido una cosa grande, porque se sabe de memoria los nombres de cada oveja y del pie que cojea y cuál es su borrego y los caminos que surcan la sierra y las fuentes y sus arroyos y las praderas pero como todavía a nadie se le ha concedido la suerte de vivir dos veces la misma experiencia...

Y el rebaño que baja de la parte de los bosques y se mete por los tamujos del río y salta la corriente y por el charco grande del arroyo de la arena blanca, en la pradera que se amontona el rocío y aquel día encendí la lumbre para quitarme el frío de la noche junto a las aguas del remanso de los patos, se va juntando y siguen la marcha río abajo en busca de las encinas de las esparragueras quemadas y los límites del infinito mientras él, en la piedra grande que ayuda a cruzar la corriente, sentado y hace sonar, entre los dedos de las manos, las piedrecitas de cuarzo que ha cogido de los charcos del

arroyo y ha engarzado con cerdas de la cola de la yegua y su son resuena como a cristales que chocan y crepitan en el aire y se repite el eco por el barranco y sobre la loma del cerro de la cerrada que también tiene playas de arena dorada y donde aquella noche dormimos, las nubes blancas se asoman y al sentir el eco, se paran y miran y se revuelven y parece que quieren escaparse y bajar al río donde las llaman y el amigo que se asombra y le dice:
- Pero esto nunca se ha visto. ¿Que las nubes venga a jugar contigo? Y si ahora llegan y aquí se quedan ¿Dime qué harás y cómo las llamas?

Y por el cerrillo de enfrente, otro rebaño de ovejas y cabras que comen hierba por entre las encinas y por el barranco que se da la mano con la cerrada, los dos machos cabríos que en celo, braman y se buscan y muestran sus cuernos y se empinan frente a frente y se golpean fieros con las astas y retumban los golpes también por los charcos del río y la mañana nublada que no es de primavera sino de otoño templando y con un mar de nubes negras cubriendo el cielo y la madre que prepara la comida por la puerta de la casa porque el hijo le ha dicho que a partir de ahora y cada mañana, va a irse por los campos de las tierras de las otras navas llanas del río que viene de la sierra que se esconde por donde caen las tormentas y anidan las mañanas y saldrá temprano con el rebaño y ya volverá de noche para que así los animales tengan tiempo de comer y estar por los montes que tanto les gusta.

Y yo por este lado del tiempo y dando tumbos por la cama a lo largo de toda la noche y oyendo los ruidos del conjunto musical que han montado para el fin de semana y retumba por los mil barrancos de la sierra

entera y las llanuras y las cañadas y diciéndome que no hay derecho ni de este manera ni por estos lugares porque ni dormir se puede con tantos ruidos que no son del bosque y con este volumen y a lo largo de la noche entera y ahora que ya sale el sol, que hoy no sale porque las nubes se extienden espesas cubriendo el cielo ¿ a ver qué hago? Me voy otra vez por los caminos y por los barrancos con los ojos cerrados de tanto sueño y mi voz ronca de repetir "que quiero dormir" y al llegar ahora el nuevo día todo se apaga y sólo se oyen las olas del viento quebrarse sobre los pinos de la ladera y las nubes negras que pasan y quizá luego sean otros instrumentos y mientras los miro, me repito: "que quiero dormir o dejadme que vaya donde ellos".

Y menos mal que mañana ya no estaré y ahora, desde la cama que mira a la sierra plena y se enfrenta a las nubes que se abren y se cierran, te doy las gracias por el suave rumor que has extendido por debajo del día que viene asomando y me recojo otra vez en mí y en tu voz que me habla al corazón y dejo mi mente en blanco para no mezclarme con tantos ruidos a un tiempo y al final no vivir ninguno porque ¡las cosas de la tierra, ya dan tan poco consuelo!

Y mientras me sigo preguntando que el tiempo y el día y la hora ¿quién lo conoce? Estoy mirando, callado al color, tamaño y forma de las nubes que van por el cielo, cuando la profundidad, que ya voy viendo, me habla de las zonas perdidas en lo más lejanos de los barrancos y bosques de la sierra y más profundo es el lugar donde sólo llega un caminillo atravesando el tupido bosque de madroños y sobrepasado por los picos rocosos de las cuerdas que rozan el infinito y por ahí avanzan, montados

en sus burros pardos y al caer la tarde, las nubes les arropan y el viento helado de las cumbres y la soledad de los barrancos y el canto de las perdices y el bramar de los arroyos cayendo por las grandes lejanías y nunca hubo un motivo fuerte para que el padre no fuera conocido y querido por todas las familias de la sierra y tanto, que muchos celebran, con regocijo íntimo, su presencia cuando se deja caer por entre los enjambres de cortijillos dispersos por el valle.

Y fue así como aquel día, al salir el sol, preparan la borriquilla color ceniza y por la estrecha senda que se adentra en el barranco, bajan buscando el arroyo que sólo tiene madroños a un lado y otro y pinos blancos salteados por las laderas con troncos que son columnas donde el tiempo se ha parado y muchas encinas y brezales con florecillas diminutas y cruzan el profundo arroyo por el puentecillo de piedra y suben el repechillo bonito y la cañada...

Y como no es gran cosa este repechillo porque la senda lo surca con mucha elegancia aprovechando la depresión del arroyuelo que por ahí baja, atravesándolo varias veces mientras sube y entre una y otra pasada, trazando majestuosas curvas como si se tratara del más divertido de los juegos y una cascada que es una gloria de tan perfecta y limpia y luego, los chorrillos de agua puestos en fila por las rocas que el arroyo ha cortado y después, los olorosos brezales de las sierras y la sendilla que sale al rasete, por donde el pequeño cortijillo, y se pierde unas veces por entre el verde del trigal y otra por entre la espesura de los pinos y las ramas de las carrascas y ya pasado el rasete que es como una bocanada de aire fresco en el centro de tanta soledad y la

densidad bosque, la senda se alarga ampulosa y un en par de curvas más se planta en lo alto del collado y ya sólo queda un paso para cruzar el siguiente tranco y entrar al valle.

Y esta mañana, el valle es toda una gloria de tan bonito y tan lleno de vida que parece que ni centro tiene porque por el centro, lo corta el río y ahora, además de los mil cortijos y manadas de animales pastando, todo es mágica primavera y se ve mejor cuando se le entra desde el lado del tranco de las rocas rubias y quedando a la izquierda el grueso pico y teniendo a dos pasos el grande y los barrancos y más adelante, las ruinas del collado llano y a continuación los demás cortijillos y llanuras y arroyos y praderas y ¿el valle? Un rincón y trozo de sierra que no tiene igual en toda la tierra y este día aún parece más engalanado y envuelto en magia que vuela.

Y en cuanto el padre y el hijo, junto con su borriquilla del alma, ponen los pies sobres las tierras llanas, los habitantes de los cortijos que exclaman:
- Qué alegría verlo de nuevo.
- La alegría es mía, hermanos. ¿Cómo estáis y qué tal anda la familia entera?
- Vamos tirando pero...
Y el padre se queda con ellos primero oyéndolos, después consolándolos y luego levantándoles el alma.
- Que hay que ser como siempre hemos sido los serranos: fuertes como encinas, sencillos como violetas, suaves como los copos que mece el viento y valiente como las cumbres de piedra que nos cercan y sufrir sin quejarse creyendo siempre en Dios.
- Pero padre es que...

De cortijo en cortijo se pasa la mañana saludando y animando y consolando y amando a unos y a otros y cuanto más cariño reparte más unos y otros lo buscan.
- Padre, que a este paso no llegamos nunca al pueblo.
Le dice el hijo ya cansado de tanto pararse en un sitio y otro con éste y aquel.
- Ya voy hijo mío, que esta gente son nuestros hermanos y como vez nos necesitan ¿qué cuesta darles una migaja de cariño que en el fondo es lo único que les hace falta?

* **EL CORTIJO DE ARRIBA** se alza al borde de las aguas y en la llanura siguiendo el río para abajo y donde el cauce traza una curva, y no es grande porque en él sólo vive el matrimonio con sus dos hijas y el tío de las niñas que es el hermano del padre y en las tierras que rodean al cortijo, el padre ha construido un par de tinadas para los animales y ha roturado tierrecillas para el huerto y cerca del cauce, ha levantado un establos nuevo y de estas cosicas vive la humilde familia y luchando cada día con las inclemencias del tiempo y la soledad de los barrancos y las asperezas del terreno y la enfermedad del tío, hermano.

Un poco más abajo y también junto al borde del río, se alza otro cortijo que tampoco es grande y en el cual no siempre vive gente y la familia del cortijo de abajo sí son amigos de los del cortijo de arriba y por eso las hermanas, de vez en cuando se van al cortijo de abajo con los tres hijos que tienen los del cortijo de abajo y uno de ellos ya zagal muy “espabilao” que se conoce bien tanto los intrincados caminos de los barrancos como los charcos y recovecos de los cauces y sabe cómo pescar truchas en

las aguas del río y, además, organiza divertidas aventuras para jugar cuando las hermanas están.

Y en invierno se presenta el temporal de nieve que dura más de un mes sin parar de nevar y cuando las nubes se retiran, sobre las cumbres y barrancos, hay tanta nieve que ni la copa de los pinos se ven y los del cortijo de abajo tienen que irse a las casicas de la solana, mucho más metidas en el barranco y también junto al río y los del cortijo de arriba, como no tienen ninguna otra posibilidad, se quedan en el mismo sitio y esto es casi la muerte para ellos.

Y el padre no puede sacar el ganado por el campo porque es difícil andar con tanta nieve y tampoco tiene pienso para echar a las ovejas y como ni siquiera puede llevarlas al río para que beban, los animales enflaquecen y ellos, dentro de la casa día y noche con la lumbre encendida para no helarse y comen de las pocas cosicas que han guardado en los meses del verano pero los alimentos también son pocos y escasos: algo de matanza, frutos secos recogidos en la huerta, harina para el pan, un poco de leche y algunos garbanzos y habichuelas.
- Si el temporal sigue, este invierno morimos todos.
Dice el padre.

Pero al mes de la gran nevada, vienen las lluvias y en pocos días la espesa capa blanca del barranco, de las laderas y de las cumbres, desaparece y por las pendientes, empiezan a bajar los arroyuelos y las cascadas caen plenas llenando de espuma y sinfonías las hondonadas.

- Si no vuelven las nieves y sigue el ritmo que ha tomado en cuanto llegue la primavera, venderemos los borregos y con el dinero pagaremos a un buen médico para que cure al tío hermano.
Dice el padre al tío de las hermanas.

Y las lluvias sí caen sin parar pero como en el campo ya no hay nieve, las ovejas pueden andar por el monte y comer lo que por él encuentran y viene un comienzo de primavera tan bueno, que ni el propio pastor se lo cree.
- Se parece este tiempo al que cuenta el refrán.
Les dice a las hermanas.
- ¿Y cómo era ese tiempo?
Preguntan las chiquillas al padre.

La leyenda cuenta que, en una ocasión, un pastor de estas sierras, se puso a hablar con el mes de marzo: "Si te portas bien y en lugar de traer frío y heladas, traes buenas lluvias y sol, cuando termines tus días, te regalaré el mejor cordero de la piara". Le decía el pastor al mes de marzo. "Te cojo la palabra y me voy a portar bien, trayendo largos días de lluvia suaves y de sol templado y pero ya sabes, el mejor cordero de la manada tiene que ser para mí. Me lo acabas de prometer". Le decía el mes de marzo. "Te lo prometo y ya verás como lo cumplo". "Pues trato hecho".

Y dicen que durante todo aquel mes, el tiempo fue de lo "más bueno". Llovía casi todos los días, salía el sol a ratos, no hacía viento ninguno ni tampoco helaba por las noches y la hierba creció mucho y tanto los borregos como las ovejas se pusieron redondas de gordas y lustrosas.

Y quedaban dos días para que se terminara el mes y como el pastor no tomaba la iniciativa para cumplir lo que había prometido, una tarde se le presento marzo y le dijo: “Aquí me tienes. Vengo a por lo de la promesa. A mi se me acaban mis días y ya ves que me he portado como te dije. ¿Lo recuerdas?” El pastor miró a marzo y le dijo: “Claro que recuerdo y lo que hablamos es que te daría el mejor cordero de la manada pero aquello fue al principio, cuando tú estabas naciendo y hora ya estás muriendo.

Te quedan sólo dos días y enseguida estará aquí el mes de abril. Así que, de lo acordado, nada. Mis corderos están gordos y lustrosos y eso de que te lleves el mejor de la manada, ni hablar”. “Pero es que me lo prometiste”. “Las promesas no siempre se cumplen y menos cuando tú ya no pintas nadas por estas sierras porque estás a punto de irte para siempre”. “Pero hombre, yo creía que tenías palabra porque por mi parte he cumplido y ahora me siento engañado”. “Mis corderos son mis corderos y mucho trabajo que me cuestan criarlos”.

Fueron las últimas palabras que el pastor le dijo a marzo y como éste se sintió engañado, se enfadó mucho y dijo: “Pues mira, pastor de poca palabra, ¿sabes lo que te digo?” “¿Que me dices?”. “Que con dos días que me quedan y tres que me preste mi amigo abril, te voy a poner a parir”

Y dicen que a partir de aquel momento, empezó a llover con tanta fuerza, con tanto viento, tanto frío y tanto granizo, que en una semana al pastor se le habían muerto casi todos los borregos. ¿Habéis entendido la leyenda y el refrán?
- Del todo no, padre.

- Pues mirad, hijas, el significado es que a veces, en el mes de abril, a pesar de que marzo sea bueno y tranquilo, puede llover, hacer viento y helar, tanto o más como en pleno invierno y aunque ya abril es casi el centro de la primavera, no importa porque las lluvias pueden ser grandes y torrenciales.
- Ahora ya si lo entendemos.
Dicen las hermanas.

- ¿Y qué más cosas sabes tú de estas sierras, padre?
Preguntan ellas.
- Decidme vosotros lo que deseáis saber.
- Pues un asunto que nos intriga, son las tierras de la cumbre. ¿Qué ocurre por las alturas cuando nieva?

- Vosotras tendríais que ver lo bonito que aquello se pone cuando la nieve cae. Primero se cubre un poco diez centímetros y justo en este momento ya comienza la primera belleza, que es única y es el momento en que te entran ganas de pasarle la mano como si fueras a acariciarla porque de tan tierna y dulce desearías comértela y segundo, pasado un rato de las primeras nieves, ya se va redondeando porque los copos se amontonan en un manto que puede tener más de metro y medio de grueso y llegado a este punto, la belleza de la llanura de la cumbre, toda la cumbre y las dolinas, se queda sólo para el deleite y gozo de Dios y la caricia del viento.

Y nadie puede andar por estos paisajes cuando las nevadas alcanzan cotas tan altas y esa es la época en que el duro invierno se hace presente y después, cuando ya la primavera se derrama por estas cumbres, antes de

que el sol caliente mucho, viene el tercer y gran momento de las pequeñas llanuras porque la nieve se derrite y a los pocos días de llegar la primavera, por aquí y por allá brota la hierba y por entre ella, corren pequeños arroyuelos que son el agua de la nieve fundida y entre la hierba y los chorrillos transparentes, todavía quedan rodales de nieve sin derretirse y justo éste, es el gran momento del más bello espectáculo en estos montes porque miras el paisaje, te sientas en la roca, recorres la llanura, la miras otra vez y es como si todo fuera un sueño de tan delicado y sutil.

Y es otra vez el momento en que deseas acariciar con tus manos la suavidad de la hierba brotando por entre la capa blanca y el chorrillo del agua jugando con la luz del sol y es el momento de la emoción porque, además, sientes que todo es fuerza cargada de vida nueva con un latido firme, robusto y puro y ya os digo: vosotras tendríais que ver lo bonita que se pone la llanura por esos días y tendrías que jugar por allí los juegos que de pequeño viví yo.

Y la familia del cortijo de arriba, respira un poco y aunque el tío hermano sufre el tormento de su enfermedad, va tirando y cuando el dolor de estómago le da, se echaba a morir pero cuando el corazón le pegaba pinchazos, se retuerce sin vida y se muere por completo.
- ¿Y qué puedo hacer por ti.
Pregunta la pobre madre de las hermanas.
- Nada, hija. Que sea de nosotros lo que Dios quiera porque al menos tengo el calor de vuestra familia y duermo cada noche bajo techo y me puedo llevar un vaso de leche a la boca y cuando el dolor se me calma, me consuela el cariño de las niñas y no me encuentro

desamparado y por eso no hago nada más que pensar que no sé cuándo y cómo podré pagaros lo que por mí estáis haciendo.
- Lo que es “menester” es que te pongas bueno.
- Pero es que yo sé, porque me doy cuenta, que soy una carga para vosotros y como si no tuvieras bastante con la brega de los animales y la crianza de vuestras hijas.
- La vida viene como viene y hay que aguantarse y lo importante es tener salud para ir saliendo adelante y estar en paz con Dios y que nos eche una mano.
- Pero a Él, hija mía ¿tú sabes cuánto le debemos?

Y está ya la primavera reventando en los campos y como ha llovido tanto, las praderas y los bosques, por momentos se tornan verdes y floridas y a las dos niñas, el padre les regala una cabra hermosa.
- Para vosotras por su curioso pelaje, lo mansa y buena que ella es y como premio al cariño que nos dais a los padres y al tío hermano y también en detalle a la bondad que Dios se digna concedernos desde sus manos y vuestras manos.
Dice el padre.
- Una cabra romera pocas veces se ha visto en estas sierras ¿verdad padre?
- Algunos pastores que tienen una pero pocos.

Y una de aquellas mañana de primavera, como tantas otras, las niñas se van por los campos con su cabra y al verla estirada por el monte y entre la hierba, exclaman:
- Da gloria verla tan curiosa.
Y pasta en el monte que hay cerca del manantial que tiene el agua casi como el viento de limpia y desde tiempos inmemoriales ha regado la huerta del cortijo de la

umbría y ni siquiera el abuelo sabe quién fue el que descubrió el venero.
- Quizá el primero que vino por aquí fue el que hizo el cortijo.
- ¿Y quién hizo el cortijo?
Preguntan las hermanas
- Después de tantos años ¿quién lo va a saber?
- Y el charco que hay bajo la roca ¿quién lo talló?
- Pues el que descubrió la fuente y luego construyó el cortijo.
- ¿Y la huerta?
- El que hizo el cortijo que aquí siempre ha vivido gente de mi familia sembrando de todo, cogiendo madera del monte y llevando ganado a pastar por la sierra.
- Entonces, la cabra romera ¿cuantos años tiene?
- Menos que yo porque la vi nacer de una cabra que teníamos que se llamaba y era "colorá" y lo raro fue que saliera del color de la flor del romero, que por eso se llama romera.

Siempre ha sido famosa por estas sierras no por su color sino por las bondades que tiene porque si te fijas, verás que su ubre es como la de una vaca y además de producir dos litros de leche diarios, no se seca en todo el año y siempre ha parido dos chivos y siempre, además de criarlos, ha dado leche para alimentar a la familia y así que no hay otra en toda la sierra como ella.
- ¿Siempre anda sola por estos montes?
- Acompañada sólo por las flores que le prestan nombre y de las tres cabras negras.

- Da gloria verla pastando a estas horas junto al bosque del manantial que riega la huerta y cuando se estira ladera arriba buscando los tallos de los majuelos, se

le ve la ubre de tetas largas y, según tú dices, es grande como la sierra misma por la que salta y como si a toda entera quisiera amamantarla y regarla con el maná de la vida y aunque es media mañana, ya tiene la ubre prieta.
Le dice la niña al padre.
- Es que a la cabra romera hay que ordeñarla dos veces al días porque es tanta la lecha que de ella mana que tiene que andar con las patas abiertas porque no puede a media mañana.
- La cabra y el manantial de la roca que riega la huerta son las joyas de nuestro cortijo ¿verdad padre?
- Y que lo digas y que lo sepas.

Y aquella primavera, al cortijo de abajo, vuelven los habitantes y por la tarde, al cortijo del arriba, vienen los niños y con ellos se van las hermanas a pasar unos días con la familia del cortijo de abajo.
- Que os portéis bien.
Dice la madre.
- Mañana iremos a pescar al río.
Aclara el mayor de los hermanos del cortijo de abajo.
- Pero tened cuidad
Recomienda la madre.
- ¿Porque tú sabes lo del charco?
- ¿El de las zarzas espesas?
- Donde se remansan las aguas limpias y la serenidad queda manchada con las sombras de los álamos.

Con el fresco chorro que entra por la parte de arriba y baja de las altas sierras y viene oculta por entre la hierba, los juncos y los fresnos y al llegar al charco, sale a la luz, todo pureza y atraviesa cuatro piedras gordas y se extiende, nítida, por los lados de las cien piedrecicas menudas y besa a la arena y desde aquí cae

al charco ¡Cuánto me embeleso yo, madre mía, y cuánto me duermo frente a su reflejo de tonos divinos y esencia de hiedra!

Y es verdad que, a veces la niña, se sienta cerca y se olvida del juego y mirando al charco, serena se pasa las horas y si acaso, tras un rato largo, se levanta y se va de un lado para otro pisando el agua y gustando las cosquillas que, al rozarla, deja y ¡cuánto le agrada este juego y cuánto es su gozo al sentirla bajo sus pies de nieve y ver como el líquido se le escurre en el mismo juego que ella juega! Y es que el agua se retuerce y se burla y otra vez la quiere coger y con rabia y con dulzura y con revuelo de primavera, la machaca contra las piedras y se le escapa y su gozo es comprobar como la corriente nunca se enfada ni pone cara de extraña y ni se va ni se queda y en cuanto sobre el líquido cristal, vuelve a poner sus pies de princesa, otra vez se le aparta y busca camino y a ella, no le disgusta sino que le divierte un montón y su intención, es que al pisarla, se quedé ahí quieta bajo los pies que la persigue, todo el rato que quiera pero si el agua no se va ¿cómo sería alegre y emocionante el juego en el charco, la corriente y las piedras? Y esto lo sabe la niña pero no lo sabe y por eso juega.

Y se bañan en el remanso y cogen moras de las zarzas y beben en los manantiales y cortan flores por el prado y las hermanas y los niños, viven días muy hermosos y llenos de horas amenas.

Y con este sueño en sus almas, se despiden de la madre y mientras van por el caminejo que, atravesando el monte lleva de un cortijo a otro, el mayor dice:

- Si hace buen tiempo mañana, vamos a pescar truchas por el charco ancho de la curva, donde las he visto grandes y buenas.
- ¿Y con qué las pescamos?
Preguntan las hermanas.
- Como los mayores no me van a dejar la dinamita, nos meteremos en el río.
- ¡Con lo fría que está el agua!
- Si al medio día queremos comer truchas asadas, no queda más remedio que meternos en el río y cogerla con la mano.
- Pero nos enseñas porque no sabemos.

Y cuando llegan al cortijo, saludan a los amigos, dejan sus cosas y se ponen a jugar por la llanura hasta que la tarde acaba y antes de irse a dormir planean lo que al día siguiente harán y después de compartir el calor de la lumbre con la familia amiga, se acuestan y en cuanto amanece el nuevo día de plata, se reparten las tareas de la huerta y la tinada para así terminar antes e irse al río y a media mañana, ya cruzan el pinar dirección al charco grande en busca de las truchas y no han llegado a la corriente cuando por el camino que serpentea por la ladera de enfrente, ven subir al que va detrás de su caballo.
- Parece padre.
Dice la hermana.
- Pero padre no tenía pensado ir de viaje.
- Eso digo pero parece él.

La noche en que los niños comparten el tiempo junto al calor del fuego en el cortijo de los amigos, en el cortijo de arriba, el tío hermano, empeora de su enfermedad y toda la noche está quejándose del gran

dolor en el estómago y las horas las pasa sufriendo la opresión del pecho y junto a él y dando ánimo, la madre y el padre y hermano y a pesar de ello, no pueden hacer nada para curar o en todo caso, aliviar las dolencias del que sufre.
- Ahora mismo preparo el caballo y cojo el camino y troto para el pueblo.
Propone el padre.

Y justo cuando ya raya el día, un fuerte crujido rompe los músculos del corazón y en un instante, la vida se le va y para siempre se marcha de este suelo y fuera sigue oyéndose el balar de las ovejas, el rumor del agua del río y el canto de los gallos que anuncian el nuevo día y algo más abajo, los niños se despiertan con la ilusión de irse a la corriente a pescar truchas y sobre las cumbres que coronan los barrancos, las fuentecicas brotando.

- Ya no sirve de nada aparejar el caballo.
Dice el padre armándose de fuerza para enfrentarse a la realidad.
- Pero habrás que ir al pueblo para avisar del suceso.
- ¿Y te quedas sola con él?
- Tendré que acostumbrarme como a tantos a otros tragos.

Y a media mañana, el padre sube por la ladera rumbo al pueblo y como el camino queda enfrentado al charco del río, al verlo las hermanas dicen:
- El que sube por la senda, es padre.
- ¿Pero a qué va al pueblo?
- Eso hay que averiguarlo.

Y en este momento, al mirar hacia el cortijo, ven como un camino blanco alzándose desde el tejado, barranco arriba hacia las nubes y al mismo tiempo que sube se extiende hacia los lados y está el barranco en silencio y los campos chorrean inmensidad y sobre los árboles del bosque, a las espaldas y ladera arriba, las nubes se apiñan y de las hojas de la higuera de la huerta, cuelgan las gotas de agua y sobre los pinos, al otro lado del arroyo grande, barranco arriba y a un lado y otro, como esponja algodonosa, lenta se deslizaba la niebla.
- Parece como si al rincón de la luz, siguiendo el camino que vemos, alguien hubieran bajado del cielo.
- ¿Quién puede ser y a qué?

Se preguntan los niños.
- A lo mejor a recoger entre sus brazos el alma de alguien que vuela y fundido con las nubes, es recibido al modo de lo que es inmortal.
- Puede ser.
Dicen las hermanas y ya caen en la cuenta de lo que ha pasado.

La mañana es hermosa y aunque el viento corre gélido, contagia gozo y algunos pajarillos cantan por entre las encinas rompiendo el silencio y llenando los campos de misterio y todo se revela como un mundo amado, íntimo que se siente con fuerza acariciando el alma y late con la sensación propia de una vida que no tiene fin. ¡Que dulce, qué honda la mañana!

Y desde esta luz encajada en esta otra parte de la historia en los eslabones del tiempo, cuando a lo largo de la parada noche hemos estado jugando a recoger piezas y palabras de aquel momento y de este momento y de lo

que nos queda en medio, te digo, porque lo palpo y lo siento, que allí estabas Tú presente amando y perfumando y llenando los montes y aunque no se te notara o no se te conociera porque hablas y no hablas y estás y no estás y diriges firme y recto desde el latido que no se oye y desde el trueno y desde el remanso que es gozo y son reflejos y la sonrisa de la hermana y el pajarillo que revolotea y la niebla del barranco y la nieve por las cumbres y la fuente y las flores de la primavera y el beso que deja el viento, Tú siempre estás y hablas callado al corazón de las cosas y de la niña y el hermano y al camino que en silencio se desmorona y es pieza que tiene su encaje en la construcción de lo que va a tu encuentro.

Por lo demás, esta mañana, qué silencio y dos trozos de Ti temblando en la ventana y la tez rosada de sus caras, qué cosquillas desde que entras por los ojos hasta que medio sacia el alma y qué cielo tan lleno de nubes sin que llueva y haga viento y qué sensación de estar, de Ti, tan lleno cuando, como tantos otros días, tanto duerme y tanto grita y tanto calla y Tú quieto y presente en mi sueño y en su sueño y en mi despertar y en su mente y fundiendo inexorable y quedamente aquellos días con el mañana y el presente y lo eterno.

Y por lo demás: que te quiero y gracias por lo del día de ayer y lo que tan dulce, empapa y lo que al frente tengo. Por todo, gracias, Dios bueno.

* **Y EN LA MAÑANA** que llega como de puntillas y se expande hermosa desde la llamarada de luz que asoma por las cumbres de la lejanía y como gota de

perfume nuevo se extiende por el valle lentamente y repartiendo vida a raudales, desde la fuente del arroyuelo, hasta el barranco y las sementeras de los “piazos” y los huertos y las tinadas y la humedad del bosque y la llanura entera con sus cauces y sus cortijos y su gente y el latido del corazón de cada uno y el rumor del río con sus charcos y la hierba llena de rocío y las ovejas y otra vez la fuente, yo estoy entre ellos aprendiendo el despertar de los rebaños con sus corderos y el olor de la majada con el ladrar de los perros y el rebuznar de los burros que comienzan a trotar por los caminos y ellos que los acompañan con la carga de trigo o de leña o de piedras o de estiércol para abonar los huertos o de pieles de corderos o de zorros que venderán en el pueblo y por la fuente del tornajo, que es como el corazón de la tierra, por el agua pura que da tanta vida, ando ya entretenido y tomando posesión de los asuntos que me encomiendan, cuando por el camino viejo, de la noguera eterna, todavía con el sueño pegado en las perlas de sus ojos, se acerca la hermana, reina del alma y del valle y de la mañana grandiosa que Tú nos estás regalando.

Y al verla tan temprano y tan frágil y tan dulce y tan llena de misterio en este fluir mágico, que medio escondido en la penumbra, el nuevo sol nos va trayendo, la miro sorprendido y ya con el corazón empapado del bien placentero que trae su presencia amable, y le pregunto:
- ¿Tú por aquí tan de madrugada?
Mueve el puño de su mano de azúcar y se restriega los ojos cristalinos y como si no tuviera amparo, desde el fresco aire que la trae en brazos, se acerca y quiere dormirse en el consuelo que da la presencia del hermano

y quebrando el lento rodar de la mañana, con los sonidos de plata de su voz de terciopelo, responde:
- No sé si será verdad pero es que me lo han dicho.
- ¿Qué te han dicho a ti tan temprano que tanto te preocupa y te quita el sueño y te trae andando por este camino de la fuente cuando todavía está mojado del relente de la noche y de las estrellas de nácar que se van marchando?
- Se la llevaron ayer y hace un rato la he visto llegar por el camino del barranco y venía acompañada de todas sus amigas y todos venían llorando. ¿Tú sabes lo que ha pasado o qué cosa está pasando?
- Ahora mismo no lo sé pero como todavía el día tiene su candil apagado, tú vas a hacer lo que yo te diga y luego, cuando ya lo sepa, hablamos: date media vuelta por el camino que has venido pisando y vete a casa junto a madre y que te arrope en tu cama y que te dé un beso en la cara y en ese calor tan dulce de tus sábanas de mil y en tu cuarto, tú sigue acurrucada y con el día que llega, soñando, que ya te lo he dicho, luego iré a buscarte y te llevo de la mano a ese rincón de las flores que a ti tanto te gusta y cuando estemos jugando, te cuento lo que le ha pasado a ella y por qué está llorando.

Y la veo que me mira con sus ojos de ternura que como el trigo en la tierra amada, están todavía brotando y quiere irse y quiere quedarse en la seguridad del hermano y quiere saber qué es lo que pasa en su corazón de ángel tan lleno de este murmullo armonioso que le trae y le va llevando y da media vuelta junto a la fuente que la mira y eterna sigue en su canto de agua que se quiebra y también se despierta al día y corre y sigue saltando.

Y mientras la veo perderse por el camino que cubre el verde de la eterna noguera y las piedras del “cibanto” Me voy también por el camino que desde la fuente lleva a los huertos del barranco y sobre la piedra que se esconde entre las zarzas y es gorda y en los cortijos la llaman “de la espera” y sirve de mirador sobre el valle y los caminos que por ahí van cruzando, me siento y me acurruco en Ti y te hablo y medito lo que ella me ha dicho hace un rato y desde hace unas cuantas horas, tengo en mi corazón clavado.

Porque es verdad que subía por el camino rodeada de sus amigas y es verdad que venían llorando y como al verla, a mí también me ha llamado la atención y me he asustado, me he unido a la comitiva y casi sin preguntar he preguntado:

- ¿De dónde viene y qué ha pasado?
- Se la llevaron ayer al médico y hoy se la traen porque dicen que le han dicho que ya todo ha terminado: Tiene un cáncer en la matriz y como no hay manera de curarlo es mejor que se venga a casa y entre los suyos y este llano, que se la vaya llevando el tiempo y Dios, si así lo tiene designado.
- Pero ella es la madre del hijo pequeño que también es nuestro hermano.
- ¿Y crees que no lo sabemos y ella y los del cortijo de arriba y los del cortijo de abajo?

Y como no tengo más que preguntar ni nada que decir y los veo tan desconsolados, me vengo ladera arriba y junto a la fuente me paro y mientras voy contemplando el día que va asomando por las cumbres que allá a lo lejos Tú tienes bien dibujado, me arrincono en Ti y también llorando y quiero preguntarte más de mil cosas,

que como a ellos, me están ahogando pero desde este suave silencio de la mañana y el dulce canto del arroyo que sin parar te alaba y pasa, me quedo parado y lo único que soy capaz de decirte es: “Tú le diste a ella la vida, como a mí y ahora te la está llevando, sea lo que quieras que sea y lo que tengas acordado pero Dios mío, llévatela contigo y los que por aquí a la espera quedamos, danos fuerzas para seguir e ir aceptando los planes de tu amor de padre que nos lleva de la mano”.

Y así, y mientras pasa el tiempo
y nuestro arroyo cantando,
voy aprendiendo la vida
y estoy con ellos y estoy contigo y estoy llorando.

* **EN LA MAÑANA GRIS,** del silencio grande y el ambiente cargado con el denso perfume del otoño, el alma se siente en paz por el deber bien cumplido y el camino termina de remontar la suave cuesta que da entrada a las tierras llanas de la dehesa de encinas y los rastrojos del trigo ya machacados y casi polvo la tierra de tanto pisar las ovejas y las vacas y las cabras y los cerdos.

A la derecha y pegado al camino, está el hortal que riega la fuente y cargado de hortalizas todavía verdes y exhalando esencias de vida y frescura y con los tomates colorados, los pimientos, las habichuelas y el agua abundante que empapa la tierra y ya los racimos de las uvas colgando en las parras que trepan por las encinas y las granadas abiertas con sus granos de sangre mostrados a la luz pura del nuevo día y a los pájaros que llenan la sombra del arroyo y a las hormigas y los que

caen al suelo, para los jabalíes y las zorros y junto al granado, las higueras también repletas de higos negros y muchos picados de los rabilargos y de los cuervos y los mirlos y de las ardillas y las grajas.

Y también a la derecha pero un poco más lejos y pegado al chozo de los álamos y remontado en el puñado de tierra que se eleva, el cortijo y aunque todavía no es invierno, lo que más se adivina por su puerta y dentro y pegado al fuego de la chimenea que nunca se apaga, es a la madre siempre con el alma atenta en el bien para los demás y en sus rezos y en el pedazo de pan para los hijos, el padre y la niña y cuando llega el invierno y la lluvia y la nieve y el frío y el barro por los caminos, siempre atenta a los que vienen pidiendo y no tienen casa ni ropa ni un trozo de pan que comer ni lumbre donde secarse y quitarse el frío y charlar un rato en la presencia de alguien que les escuche y como la madre lo sabe y sabe que "Lo que hicierais al más pequeñuelo de estos, conmigo lo estáis haciendo", los recibe en su cortijo con la dignidad de los grandes y le dice:
- Tan solos como estamos nosotros ¿por qué no os quedáis y nos dais compañía junto a la lumbre y compartimos el "fritao" rico que estoy haciendo?
Y ellos que buscan cariño y compañía y calor junto al fuego y techo donde refugiarse de la nieve y de la lluvia y por encima de todo, ser tratados según la dignidad del alma "imagen de Dios" que llevan dentro, que se quedan en el cortijo al calor del fuego y en el cariño de la madre y el olor del puchero que se cuece en las brasas y en la hora de la comida, como hermanos verdaderos, se reúnen frente a la sartén y en igualdad de puestos y asientos y dignidad, comparten el pan y los garbanzos de la olla y el tocino y los tomates fritos y el consuelo del calor que

presta la lumbre y la charla y luego el suelo con las cabeceras y mientras la noche y la nieve cae, el sueño junto al padre, los hombres y las mujeres, junto a la madre y las niñas con la hermana mediana y al amanecer el nuevo día como sigue lloviendo, la madre que dice:
- Ea, si se van ustedes nos quedamos solos y las calabazas que hoy voy a asar ¿a ver con quién las compartimos? Y si se quedan haré una gran sartén de migas de panizo y juntos y aquí charlando y tan agustico, nos las comemos frente al fuego.
Y los que han llegado y no tienen casa ni pan ni cariño ni madre que los escuche, que se quedan al calor y la dulzura de la madre y se sienten dignos y buenos y la madre no sabe ni leer ni escribir ni conoce leyes ni derechos, le da gracias a Dios por estos momentos y por su cortijo y los suyos y por ellos y reza y practica el amor de verdad con su trozo de pan y su fuego.

Y el camino que llevo que cruza el paso real y a la izquierda se ven las tierras donde han crecido los garbanzos y a la derecha, más encinas y al frente, ya el terreno que sube y en cuanto la senda remonta un poco, la piedra y la sombra grande donde la madre, la otra tarde, me decía:
- Con la espada de la cruz en la mano y la fuerza del amor en el alma, es como se paraliza al enemigo y se ganan las batallas.
Y frente a la universidad de la vida, en mis campos y con la madre de maestra y Dios de rector y en el aula de las estrellas, se me esponja el corazón y me veo luchando contra los leones fieros que le sobra todo y tienen todas las razones. Y atravieso el campo de batalla ahora lleno de otoño y por eso frío y algo húmedo y hermoso y rebosante de paz, de dignidad y de grandeza y al

asomarme a lo alto, el barranco que se abre tremendo con los caminos que lo cruzan, los álamos temblando, los arroyos llenos que saltan y...

Entre tanto resplandor de paz nadando por el espacio y los charcos limpios y las laderas derramando el verde de los bosques, Tú que te paseas y mis ojos que te miran sorprendidos y hambrientos y tristes y aunque, como tantas otras veces, siento que no te merezco, me pego al calor que por mi alma siento y además de darte las gracias, te digo que estoy solo y quiero seguir pero no puedo porque ni tengo la dignidad que ellos me piden ni sé si voy por el camino cierto.

* **CUANDO LLEGA EL OTOÑO**, en las sierras, muchas cosas tienen tonos y matices nuevos porque caen las primeras lluvias y el bosque cambia de color y aunque sigue siendo verde, cuando las hojas se lavan, parecen otras y se oyen los bramidos de los ciervos en los barrancos y laderas porque es el celo y los animales tienen sus instintos por lo de la perpetuidad de la especie y se van las golondrinas y al atardecer, ya no vuelan los vencejos.

Y se ven las nieblas matinales llenando los valles hasta que viene el viento y se las va llevando por las laderas y luego por las cumbres y se oyen y se palpan todas estos mundos bellos y aunque la sierra es la misma, en estos días parece otra, como un país lleno de magia por donde los sueños revolotean libres y se estiran divididos entre los últimos calores del verano y los primeros fríos del crudo invierno.

Y al caer la tarde, el cielo se llena de nubes negras y puede soplar el viento y arrastrar con rapidez, por encima de las cumbres, los jirones de las nubes o puede que no sople el viento sino que estando en calma, las nubes aparecen desde detrás de la cumbre y se remontan como si fueran a cubrir toda la sierra y a veces cruje un trueno y parece como si los barrancos se desplomaran a la vez pero no pasa nada porque es el trueno de la sierra y puede que luego ya no crujan más ni brillen los relámpagos y en cuanto se hace de noche comienza a llover, al principio, con suavidad para ir aumentando hasta llegar a una lluvia torrencial y con las oscuridad, todo se llena de misterio.

Y la casa, que es un pequeño cortijo construido sobre las rocas cerca del arroyo de la aldea, queda perdida en la niebla y la oscuridad de la noche pero como llueve y tan espantosamente, ni se ve desde ningún punto. ¿Cómo se va a ver si todo parece perdido en una gran ola de agua? Pero como la casa se alza sobre la roca y ella es pura roca, el agua de la lluvia chorrea a raudales, como si fueran caños que se escapan de lagunas y locos bajan por las laderas buscando los arroyos y los valles y la casa, que no se puede ver en estos momentos pero si se le viera desde el lado este, que es la parte más bonita, parece un cuadro mágico.

Que no son imágenes reales sino que salen de un sueño, de una fantasía que existe sólo en películas o en sueños, porque desde aquí, desde el este, siempre se le coge desde lo alto y recostada sobre el monte del arroyo y aplastada por entre las rocas que suben hacia la cumbre y en primer plano y como sino existiera nada, más en todo el contorno, que la pequeña casa que hay antes los ojos y las rocas que en forma de lastras sirven de acera y calle

asfaltada con piedras naturales por y para los habitantes del lugar pero como además de oír, se ve y hasta se puedes tocar el manto de agua que por los lados se desliza ladera abajo, frente a todo, aunque la noche sea de lluvia cerrada, casi gusta quedarse y gozar un fenómeno tan bello.

Parece irreal pero es una verdad profunda que hierve y late en la sierra cuando llega el otoño y quizá no lo conozca mucha gente porque andar de noche por estos montes cuando caen lluvias tan torrenciales y por sitios como donde se alza la casa, no es fácil ni tampoco apetece siempre pero yo digo que son reales los manantiales y los arroyos que corren por estos cerros.

Otra cosa es al día siguiente de la noche de lluvia porque puede amanecer sin nubes en el cielo y entonces son las nieblas las que llenan los valles y barrancos y los habitantes de la casa pueden asomarse a la puerta y quedarse frente al campo mirando cómo aún todavía salta el agua por los regatos y dudando si deben o no abrir la puerta de la tinada para que el ganado salga a pastar porque aunque ya no llueva, todo está tan mojado, tan chorreando, que es mejor esperar a que el día avance un poco.

Así que cuando llega el otoño, la sierra con sus bosques, nubes y valles, tiene estampas nuevas y tonos y matices cargados de belleza que en nada se parece a la de las otras épocas del año y ni es fácil gozarlo todo en un sólo día ni tampoco se puede contar, en cuatro palabras y en un momento.
- ¿Y lo de la yegua en el cortijo del barranco?
- ¿Quién te lo ha dicho?

- Lo poco que sé, me lo contaron los pastores.
- Pues, de la casa y lo de la yegua, nadie, en la sierra, se lo explica pero el caso es real y la yegua ni es mansa ni salvaje pero lo que sí resulta cierto es que nadie o casi nadie puede manejarla a no ser la niña.

El cortijo está metido en el valle, junto al gran arroyo del monte espeso que es donde brota la fuente y en realidad no es un cortijo sino una pequeña casa de pastores, que aunque se parece, tiene sus matices y la cortijada grande, con viviendas para varias familias, está algo más retirado y a la izquierda y pegando al arroyo del monte oscuro, es donde la familia de la niña levanta la humilde casa de piedra y construyen tinadas para los animales y detrás del cerro, allanan los bancales para sembrar hortalizas.

Pues la familia, como tantas por estas sierras, tiene unas yeguas y de ellas un día nace la potrilla casi toda blanca con un mechón rojo en la frente motivo por el cual le ponen de nombre lucera y casualidad o no, el caso es que por estos días también nace la niña y la potrilla y la niña crecen juntas y como el tiempo pasa rápido, ambas se hacen mayores y amigas.

Tiene ya la niña diez años y es la única que puede manejar a la yegua y la única que montada sobre su lomo, “a pelo limpio”, se la lleva a las praderas, juega con sus orejas, con su cola, por entre las patas del animal y todo lo que ella quiera y tranquilamente los padres pueden subirla sobre el lomo del animal y mandarla a por cosas a los cortijos, que la yegua parece como si cuidara de la pequeña más que al revés.

Y esto nunca antes se ha visto en la sierra y por eso a tantos le resulta tan extraño como bonito y todos saben lo de la niña y lo de la yegua y son muchos los que se admiran de la fuerza salvaje puesta casi de rodillas ante la pequeñez y la inocencia y es como un detalle, como una sonrisa que los montes de las sierras ofrecen a los hombres que la habitan o como el abrazo que un amigo da a otro en agradecimiento a su bondad o como si Dios mismo se mostrara complacido y esta señal.

Pero la mañana que pasamos por allí, sólo vimos el cortijo derrumbado y con las piedras de las paredes esparcidas por la tierra y todo lleno de silencio y zarzas y chorrillos de agua corriendo por la ladera y ni señales de vida humana y como si el rincón todavía oliera a ovejas y a yegua y como si el animal, amigo de la niña, aún esté pastando o atado junto al árbol de la puerta del cortijo y sólo y nada más que esto porque el silencio llena el resto y por el silencio se oye el recuerdo de los días de la yegua y la niña del valle.

Tampoco hoy nadie por estas sierras se explica que aquella casa tan sencilla pero tan llena de autenticidad, se haya evaporado en el tiempo y hasta parece que nadie tuviera interés en saber, recordarla o recogerla en algunas de las páginas de la historia y desde aquel día y hasta hoy me vengo preguntando si ¿acaso no es importante devolverle a la sierra su autoestima tradicional? ¿Acaso esto no se consigue conociendo su historia y dándole el valor que la historia siempre merece?

*¡**DIOS MÍO** y tu bondad de padre bueno! Hoy estoy en apuros y sufro ¿no me puedes echar una mano?

Miro al valle y por las tierras llanas que se recogen a la derecha del río, por entre los tamujos de la fuente chica y me voy buscando la medicina que necesito y ya los oigo por lo alto pendientes de mí y en este momento el miedo me inunda el corazón: “Ya soy otra vez delincuente y me persiguen y me harán juicio y me echarán de su lado que es mi tierra”.

Y subo por el arroyuelo que oculto entre el monte remonta al collado y por ahí los siento cazando y entonces me vengo para la derecha y al llegar al rellano me encuentro la casa y el padre trabajando en sus cosas, la madre preparando las gachas migas, el hermano ocupado y lleno de entusiasmo también en la ilusión que ahora tiene en su mente y las hermanas, en sus juegos y la niña, reina de mi alma y en las estrellas, al verme se viene a mi lado y al oído y quedamente, me dice:
- ¿Por qué no les pides que dejen de juzgarte y que no te condenen ni te echen de la sierra?

Y como estoy separado en el tiempo y ni puedo tocarlos ni besar sus rostros, le digo que eso es lo que deseo y necesito pero ¿a ver yo qué hago? Unos y otros lo saben y Dios más que nadie y el consuelo está en sus manos.
- Pero es que también hay que decirles que tú no eres malo, que llevas amor en el corazón y que estás llorando.
- Si ellos lo saben y Dios también.

Y por el camino que sube por la ladera, por donde más de mil veces ya he pasado detrás de las ovejas y en mis sueños y en mis horas de juegos y cuando la primavera revienta en marzo, subo y de los tizones que no se pudren de las encinas que cortaron e hicieron carbón,

cojo un trozo y por los charcos del arroyo amado, hoy tan fríos que son puro hielo, subo callado y en la superficie de la escarcha transparente, intento escribir y dejar los trozos de mi alma colgando y luego me paso al otro y sigo andando y rozo la encina gorda que da sombra y paso por la casa vieja que se cae y por el rincón de los lentiscos y donde el arroyo tiene su hondonada y brota la fuente clara, me escondo en lo más oscuro frente al valle para que no me veas nada más que Tú, si es que todavía te merezco, y frente a la sierra y frente al mundo entero y mientras sigo llorando y por mi mente arde la necesidad de un poco de cariño y del perdón y de no ser juzgado, me abrazo a Ti, Dio mío, y a tu bondad de Padre bueno y te grito: ¿No me puedes echar una mano?.

*__EN PEREGRINACIÓN__ llegan hasta el lugar, como en una procesión, portando alguna imagen que va al frente de la romería y no son demasiados y parece que corresponden al grupo de los elegidos que nada tienen que ver con los que los humanos escogen en las empresas de la tierra.
- Quizá sea el grupo de gente sencilla y limpia, reyes en mi corazón, que por fin consiguen lo que tanto le negaron en los tiempos de sus luchas.
Me digo.

Y primero bajan en procesión y alegres por lo que celebraban y según ellos, un simple día de gozo con los campos y paisajes que desde tanto tiempo han pisado y al llegar al lugar, dejan el camino nuevo y por las viejas sendas que ladera arriba siempre surcaron, suben.
- Imposible avanzar por ahí.

Dice el que no es de ellos y unido a la comitiva va al final de la cola.
- Verás como es posible.
Le dice el principal y todos son principales.
- Conozco esa ladera y sé que es pura roca alzada en vertical y tú fíjate la cantidad de personas mayores que desfilan. ¿Cómo van a tener agilidad para trepar por riscas tan escarpadas?
- Son de aquí y llevan dentro la fuerza de estas peñas y si las saltaron en aquellos tiempos, ahora las franquearán mejor porque tienen otra energía.
- ¿Y dime a qué llevan la imagen en procesión por las laderas y desde estas laderas, a la cumbre?
- Celebran una fiesta.
- ¿Pero no sería más fácil festejarla en las praderas y ahí donde se han trazaron buenos caminos?
- Es que lo de ello es otra fiesta.
- Y la senda que hay que escalar para ponerse luego a celebrarlo, también lo habéis pensado.
- Ya te he dicho que les gusta y este es su gozo y como saben y pueden, pues lo celebran porque así lo sienten y quieren y hoy nadie se lo pueden impedir
- De todos modos ya verás cómo no es fácil y ni siquiera yo que soy joven y también
me gustan la montaña, me atrevo.
- Subirás, aunque por otras razones.
- ¿Qué razones?
- Mira al suelo que pisas.

Y el joven, que no es el serrano de siempre ni se parece en nada, mira al suelo de la ladera que va recorriendo.
- ¡Es una moneda de oro!

- Lo es y sigue mirando porque lo que tu corazón siempre ha deseado es lo que ahora tienes para hartarte.
- Hay veo otra y más adelante otra. ¿Por qué no las ven los que van delante? Porque soy el último y según estoy notando, ellos van a lo suyo y parece como si pasaran por encima de las monedas y no las vieran o como si las vieran y no quisieran o no les interesara cogerlas. ¿Qué pasa?
- Van a otro asunto que no es materia, aunque las ven, no las cogen.
- ¿Acaso me la dejan a mí?
- Simplemente las dejan y si tú y otros pasáis y las queréis, sois libres de cogerla, porque cada uno se merece y apetece según la realidad del mundo que lleva dentro.
- ¿Quieres decir que puedo quedármelas?
- Tú eres libre.
- Pero si las monedas están ahí y ellos no las cogen, si las dejo, otros se las llevarán y este dinero no tiene dueño así que si me las llevo, nadie me va a decir nada y claro, si no me las llevo, las cogerán otros y uno piensa como tantas veces: “para que se aproveche los demás, yo estoy antes”.

- Repito que eres libre.
- Ahora ya lo entiendo.
- ¿Qué entiendes?
- Aquello que me decías de que yo también subiría. Como las monedas no dejan de aparecer me iré enganchando recogiéndolas y así llegaré hasta lo alto de la cumbre detrás de ellos pero ya lo estoy pensando: tengo el bolsillo casi lleno y como siga recogiendo, de aquí a lo alto, juntaré tantas que no podré con ellas y me costará tres veces más subir la cuesta que a ellos y seguro que ni

podré llegar al final e incluso, si logro encajarme en lo alto, cuando ellos se paren y se pongan a celebrar el gozo que festejan, tampoco podré compartirlo.

Me sentiré cansado, sin fuerzas y preocupado por el dinero que llevo en mis bolsillos y lo que con él haré en el futuro. Es decir: tendré mi corazón en otros asuntos y lleno de inquietud y estaré entre ellos pero no seré de ellos ni compartiré sus cosas y así que pensándolo bien, caigo en la cuenta que esta procesión por este lugar y con esta gente, es algo raro porque no se ha dado nunca en este suelo y menos rodeada de las circunstancias que estoy viendo. ¿Quiénes son y a dónde van?
- Te lo decía antes: suben a la cumbre y van a celebrar una fiesta de acción de gracias y recorren los caminos que ya se borraron pero como ves, casi no los necesitan y ya verás como suben a la cumbre y verás qué esplendor de fiesta gozosa cuando acaben de coronar y se repartan por las praderas, las rocas y los pinos de las tierras sagradas.
- ¿Y acaso son serranos?
- Lo son.
- Pero si los serranos siempre fueron gente pobre y con mucha necesidad. ¿Por qué ahora pasan por encima de tan relucientes monedas y no las cogen?
- Porque aunque es verdad que los serranos siempre fueron pobres, nunca pertenecieron al bando de los carroñeros terrenales.
- Explícate para que lo comprenda.

- Es como si entre los humanos que poblamos el planeta, existieran los que hacen de su vida, estén donde estén, una profesión de carroñeros, y los otros y por supuesto, los del bando de los carroñeros, se pasan su

existencia buscando carroña para trasplantarla de un lado a otro y llevarla ante los que tienen poder y buscan con ello, no la verdad y la dignificación del mundo sino que les recompensen.
- Pero según tú, ahí son tan culpables los “aduladores” como aquellos que se dejan adular
- En el mismo saco se pueden meter, porque los primeros, siempre son pobre gente, floja en inteligencia, vacía de valores elevados y con una visión del mundo y su propia dignidad, egoísta y cerrada en sí pero los engreídos, suelen tener otras pretensiones.

- En fin, ya estoy viendo que los de la comitiva han coronado la cumbre y se van sentando sobre la hierba fresca y es como si fuera una procesión de romería y ahora que han llegado, se ponen a celebrarlo y lo que más me llama la atención, es la alegría que de ellos brota.
- ¿Y tú?
- Tenías razón porque he subido detrás recogiendo monedas y ahora ya no puedo más y ni sé qué voy a hacer con ellas aunque ya les estoy dando utilidad en mi mente pero, cuando los veo tan felices, compartiendo, no sólo el día y sus cosas, sino hasta la hierba fresca de la pradera, ni me atrevo a mezclarme y me da miedo y temo que puedan acusarme porque me llevo el dinero que les pertenecían y si ahora ellos me las piden, como las siento mío, tendremos problemas y tengo miedo y por eso no me atrevo a unirme al grupo y es como si fuera un extraño en la montaña sagrada que tan dignamente les pertenece.

* **A TI, MI SALUDO** en el nuevo día y aquí me tienes, frente a la copa bebiendo otro trago al tiempo que te doy las gracias por ellos y te pregunto ¿Cuándo será el

momento? Que por mí, si fuera ahora mismo, contento, porque me asusta, Dios mío, y tiemblo desconsolado y triste, lo que en este día debo recorrer y lo que en el mañana y el otro, estoy viendo.

Mientras tanto, decirte que vengo del cortijo al borde de la llanura por donde los caminos se cruzan y he visto el escalón de su puerta y la chimenea y la sala y la habitación y el lecho y la madre organizando las cosas al tiempo que reparte el cariño que los demás necesitamos y reza sus rezos porque necesita de tu bendición mientras, por dentro, está llorando y con la ilusión sólo en encender la lumbre y calentar la leche para darles fuerzas a nuestros cuerpos frente a la mañana que llega y a su lado, la niña con su corazón abierto y mirando esto y aquello para llenarse de vida, de ciencia y de conocimiento pero...

Al lado que da a la fuente del arroyo que tiene las zarzas de las moras negras, por entre las piedras y el monte seco, he estado con el pastor que vive solo y junto al fuego cuece las patatas que se va a comer dentro de un rato y al verme me ha dicho que se alegra de que vivamos en la casa y que me quede que dentro de un rato me va a enseñar dónde vive él y dónde guarda a sus ovejas y la zorra que esta mañana ha cazado cuando saltaba las piedras en busca de los borregos.

Pero mientras termina de comer, me voy por la parte de atrás cruzando el camino y cogiendo la senda que ya el padre está subiendo y al llegar a las rocas que se aplastan en el arroyo, me acuerdo de los mochuelos que tienen su nido en un rincón oscuro, muy escondido entre las hojas secas, el pasto y pegado al suelo y al

verlo, descubro que ya no están los polluelos porque se los han llevado los que ahora viven en la casa de piedra de la curva de la senda que vamos subiendo.
- ¿Para qué?
Le pregunto al padre.
- Creo que son estudios, lo que están haciendo.

Y al llegar a la casa de piedra que conozco, me asombro un poco porque donde ayer no había agua ninguna hoy corre un arroyuelo y bajo la encina vieja se ve una fuente de piedra con dos caños de hierro que echan dos chorros de agua y más adentro, se ve mucha gente y muchos coches y otra fuente con su caño de agua.
- Si aquí en este cerro nunca hubo ningún manantial ¿verdad padre?
- ¿Eso lo dices porque te extraña ver tanta agua donde siempre estuvo seco?
- Por eso lo estoy diciendo.
- Es que han cogido el manantial que brotaba en la cañada de los madroños y se lo han traído todo entero.
- Pues cuando luego venga la niña y quiera jugar su juego ¿qué crees tú que dirá al ver lo que ahora estamos viendo?

Y el padre sigue su caminar y detrás voy en silencio y cuando ya hemos trazado dos curvas más, al mirar al cerro que nos mira desde la cumbre alta vestido de espeso monten negro y arropado por la niebla blanca que sube a ritmo lento desde los barrancos hacia la cima y luego al cielo, me dice:
- Por allí tenemos a las ovejas y las cabras y con ellas están los perros pero fíjate qué frío y cómo llueve y cuánta niebla y como se ve el monte de espeso.

Y sé que el padre quiere decirme que además de ponernos, de lluvia y niebla, hasta el alma y hasta los huesos, ese monte está muy alto y hoy la cumbre se ve muy lejos.

Pero hoy, a Ti, Dios mío, al despertar esta mañana, mi saludo y casi no me atrevo a decir nada más que no sea darte las gracias por lo que sabes y que tengo mucho miedo y por eso, ahora mismo, lo que más me gustaría es que fuera ya el momento.

* **MI PENSAMIENTO,** ahora mismo, es que uno ni puede conocer todos los misterios de tu mundo ni de tu sierra ni tampoco puede salvarlo todo ni amarlo todo y que si en este rincón me quedo y profundizo, encuentro y tengo el manantial que brota y inundará la tierra como en una "fuente de agua viva" y que es la misma que veo brotando por todos sitios y así parece que me lo enseñó el pastor.

Seguimos la ruta buscando el centro del verde tapiz de la nava y en el corazón del paraíso, lo que hoy rebosa, es silencio y paz y más en el núcleo, bajo el pino de la copa ancha y el tronco gordo, no totalmente en la mitad de la llanura, sino algo al saliente, en el rinconcillo oscuro de la parte de arriba, junto a la sombra de la rama del enebro, me encuentro el manantial que brota cristal y parece como si estuviera hirviendo por los borbotones que saltan sin parar y el pequeño regato limpio que corre camuflado por la hierba y entre las sabinas rastreras.

Y arropado por la sombra del pino y casi tapado, por los lados, de tallos de enebro y a su alrededor, por

hierba espesa, ahí mismo se remansa el charquito que es tan luz que ni siquiera parece que hubiera agua de tan viento, como si hiciera honor o representara la muestra más exacta de los manantiales que regurgitan por entre las rocas calizas de estas sierras y como estas aguas, casi siempre, antes ha sido nieve y no lluvia, al bajar de las cumbres por los arroyos o brotar en las praderas por los veneros, no sólo no pierden su limpieza primera sino que al rozarse con las rocas, ganan en pureza y se hacen translúcidas y el pequeño charco, es el ejemplo más nítido porque lo miro y estoy dudando.

Por el redondo agujerito que se abre en la tierra y no en la roca como ocurre en otros sitios, fluye la abundancia que enseguida se hace charco y al rebosar, es arroyo cortando la pradera y a cada borbotón, que ni noto dónde empieza ni dónde termina porque toda es puro rosario de borbotones apiñados en unos casos y enfilados en otros, la tierra se mueve y tiembla y se abre y se cierra y se va hacia el centro del charco y se precipita en el fondo donde parece va a dormirse para siempre pero no se duerme porque el siguiente borbotón la empuja y el de atrás le da otro achuchón hasta llevarla al hilillo que ya es la corriente que rebosa y comienza a irse, silenciosa, por el surco y los recovecos del regato.

Sigo mirando y me asombro del regurgitar, sin parar, de borbotones limpios que se expanden y se derraman y siento el deseo de agacharme y beber, no porque tenga sed, sino porque al verla tan clara me parece sabia de vida y del alma y me agacho y con la mano cojo el puñado y enseguida descubro que aún es más limpia de lo que ve y más fría que cuando nieve en la cumbre.

- ¿A qué sabe?
Me pregunta el pastor.
- Sí que sabe a agua pero tiene un no sé qué distinto a la que habitualmente bebemos en el mundo civilizado.
- No puede ser menos y madurada en el silencio de estas montañas y dormida en la oscuridad de las tierras salvajes y contenida, no en tubos de plástico o hierro, sino en venas de arcilla y en cuencos de hierba.
- Me la bebería toda porque eso parece que gritar.

Y por el fondo del charco, si miro despacio, veo los renacuajos que nacieron hace dos días y si los cojos en las manos, me maravillo de belleza tan pequeña y frágil y perfecta. ¿Cómo es posible que a estas alturas, en aguas tan frías y en soledades tan densas se dé la vida en forma de tanta delicadeza? Si me lo dicen, a lo mejor no lo hubieras creído pero si lo veo con los ojos y lo cojo en las manos con un puñado de agua, me convenzo aunque siga sin creerlo.

Y también veo y me convenzo de que junto a este pequeño pero espléndido charco del borbotón en el centro, se remansa otro igualmente menor que le supera en esplendor y hasta me creo que es una laguna en miniatura porque dentro de él crecen tantas plantas que más bien parece un jardín de juguete encerrado en una ola de agua limpia y son plantas acuáticas y esto también me extraña donde por la altitud, el frío por las noches incluso ahora ya en pleno primavera, se siente con fuerza y lo miro y como la alfombra de la pradera, los pinos de la ladera sur y la crestería de la cumbre enfrente, me reclama a gritos vivos, no sé si seguir, quedarme, observar, beber o dividirme para morir y no irme más.

- ¡Pero mira ese surco!
Me sigue diciendo él y lo miro y veo que viene rasgando la llanura por su centro desde la ondulación en que arranca la pradera y el barranco y me creo que el surco es de los que hacían los arados tirados por mulos cuando araban las tierras para sembrarlas y aunque casi es igual, resulta el canal por donde, en la época del deshielo, baja el agua de la loma que está a la izquierda por donde han arañado la pista que desde el nacimiento lleva a puerto y la cumbre y ahora me digo que algún día me iré por esas soledades que tan recorridas y soñadas y amadas, tengo.

Y me impresiona el color de la tierra que el surco deja al descubierto porque es roja, arcilla, caliza desmoronada y hojas del bosque podridas que por eso es también negra y blanca pero roja y sólo en el centro del surco y las dos pequeñas laderas porque, en lo alto, también crece la hierba, cubriendo en un amplio manto, la inmensidad de la pradera y desde la pista que sube a la cumbre, antes de la curva del pino, sale la que viene por donde hemos subido y cuando pasa por la nava, donde en la serenidad se abre el surco, no quiere venirse por el centro y la bordea.

¿Es esta fuente, diminuta y tan escondida en las cumbres, reflejo o eres Tú mismo y un trozo del alma que llevo dentro? Porque mi pensamiento ahora es que tanto eres en lo grande como en lo pequeño, inescrutable e infinito y eterno y con mis ojos y, este instante, lo estoy viendo.

* **ME VOY, SIGUIENDO** el curso del río, y por donde aquella tarde estuve sentado a su lado y frente a las aguas que se deslizan por entre las sombras del

fresno y mientras por las tierras de la rivera y en la armonía del silencio y al fresco de las pámpanas verdes y el rumor de la corriente, pastan sus vacas, me los encuentro discutiendo.

Como tiene tiempo libre, se aparta del grupo que anda alrededor del jefe y se va buscando la ladera, que se encuentran al frente, por donde se amontonan las encinas hacia las que se siente atraído por ser la tierra donde la abuelita, en aquellas primaveras y de pequeña, jugó con las palomas y sabe y siente y ve que se le van los ojos por el bosque y el corazón le palpita porque la oscuridad y el silencio y la soledad y la espesura y el latir y el respirar de la mancha verde sombra, le coge desde dentro y le lleva a la nostalgia y al gozo profundo y se va por ella y cuando ve el rebaño de ovejas, se queda por el arroyo mirando a un lado y otro y sintiendo el singular latido y la dulce caricia y luego que se empapa del color misterioso que embriaga el corazón, se baja por el cauce y llega al campamento.

Y los compañeros están sentados en las rocas y en los troncos de los árboles y junto al río pero ninguno mira al campo y aunque lo consideran bello, tienen otros asuntos más grandes y a ellos se dedican y están sentados en el centro del campo y frente al silencio y al aire que pasa pero su deber y placer, según ellos, no es mirar, sino leer cada uno en su libro y al acercarse y verlos, está a punto de llamarlos y decirles que dejen de leer y “mirad al campo que es mucho mejor que los libros en medio de la naturaleza porque la gran escuela y la más bella enciclopedia y el libro más hermoso jamás escrito, está aquí y abierto antes nosotros y esperando que lo gocemos”. Se encuentra a punto de pronunciar

estas palabras pero no le da tiempo porque el amigo le sale al camino y lo avisa diciendo:
- Como te has perdido el jefe está que trina porque has roto las reglas y en lugar de leer te has ido a pasear por el campo.

Y se acerca el jefe y esto es lo que le dice y, además, le recuerda que ha ido al campamento a formarse y a convivir y a cumplir lo establecido.
- El bosque me estaba llamando y salí a recorrerlo y a sentir su cariño y me he encontrado bien y me he llenado de felicidad porque el libro no me gusta y la naturaleza en vivo, sí.
- Pero las normas son las normas y tú no eres quién para contradecirlas y venir a decirme a mí lo que es más bueno.
- ¿Aunque vayan contra mis sentimientos?
- Aunque así sea.
- Entonces eres jefe pero no maestro ni guía porque me limitas y me obligas a cumplir reglas y no me das lo que necesito porque ni sabes quién soy ni conoces mi sentir y tampoco eres inteligente porque me obligas a cumplir las leyes aunque vayan contra mi sensibilidad y la necesidad de ser yo.
- Ya hablaremos.
Es la respuesta del jefe.

Y por donde aquella tarde estuve sentado a su lado y ahora ellos se pelean y el río sigue corriendo, me quedo mientras se pone el sol, y me entretengo en su recuerdo por el cortijo de aquel monte elevado y el sendero que descendía por la ladera y ahora que se ha echo viejo y ya ha perdido tantas cosas, ni está allí ni aquí, sino en el silencio y allá en las ciudad y encorvado y todo triste y

esperando, como yo, a que Tú llegues y digas: “Es el momento”.

* **Y DESDE MI RINCÓN PEQUEÑO,** único punto sobre el plante tierra donde me siento acogido y arropado y consolado en estos momentos míos de angustia y desfallecimiento y también único nido limpio de amor sincero donde me siento bien acurrucado en tu calor de Padre bueno y donde puedo llorar hasta secarme y en tu presencia y esta soledad del rincón y este encuentro, hoy soy aliento contenido y gozo pleno por el ánimo que contagia tu sonrisa en lo que ayer fue amargura y polvo llorando sin esperanzas ningunas y sin apoyo y mañana, seguro seré otra vez alegría y luego tristeza y después sueño y al caer la tarde, sólo espera, agarrado a tus manos y sin fuerzas.

Desde mi rincón pequeño donde tanto soy y tanto vivo y tanto muero y tanto camino de la vida y tanto, a cada instante, encuentro y pérdida, ayer tarde la vi volver con su cara bañada en lágrimas porque el corazón y el alma y su aliento, lo tiene en su tierra pero vive en la ciudad y no es feliz encerrada en su piso y en el asfalto y en la muchedumbre y el “mogollón” y las prisas y la soledad tremenda de la ausencia del suelo donde están sus raíces y los suyos y la tierra del agua clara y el perfume a sierra pura y el olor a mejorana y sobre todo, de sus juegos de niña y de su sincero amor por la hierba y el rocío y el calor del fuego en la casa y junto a la madre santa y reina y el padre recio, noble y fuerte y también junto a la abuela y a la hermana y al hermano y a la huerta y a los charcos de la fuente clara y a la luz que refleja el sol y a la sonrisa cálida que llega con la mañana y tanto y tanto, Dios mío, que el alma es alma en su

rincón amado y caliente y es sombra extraña, en pena que suspira, desde el extranjero y quiere volver y no puede y no es ella porque le falta el aire para vivir y le faltas Tú y la esencia y la sangre y las fuerzas.

Y por eso esta mañana, con la presencia de su cara en lágrimas ayer por la tarde y su recuerdo y su mundo vivo pidiendo socorro porque le falta vida y el hálito de ternura que sostiene el alma, desde mi rincón pequeño y el calor que Tú me prestas y este nuevo aliento que parece renacer del rescoldo por el ánimo que inyecta tu perdón y el empuje que arde dentro, lanzando al camino y a la lucha de cada día y hace nuevo y bello lo que ayer estaba roto y viejo, me siento arropado por Ti y aunque dividido y destrozado y pobre y pequeño, quiero repasar el manto de la llanura con su hierba y su silencio y el puñado del gran manojo que son ellos, como un poco embelesados frente a su figura limpia y blanca y diciendo:
- Esta piedra que tengo en mis manos y que se parece a un chozo de hielo y no lo es ni tampoco una punta de cuarzo ni un diamante ni un rubí y sí lo es todo y algo más y también el viento y la luz que sale del sol y vuestros sueños y los caminos y las fuentes, ahora voy a lanzarla al espacio y con la fuerza de mi mano, irá desde la tierra a las cumbres y quizá hasta el cielo y pasado un rato, volverá y caerá en este mismo rodal de hierba que tenemos en el centro de la tierra llana del valle y este papel que aquí veis liado con tantas letras escritas que recogen un mensaje y muchos nombres y muchas fechas y muchos significados y más esencias y más verdades, también volverá desde el cielo y completado y confirmado y aumentado y lleno de más rotundas verdades y con todo, puesto en su sitio y luego que lo tengamos en

nuestras manos, lo leemos que ya veréis qué sorpresa y qué momento.

Y como yo estoy con ellos y por la luz de la mañana y el rocío de la hierba y sus esperanzas y su soñar y todos los ríos invisibles que les corren por el alma porque su tierra es mi tierra y su espera y sus vidas y su suerte y su alcázar y baluarte y su meta, eres Tú en la exactitud de su alma y la mía y como no hay cosa imposible para ellos que aman y para Ti, que nos amas y para mí que te quiero y los amo, sigo acurrucado en mi rincón pequeño y mientras me despierto y lloro, con la mañana que llega, las lágrimas que hoy tengo asignadas por su presencia ausente, me alzo y te doy las gracias y te digo que espero que, en el instante en que nos examines del amor, tengas presente todas sus luchas y mis luchas y también las pérdidas y las ganancias y lo que muere y lo que muero.

* **A LAS TRES DE LA TARDE** todo está en su gran silencio y el río corriendo ampuloso por el fondo de las tierras y, el amplio valle, como durmiendo y la llanura, ya llena de otoño y brotando la hierba y el camino subiendo por el puntal y jugando con las encinas mientras viene al cortijo de las tierras altas y las ovejas atravesando el vado, que se pierden y se dividen y tres que se van para los cerros de la loma del pino recio y cien se vienen río arriba y el resto, se pegan a las rocas donde ya colorean los madroños y, hasta el rincón que tanto siento mío, me llegan sus voces y me dicen que otra vez ni soy persona ni soy digno ni soy bueno y me asusto y me siento nada y con mi palo de fresno me voy, siguiendo los afluentes pequeños que bajan de las cumbres y al pasar por las moras negras y los madroños rojos y las majoletas, voy

buscando a las ovejas que se me han perdido y por la llanura que desde el cortijo lleva al río por la curva grande, me alejo y las voy llamando y las voy recogiendo.

Y puntal arriba, desde el vado grande, sube loca la del cencerro y bala buscando a la piara y, al frente y por la derecha, tengo el cerro y la manada de toros que asoman y que embisten hacia el barranco y que siento más miedo y como me escondo en el arroyo y mientras ya va cayendo el día y me hago tierra con el suelo y lloro, Dios de mi corazón, porque estoy solo y despreciado y perseguido y hasta abandonado a mi suerte y contra el mundo sin haber hecho nada más que no querer ser del mundo.

Y ahora que empieza el otoño y comienza el curso y tenía yo en mi corazón la ilusión dispuestas y estaba decidido a la lucha y al servicio y a derramar amor y gozo y consuelo y ánimo y aliento, fíjate, Señor del amor y Padre bueno, cómo me animan y aunque lo sabes y a Ti acudo y en Ti me refugio, como otras veces me digo que si no caigo en gracia y no me pongo de su lado, aunque sea bueno, lo que me espera es la incomprensión y la desgracias y la soledad y hasta el desprecio.

A las tres de la tarde y cuando todo está sereno y azul el cielo, porque es otoño limpio, mira qué ánimo tengo dentro y lo que puedo decirte, cuando lo contrario, es lo que deseo.

* **TODO VA DE ESTE A OESTE,** mirando al occidente y en esquema, este sería el rincón y el río por el fondo que, aunque va de este a oeste, al mismo tiempo baja de norte a sur y la senda que desde la primera curva

del río sube por la ladera y llevando la misma dirección que el río, se aleja al revés, de sur a norte y la pista que sube más al revés que la senda porque va desde la segunda curva alzándose ladera arriba hacia la primera curva y también de sur a norte, aunque no exactamente y donde se cruzan pista y senda con la cañada que baja desde la cumbre de oeste a este, descendiendo de norte a sur buscando la primera curva, se encuentra la fuente y la limpia llanura de la cañada toda verde y bañada por el agua y el bosque algo más arriba y hasta media ladera y la cumbre con sus rocas en lo alto y este es, en esquema, el rincón de la belleza que como está tan lleno de ensueño y luz, parece que perteneciera a otra dimensión del universo.

Y cojo la senda en la pequeña llanura que se derrama en la primera curva del río dejando que el rebaño descienda apacible comiendo su hierba y su monte río abajo y mientras subo, él baja y poco a poco, yendo casi en la misma dirección, nos vamos separando porque las rutas forman las líneas de un ángulo que se abre y como la senda sube casi en línea recta buscando certeramente la fuente, me remonto sin apenas notarlo aunque, donde mana la fuente y corre el pequeño arroyuelo, todo se complica un poco pero no para estropearse sino para convertirse en belleza arropada y besada y traspasada por la dulzura y el misterio.

La senda se encuentra con la pista y yo también y en este momento tengo la sensación de que los tres estamos jugando el más hermoso de los juegos, porque ocurre lo que no ocurre nunca con las sendas y pistas de estas sierras que ninguna se funda con la otra. Se cruzan como si desde el infinito se hubieran venido atrayendo

para besarse junto a la fuente y el arroyuelo y la cañada y con la misma dignidad y elegancia con que vienen buscándose, siguen cada una su dirección sin fundirse nada más que lo justo en el punto en que se cruzan y sigue la senda subiendo y la pista también en direcciones opuestas pero justo aquí ahora es cuando sucede el fenómeno más hermoso que jamás he visto nunca en los rincones de estas sierras porque nada más cruzarse, la senda traza una curva que se va hacia la derecha sin dejar de subir y lo mismo hace la pista pero a la izquierda sin dejar de subir también.

Si al llegar me paro y dejo que despacio se me meta dentro la elegancia armoniosa de curvas sobre la ladera y por entre el monte, no tengo más remedio que pensar en que es este un abrazo amoroso que lleno de placer limpio y recrea como en un juego de hermanos y como si al abrazarse, uno y otro, hubieran quedado heridos por el encuentro y ahora no pudieran alejarse sin antes decirse adiós pero mientras la pista, después de su curva y abrazo amoroso con la senda, vuelve a enderezar su elegancia para seguir subiendo hasta remontarse por encima de la primera curva del río, la senda sube a la lomilla de la fuente y se va tímidamente para perderse por la cañada del agua, más arriba y por un punto en que no se atreve a rozar.

Al llegar aquí me paro y mira con calma, las dos curvas que quedan abajo, la fuente y el arroyuelo y me escondo entre ellos y me empiezo a perder por las tierrecillas que va formando la cañada y en primer lugar, me encuentro los acebos por donde los zorzales revolotean al ras del suelo yéndose unos hacia el bosquecillo de la fuente y otros hacia las encinas de la

parte alta de la cañada y en cuanto vuelco la sendilla, se me levanta una inmensa bandada de mirlos y currucas y arrendajos y cuervos y perdices y águilas perdiceras y carpinteros y petirrojos y todos juntos y en armonía y como si se hubiesen refugiado en la cañada para no tener nada que ver con la civilización de los humanos y de aquí ya no puedo pasar porque la senda se diluye y aunque todo es espacio abierto y campo cada vez más verde y bello, interiormente me siento impulsado a no seguir porque es como si un dulce sentimiento interno se me plantara en las puertas del alma diciéndome que de ahí no pases porque son tierras vírgenes y hermosas que ningún ser humano debe rozar para que ni se manchen ni se rompan.

Pero como estoy aseguro que no lo necesito, me sientas sobre la lomilla y me quedo frente a la cañada con los pequeños chorrillos de agua bañándola y deslizándose por entre la hierba y con la montaña alzándose como cuando una ola se derrama sobre la playa y el bosquecillo tan verde y tan lleno de toda clase de aves y la fuente rumorosa algo más abajo y por si faltara algo en el rincón de la belleza, la ladera que se derrama hacia el río y desde donde estoy, más se derrama en forma de cascada silenciosa hacia la segunda curva.

Si desde aquí echo una ojeada veo, en esa curva, la otra llanura y pastando entre la hierba, a las ovejas que por la mañana salían desde la primera curva río abajo y un paisaje único que ni en sueño puede ser más dulce y donde nunca acabas de saber que es antes si la belleza y luego el paisaje o al revés.

* **COMO QUEDA EL CAMPO** después de la tormenta, así mi alma esta mañana, rota por los granizos y destrozada por el viento y empapada de lluvia y busco hasta lo más hondo y con jirones que me cuelgan chorreando la sangre de la batalla y dolencia, sin fuerzas, agotado y sin ganas de levantarme y ponerme mano a la obra en lo mismo y para lo mismo y en la monotonía de lo de ayer, lo de hoy y lo de mañana.

Por eso me pregunto: ¿es mejor quedarme a la espera con este sabor amargo de fondo y dejar que Tú a tu tiempo vengas y pongas las cosas en el lugar que antes estaban o salir andando y pasar barrancos y escombros y a ver por dónde empiezo y qué es lo que empiezo y qué es lo que hago? Y la que volvió, hoy está por aquí y dentro de un rato quiere irse por los caminos y las fuentes y las luces de la mañana para sentir el beso de la tierra que no puede olvidar y, además, quiere bañarse en los charcos y quiere respirar el aire que, con las esencias del otoño húmedo, tiene estampado en el alma y desea que se le acompañe para no sentirse tan sola en el centro de los mismo montes de aquellos días pero hoy añejos y con sabor a rancios, en el alma.

¿Y yo? Si esta noche he estado siguiendo los pasos por el recorrido que han trazado para que pase la comitiva y según iba el último y pisaba la tierra, me empapaba la sequedad del verde amado de aquellos días y ahora ya extraño a mi sangre porque ni me pertenece ni le pertenezco ni estoy en él ni lo amo con aquel fuego de lo único y hasta los siento frío y ya muy lejos en el espacio y el tiempo y al pasar la senda donde se estrecha en las rocas y se hacen sombra las ramas de los pinos viejos, hasta me he negado porque ni pertenezco a la diversión

que ellos van celebrando ni la tierra ya es tan mía que sea capaz de consolarme en el consuelo que ahora necesito y ahí mismo jugué con la niña hermana aquel día de sol tremendo y aquella mañana de sonrisa alegre y aquella tarde de los otros niños y la del padre montado en su burro y la de la madre cuando la llevaba de la mano en busca del castillo y del príncipe.

Y al pasar el puente que ahora coronan las aguas del arroyo que me salta desde el alma también me he negado a seguir a la comitiva y, con ellos, a aclamar a los que ni conozco y por eso la he visto desde arriba, como escondido entre el viento que acaricia y en un vuelo invisible hacia el barranco de las cascadas de espumas y las laderas negras de monte y el cerro de los jabalíes buscando las bellotas.
- ¡Ya verás allí al final qué espectáculo!
Me decían pero en mi conciencia siento que como ya no es mía la tierra que piso y, además, me encuentro lejos, soy sólo un visitante que va de paso por lo que es mi propio corazón de aquellos días y ahora me lo han quitado y por eso voy pero tengo mi alma a donde he de volver y no sé qué voz me llama.

Así que el campo, después de la gran tormenta y yo aquí, parado frente al día azul que ya llega con su sol espléndido y la mañana en calma y el silencio y el deseo, sólo el deseo, de que lo esencial tuviera otro tono para que el alma no se asfixiara en la amargura de la desolación que ha dejado la tormenta.

*__CAE LA TARDE__ y la lluvia y aunque me siento empapado y sin salida por ninguno de los mil caminos que ya están rotos, el gozo lo tengo dentro y aunque no

me fluye o más bien sostiene en la paz y no me sirve para avanzar a través del hielo y el río que me aísla, en este rincón tan tremendo y con tantas barreras cortando el camino, siento la seguridad de tu mano sosteniendo.

Y desde este rincón de paz redondo, avanzo y creo que me sería fácil volver pero a sentir su mirada que intuyo no es sana, agacho mis ojos y sigo y al llegar a la entrada, se me pone delante y me pregunta:
- ¿Adónde vas?
- Sigo el camino que llevan ellos porque también quiero salir.
- ¿Por qué crees que es fácil?
Y entonces entiendo que si no le doy lo que me pide, parte de lo fundamental de lo que soy, no estaré en gracias ante sus ojos y por eso ni soy uno de ellos ni podré salir ni seguir adelante.

Cae la tarde y sigue lloviendo y como no tengo salida ya que la única que hay está rota y vigilada y es franqueable sólo si me congratulo a cambio de dejar de ser la mitad de lo que soy, miro y con mis ojos ya estoy buscando una cueva caliente por entre el monte y las rocas para meterme y quedarme resignado ¿hasta cuándo? Llueve y sale el arco iris y las olas del río se estrellan en el borde del charco y todos los caminos rotos menos uno y distanciado y sin la amistad ganada aunque sí con el alma en paz y sostenido por la seguridad y el gozo de lo que me arde dentro.

Y esta mañana, pasado un rato, es el día primero y cuando ya los campos están llenos de moras negras y las higueras repletas de higos y los granados con las granadas abiertas al sol y las uvas colgando lustrosas y

dulces y los membrillos y el orégano y la hierba asomando por entre el pasto de la llanura y las golondrinas paradas sobre la tierra y preparando la partida porque es el momento y mientras voy por la llanura y las ruinas del silencio caminando con él y con ella y cogiendo moras y soñando con la niña rubia, otra vez que se va y otra vez que empieza el día nuevo y aquí estoy a tu lado y desde mi murmullo apagado de lo que soy, siento, pienso y quiero y el arroyo que salta sin perder su agua limpia ¿qué quieres que te diga y qué hago y qué bebo?

Dentro de un rato, otra vez es todo nuevo y viejo y aquí estoy y sólo Tú sabes de dónde vengo y soy y lo que siento y gozo y estoy viendo con ella, que otra vez se va y sigue en su llanto y yo que bebo el otoño y no puedo salir ni entrar y aunque estoy preso, aquí me enfrento a este nuevo día y espero.

*__TENGO HOY MI CORAZÓN__ puesto en Ti y entre otras cosas, te pido que sostengas y guíes mis pasos para que no sea yo sino Tú el que se mueve y ande y hable entre ellos y también quisiera decirte lo que ya tanto sabes, llevo en mi pecho, y es que mandes se pare mi aliento cuando lo creas oportuno pero que sea en un relámpago y cuando vaya cruzando algunos de los viejos caminos para que así desaparezca sin notarlo y sin ser ni carga ni impedimento para los otros y ojalá fuera ahora mismo.

Por lo demás, también darte las gracias por el camino que sube por los arroyos y va a donde brotan las fuentes de las aguas limpias y por los charcos en forma de piscina y solitarios que se escalonan según bajan hasta llegar al arroyo mayor y donde tanto gozo tengo de

aquellos días cuando unos y otros estaban y por la casa blanca que se recoge justo donde brota la primera fuente y al resguardo de las rocas del cañón y en la misma tierra de los tomates y las parras y por los que la habitaban y aunque ahora no están, sí parecen seguir llenando el paisaje con el esplendor de sus figuras y por el charco de la arena con tonos de fuego donde, entre las piedras del lado de arriba, aquel día encendí la lumbre y con el chorreón de aceite extraído de las aceitunas que estrujamos en el molino del río, en la vieja sartén de hierro y negra de hollín y las tres patatas sacada de la tierra “colorá” del huerto del arroyo y el puñado de trigo molido, me hice el ajo de harina.

Ahí mismo dejo hoy mi sartén vieja y el fuego ardiendo y el charco sereno y mientras espero que se vaya enfriando el puñado de arroz que ha guisado, cruzo las tres piedras que ayudan en la corriente del arroyo y al remontar la cuesta, me tropiezo con los trozos de pared del viejo cortijo y dentro, todavía, me parece verlos cuando aquel día celebraban la fiesta grande y cantaban y reían y traían leña del bosque y cuando luego se fueron, quedó casi el mismo halo de tristeza que ahora revolotea por los charcos del arroyo y las fuentes de los barrancos.

Me voy por el camino que desde el cortijo baja buscando el segundo arroyo y para mi sorpresa me sigo encontrando la tierra llena de monedas y ellos, paseando de un lado a otro, sin ni siquiera mirarlas y se le ve alegres y libres y hermosos y sin chispa de preocupación en sus rostros porque están remontados sobre los dolores y el barro de la tierra y por eso les pregunto:
- ¿Y tantas monedas brillantes y por aquí paseando sin cogerlas?

- Si quieres puedes llevarte todas las que te apetezcan y te haces rico.
- ¿Pero y vosotros y vuestra pobreza?

Y como no me responden sino que siguen en lo suyo que parece es la misma fiesta de aquel día, avanzo por la senda y cruzo el segundo arroyo y me digo que tengo que continuar hasta llegar a donde brota el manantial y al tropezarme con el cerezo, recuerdo sus frutas rojas de aquellos días y cojo un puñado y como, y en estos momentos veo a los que corren arroyo arriba con el libro entre las manos y buscando un rincón donde parase y a escondidas, ponerse a leer.
- ¿Y por qué tanto misterio?
Les pregunto.
- Es que ahí, esperan encontrar cosas escritas.

Y como no lo entiendo porque sé que en el libro sólo se habla de Ti y lo bello, su dolor y el sufrimiento y de este sueño mío y de la niña que recogía en sus ojos todo el azul que tiñe el cielo, sigo y ahora me digo que tengo que volver a donde guardo la sartén junto al fuego con el puñado de arroz cocido y como tengo hambre, me voy a sentar pegado al charco y frente a las ruinas del cortijo del primer manantial y mientras como y gozo del arroyo que corre, te sigo dando las gracias por el momento, con su perfume y sus figuras y su gozo y los caminos y los arroyos con las fuentes y las bellezas de sus rostros y este dolor amargo y gozo dulce que dejas en mi corazón y por eso otra vez te digo, que me ayudes en esta lucha que tengo de ir a Ti, estar con ellos, amar y ser bueno e ir por los caminos y permanecer en el recuerdo y vivir más allí que aquí y en este tiempo y en este trago sordo que me quema y me ahoga y aunque quiero, no puedo y sigo

con el deseo de que me lleves contigo pronto, porque hoy como ayer, vivo sin morir y muero de tanto como ya quiero.

*¿**CUÁNTOS RINCONES** con nogueras hay en mi sierra? Como son tantos los que conozco, ahora se me ocurre que podría ser un buen ejercicio dedicarse a recorrerlos para contarlos con exactitud porque estoy seguro que es la mejor manera de conocer a fondo estos paisajes y de aprender sus mil secretos y de empaparse bien de los infinitos matices que de otra manera no es imposible y por eso pienso que a la noguera, alguien y algún día y en algún lugar de estas tierras, deberían hacerle el mejor de los monumentos.

Porque las tres que yo conozco son tan grandes y dan tanta sombra que ellas solas son un bosque entero y la última vez que pasé por ahí fue casi al final de la primavera y cuando ya estaban repletas de follajes y en lo alto del cerrillo, justo donde empieza a caer la ladera, se mecían majestuosas pero en sus sombras, hoy no están los habitantes del cortijo cien metros sobre la ladera por encima de las dos eras en cuyo borde, por el lado del río, crecen.

Los habitantes del cortijo hoy están al final de la ladera, en la llanura que pega al arroyo y ahí trabajan las tierras del hortal sembrando las patatas y trazando los surcos y quitando las piedras y regando las tierras para sembrar también los tomates y los pimientos y desde donde ellos para arriba, toda la pendiente hasta la sombra de las nogueras, el trigo se mece lleno de fuerza, verde y grande y sobre él caen, sesgados, los rayos del sol que brilla levantado sobre la gran cumbre del macizo.

¡Qué grandioso el trigal hoy y ellos ahí y regando el suelo con el sudor de la frente!

Pero a la sombra de las nogueras hoy se han sentado los dos jóvenes que han llegado montados en sus motos y son de los que tienen melena larga, pantalones rotos y cuelgan en su cuello mil abalorios de todas las formas y tamaños y lo primero que han hecho, es sacar las litronas y ponerse a beber y sentados en la sombra han estirado los pies hacia la ladera del trigal y observando a los habitantes del cortijo trabajando las tierras allá en la llanura, beben sin parar.

Los del cortijo los ven y no les ha gusta el panorama pero los han dejado siguiendo ellos con lo suyo, mas al poco, uno de los jóvenes, desde arriba, grita:
- ¡Trabajad esclavos!
La voz retumba en el barranco y a los del hortal les duele.
- Parece como si se burlaran.
- Son las cosas de estos jóvenes.
- Pero están en nuestras tierras.
- Mejor será dejarlos que ya se irán.

Y media hora más tarde, ponen sus motos en marcha y dando grandes acelerones para que se les oiga bien, se marchan y algo más tarde, los que trabajan las tierras, suben al cortijo y al llegar a las nogueras, se paran a descansar y con resignación recogen los cascos de las botellas que vacías, han dejado por ahí tiradas y sentado un poco más arriba estaba yo y como lo he visto todo, ahora me doy cuenta de que las tres nogueras parecen más hermosas con los habitantes del cortijo por entre sus sombras que con los de las barbas y las motos y es como

si las nogueras fueran parte de la identidad de los hombres de estas sierras o como trozos de paisajes que se pertenecen y conjuntan bien nada más que con lo que es suyo.

Pero además, hoy las nogueras y el trigal por la ladera y el hortal junto al arroyo y el cortijo y la primavera ya casi florecida, es un espectáculo delicioso que no tiene parecido con nada bajo el sol en esta tierra y son grandiosas pero cuando el trigal ondea sobre las cumbres de los montes, es de ensueño.

* **VENGO DE ESTAR** por las profundas regiones del alma y más que ver, he gustado el sabor de esta cuesta que estoy remontando y es tan dolorosamente agria al paladar, que mientras venía subiendo, lo único que me daba ánimo y me empuja el andar, eras Tú sobre la ruina y luego, yo mismo y entre tanto alboroto y tanta preocupación por las cosas que son tierra, he visto un trozo de los paisajes de mi alma y lo que más se me ha quedado clavado es, desde la rivera del río, el camino por la ladera larga que se va hacia el lejano y blanco infinito por donde se pierde el cauce.

Y ahí, en la misma curva, nos hemos parado y mientras con la mirada hemos recorrido el trozo de roca grande que han cortado para meter el camino por su centro, lo más próximo a mí y a él, que son las aguas del río y la sombra de los fresnos grandes, se nos ha colado para dentro aunque parecía lo contrario: que brotaban y corrían desde la mente y el sueño y en primer lugar, el remanso azulado y los juncos verdes y donde todavía el remolino, el trozo de acequia que sujetaba y llevaba el agua al molino y algo más en la otra orilla, el charco

hondo con su mágico tono azul verde y luego la cascada y las piedras tapizadas de musgo y de ahí para abajo, la anchura del cauce con la corriente rizada y la espuma medio flotando y las piedras sueltas y las olas largas y las sombras de los tarayes y los bosques a los lados y al final, ese infinito azul blanco y profundo y oscuro y cercado de álamos por donde se esconde y pierde el río como para siempre y su reflejo verde azul, entre juegos y el sol temprano.

Y ahora recuerdo aquel día que, con la dulce hermana del alma, penetramos hasta este apartado rincón del río: Al mismo cerrillo pelado habíamos llegado muchas veces pero de ahí para adelante, jamás nunca porque la curva y los paisajes y la llanura, al otro lado del cauce, era un enigma y aunque sabíamos que por ahí se remansaba el agua rodeada toda ella de un gran bosque verde y de tonalidades azuladas, también notábamos que todo el rincón estaba impregnado de un profundo misterio donde el silencio y la espesura de los bosques y la humedad de los paisajes y la oscuridad, a ciertas horas del día, paralizaba el alma.
- Una mañana de estas tenemos que llegar hasta la gran curva oscura donde el bosque se mece solitario.
Me decía ella, una vez y otra pero del cerrillo pelado nunca pasábamos.

Sin embargo, uno de aquellos días, atravesamos la llanura, llegamos al cerrillo y aunque ya al pisar este monte, teníamos la sensación de haber ido demasiado lejos, otra fuerza dentro nos empujaba a seguir y por eso bajamos un poco, recorrimos la llanura que hay antes de la curva y cuando ya estábamos casi dentro de lo que tanto nos atraía, nos paramos frente al agua y al ver el

bosque, sentimos miedo. Los árboles grandes y verdes y majestuosos, se movían serenos y estaban llenos de vida y verdes como no habíamos visto nunca jamás en este mundo y espesos y por entre sus sombras, se deslizaba el agua que era como un gran lago azul que se movía lentamente y sin ruidos ni remolinos y al otro lado, estaban las praderas y luego la otra gran llanura por donde aquello ya parecía el infinito y se perdía el río para siempre y vimos que en la curva ancha nadaban muchos patos y otras aves habitantes del bosque y también vimos que a la derecha, había un charco junto a una roca y nos acercamos y al descubrirlo tan cristal, en el alma nos ardía el deseo de bañarnos en agua tan limpia acariciada por aquel viento tan puro que hasta parecía manar del mismo charco pero, además, antes de mezclarnos con el líquido del charco, sentimos que nuestros cuerpos y el calor de nuestras manos y caras y pies y la transparencia del agua y la luz del viento, se encontraban cerca, en un punto formando una sola imagen o visión realmente dulce y bella.

- ¿Qué es esto?

Preguntaba la niña y como no estaba seguro nada más que de la felicidad que el rincón transmitía a nuestras almas, le dije que:

- Es una sensación soñada.
- ¿De veras no existe?
- Quizá existió hace años y hasta pudiera ser éste el río de aquellos tiempos cuando aun los humanos eran pocos.
- ¿De aquí éste silencio y esta soledad y esta paz densa pero dulce y bella?
- De aquí ésta virginidad que hasta da miedo por ser tan grande.

- ¿Cómo podremos volver? Siento como si para siempre ya fuera imposible.
- Igual me pasa a mí pero, además, siento que no quiero volver porque tendremos que despertar del sueño y entonces veremos que hemos estado en el pasado y recorriendo las riberas y bosques del río de aquellas tardes.

Quisimos seguir andando pero un gran miedo a despertar, nos sobrecogió y nos agarramos a la sensación y placer del momento para asegurarnos así de no perder jamás lo que nos parecía tan bello y desconocíamos en la realidad presente.

Y hoy, y entre otras cosas que me duelen y se me quiebran dentro empapándome de sabor desolado y amargo, la presencia de la amplia llanura en soledad y yo en su centro sin ni siquiera un amigo y, además, roto y acusado y el cerro al frente por donde tengo que irme y con las únicas fuerzas del cansancio final que animan a continuar sólo porque hay que avanzar siguiendo los impulsos de ese aliciente que Tú mantienes vivo en lo más hondo y entre la sentencia de tantos y ahí mismo y a un lado, el árbol extraño y verde y ampuloso y seco que exhala el perfume que consuela y luego, los que llegan y son dueños y entre tanto y más, el rumor de la música del río, la dulzura cerca de la hermana niña que ni habla pero que está dando refrigerio al alma y trazando su pincelada de luz esperanzada cuando por las profunda regiones del alma, baña tanto la soledad y sangra y duele la presencia de los que sólo amenazan y acechan.

Y desde el centro y a lo largo del ocre tiempo sin forma y sin fin ni comienzo, yo que no paro de anunciar

que estoy luchando y que más que ellos, quiero separar lo bello y lo limpio de lo que no lo es y quiero hacer lo que me han encomendado y deseo tender la mano siempre que me la pidan y que no me digan más que abandone porque mi camino no es el que lleva a lo que sueño.

Por esto ahora, si Tú me has visto y conoces no sólo los parajes de los que vengo sino el sabor que tienen, te pido que te acerques un poco y no me dejes tan solo en este tremendo lugar y panorama y la cuesta que son los caminos rotos que llevan a la cumbre de la vida que tanto sueño y estoy llorando.

* **EL MOMENTO ETERNO** que rezuma nostalgia y consuelo, por la compañía y presencia de la hermana que vuelve, se estampa en la luz de la mañana sencilla y por la puerta y entre las paredes del cortijo que se alza sobre la roca viva, por encima del huerto y a la derecha del arroyuelo porque la hermana mayor que se fue, ha llegado y como al padre se le alegra el corazón y a la madre se le esponja el alma, ha matado dos de sus mejores borregos y la madre los prepara porque la vuelta de la hija que dejó la tierra en busca de otra fortuna, hay que celebrarlo y yo que estoy entre ellos, también me siento alegre y me complazco al ver a la niña en su juego, los perros dando vueltas por la entrada y la yegua con su cabestro amarrado a la puerta y el padre que va y viene desde el arroyo a la tinada a la fuente y a por leña para el fuego y la hermana que es tan feliz que hasta se va por la tierra y, acaso hecho, se llena los pies de barro y luego se araña para así sentir la emoción y el dolor y el frío como en aquellos tiempos.

También me voy por las tierras que vuelcan un poco a la cañada y como la niña juega en el mismo juego del viento que la tierra y las horas guardan en silencio, me uno a ella y como hoy la veo tan frágil y tan limpia, ni siquiera quiero tocarla no sea que se rompa o sufra o llore pero sí deseo preguntarle que si se acuerda y que si le gusta el tono y gozo que esta mañana tensa el ambiente y el alma pero no lo hago porque ella sólo quiere jugar y besar y comerse lo que le roza y acaricia y le trae el consuelo a su corazón de muñeca de nieve y luego veo a la madre y por el camino que va a la fuente del centro, se la lleva de la mano y parece que todo es como ayer y que aunque dentro de un rato, se vaya otra vez, hoy sí será fuerte y no echará lágrimas ni le dará pena irse y dejarse aquí la vida y los caminos y el barranco y la casa y el fuego pero mientras miro a las llamas de la lumbre en su danza y estoy callado, me digo y le pregunto:

- Y este humo que ahora se escapa desde la chimenea y llena el cortijo ¿no está impregnando nuestros cuerpos de su olor a monte quemado?

- ¿Quieres decir que cuando luego salgamos fuera oleremos a hollín?

- Eso es lo que pienso pero a mí no me importa ¿y a ti?

- Anoche tuve un sueño y como otras veces, sentí el extraño mareo que durante unos segundos me aleja de la realidad de este suelo y me sume en el mundo nebuloso y profundo e inmenso desde donde lo que aquí ahora tocamos y pisamos, se ve distante y pequeño y frío y, además, extraño y hasta amargo y distorsionado y un poco doloroso pero ¡si supieras qué bello!

Y en el momento eterno de la mañana por la que voy caminando, me despierto entre aquella realidad y el centro de estas horas que llegan atravesadas de lo que

refresca y me digo que otro día más y quiero que Tú estés en medio y también quiero que me ayudes a unir aquello con esto y a limpiar, un poco más, de la pesada nostalgia dulce y desconsoladora y a coger la realidad de ahora, porque hoy, en estos momentos, es lo sustancial entre tanto y, sin embargo, con aquel recuerdo y este presente con la monotonía triste y bella y aquellos con sus luchas y sus caminos y sus sentimientos y estos, con sus prisas y sus inquietudes y sus mil proyectos, dime Tú Dios mío ¿dónde me pongo, dónde me quedo y qué hago y qué pienso y siento? Y sin embargo, el día de hoy, debe ser el perfecto pero ¿Por qué está tan atravesado de aquello y tan vacío de lo que anhelo?

* **Y LA OTRA COSA ES** que esto se llama valle porque está cerca del arroyo con ese nombre y también por ser comienzo del que es por excelencia cuando estoy en el centro de las sierras y el río que empieza en la cerrada y termina en rincón llano.

Y ahora mismo estoy sentado en lo que podría ser uno de los tres torreones del castillo y es el que está más próximo al arroyo y el primero que hay y me he venido por lo más alto y justo donde ya no puedo seguir, porque empieza el precipicio, me he acomodado junto a la cornicabra y pegado a la roca y como da el sol casi de lleno y no estaba cómodo, me he venido un poco más a la derecha y a la pequeña cueva de la roca bajando un poco por la pared y aquí veo como una repisa donde crecen las encinas con los troncos casi asfixiados por la liana que se agarra a ellas y es un rincón fresco, casi colgado en la pared y muy bien protegido del sol pero estoy viendo que como se me caiga el bolígrafo o el libro, donde me apoyo para escribir, no los vuelvo a ver nunca más porque bajo

mis pies se abre un precipicio de más de cien metros que cae totalmente a plomo desde donde estoy y por eso es peligroso esto porque no puedo dar ni un paso pero también es bonito, en exceso.

A mis pies tengo el barranco y las encinas y la cornicabra que me arropa y frente, el torreón mayor y, el del centro y el segundo torreón o el tercero, si cuento el mío, está mucho más lejos siguiendo la misma línea y entre los dos, se ve el cortijo que conozco y aunque parece que ya está abandonado, sigue lleno de vida y de recuerdos y tengo que decir, también, que cuando venía para acá, me he tropezado con la flor de la merendera montana que es del grupo de las liláceas que ya ha florecido y ni ha llovido y estando como estamos en septiembre y casi con el mismo calor de este verano pero es que la merendera florece nada más llegar este mes y es fácilmente diagnosticable en los prados otoñales por sus flores afilias con estrechos pétalos lila pulpúreos, acintados, que se abren en estrella en césped y ahora que la he visto me digo que a esta flor le pasa como a las golondrinas que ya se han ido, que a ver, ¿quién les ha dicho a unas y otras que tienen que florecer e irse? Sólo Tú, sólo ese reloj interno que el creador ha puesto en ellos y que no falla y que son pequeñas maravillas que no dejan de asombrar en medio de este silencio y sin que los humanos tengamos arte ni parte.

Y otra cosa que he conocido hoy por primera vez a pesar de haber pisado un montón de ocasiones el rincón, son los tres pinos que crecen junto al comienzo de la senda que me ha traído a lo más alto de las rocas. Son tres magníficos ejemplares de pinus halepensis y recios, altos, gruesos como si fueran laricios y eso es lo extraño

porque es raro que en esta especie lleguen al porte imperial que alcanzan los laricios y, sin embargo, estos tres ejemplares emergen en fila, a unos diez metros uno del otro, como si alguien, acaso hecho, los hubiera puesto así y por el lado del poniente los tres tienen los troncos heridos por los rayos, dos uno y uno, dos y cuando he pasado por ahí me ha llamado la atención el porte de sus troncos y la silueta recortada sobre el cielo por encima de los otros.

Pero ahora mismo, mientras estoy escribiendo de los pinos, me siento forzado a dejar de hablar de ellos porque reclama mi atención los aguiluchos que desde aquí siento piar en la roca del castellón grande y en el nido no están porque ya no es época de nidos y los veo revolotear por encima del monte, la cuerda que se llama el caballo y es una pareja de jóvenes pero no los distingo bien, aunque se parecen a polluelos de águila real y la culebrera, puede ser también pero ésta es más pequeña y desde luego la que no son es ni la perdicera ni la pescadora y de las cuatro especies de águilas en estas sierras a la que más se parece es precisamente a la real.
- Todo el verano los he estado sintiendo.
Es lo que me ha dicho el pastor con el cual he estado hace un rato al final del valle, junto a las ruinas del gran caserío.
- Pues yo diría que es una casa forestal.
- Que no hombre, que esto siempre fue un cortijo.
- Pero ahí están los restos de lo que fue una piscina, las habitaciones que por lo menos son diez, la cuadra, el horno, el granero, el patio central, la vivienda para los empleados y nunca he visto en esta sierra cortijos tan grandes.

- Es que éste no era un cortijo normal porque todas esas tierras que ves ahí, desde los castellones para abajo, todo el arroyo y parte de la ladera del lanchón y todo el río para abajo, toda la tierra que se encuentra en este rincón, era propiedad del dueño del cortijo y en aquellos tiempos, aquí había mucha riqueza porque todo eran grandes sementeras de trigo, cebada, huertas y el cortijo este era uno de los más ricos de la zona.
- El valle de los castellones ¿Cuál es?
- Pues todo esto lo que se ve desde aquí y e l arroyo y las tierras que hay a un lado y otro y justo ahí detrás de los castellones, está el cortijo con el mismo nombre y un poco antes de llegar a la derecha hay dos más y otro a la izquierda que ya son cuatro y luego ese que vemos por debajo de los castellones, donde están las huertas y ladran los perros y a este lado del arroyo, para el puerto, hay tres más que ya son ocho en total y por fin, éste donde ahora mismo estamos y ese pequeño ya cerca del río también un trozo del grande y si los sumamos todos, nos salen diez.
- Total casi una aldea en nada de tierra.
- Esto era una aldea en aquellos tiempos porque un poco más allá se alza el cortijo chico que es donde nací y desde allí viene una senda que pasa por cada uno de los cortijos que hay en el valle y cuando una persona se asomaba del cortijo chico para acá, en cuanto lo olían los perros del cortijo del castellón, empezaban a ladrar y les contestaban los perros del cortijo de enfrente y luego el otro y el otro y todos, cada uno desde su cortijo, se ponían a ladrar y esto parecía una feria y un escándalo espantoso por todo el barranco pero que resultaba agradable porque te dabas cuanta que la sierra no estaba sola, sino que vivía gente por aquí, por allá y por todos los sitios pero, además, vivían de verdad aquí y no como

ahora que todo el mundo va de paso y te dabas cuanta, además, que los perros servían como punto de referencia para saber de golpe y sin tener que ir a contar uno por uno, cuántos eran los cortijos.
- Pero ahora también hay perros porque vengo yo del que hay cerca de la fuente y quería acercarme por los árboles frutales perdidos entre las zarzas y los pinos y en cuanto me han olido, han liado una escandalera que “pá qué”.
- No son los de antes, son chuchos que se pasan los días y las noches solos, los pobres, casi muertos de hambre y claro, en cuanto ven o huelen a alguien, ladran más bien por miedo que por defender al cortijo o a su dueño.
- Eso digo yo ¿dónde están los amos? Veo que todos los cortijos andan vacíos y no he visto a nadie y quería saludar a gente para charlar. ¿Qué pasa?
- Pues ya ves tú lo que pasa, que se han ido y muchos, hace tiempo que vendieron las tierras y buscaron trabajo fuera y otros, han muerto y sus hijos ya no quieren sierra y los que ni vendieron ni se han muerto, como yo, vivimos en el pueblo y venimos por aquí de vez en cuando a darle una vuelta a esto y luego nos vamos.
- Y eso de irte ¿por qué?
- Los tiempos eran malos y cuando en aquellos años se marchó tanta gente a Barcelona, yo me fui también y treinta años estuve allí pero después ya me cansé y como no llegué a vender las tierras, me vine otra vez a mi sitio.
- Y ahora de pastor.
- Cuarenta que tengo y, son mías, para entretenerme y si de paso puedo vender algún cordero y saco algo, pues bien venido sea y la verdad es que ahora ya ni siquiera compran la lana y, además, como llueve tan poco, esto también se está poniendo feo.
- Pero yo quiero saber ¿dónde está la majada?

- Mis tierras, la casa donde vivo y la majada de las ovejas, la tengo ahí mismo.
- ¿Por dónde se han quemado tantas hectáreas este verano? Mil quinientas, según los serranos y trescientas cincuenta, según otras fuentes.
- Pues ni una cosa ni la otra porque siempre hay que dejarlo entre las dos cifra pero el incendio fue al otro lado de la cuerda y lo que pasó es que se vino para el valle de los hoteles y la gente se asustó porque el hotel está cerca de la gasolinera y se fueron todos.

- Esta tarde llevo un rato recorriendo la zona y he visto que hasta el cortijo pequeño, el más cerca del río, han traído un tubo con agua ¿qué van a hacer?
- Los dueños que lo quieren arreglar y lo primero que han hecho es traerse el agua del manantial que brota junto al arroyo y ya vez, para arreglar ese cortijo lo primero que tienen que hacer es tirarlo.
- Querrán construir un chalé para el verano.
- Pero ya se darán cuenta que mantener esto cuesta un dineral.

Después de dejar el pastor me he venido arroyo arriba y al llegar al cortijo por debajo de la fuente, me he acercado a las parras porque hay muchas por aquí y como ahora ya es otoño, tienen las uvas maduras y uvas negras bastante pequeñas pero dulces porque que esta es la parra más apropiada para soportar el frío y el calor de estas sierras y las nogueras también tienen algunas nueces aunque no muchas porque en la primavera, se helaron todas.

Desde ahí me he venido y al pasar por el cortijo grande, he sentido la curiosidad de acercarme a ver que

hay y lo que ya hemos dicho, los perros me han liado un escándalo de mil diablos y hay por lo menos tres aunque estos están amarrados con cadenas por si acaso y el cortijo se cae y algunos aposentos, construidos separados unos de otros para aprovechar las paredes de las rocas, ya están derruidos totalmente y la vivienda, el núcleo central, aún sigue en pie y con la puerta casi podrida y la cadena y el candado y en el otro aposento, el que pega a la parte donde están las tierras fértiles que cultivaron en aquellos tiempos, tienen palomas y pavos y encerradas ahí y se ve que vendrán por aquí a echarle de comer de vez en cuando pero en el fondo lo que veo es que poca utilidad están dando ya estos cortijos que en sus tiempos también fueron ricos con abundante tierras y mucha agua.

Y ni el pastor de hoy no lo sabe ni tampoco otros pero el rincón es otro trozo de los pequeños paraísos que más es paisaje dentro de mi corazón que me chorrea por el tiempo y el recuerdo donde el cortijo se aplasta pegado a las rocas del castellón y la pradera lo rodea por el lado de arriba con el arroyuelo que lo atraviesa y el bosque de pinos, lo arropa por oriente.

Y recuerdo que aquel verano la niña tenía tres amigos: la rana del charco en el arroyuelo de la pradera, el pollito de perdiz que había empollado una de las gallinas del cortijo y la araña del enebro del charco de la rana y el polluelo de perdiz aún no volaba y ya la niña se lo lleva a jugar con ella junto al enebro de la araña y el charco de la rana y su gozo era ver al polluelo irse detrás de los mosquitos, dar el salto y cazarlos al vuelo.
- ¡Uno menos!
Decía y el siguiente era para la rana que saltaba fuera del charco, se iba por la pradera y mosquito que pasaba

volando, si al pollo se le escapaba, lo atrapaba la rana pero alguno volaba más alto y al pasar por el enebro se enredaba en la tela que la araña había tejido de una rama a otra y allí se quedaba y éste era para la araña.

Se pasaba el día entero la niña embelesada en la emoción del juego, llamando a sus amigos a cada uno por su nombre y cogiendo en sus manos tanto al pollito de perdiz como a la rana pero el padre de la niña, un día prendió fuego al lindazo que baja del cortijo y se junta con el arroyo y aunque era un fuego pequeño y controlado con el único deseo de quitar de en medio algunas malas hierbas, las llamas se fueron por el pasto de la pradera y aunque el padre acudió rápido y en menos de media hora lo sofocó, el fuego quemó precisamente toda la llanura por donde la niña compartía los juegos con los amigos.

Y como en la llanura, atrapando sus mosquitos, estaba tanto el pollito como la rana y la araña en su mata de enebro, los tres ardieron.
- ¡Pero, papá ¿no ves qué pena?!
Dijo la niña casi llorando frente a los cadáveres carbonizados de sus tres amigos.
- ¡Lo siento hija! Fue sin querer y aunque he luchado para controlarlo no pude apagarlo a tiempo.
- Pero papá, el fuego acaba con la vida de todos los animales del bosque que son inocentes y fíjate cuánta tristeza queda ahora por aquí.
- ¡Ya te he dicho que lo siento, hija!

*__ACABO DE ABRIR MIS OJOS__ al nuevo día, ya hoy seis de septiembre, y a parte de la calma parada sobre el bosque y el viento que lo besa y el rumor tan familiar de este arroyuelo nuestro, lo que más me llama la

atención y me sorprende y hasta me gusta por su belleza, es el tono de azúcar tostada y fuego vivo que trae la gran luz que desde la cumbre viene avanzando.

Y mientras una vez más comienzan a correr las horas y me voy con ellas desde esta quietud apagada que me abraza en el nido en que estoy recogido, me voy expandiendo por esta fabulosa luz naranja oro que llega y se apodera de los paisajes y pienso en Ti y reflexiono y me pregunto y te doy las gracias porque siento limpiamente que eres el autor y dueño de todo y me recojo en mí y me vengo hacia todos los caminos y por todos los matices con la misma ansia de búsqueda y de consuelo y de soledad, que tanta otras veces y como el presente lo tengo tan lleno de los que van y vienen con libros y con sueños y con problemas y con deseos de arreglar el mundo y juntarse otra vez y engancharse al ritmo que marca la vida de ahora, para estar a la altura de las circunstancias, me escapo por el silencio de los caminos viejos y ya estoy en el blanco cortijo de la ladera y el gran barranco de los juncos añejos.

Y lo miro, también, asombrado porque ya el tiempo lo arropa y como tantos, es ahora soledad entre ruinas y puro símbolo en la sequedad del alma y caigo en la cuenta que este barranco se parece y tiene casi la misma sombra y luz que el mágico barranco oscuro donde nace el río y hasta presenta la misma ladera inclinada de sus tejos negros y al comienzo, la junta de los cauces con las rocas lisas por donde la corriente se abre y hermosa se desliza por la superficie dura y luego al final, la misma junta de los cauces con la llanura poblada de juncos y la oscura y misteriosa prolongación del surco por la

oscuridad del lejano barranco que ya es todo misterio entre sombras y humedad templada.

Y el cortijo, trabado sobre el balcón perfecto y en la misma puerta, el hermano ocupado en la tarea de la escoba de retama mientras la madre no para de ir a la fuente y a la huerta y a la lumbre y a la tiná y a donde arranca la senda que llega desde las juntas de las rocas lisas para despedir a la niña que sale con la comida del padre que también trabaja las tierras del piazo a la derecha de la primera junta de los arroyos, justo por donde crece la encina grande y pasa la senda que lleva a la fuente del serbal y que ahora están rompiendo para poner mesas y muchos asientos de piedra y un pilar de cemento con su caño de hierro y el sombrajo de palos secos para que se refugien los que desde fuera vienen a comer y a pasar el día.

Y la niña que se hunde en el arroyo por donde el peñón redondo, que es media montaña, sujeta a la corriente y se forma el charco largo de tonos azules y aguas claras y al ver a los galápagos que nadan en la poza pequeña, se pone a jugar con ellos y los coge y los pone en sus manos y los suelta sobre la piedra y mientras los mira y los sigue mudando de la arena a la tierra y luego al agua, les habla y les dice que al volver se los va a llevar al charco de la fuente del cortijo y mientras es feliz y sueña, ni siquiera advierte al que va por la senda de la ladera con más sacos de cemento para la construcción de las mesas y el pilar de la segunda fuente del serbal ni tampoco advierte que el viento comienza a soplar tan fuerte que la superficie del charco se riza y se llena de olas que se quiebran en las rocas de la orilla y crujen y dejan espuma y regresan y de nuevo se rompen.

Y como está en su juego, ahora se acuerda ella que el serbal de la primera fuente sobre el puntal antes del barranco de los narcisos donde corre el arroyo del joven, ya tiene serbas y como sabe que están ricas y a ella les gustan, deja los galápagos en el cuenco del arroyo y sube por la senda que surca la ladera y en un periquete ya está donde mana la fuente y entre las ramas del árbol y cogiendo las peras silvestres y comiendo y como la tormenta ya cruje y está negro por las partes altas de los montes y sopla el viento y llueve recio, la madre que pregunta:

- ¿Dónde está la niña?

Y el padre que deja su tajo en la tierra que labra y dando voces también pregunta:

- ¿Habéis visto a al niña?

Y el hermano que tiene sus manos ocupadas en la construcción de la escoba de retamas y sus ojos en las sombras y la luz de los barrancos y su alma, en la niña que atraviesa los montes y juega y ríe, que sube por la ladera tan aprisa que ni siquiera pisa la tierra que ya es barro de tanta lluvia y llega a donde la niña juega y la coge de la mano, que tiene llena de serbas, y le dice:

- ¿Cómo piensas escaparte de esta nube gigante con tanto viento, tantos truenos y tanta lluvia?

Y la niña que lo mira y llena de belleza inocente, le responde:

- Primero quería comer serbas porque ya están maduras y me gustan y luego, como yo sé que ahí está la cueva grande, me refugio en ella hasta que pase la nube y como, además, sé que tú vendrías a por mí, no tengo problemas.

- ¿Pero si llueve tanto que el arroyo se desborda y las laderas se hacen cascadas? - Tampoco tengo problemas

porque como yo sé que tú vuelas, me subiré a tus espaldas y desde la roca grande, al final de este puntal, darías un salto y en un abrir y cerrar de ojos, volando como una paloma, atravesaríamos el barranco sin importarnos ni el viento ni la lluvia ni la tromba de agua que baja por el arroyo y en un abrir y cerrar de ojos, estaríamos en nuestra casa.

Y como siguió lloviendo y ahora esta mañana, desde la distancia, sigo creyendo que aquello fue como un sueño, me agarro a la luz que me regalas y desde esta otra realidad, mucho más rara y complicada, me digo que aquello fue tan bello que es justo que hoy lo sienta como ella aquel día en su juego que, desde el cortijo y el arroyo con su charco y la senda y los tejos y la fuente del serbal y el otro arroyo y el barranco grande y el cerro entero, todo es tesoro pleno y la tormenta y la lluvia y hasta el viento, eran tu presencia divina dando un beso y Tú llorando, de gozo, desde las nubes y el cielo, con nosotros por allí, hechos barro y pisando el suelo y frente a la profundidad del barranco tan repleta de misterio y los montes verdes y las cascadas y los senderos y la sonrisa clara de la niña pura, imagen nítida de lo que en Ti es juego y los latidos graves de mi alma, todo Tú, en mi pobre pecho.

*__ASÍ QUE AUNQUE NO PUEDA,__ con mi cuerpo de carne y hueso, quedarme por ahí un día entero, todo lo que dure una eternidad, con mi espíritu, sí lo haré y enganchado a la brisa del viento, me iré por entre las laderas y besando al manantial que a partir de hoy lo voy a llamar el de la Vida porque esto eso es lo que da ese

venero: vida humana y espiritual a las personas que siempre se recogieron junto a él.

Haré esto y en lo que también pueda, respetaré y admiraré tanta y tan profunda belleza y luego, desde ese mundo de amor silencioso y el latido de eternidad que me contiene y a cuanto por estos parajes respira, me iré río abajo siguiendo sus aguas y empapándome de la luz del rincón, porque de las otras aldeas ¿qué me dices?
- Las que se asientan junto a los manantiales que brotan por las laderas, barrancos y collados, también son hermosas y dignas de gozarse y aunque como decías antes, esas tierras no pertenecen al rincón que llevas dentro, no importa, porque por encima de la organización humana y de orden establecido y límites y lugares, existe la realidad mayor y ya sabes lo denso que siempre es el silencio por aquí y lo espléndido de la grandiosa vegetación por donde te vas, entrando por el pantano con sus aguas verdes que le dan colorido majestuoso.

Debajo de este remanso se quedó enterrando para siempre el poblado antiguo y para las personas que allí habían vivido toda su vida, algo más arriba, construyeron otra pequeña aldea de casas modernas que poco a poco se ha ido quedando solitaria porque es lo que ya tanto hemos dicho unos y otros: lo impuesto, lo que viene de fuera, lo que no nace desde dentro, con la ilusión, el cariño y el sudor de la frente, es como si no nos perteneciera, como si no formara parte ni de nosotros ni de esta tierra y al no tener ni valor ni raíces buenas, muere.

Y como lo miro y ahora ya sé que cada vez que se pone a contarme cosas de su trocico de tierra, se le saltan las lágrimas, le pregunto:

- ¿Pero qué llevas dentro?
- El anhelo que en mi alma arde, no es ni de casas hermosas ni de comidas abundantes ni de estudios ni de títulos ni de amigos. Lo mío es hambre de otros mundos. De algo distinto a lo que me han ofrecido y que va más allá de una seguridad humana y material.

Fíjate como fue aquella última tarde: durante rato caminé dirección a las casicas. Son como las cuatro de la tarde y hoy hace un día hermoso y tranquilo y me acerco a la vieja casa aún todavía no cubierta por las aguas que se encuentra mirando al barranco pero alzada sobre éste y rodeada del perfume del valle. Tiene sus puertas cerradas y las maderas descoloridas y astilladas por la lluvia y el sol. También las ventanas están astilladas. En la pared crece el musgo, el beleño y por entre las grietas de las piedras, brotan las zarzas y las ortigas cuelgan suspendidas en el aire. Por la parte de atrás descubro el huerto. También está abandonado y parece como si ningún ser viviente hubiera pasado por aquí desde hace muchos años.

En el huerto crecen aún los árboles que daban la aquella fruta tan rica y aunque ya no los cultiva nadie, siguen verdes y de sus ramas cuelgan las peras, las manzanas, las granadas, los higos y entre ellos descubro el ciruelo. Muchas de sus frutas ya han sido comidas por los cuervos pero aún le quedan algunas y están maduras. Cojo un palo y me acerco al árbol grande y viejo que tiene su tronco casi podrido, astillado al igual que las ramas y las maderas de la puerta de la casa pero no todas sus ramas están secas. Dos o tres siguen verdes y de ellas cuelgan las ciruelas maduras y las derribo con el palo y luego las recojo y me siento en su misma sombra y me las

empiezo a comer. Su sabor es agradable, como el de mis días de niño y su pulpa está sana.

Pasa un rato. De pronto oigo que hasta mí se acerca alguien. Miro y lo reconozco enseguida. Es mi amigo, el anciano que golpeó en la puerta de mi casa la noche de la ventisca años atrás.
- ¡Hola!
Me dice. Los saludo con gusto porque me alegra verlo y le ofrezco unas ciruelas y saca un trozo de pan de su macuto y me lo alarga diciendo:
- Con esto sabrán mejor.
Estoy cogiendo el pan de sus manos cuando me vuelve a decir:
- Si no te importa me voy a quedar a tu lado.
- No me importa porque no voy a ningún sitio concreto ni me espera nadie en ningún lugar bajo el cielo.

Me mira y siente curiosidad por mí. Algo más tarde se empieza a ocultar el sol y el campo se llena de sombras y de silencio. Recogemos un puñado de troncos viejos, raíces de pino, ramas de carrasca y encendemos el fuego y a su alrededor nos sentamos y por un rato nos dedicamos a ver como se oculta el disco dorado al otro lado del río y tras las grandes montañas de rocas blancas y luego:
- Fíjate en la casa.
- ¿La conoces?
- De pequeño, años y años he pasado noches bajo su techo al calor del fuego en compañía de los míos y alegres y también tristes días de sol y lluvias y eternidades enteras estuve sentado en el peñasco que hay por detrás y jugando y charlando con la hermana pequeña y cogiendo flores y corriendo detrás las

mariposas y parándonos frente a la corriente para escuchar su música y como ves, la casa la construyeron cerca del camino, al borde mismo del manantial del arroyuelo.

Durante bastante rato, me habla y me habla de ella. Crece en mi tanto la curiosidad por la casa como por los que entre sus paredes vivieron y por eso escucho entusiasmado sus palabras hasta que de pronto, entre dos luces, oímos un ruido y asombrados contemplamos lo que ocurre. Es la casa que se desmorona. La pared de delante en bloque cae hacia el camino. “De seguida” las dos de los lados, luego el muro de atrás.
- ¡Qué raro!
Le digo y sin moverse de donde está sentado, fijos sus ojos en la extraña casa que se desmorona y se desploma al caer la noche, me dice:
- Por qué se ha hundido, no lo sé pero lo que sí está claro es que muere. Todas las cosas, hasta las más amadas y fuertes, desaparecen y las vamos perdiendo y las vamos dejando enganchada al borde del camino que inexorable va hacia el final, igual que aquellos tiempos, igual que nuestras ilusiones y quizá en la meta, sólo tú y yo, esos que andan por las noches atravesando campos y besando flores, quedemos eternos.

Sorprendido me he quedado tanto al ver la casa hundiéndose como al oír sus palabras.
- ¿Es que tú sabías que la casa se iba a desmoronar en este mismo día, hora y forma?
- La explicación de su muerte es sencilla: este año ha llovido mucho, sus paredes están empapadas de agua y ya es vieja pero sólo para ti y para que lo sepas, su

desmoronamiento no es por eso. En sus paredes rotas hay mucho más que una vieja casa hundida.
Después guarda silencio y se tumba sobre el suelo y frente a las estrellas, con sus ojos abierto, se pierde hacia el infinito.

- Todas las casas fueron minadas y de tal modo que por ahí ahora sólo se ven montones de piedras y algunos árboles frutales que aguantaron el embate de las aguas y del tiempo y, sin embargo, la ermita, sigue en pie cayéndose poco a poco por el abandono y el paso de los años. ¿Entiendes aquello primero y entiendes esto segundo?
- ¿Es una pregunta que tengo que responder?
- Si quieres decir algo, dilo pero nada ni nadie te obliga.
- Mejor me callo porque me coge un poco sin aliento.
- De todas maneras, hay ocasiones en que un silencio dice más que mil discursos y hoy ya sé que nada realza más la autoridad, que no pronunciar palabras en el justo momento. El silencio de estos espacios infinitos me espanta, porque en más de una ocasión entiendo que es un poco de cielo que desciende al hombre por la bondad y el amor del Padre bueno.

* **Y COMO HOY LLEGA** ya el día un millón cien mil, con sus pasos firmes y abierto en abanico para que su luz penetre hasta el más pequeño rincón de estos campos y de aquellos que en tantos sitios adivino y no puedo ver y también cogen por delante y en medio a todos los que en este planeta respiramos y como estas horas, a igual que las de ayer, además de hablarme de tu presencia clavada y limpia a cada instante y desde todos los rincones que mi ser es capaz de percibir, me acercan de nuevo a la monotonía diferente y el eterno silencio viejo y con traje nuevo a cada segundo y como desde mi

rincón perdido sigo saboreando la ausencia total de todos menos de Ti, el bosque y aquellos rincones que fueron juego y hambre conmigo en aquellos días de mi despertar a la primavera, te pido que me eches una mano en los momentos finales que ya, casi ante mí, tengo.

Te digo esto porque a la aurora, me veo tumbado sobre la gran cama de mi propio anhelo y extendido en lo más alto de la colina y como ya lo único que me queda es mi propio silencio, que sigue siendo el que a lo largo de todos los días me ha dado ánimo, y alrededor mío veo que se mueven y deciden a dónde y cómo y cuándo han de poner mi cama y como desde ella sigo viendo mi barranco oscuro con su misterio consolador y la ladera de las rocas coloradas y los caminos viejos y los árboles clavados recibiendo al viento, me atrevo yo a decirte, ahora que todavía puedo, que me dejes en el rincón que desde aquel día me regalaste y que me dejes morir en la misma cama que labré sólo en compañía de la soledad y que me dejes frente a los paisajes que me han servido de refugio y de consuelo y de encuentro contigo y de alivio a tantas horas amargas y perdidas a lo lejos de la gran masa y que me dejes respirar el mismo aire que me regalaste y ahora tanto quiero.

Te pido esto, Dios mío, porque sé bien y siento que eres Tú mismo el que enciendes, dentro de mi ser, tal dulce fuego, porque lo otro, en tus manos lo tengo.

* **EN LA SUPERFICIE PULIDA,** que redonda, ha tallado el viento y es como pequeños montones de algodón uniforme, se van quedando las huellas de mis pasos y mientras voy subiendo y respiro el aire frío que me regalas desde la cumbre, me voy diciendo que hoy

soy el primero en estampar las huellas de mis pies sobre tan delicado terciopelo blanco, donde, y a cada instante, intuyo un trozo más de tu dimensión grandiosa y el reino que llamamos cielo.

Y he comenzado la ruta en la misma llanura de la nava verde y subo por la cuerda y ladera del lado derecho del último trozo del arroyo que arranca de la cumbre grande y luego corona el collado por donde pastan la manada de ciervos y sigo subiendo por la cresta de la cuerda, sin perder nunca de vista, la cumbre blanca que roza el azul del firmamento y que me va quedando por el lado norte que es de donde también me llega el viento.

Y ahora, me he parado y estoy comiendo sobre la roca y frente a las dolinas y cuando termino, sigo tierra adelante pisando la nieve que es casi hielo y avanzo colina arriba y donde me llega el perfume y el aliento de la presencia dulce de la niña que hoy es sólo recuerdo, me paro a jugar, en el deseo de, aunque sólo sea a través del sueño y por breve tiempo, irme a vivir a las horas donde ella tenía su juego y como hoy también voy sin prisa, me siento sobre las rocas de las pozas que están justo donde el padre quería enseñarle, aquel secreto que no pudo y cuando caía la tarde, bajaron por el collado del arroyo que comienza su descenso.

Y al bajar por el barranco, siguiendo casi los mismos pasos y también en el mismo silencio, me tropiezo con la gran casa de piedra, cercada por los alambres y los hierros y a pesar de su grandiosidad y su misterio y la soledad, la veo ya casi derruida por completo aunque la llanura sí permanece con su hierba verde y el agua brotando y brotando de su venero.

Y se me llena, de tanto amor y tanto cariño y tantos besos de almíbar y de hielo, el corazón y hasta los ojos se me bañan de lágrimas y como sigo mirando sin parar, aunque no quiero, todavía me parece verla jugando con el agua limpia que salta por el arroyuelo o temblando, en la frágil melodía que silba en el viento, yéndose por entre los pinos blancos y recios que pueblan la ladera del lado derecho y también me parece verla, recogiendo agua y lavando sus manos en el manantial de los narcisos que huelen a incienso.

Y algo más arriba, bebo del mismo chorrillo y rodeo la casa y atravieso la llanura por donde crecían los álamos, y que después de tanto tiempo, todavía se pudren por aquí las peanas viejas, y siguiendo la corriente que relumbra por el cauce, vengo a salir a la rambla seca y al pisar la tierra por la que a todas horas muero, veo los tornajos rebosantes y tendidos y quietos y por eso miro más despacio y con más lágrimas por mis ojos corriendo y, por más que mi corazón palpita y en mi alma deseo, no veo a las ovejas ni tampoco al pastor padre ni a la niña de espuma blanda jugando sus juegos.

* **A UNOS QUINCE METROS** de la llanura y subiendo y donde no hay más vegetación y referencia que los majoletos peludos que se parecen al burro que se llama Platero, porque todavía hay mucha nieve, me paro y miro y como tantas otras veces, observo y gozo y me recreo en los profundos horizontes llenos de paisajes sombreados de ocres inciertos porque acaba de pasar por aquí, tiñendo y destiñendo, el silencioso y encorvado, mes de enero.

Y la vegetación que en invierno queda aletargada bajo la nieve y las heladas del crudo hielo, me digo que es el símbolo del sufrimiento y de la muerte para luego, un poco más tarde y con el sol que en la primavera llega de nuevo, volver a rebrotar con el vigor de lo fuerte y el secreto de lo mágico y el asombro de lo bello, anunciando una etapa nueva y siempre encajada en la precisa porción del tiempo y por eso me decía y te decía que ningún símbolo es más exacto y certero, para recordarnos tu presencia y el más allá y este momento, que una primavera abierta al amanecer y la nueva vida que acaba de vencer, la muerte del invierno.

Y desde mi punto de observación, veo la pequeña llanura de la nava por cuyo centro metieron la fría pista de tierra, montada sobre las eternas huellas que guardaba el camino viejo y ahora roza la laguna menuda que embalsa el limpio espejo formado por las aguas limpias de la nieve que se va derritiendo y donde el sol se mira y se apagan y juegan sus rayos de fuego, empieza a fraguarse el pequeño arroyo que luego atraviesa toda la suave llanura de la nava y se junto con el del centro y como es magnífica esta llanura con su cauce de plata y de hielo y el bosque de los pinos laricios y la espesura de los agrios majuelos y sus lapiaces y dolinas y sus silencios, me digo que Tú, esta mañana, has querido que yo venga a verlo para que me asombre un poco más y compruebe y me pregunte: Si este es el reflejo ¿cual será el modelo de la imagen real de tu gloria y cielo?

* **YA NACE EL DÍA** y al abrirme a la luz, en la cama prestada, iba yo cayendo en la cuenta que hoy es ocho de septiembre, natividad, que quiere decir tu nacimiento y desde ayer por la tarde estaba buscando

cómo saludarte en esta fecha y charlar contigo un rato y mientras, también, estaba pensando que mañana empiezan los colegios en los pueblos que ahora conozco y ya se revolucionan las madres con la compra de los libros para sus niños y, desde primera hora, se llenan las calles de saludos y algarabías y cara de sueño y sonrisas y estaba yo un poco entretenido en estos eventos, cuando me veo en el cortijo de la llanura y me entusiasmo y me alegro y soy feliz y tengo el alma llena de gozo y me siento bueno y quiero a la madre reina y a la niña dulce y miro más despacio y al preguntarme por qué, te uno a ti con ella y en este día, otra vez me siento niño bajo vuestra protección y cariño.

Y estoy en la puerta del cortijo, sentado sobre la piedra, cuando el día empieza a llegar y con la navaja de acero y un trozo de palo seco de madroñera, tallo una cruz de madera para la niña que todavía no se ha levantado pero ya mi pensamiento está en ella y en ofrecerle un regalo hecho por mí, cuando la madre me pide que vaya a la fuente y me traiga un cántaro de agua fresca.
- Porque hoy va a ser un día de mucho calor y quiero hacer un refresco con los limones que padre trajo ayer y también quiero regar las flores y luego, quiero poner a cocer un buen puchero para celebrar el nacimiento de la niña hermana y quiero, además, que cuando regrese padre del monte con las ovejas, se lleve una sorpresa.

Y cojo el cántaro y me voy para la fuente y mientras camino, pienso en decir a la madre, que yo también preparo mi sorpresa para la niña pero lleno el cántaro de agua y regreso y me siento en la puerta y continuo con mi tarea de tallar una preciosa cruz de madera vieja y

mientras la sigo sintiendo trajinando con su zumo de limón y la lumbre y los garbanzos, ya comienzo a oír a la niña que habla y me alegro de tenerla a ella, de tener a la madre que nos quiere tanto y es tan buena y nos da la vida y es tan callada y también me alegro de tener al padre y de esta mañana tan llena y tan grandiosa con su sol de plata y el agua que salta por el río y el gozo que bulle en el alma y como no conozco más mundo ni tampoco lo echo en falta, otra vez soy feliz y, no sé a quién pero doy las gracias y sigo atareado con mi trabajo porque ella, con el sol, ya se levanta.

Y estoy tan satisfecho cuando veo que por el camino que fue de bestias y ahora ya han allanado para que pasen los coches, se acercan los que vienen de fuera a pasar un día por el campo y después de saludarme, me preguntan por la madre.
- Está en mi casa.
Les digo y como no los conozco, sigo con lo mío y al momento, oigo que me llama.
- Aquí estoy, madre ¿qué quieres?
- Trae unos vasos y atiende a esta familia que vienen sudando y hay que darles el refresco de limón y que se sienten y que descansen y que se encuentre como en su propia casa.
- Pero madre...
Y quiero decirle que el zumo de limón con azúcar, es para celebrar lo de la niña cuando regrese padre pero ella me sale al paso y me cierra la boca y mientras, los que han llegado en sus coches, ya están sentados bebiéndose el zumo de limón y diciendo que además de fresco, está bueno porque es natural de verdad y con aguas limpias de estas sierras y que les gusta mucho y que no necesitan tantas atenciones y que...

- Otra cosa no tenemos pero lo que poseemos, lo damos y como agua sí hay en la fuente, de ella beberemos y que Dios nos dé saludo porque El no deja sin su alimento, ni a los pájaros del acampo.
Aclara la madre.

Y los que han llegado y vienen a pasarlo bien por estas sierras, se beben el zumo y luego se van y se suben en sus coches y cuando ya me he quedado solo en la casa con la madre, le digo que no lo entiendo.
- ¿Qué no entiendes, hijo?
- Pues que nos hemos quedado sin zumo para celebrar el día de la niña y del padre y ya no hay ni más limones ni más azúcar y aunque agua sí tenemos la fuente entera pero madre...
- También tenemos el día lleno de sol y el aire que respiramos y el verde de los bosques y la huerta y los campos y mucha salud y los pájaros con sus cantos y ¿qué me dices de padre? Y de la niña ¿qué me dices?
- Pues que nada, madre, que si tú lo mandas y eres feliz, será bueno esto y será grande.

Y como la niña ya se ha levantado y es cierto que es lo más bello del valle y el tesoro más grandioso y hay que hacerla feliz y hay que estar con ella y que juegue y ría, la madre me pide que me la lleve a las tierras del hortal y que la divierta.
- Y de paso, regad los bancales y si hay tomates maduros o lechugas o habichuelas, coger un cesto y me lo traéis para la ensalada.
Y salimos de la casa y por la senda que lleva a la fuente, nos vamos caminando y atravesamos el arroyo y luego la llanura y cuando llegamos a las tierras blancas, nos metemos por la senda que conduce al trigal que tanto le

gusta a ella y que ya está maduro y dorado y al volver las rocas grandes de las encinas viejas, como ya lo tenemos cerca, se para y me dice:
- ¡Mira!

Y con su mismo asombro y su misma pena, miro y veo a los de los coches que se han parado y justo donde el trigo está más espeso y tiene ya color de miel y en las espigas revienta el grano, han aparcado sus vehículos y al lado y encima de las matas de oro, han montado las tiendas y por entre el trigal dorado y más que bello, sus niños están jugando y un poco más arriba, han puesto los cacharros, también encimas de las matas de trigo y más abajo y frente al valle y sobre la mies que, en madurar ha tardado un año y es nuestro pan de cada día y nuestro sudor y nuestra esperanza y nuestra alegría, ellos se han sentando y charlan y dicen que lo están pasando bien y la niña que mira triste y me pregunta:
- ¿Nos acercamos y le decimos que no tienen corazón o nos volvemos y se lo contamos a madre?

Y como sé que a la madre se le va a partir el alma y se le hará un nudo en la garganta y se le nublará la vista del río de lágrimas pero guardará silencio y si acaso pronuncia una palabra, será para decir que:
- Dios, hijos míos, da de comer cada día a los pájaros del campo y viste a los lirios del valle y ellos, por encima de todo, son nuestros hermanos.

Cojo a la niña de la mano y seguimos camino del huerto y como llevo conmigo la cruz que le estoy labrando y tenemos aire puro y el valle lleno de sombras y los bosques repletos de romeros y las ovejas por las llanuras y los pastores y los perros y el sol y el agua y el viento,

aunque estamos tristes, somos felices con nuestros juegos y el cariño de la madre que tanto llora, en su soledad y anima y da consuelo.

* **EN LOS MAJUELOS** de las hondonadas de las dolinas y entre los escaramujos y los enebros y las sabinas y las mil plantas pequeñas del rincón de la pradera en las cumbres, los he visto ahora mismo pastando y son muchos y mezclados los ciervos con los muflones y los machos monteses y como es invierno y la naturaleza está casi muerta y la nieve cubre los prados y la poca hierba, es época dura para ellos y por eso se juntan y, a parte de darse ánimo, se prestan seguridad y calor y fuerzas.

Y por doquier, todavía la nieve blanquea y aunque se derrita pronto, la primavera tardará en llegar y, además, sobre las cumbres hace mucho frío y están bastante menos abrigado que en las dolinas de la nava y como los animales tienen su instinto, saben defenderse y buscan y encuentran lo que necesitan en este o aquel punto escondido pero eso sí: la manada es preciosa y al verlos y notar que ni siquiera se espantan, sino que desde la distancia, me miran observando y se van luego, con la lentitud del tiempo, hacia las rocas del cerro de los pinos, me he dicho que hay que ver cuantos secretos y cuantas sorpresas guarda este monte mío y cuanto me asombro cada día y cuanto a Ti, por tanto, te debo.

Y cuando he llegado a la mitad de la ladera y, frente de donde me he parado para recrearme en la gran llanura, se me arranca otra manada y ahora son todos muflones y la mayoría, machos y como me han visto subir, se han movido hacia el lado del arroyo fiero y como

también es la primera vez que veo a tantos juntos por estas sierras, de nuevo me lleno de asombro y mientras se me va mi pensamiento detrás de ellos, intentando comprender, siquiera una migaja, mi presencia y mi lugar en medio de este gratificante y profundo misterio, me agarro a Ti y te pregunto y me pregunto que ¿cual es mi ganancia, en virtud o en o en consuelo, en este desorganizado y extraño y redondo concierto?

* **AUNQUE LO DESEO** con todas las fuerzas de mi alma y no dejo de estar acurrucado en Ti y clamando que me arropes y me des tu gracia, tu consuelo y tu luz, no paro de percibirme pobre y triste y más que roto, quebrado y hasta desconcertado y perdido y con el sabor del desconsuelo y la desolación hundiéndome hasta cuando duermo y no tengo envidia de nada, Dios mío, Tú lo sabes, ni ansia de ser nadie en este trozo de vida que todavía me regalas ni quiero permanecer al frente de nadie ni deseo el mal para ningún hermano mío, sino todo lo contrario y también Tú sabes que en todo momento te pido por ellos y sus almas y el mundo que estás sosteniendo pero entonces, Padre Bueno ¿Por qué siento tanto amargor en esta vida mía y justo al despertar y cuando me pongo en tus manos y te ruego bendigas mis acciones y a todo y a todos los que hoy se van a rozar conmigo?

Lo único que quiero hoy, es darles mi sonrisa y tratarlos con el amor con que Tú mismo lo harías y quisiera obedecer a todo lo que me pidan y sintiendo en cada instante, que en ese detalle y en ese segundo, estás presente y ellos y cuanto ante mí pasa, se mueve o respira y late, eres Tú que te me acercas y me pides y me hablas y me transmites un mensaje y me muestras los

caminos y desde esta misma disposición y deseo y lo poco que soy, es como quiero irme, un poco más, por los caminos de este trozo de tierra donde has permitido que me amarre y estoy pisando mientras termino de andar los últimos pasos que todavía me quedan antes del encuentro que ya me tienes asignado.

Y ahora mismo, acabo de venir de donde la noguera redonda se mece al viento, en lo más alto de la colina blanca, cerca de donde nace el río y pegadita a la aldea y que siempre está solitaria, porque pilla a trasmano del camino que trazaron y sube y hasta los habitantes de la aldea pequeña, que ya no son muchos, digo que la tienen olvidada.
- Es que ya no hay niños y por eso no es como antes.
Me dice el pastor que todavía respira y es amigo mío y al mirar el tronco que se dobla en la dirección que sopla el viento, veo los cortes que la noguera tiene en sus carnes y recuerdo que se los hizo el hermano cuando era pequeño para jugar con la niña al juego de las cabañas aprovechando la sombra y el fresco del aire que siempre corre y ahí, en las ramas gordas de la cruz, teníamos y se sujetaba el refugio.

Los cortes que la noguera tiene en el tronco forman, como los peldaños de una escalera que sirven, servían para subir hasta el centro de las ramas pero como ya ha pasado tanto tiempo y el árbol ha engordado desde aquellos días, le ha crecido la corteza y los cortes se han cerrado casi por completo porque recuerdo que aquello fue cuando la hermana andaba por los seis años y ahora me creo que ha pasado una eternidad.

La noguera redonda que corona el cerro donde la aldea se refugia, no es vieja si la comparo con cualquiera de las muchas que aun viven en los cortijos de la sierra pero es verdad que la noguera, que ha venido a nacer en el centro mismo de la era, ya ha visto lo suficiente como para estar llena de secretos y guardar entre sus ramas las ilusiones y sueños de aquellos hombres que trillaban en la era y el pastor, porque a mí se me pierde la me memoria y se me borra en el tiempo que regresa, me dijo que como por aquí no hay sombra por aquello de la deforestación en la antigüedad, los que aventaban la parva, necesitaban protegerse del sol y no encontraron otro sitio para sembrar la noguera que el mismo centro de la era donde se trillaba el trigo y se recogía el grano y como, además, este punto se encuentra exactamente en lo que podría ser el gran balcón del valle del río claro, la noguera, esta noguera, es la más singular de todas las que crecen en estas sierras.

Y es verdad porque ni tiene tierra donde hincar sus raíces y azotada siempre por el viento, venga de donde venga, y solitaria y en todo lo más alto, se diría que quiere presumir hasta de la más enervante soledad y de soportar las nevadas más duras y las noches más negras.

Porque las nogueras, en estos montes, viven en los sitios más complicados y áridos y hay tantas que, por donde pasó un serrano y vivió durante un tiempo, crece o hubo una noguera viva y por eso en tantos lugares, hoy sigue todavía creciendo su recuerdo en forma de nogueras y desde luego que es porque ellas se adaptan bien a estas tierras y al clima.

- ¿Quién fue el primero que plantó una noguera en algún punto de estos montes?

Recuerdo que le pregunté a padre, aquella tarde de verano, y recuerdo que padre me contestó que:
- Eso ni se sabe pero sí te digo que el nogal, Jungla regia, es árbol de gran porte y de tronco grueso y no muy elevado y con grandes y abiertas ramas que forman ancha copa y pierde las hojas en invierno y cuando va a echar otras nuevas, en primavera, le salen al mismo tiempo las flores que las tiene de dos clases, machos y hembras y cada flor femenina es ya una nuececita en pequeño cubierta de una pelusilla borrosa y las flores machos brotan del leño viejo del año anterior, por debajo de las femeninas.

Pero ahora viene lo bueno, porque según los libros, se cría en huertos y viveros y en las hondonadas apacibles y evita los sitios desabridos y combatidos por los vientos fuertes y dicen que se le halla en lo hondo de los valles y en tierras profundas y arenosas y generalmente, en paisajes de encinas y robles y es un árbol oriundo del próximo oriente y se da desde el norte de Grecia hasta el Himalaya.

Mas, si no le gusta el frío ni los vientos fuertes ¿cómo es que ésta ha venido a nacer donde más frío hace y con más fuerza azota el viento? Y a eso te respondo que los libros, muchas veces, no coinciden con la verdad rotunda de la vida de cada día porque hay y se dan matices y diferencias y realidades que ni mucho menos se refleja en las páginas escritas y por eso tengo muy creído que estas sierras y sus bosques y arroyos y cumbres, es tan rica que no cabe en ningún libro y al mismo tiempo es ella precisamente el libro más completo y bello del mundo.

Y hoy, y mientras regreso a mi rincón y sigo soñando y sufro el dolor y la dicha y la amargura de las dos realidades que estoy viviendo, reflexiono y me digo que tendría yo que dedicarme a saber el por qué de tantas nogueras en tierras de tantas nieves y tendría, además, que buscar en la historia hasta descubrir quién y por qué plantó aquí, en lo más alto del puntal de rocas blancas, la noguera que casi roza el infinito junto al nacimiento del río de aguas claras y que para mí será ya siempre la solitaria pero bella y cargada de símbolos, noguera de la era junto a la aldea de los pastores y por donde tengo desparramado, según la materia, lo mejor de aquellos años de mi vida y recogido en Ti, según mi fe en la eternidad, las emociones más limpias y tiernas que a lo largo de mis días ha sentido mi corazón.

* **DESDE MI RINCÓN** pequeño junto al arroyuelo limpio que no para de correr y me lleva, entre sus aguas, al centro del sueño mío, hoy y en estos segundos redondos y somnolientos que me dan aliento para seguir, siento y me digo que a lo largo de la vida y las horas y los minutos, me encuentro y penetro y vivo momentos que son rotundos por el color y el calor con que envuelven al corazón y la calidad de su sabor y la redondez de su materia y la plenitud de su esencia que más se le siente núcleo y alma de todo cuanto es la vida y este cuerpo mío y el escenario por donde me muevo.

Y de entre todos estos instantes redondos, por la calidad de su paz y gozo, tengo uno que arranca justo en el pequeño collado de las piedras que fueron colmenar y ahora ya se esturrean por la tierra y ahí, donde la senda que baja del cortijo, se divide en las cuatro direcciones, el corazón y el recuerdo y el calor que sostiene a la vida, se

me viene por la borrosa parte de la senda de la derecha y llega a donde brota el agua entre los juncos del comienzo del arroyo y a la derecha, queda la ruinas del otro colmenar coronado por el pino de la piñas buenas y el collado del pasto blanco.

Y la senda sigue bajando por el barranco que sólo es arroyo cuando llueve mucho y por ella camino con la niña hermana cogida de la mano sin dejar de pasar por la sombra de la encina vieja donde aquel día de calor, en pleno verano, estuvimos en el gozo de la compañía del pastor joven y jugando al juego de las rayas en la tierra y las chinas blancas y los cuadros trazados con los dedos que formaban el dibujo del juego que nosotros llamábamos carro y por lo hondo corre el río y cuando esta mañana ya vamos por donde se junta el arroyo con el cauce mayor, en la arena dorada y las rocas blancas de la curva cerrada, ella y su perro, que también juega y trota delante, me aprieta la mano y me pregunta:
- ¿Tú ves el río que baja tan repleto de olas limpias de aguas que tienen color de cielo?

Y le digo que lo estoy viendo mientras estamos bajando y también estoy viendo los cortijos de la ladera de enfrente donde, alguna vez que otra, madre acude, con las hermanas del cortijo vecino, a cocer el pan y las tortas de manteca y las galletas de huevo y las magdalenas y todo lo que ella y yo sabemos y le digo que veo también, según vamos bajando, el valle a la derecha y barranco arriba hacia la llanura de la tiná grande, la curva y los juncos del cauce y el lugar donde brota la fuente del fresno verde donde aquella tarde se bañó en compañía de la madre y tantas ranas cantaban y tanto ella jugó corriendo por la pradera de la grama espesa y un poco

más abajo y, donde los puntales se estrechan y entre ellos se encajona el río grande, estoy viendo el otro o quizá el, por excelencia, charco grande de las piedras al lado derecho y el fresno que lo arropa y la espesura negra del agua en la profundidad de la poza y la arena por donde rebosa y por ahí y, en todos los rincones y en todas las sombras y en todas las piedras que son como asientos y en todas las corrientes que juegan con las chinas pulidas, la estoy viendo a ella en todas las formas y con todas las bellezas de la tierra y el cielo y, además, en su alma, en sus mejillas y en su cuerpo y en sus manos.

Y le digo que donde se remansa el charco gigante que tiene el fresno curvado y las piedras gordas que sirven de trampolín y de asientos y de miradores y de escondites cuando juega, también estoy viendo la encina vieja y sus bellotas gordas y las ovejas peleándose por comérselas y a su perro blanco y negro, también buscando bellotas y, por entre las ramas espesas, siento y veo y gozo y tengo a los arrendajos con sus chillidos y a los rabilargos que llamamos “mohínos” y a las urracas y a los alcaudones y a las currucas y a los abejarucos y a las palomas también comiendo bellotas y llenando el charco de presencias alegres y por debajo de la sombra de la corpulenta encina, sigo viendo la senda subir y meterse por entre las piedras y curvarse y agarrarse a los cantos pulidos y por el agua y al fin salir y seguir subiendo en busca del cortijo donde se cuecen las galletas de huevo y a la fuente de la pradera de la grama por donde cantan los grillos y las ranas.

Y como seguimos bajando por el arroyo que se une al río y la llevo de mi mano y la quiero y soy feliz con trozo

de cielo tan bello y siento el día y el momento redondo y pleno, le respondo:
- Estoy viendo el río por el que me preguntas y ya ves de qué modo lo veo pero ahora que caigo ¿es que tú tienes por aquí algún secreto?
- Secreto ninguno, es lo que, como tú dices, siempre que vengo por aquí, veo.
- ¿Y qué ves?
- Cuando todavía vengo algo lejos, un río que parece un mar de tan grande y caudaloso y bello y cuando ya he terminado de bajar y estoy pisando la arena que se extiende por donde el vado se ensancha, me encuentro con una corriente tan suave, tan dulce y tan clara y azul de cielo, que lo mismo que ahora, ya verás, con sólo dar un paso sereno, estamos en el otro lado y sin mojarnos y sin hacer ningún esfuerzo y por eso quería yo preguntarte ¿es que son dos ríos los que por aquí corren o es que veo uno con mis ojos y el otro lo llevo dentro?

Y ante la pregunta tan clara y tan compleja y tan redonda y tan llena de misterio, de la hermana pequeña de esta alma mía, yo me quedo un poco parado en el tiempo y al rato le respondo diciendo:
- Pues como no lo entiendo bien, cuando ahora terminemos de bajar la cuesta que se tiende por entre las zarzas tupidas y ya estemos pisando las arenas que se recogen pegado a la corriente que dices, me lo explicas con un ejemplo.
- Te lo voy a explicar en cuanto lleguemos y, además, te voy a decir que allí, en el charco grande del fresno, tengo una roca gris y alargada que me gusta mucho y con la que siempre sueño y donde me veo subida en forma de un pedestal que llega al cielo y desde lo alto hablando, no sé a quién pero hablando y diciendo algo así como que

esto que por aquí pasa, no es el tiempo ni aquella ladera del monte oscuro, es tierra ni lo del río, es corriente de agua ni lo de este arroyo ni lo de aquel cerro, son piedras o hierba verde, sino que todo es como un misterio que se parece a la niebla de los días del invierno o a esas cortinas que son vapor y se deshace en el tiempo cuando volamos por los campos en las noches, entre el sueño.

Y al oír a la hermana pequeña anunciar esta realidad suya que tanto se parece a juego, guardo silencio y sigo bajando con ella de la mano esperando el momento de encontrarme junto a la corriente de las aguas limpias, tan arropadas de misterio, para ver cómo es y qué color tiene, lo que me viene diciendo y mientras tanto que nos acercamos y la llevo conmigo y sonrío y soy feliz y tiemblo, ya me vengo diciendo lo que te decía y me decía antes: que hay días, horas y momentos que son redondos por tanta luz propia en su centro y por tanta plenitud y en medio de lo cotidiano, que más se le siente núcleo y corazón de todo cuanto es la vida y este cuerpo mío y el escenario por donde respiro y me muevo y también siento, que a veces, hay pasos y palabras y eventos, que parecen no dejar huellas sobre la tierra porque se deshacen en el mismo instante y como el viento pero no sé cómo o quién o en qué lugar, como ella decía, se quedan puros y eternos.

* **SALGO CON EL PADRE** y cogemos por el camino que va por el lado de arriba de la aldea y, al comenzar los terrenos llanos de las praderas de la grama, junto al borde mismo de las primeras casas y aprovechando el agua de la fuente, nos tropezamos con la máquina que, para cortar los troncos de los pinos, acaban de montar y como la tienen en marcha desde

primera hora del día y funciona con horno que quema las ramas y los troncos que no sirven, el valle está cubierto del humo que de ahí sale y el aire huele a resina y por la tierra se esparce las cenizas y el hollín y los arañazos de los troncos arrastrados y las conchas de los pinos viejos y las astillas y luego, las pilas de madera ya cortada en espera de ser sacadas en el momento oportuno y los mulos y los burros y el murmullo y la algarabía.

Y como el padre va a lo suyo y yo lo sigo, atravesamos el vado del río y subimos la cuesta y apartamos el monte y cuando ya el sol alumbra desde lo más alto, llegamos a los piazos de la cumbre y él se pone a labrar la tierra y como es la primera vez que piso las alturas de estos montes y todavía no sirvo nada más que para acompañar y mantenerme en mis juegos mientras los padres trabajan y para recorrer los lugares y descubrir los misterios porque la necesidad me obliga, mientras el padre riega y escarda y traza los surcos y suda y acaricia con las manos y con los ojos la cosecha que crece y llena la tierra, me voy por lo desconocido y siguiendo el surco recto que va por el borde del voladero y pasando por el fondo de la reguera para no romper los caballones y que luego se salga el agua, según he aprendido de las lecciones del padre, primero me asomo a la profundidad que el cañón del río tiene por la derecha y me lleno de asombro y miedo por la caída tan tremenda del corte del voladero y el barranco profundo y las curvas que traza y la altura de las cumbres y las laderas de las rocas y los bosques espesos y la lejanía y la niebla y la luz descolorida que los rayos del sol derraman sobre el día.

Y cuando compruebo que por este lado no hay senda que baje al barranco ni tierras llanas que puedan

andarse ni espacios accesibles porque todo es pura caída en vertical de rocas vivas, me vengo para donde sale el sol, siguiendo el borde del acantilado y me tropiezo con el monte espeso que no me deja andar y luego con el corte de las rocas y el lado más profundo del barranco y a la derecha, que es por donde el padre labra la tierra, la gran curva del barranco por donde corre el río y las rocas descarnadas y las montañas elevadas mucho más que por el otro lado y el viento frío que sube desde lo hondo y el ruido de las cascadas y la lejanía semi borrosa de la profundidad, vista desde lo más elevado y al borde mismo del tremendo corte de las rocas.

Y con mis ojos perdidos por paisajes tan misteriosos y bellos y asombrosos y lejanos y fríos y cálidos y profundos y elevados, tanto se me espanta el alma y se me llena de temblor el corazón y la mente tierna de mi yo pequeño, de lo desconocido y la grandiosidad y las sombras de lo que me rodea y a mis pies tengo, que aunque el padre me llama y me busca y recorre la tierra mirando a ver si me encuentra, ni me doy cuenta ni lo oigo ni siento que pase el tiempo ni que esté sobre la materia que Tú has puesto en esta tierra y esta sierra mía ni que tenga vida entre los humanos ni que sea cuerpo y, de esta realidad que se alza frente a mis ojos y que tanto me sobrepasa, ni siquiera soy consciente en la medida que pueda unir aquella y esta y contraponer o comparar, una dimensión y otra.

Y por eso hoy, desde el amanecer sencillo y la lejanía en el tiempo, que no en el espíritu ni en el sentimiento, me digo que aquello fue como una demostración, por tu parte, de tu poder y tu gloria y mi libertad de pequeño humano que lleva dentro la semilla de

la eternidad y del infinito donde todo se condensa y se concentra y existe y es bello porque se forma y tiene cuerpo, en Ti mismo, que eres lo único y lo concreto.

* **ME VOY POR LA SENDA** que sube coronando la fuente de los álamos y entes de llegar al collado que se estrecha y al volcar, se abre la llanura del pasto crujiente y las tardes lejanas trabadas en las sombras y los silencios de las mil encinas, me vengo para el lado izquierdo que es por donde la ladera se inclina y la tierra se desmorona desde los pies de las rocas grandes y aunque la senda sigue yéndose en la dirección del collado que concentra los latidos del corazón y está reconstruido con la sustancia del que por siempre será el libro de los libros y el árbol de la fruta que da vida, un trozo se viene por la ladera de las encinas retorcidas y siguiéndola, avanzo agarrándome a ella y a los trancos de la tierra descarnada y a los surcos tallados en la pura roca por la caricia del agua que brota del manantial.

Y cruzo el surco mayor y al irme para la cueva donde el venero de aguas limpias tiene su nacimiento, sobre la tierra roja de la parte de la ladera en que las encinas clavan sus raíces, me encuentro las pisadas y las cagarrutas y las camas y el polvo ocre de la ladera descarnada por las ovejas que se recogen y sestean bajo la sombra espesa de las viejas encinas y aunque quiero quedarme porque soy y me siento parte del cuadro y del perfume y del color y hasta de las piedras que ruedan, sigo y cien metros más arriba me cruzo con las arroyuelos o regajos blancos que descuelgan desde el pie de las grandes rocas y las misma boca de la cueva por donde sale a la luz el río de agua del manantial de la ladera.

Y como por aquí también quiero quedarme porque el líquido cristal de este manantial es mi alma derretida y que salta por la pendiente llenando de esencia la tierra por la que pasa y la luz del día que le da de frente y el viento que la acaricia y el temblor de las flores que le acompañan y la sombra de los enebros y la densa oscuridad del barranco y los remansos serenos de las cerradas en el río grande, no me quedo sino que sigo al tiempo que me quedo y con la soledad y la quietud de la ladera, me escapo y me transciendo frente a Ti o entre tus manos que me sostienen y me besan y en cuanto vuelco el puntalillo, ya veo las paredes del cortijo y el chorro de humo blanco saliendo por la chimenea y la sonrisa de la niña hermana que corre y me da su mano y me pregunta que de dónde vengo y la caricia amada de la madre buena y el color y el calor de la lumbre y el olor de las migas de panizo que se doran sobre las ascuas y siento y veo y palpo, el crujir de los torreznos en el fondo de la negras sartén y veo a la abuela y veo al padre sentados en sus sillas de patas cortas y frente al fuego y en el rincón de la cocina y la madre que al verme entrar, que se me acerca y me dice:
- Las migas ya están hechas y como todavía gritan de calientes y ya has llegado, siéntate en la silla y comemos que en cuanto terminemos tenemos que ponernos en camino por la senda que baja cortando la ladera porque vamos a ir al cortijo de la hermana vecina, amiga y compañera, a llevarle lo que nos prestó y de paso, a estar un rato con ella.

Y como tengo hambre y a las migas se les ven tan apetitosas y huelen tan bien y desprende un vapor tan espeso y dulce y la sartén ya está en el centro del corro que rodea las llamas de la lumbre, me siento junto a la

niña de labios de musgo verde y que salta de contenta y mientras nos comemos las migas ricas que las manos cariñosas de la madre santa ha dorado en la lumbre, charlo con ella y miro por la abertura de la puerta que se orienta en la misma dirección en que la ladera desciende y veo el cortijo allá a lo lejos y la bruma del día que medio lo arropa y el color ceniza y oro del cielo que un poco lo cubre y otro poco lo acaricia por detrás y aquello y el cortijo con los padres y la niña y la ladera y la fuente y las ovejas y la luz tan velada que hoy tiene el día y la tarde desde este arroyuelo mío, que ya va cayendo y entra por la puerta del otoño, me parece y me suena y lo huelo y me duele y lo siento tan dulce y tan raro y tan doloroso al tiempo que tan bello y tierno, que otra vez más y entre un millón, quisiera pararme y detener el tiempo para no vivir más ni ir a ningún otro sitio ni tener ningún otro sueño ni anhelo porque siento y estoy viendo que en este rincón pequeño, tengo el universo entero y cuanto sacia y colma a este mi pobre pecho.

* **DESDE LA CIUDAD** vienen los amigos que no son de aquí, con su coche de lujo, y como saben que llevo dentro los montes a los que pertenezco y me rodean y como también adivinan, esa pequeña y misteriosa realidad que me corre por la sangre y que es vieja y muy distinta y nueva, me dicen:

- Vente y nos lo enseñas.

Al principio no me animo mucho porque sé que ellos quieren ver toda la sierra, todas las cosas de la sierra y todos los animales que en ella viven, sin dar un paso o en todo caso, apearse sólo para asomarse a los miradores y comer en los hoteles o meter los pies en el agua de los charcos de los ríos y arroyos que no cojan lejos y como a mí lo que me gusta es andar y subir al monte más

elevado y sentarme, todo el rato que sea necesario, frente a los paisajes de árboles o barrancos y el silencio y quedarme ahí, como desde tanto tiempo, a la espera, no me agrada la idea de irme con ellos pero lo pienso y acordándome de la vez primera que vine a los rincones que ahora conozco y que también quería gozar, conocer y amar todo en un sólo día, me digo que los acompaño.

Y me voy con ellos, en su coche de lujo, y cuando llegamos al cerro verde donde no van muchos pero sí por una pista, pueden entrar los coches, nos paramos porque el punto es un buen sitio para gozar de las vistas del río por lo hondo y los bosques y las llanuras, que son únicas, y las riveras.
- ¿Y las paredes de las ruinas en esa pradera?
Me preguntan.
Y como ya están escarbando en lo que amo y me duele, intento decirles que ahí estuvo el cortijo que nunca nadie ha visto bajo el sol pero que fue como el mejor y más bello palacio y la más grandiosa primavera, hasta el día que lo hundieron, frente a nosotros que llorábamos y algo después, nos pusimos a sacar las vigas de madera porque las necesitábamos y fue lo único que pedimos salvar y también intento decirles que aquel momento y, entre los escombros de las piedras y la cal de las paredes y los trozos de teja y las maderas rotas, fue como un paréntesis en el tiempo y un trozo de vida que dividía la existencia, sobre este suelo y en mi corazón y en los míos, en lo de antes y en lo después y lo que todavía venga.
- ¿Pero tú sacaste las vigas?
- Les ayudé a ellos a sacarlas y lo que recuerdo, con la fuerza de la misma vida que ahora respiro, son sus manos

allí agarradas y mis pies buscando apoyo para no caerme mientras lloro y tiro de las maderas.
- ¿Como si todavía por ahí estuvieras?

Y nos apeamos del coche y como les indico que para gozar mejor el espectáculo tenemos que bajar un trozo, nos vamos por la ladera y buscamos el rellano de las rocas que parecen un balcón y desde donde se ve hasta la bruma blanca del infinito y les digo que cuando se va por estas sierras, además de lo que es fino y no tiene nombre porque es un rasgo del espíritu, siempre hay que llevar la intención de no destacar ni en la vestimenta y el alma en vilo para que, como a la tierra el agua por los manantiales, les salga el respeto y el cariño y el asombro y hasta el miedo por lo que en la tierra duerme y es la sombra de los robles y el verde gris de las laderas profundas y el abismo de los barrancos y el espejo del sol sobre las rocas calizas de las crestas de las cumbres y como la mañana es de las más bellas y la primavera ya está avanzada, todo parece un ensueño de tan nuevo, tan fresco, tan lleno de color, silencios y lejanías y llegamos al balcón casi sin esfuerzo porque es delicioso andar por unos paisajes hermosos desde donde, cada vez más, vamos descubriendo otros aspectos del barranco y del bosque y del río que por lo hondo nos besa.

- ¿Y lo de ese ladera que más es llanura durmiéndose en el arroyo, según nos has dicho tantas veces?
- Es por donde aquella tarde subía.
- ¿Y lo que viste?
- A mi derecha, el monte espeso que me sobrepasa y verde y desciendo por la tierra hasta cubrir el arroyo que nunca lleva corriente y al frente, el puntal de las encinas

que a todas horas tiemblan al viento y luego a mi izquierda, la pradera tupida de hierba color esmeralda y espesa y alta y salpicada de flores azules y blancas y amarillas y rojas y por entre ellas, a los pájaros saltando en bandadas bulliciosas y llenando la amiga tierra y persiguiendo a los saltamontes y a los grillos y a las ranas de los charcos que se estancan entre las adelfas y luego el viento que mueve a las flores y las ramas de los fresnos y más pájaros y más silencio y más llanura llena de vida y de luz y de juego y de trinos dulces y de música sin concierto y ya más al frente, la otra ladera espesa con las sombras de los robles y la senda por ahí subiendo y las piedras y por ella, yo caminando y mientras doy los pasos inciertos que no se apoyan sobre el suelo sino en el mismo fluir que sale del alma y se hacen viento inmaculado, voy mirando y me quedo y vuelo con los arrendajos y me aplasto por donde el agua del arroyo se desliza y me hago sueño y ya no soy ni flor ni tierra ni nube ni carne mortal ni aliento sino, con Dios que me está mirando y me acompaña en el camino, beso de eternidad y trozo de mariposa azul que recorre el espacio que ocupa el barranco y es aquello y esto y es inmortalidad que todavía late y transmite miedo y me dice que aún queda.

- Entonces ¿este es el punto?
Pregunta uno de ellos.
- Puede ser un punto pero yo haría una cosa.
- ¿Qué es?
- Pararnos un rato y contemplar y gozar a fondo el espectáculo y luego seguir andando con el alma abierta.
- ¿Contemplar?

- Si uno se queda quieto y observa y mira y medita y gusta las cosas en el misterio interno que todas las cosas tienen, los paisajes mejoran y más, desde el silencio y el equilibrio exacto que también las cosas y el alma tienen y ellas enseñan y uno aprende cien veces más que si persigue o grita o pasa por aquí corriendo con las prisas de los que nunca llegan.
- ¿Hasta dónde hemos de seguir?
- Conozco la senda que baja al río y como sé por dónde va, será una experiencia que no olvidaréis nunca y como ya decíamos, uno y su espíritu se realiza cuando se es amor con el paisaje y por eso, ni una brizna de las que ahora mismo vemos o tocamos, puede ser comprado con el dinero que sabemos y aunque lo estamos recibiendo gratis, su valor es inmenso y queda.
- Pues tú eres el guía pero ten en cuenta que nosotros ni conocemos ni sabemos y, además, somos de fuera.

Y como me doy cuanta que tienen buena disposición, no hablamos más y seguimos bajando y llegamos al río, nos vinimos por el lado izquierdo siguiendo la estrecha senda que por ahí va, llegamos hasta la cascada grande y en este sitio y frente a ella, nos quedamos un buen rato sentados y me dicen que lo estaban pasando mejor que nunca porque les engancha mucho y sigo animado porque de verdad noto que son felices y reemprendemos la ruta y ahora dejamos el río, nos venimos a la izquierda rodeando el cerrillo y bajamos hasta el arroyo por donde crecen los fresnos grandes y aquí giramos para la izquierda subiendo por el arroyo y cuando llegamos al final, donde están los paredones de las rocas y más arriba un espeso bosque de encinas, otra vez nos venimos para la izquierda.

- ¿Y lo que nos dijiste del rincón donde te quitaron la libertad por primera vez en tu vida?
- Es ahí mismo y no fue la primera vez pero sí la más dolorosa y aquello resultó como un amargo sueño roto donde, por la vía del amor, me obligaron a dejar lo que amaba y aunque me dieron otro lugar bajo el sol, me sentí tan triste por la forma del desamparo y el desprecio y la imposición tan meditada, que hasta me odié a mí mismo y deseé no seguir respirando el aire que respiraba por lo amargo que sabía en el paladar de mi espíritu.
- ¿Pero no estabas agarrado a Dios?
- Lo estuve, lo estaba y lo estoy y gracias a ese eslabón de la cadena que me une y no se rompe, ando ahora por aquí pero aquello ¡qué desolación tan tremenda por la pérdida de la mitad de mi alma y el destierro a lo que tanto amarga y quema!

Y cuando ya casi cae la tarde, remontamos la cuestecilla y subimos el pequeño collado y frente a nosotros nos encontramos el coche y ya hemos terminado la ruta trazando una circunferencia desde el coche hasta el coche y la senda.
- Casi cinco horas andando y ni siquiera nos hemos dado cuenta.
- Ha sido emocionante.
Y como los sigo viendo tan contentos y tan llenos de placer aunque el esfuerzo ha sido grande, les propongo gozar la última maravilla y por eso nos vamos hacia la derecha y coronamos el cerrillo y ahí está el bosque de las encinas gigantes y alargadas, con casi veinte metros de alto cada una y majestuosas y bellas.
- ¡Qué asombro!
- Decías bien cuando decías que la naturaleza es obra de arte inmensa.

Y caigo ahora en la cuenta, en la tarde de plata y oro y el río de cristal atravesando la tierra llana de las huertas en la misma puerta de la casa y la madre detrás de las ovejas por la hierba que se recoge al otro lado de los álamos y acariciando a los animales para el calor de la tinada porque es la hora de las tinieblas y por ahí se mueve el hermano de la alegría siempre en los labios y los perros negros y blancos que van y vienen y obedecen y caminan lentos y resignados y algo más arriba, la tinada también bañada por los rayos del sol que se pone y dentro, la niña con su mono azul y barriendo las cagarrutas y preparando el pienso y amamantando a los corderos mellizos para que la madre no los aborrezca y la otra hermana vecina que también cruza la pradera y se lleva la punta de las preñadas y cerca sigue corriendo el río y las nogueras tiemblan al viento ya con sus nueces casi secas y las casas muy fundidas con las rocas de la losa y el padre que por la cumbre da voces y saluda y dice que no va a tardar en bajar y el vecino viejo que, al ser preguntado por el que de fuera llega, dice:
- Ahora mismo, todos los que hay, son pocos para atender a las ovejas.

Pero ellos, los otros y en este lado del tiempo, que también han llegado de fueran, como no saben ni comprenden ni la mitad del latido ni el tesoro que guarda y esconde la tierra, que aunque es y será sagrada, sigue muda y silencio y, como yo, espera, vuelven a su coche de lujo, lo ponen en marcha y regresan.

Final del verano

Comienzo del otoño

"No era la alegría de ver florecer los árboles, sino la tristeza de ver como se iban deshojando poco a poco pero por otro lado teníamos la compensación de que ¡venga recoger frutos de los que ya estaban maduros! y hacer conservas y preparar leña e irse fortaleciendo para el invierno porque algunas veces caían unos nevazos que teníamos que estar encerrados muchos días sin salir y los animales igual. En las casas había que tener de todo guardado. Entonces es cuando se recogía de todo lo que se había sembrado.

Mi madre se dedicaba a las conservas y a engordar los cerdos para luego, cuando entrara el invierno, hacer las matanzas. Se seleccionaba las simientes mejores para las siembras de otros años. Cuando se partía un melón, las mejores pipitas, mi madre era la encargada de guardarlas siempre. Las simientes de las mejores frutas que iban saliendo, se conservaban en talegas de tela para el año próximo...

Otra cosa muy importante es que en el otoño se sembraba todos los cereales: el trigo, la cebada, el centeno y la escaña que iban creciendo a lo largo del invierno y al llegar la primavera y se recogía, segando a brazo que era como se recogían las cosechas en mi tierra y trillando en las eras y aventándolos con una pala y horca, al aire. El aire era lo que limpiaba los cereales de la paja. ¿El otoño? Hoy melancolía y recuerdos pero como el respiro vital en el mismo dintel de la puerta que da acceso al sueño hermoso que llevo en mi corazón".

* **EN ESTA FRÍA MAÑANA** de otoño recién llegado con su chapoteo de lluvia fina mojando el campo, mi arroyuelo limpio, sigue saltando y corre sin parar y rozando, a ratos, la piel de mis manos y mi cuerpo y como estoy triste y lloro, Tú sabrás por qué, lo miro y siento envidia porque él sí se queda aquí y nadie puede ni llevárselo ni arrancarlo de este barranco pero yo, bien lo sabe esta agua limpia y los árboles y Tú y el viento, que aunque soy de aquí tanto o más que el arroyo y la luz de su cristal, estoy en el rincón como escondido y hasta perseguido y viviendo de favor y eso también lo sabes y por ello me siento sin casa y sin sierra y sin lugar bajo el sol y sin autorización para vivir o andar o respirar o sentir o hablar y esto lo sé y ellos lo saben y se comportan como el que hace un favor y por unas horas más me conceden que siga en mi rincón pero sin dejar de advertirme que es un favor que me hacen y que me lo pueden retirar en cualquier momento para que así, al mismo tiempo que medio me dejan vivir, sienta en mis carnes el dolor de la inseguridad y de al que nada le pertenece ni es nada porque vive del favor que otros le conceden.

Y por esto me corre la angustia por el corazón y cuando me duermo, sueño que me destierran como al más insignificante de los miserables y me traga el abismo y me persiguen para robarme y me desprecian y me gritan que soy un furtivo y que tengo vida gracia a lo que he cogido sin pertenecerme y sin permiso y me repiten que ya ha llegado la hora en que por fin y, para bien de la tierra y la vida, consiguen echarme del lugar para que quede limpio y deje de verse mi presencia en el horizonte y en los paisajes y en la luz de la tarde y en el barranco y el silencio y la fuente del agua y que ahora, en cuanto me vaya, esto será el paraíso porque lo único que estorba

aquí soy yo y esto duele, Dios mío, con el dolor del desprecio y la humillación y tanto me noto miseria que por eso te decía que siento envidia de este arroyo mío que tan limpio corre y tan en su sitio está y ahí queda y seguirá corriendo cuando a mí terminen de echarme y por esto también ahora mismo quisiera ser él y más todavía, por lo que siento en mi corazón, que es la miseria y la escoria y la materia corrompida que soy y, sin embargo, mi arroyuelo limpio, fíjate Tú qué delicia de transparencia y qué belleza y qué paz y qué dulzura.

Y por toda esta tragedia que vivo, quería decirte y te digo que si Tú pudieras meterte en el corazón de los que me persiguen y tocarlos con tu gracia y bondad para que sus sentimientos se ablanden y sus ojos se llenen de luz y su alma, de ternura y de amor y que a partir de ahora, actúen de otro modo y con otros sentimientos de respeto a los pequeñuelos y de cariño y de ayuda y de comprensión, fíjate Tú qué bueno sería para ellos y para mí y quizá para el espacio que tanto amo y para el rincón que es el único puñado de tierra que tengo bajo el sol.

Y con este dolor y este sentir que es como la despedida, me he ido por la senda y siguiendo la carretera que trazaron y me lleva a lo más profundo de la sierra, o por lo menos por toda esa zona del valle grande, pasando el mirador del puerto, sigo un poco y antes de llegar a la fuente del chorrillo, a la derecha, sobre la ladera del pico, me encuentro con la cueva y si vengo en coche, como hoy hacen casi todos los que por aquí pasan, tengo que estar muy atento para descubrirla en el justo momento.

Y hoy vengo por aquí a resolver un pequeño enigma y parece que ya lo tengo casi aclarado porque hacía tiempo que lo estaba intuyendo y quería averiguarlo, porque siempre que pasaba por el lugar, aunque me seguía llamando la atención, nunca me detenía porque tenía que pararme y estar un buen rato explorando la zona que es lo que he hecho esta tarde.

Y la verdad es que ni siquiera sé cómo se llama o cómo la llaman y aunque le he puesto un nombre, es sólo para entenderme y porque además de una higuera también en la cueva existe una virgen, aunque tampoco sea exactamente eso, sino muchas estampas y vírgenes que han ido dejando ahí, los de por aquí y muchas porque ya hay tantas que casi están todos los santos pero cuando conocí por primera vez esta cueva, era una sola virgen la que aquí había y por eso ahora la llamo la cueva de la virgen.

Atravieso la carretera y por entre el monte me vengo a media ladera buscando lo que desde hace algunos años me tiene preocupado y lo primero que me encuentro, a parte de una pronunciada pendiente tupida de romero, enebros y zarzas, es un magnífico pino del grupo de los halepensis que con el peso de la nieve, este invierno pasado, se dobló y con su gran cepellón de raíces se ha quedado tumbado desde arriba abajo, con la copa casi en la misma cueva y es un ejemplar de ensueño y lo que no me explico es como siendo tan fuerte ha caído y, además, en su porrazo se ha llevado por delante a otros dos que han quedado tumbados a un lado y otro como escoltándolo.

Rodeo la peana y salto las zarzas y por entre la espesura que se cobija en la pequeña depresión en forma de hoya en el terreno, me meto y vengo buscando el agua del manantial o arroyuelo de donde llevan el hilo que por el techo de la cueva cae atravesándola por completo y ahí, en la espesura del barranco, por debajo de la pared de rocas húmedas, he visto el chorrillo que brota.

Que sucede que no siempre ha tenido agua esta cueva porque cuando la conocí, hace ocho o diez años, estaba totalmente seca y sólo era una pequeña gruta natural formada por la abundancia del agua que en otros tiempos debió caer por ahí y ya tenía una mesa de piedra en el mismo centro puesta por las manos de los humanos y la higuera que sí crecía por la parte de arriba arropando un buen pedazo de la oquedad y muchos helechos y culantrillo o cabellos de venus y dentro de la oquedad, a la derecha, había y hay como una hornacina, una repisa donde de una forma natural, parecía como si aquello fuera el lugar que debía ocupar una imagen religiosa y esto fue lo que hizo, no sé quién, y de verdad que al principio el rincón era bonito.

Luego, otro, al pasar por aquí, dejó unas monedas, después algún niño, dejó una estampa y otro encendió una vela y unos años más tarde, tampoco sé quién, puso una reja con un candado y las imágenes de la virgen se quedaron dentro con las estampas y los dineros y sobre la piedra siguieron encendiendo velas y hoy he visto por lo menos veinte y muchas monedas y cupones de ciegos y el alfiler del pelo de alguna muchacha y cera y negrura de humo por la roca y tengo que decir que me duele que este

rincón ya no sea tan bonito por lo descuidado y la cantidad de basura que van dejan.

Y que como se encuentra junto a la carretera, algunos se paran y con esto de que está aquí la virgen parece que tienen que dejar algo, aunque sea una inutilidad que más que para otra cosa para lo que sirve es para destruir y romper la belleza natural de la hermosa covacha que fue formando por tu propia mano y, sin embargo, es verdad que aquí se siente tu presencia y gozo y no en la cueva, sino en la pequeña depresión llena de bosque donde brota el manantial y junto a los tres pinos, la noguera, el rosal silvestre, las dos nogueras pequeñas, las encinas, los enebros, los juncos y los helechos, que de todo esto hay y en este rincón tan lleno de sombras y paz es donde siento bien la presencia de lo inmenso, de lo trascendente que en el fondo es la presencia del Creador del universo y está muy juntito a la gruta donde han dejado tantas estampas y velas.

Hoy he venido aquí por primera vez y en la cueva me he sentido mal pero no me ha pasado lo mismo donde brota el chorrillo que cae por lo alto de la gruta porque en este rincón no hay presencia humana sino silencio y viento limpio y por eso me siento bien y tanto que ya no tengo prisa y me voy a quedar hasta que oscurezca pensado en que tengo que volver más veces porque es este un lugar de esos muchos en los cueles me gustaría quedarme para siempre, para la eternidad: es decir, morir aquí y punto final.

Pero la cueva que fue al principio sólo un capricho tuyo, tallada con la lentitud de los siglos y el cincel del agua, está llena de imágenes y recuerdos dejados por los

que ahora vienen a ver la sierra y si al pasar por aquí quiero pararme, no tengo perdida y ahora me digo que hasta quien sabe si el rincón algún día se hace grande y famoso pero hoy es lo que es y de ello no sé decir otra cosa.

Y cuando la otra tarde estuve con mi amigo el pastor sentado a su lado y le hablé del lugar y del tema, me dijo:
- ¿Sabes tú cual es la historia de esta virgen?
Y como sé algunas cosas de estas sierras pero no todas las que debiera y en el fondo deseo, le pregunto:
- ¿Cuál es la historia?
- Todo arranca de cuando construían la carretera que por lo visto, alguien se encontró la imagen de la pequeña virgen por aquí y sin cabeza, que es como está, y así la dejaron y en esta cueva, sobre la pequeña repisa ¿Tú no sabías esto?
- No lo sabía pero hoy me alegro que me lo cuentes.
- ¿Crees que será verdad?
- Se parece mas bien a una pequeña leyenda de las muchas que la gente serrana guarda entre sus recuerdos, que a otra cosa pero quién sabe si de verdad es así como sucedió para que luego los hechos vayan desarrollándose tal como he ido viendo en estos años.

Y ahora, y mientras el sol va llenando de luz los campos, sentado al fresco de este barranco pequeño y tan repleto de monte, me recuesto sobre el viejo tronco de la negra encina y aunque sí quiero caminar por los vericuetos que mi pensamiento traza a través del misterioso universo de mi alma con su dolor, cierro mis ojos e intento apagar mi mente y deseo quedarme detenido entre la música que del agua mana y el viento

nuevo que juega con el bosque y deseo, ya de una vez, no tener que volver más a los senderos de la tierra con el peso de este cuerpo mío, sino hacerme nube y volar o quedarme sueño y dormir eterno, con el murmullo que del arroyo mana. Nuestra vida son las fuentes y los arroyos que van a los ríos.

* **EL ARROYO,** es como el trozo que mi cuerpo ocupa en el tiempo y sobre este suelo donde el punto cero-principio, que fue el nacer, hasta el punto cero-final, que será el morir, y el manantial, que es la fuente de donde nace, eres Tú dando la vida y luego el recorrido hasta que muere en el río y en el charco grande y ya del todo, en la dulce llanura del valle, el trayecto del camino que me has marcado para que recorra a lo largo de los días que me tienes asignados en mi estancia en este suelo.

Y el arroyo nace, como lo hice yo, de la fuente clara que concentra la vida en su estado más puro y con la mayor fuerza y verdad rotunda y luego comienza a descender por la tierra, igual que yo de niño, reventando de energía nueva y potencia y de juegos de mariposas y de sueños de princesas y salta por las rocas y las zarzas y se abre el surco en el polvo y el barro de la primera y pequeña llanura y hacia él confluyen los montes y las laderas y los otros arroyos menores y la tierra y las rocas y según avanza, se abre la cañada y se ensancha la cuenca y se configura el barranco y el arroyo se hace mayor y se llena de más agua y de más monte verde y de más plantas y de más perfume y de más serenidad y potestad y de más personalidad propia y de más grandeza y cuando ya cae por la pendiente de las cascadas del musgo, el arroyo es único y repleto de belleza con sus charcos redondos y sus hermanos

afluentes y sus manantiales escondidos y sus sombras y sus playas de arena y sus olas de plata y sus remansos donde anidan las libélulas y nadan las ranas y las truchas y las culebras y los galápagos y beben los ciervos y las monteses y los jabalíes y los gamos y los zorros y las manadas de cabras y los rebaños de ovejas y los arrendajos y las palomas y las ardillas y riega las tierras de las huertas y de los trigales y da agua a las canales de los cortijos y a las fuentes de las aldeas y a las encinas milenarias y a las zarzas y a los álamos y a los fresnos y a las escondidas y solitarios violetas.

Y el arroyo, que nace en el manantial camuflado entre las rocas y en una fuente pequeña en la llanura redonda y sobre la cumbre de esta sierra, se abre como en un abanico y somete a la tierra hacia su cauce y desde su silencio humilde y casi oculto y entre la música nueva de sus chorrillos saltando, se hace grande y majestuoso y modela su barranco y toma de sol la fuerza y de la inclinación de la montaña, el empuje para trazar su vereda y el arroyo se hace rey y dueño y verdad plena y sinceridad palpable con sello único sobre esta tierra y mientras corre, según pasa el tiempo, a Ti te alaba y te canta y te da grandeza y desde su sencillez menuda, se abre y ensancha y aplasta y se oculta y siendo un cauce casi sin importancia, encierra en sí toda belleza y es más perfecto, incluso, que mi vida entera.

Y por eso esta mañana, cuando bajo por la senda que viene del manantial de la llanura primera, lo miro y lo siento y lo palpo y con la ayuda de tu cariño y este alma mía pequeña, me digo que la vida que me has regalado, es como este arroyo y esta cañada y este camino y este viento y esta cuenca, que tiene un punto cero, que es

principio del latido uno, en su demostración pequeña, y un recorrido que es camino, en su desarrollo central, que es corazón y alma y que se abre al mundo y siembra y escarda y siega y en el punto donde muere, que es final, donde ya la vida se apaga y lo único que a partir de esa porción de tierra y momento, queda, es lo que hay contenido desde su nacimiento, punto cero, hasta la vega de la llanura en el valle donde ya se derrama en grandeza y se funde con el cauce de las aguas limpias y se duerme y se desmorona y se hace luz con las estrellas y ya no es arroyo, sino río que tiene otra fuerza propia y otro resplandor y otra belleza.

Pero el arroyo que me has regalado y nace en las más altas cumbres de esta sierra, hoy me atraviesa el espíritu y me sabe a primavera y mientras con él bajo caminando por la cañada primera, me vengo llenando de Ti, que me acompañas y me hablas y me besas desde el perfume de la mejorana y el rocío blanco de la hierba y el viento frío que llega del valle y las flores de la pradera y el azul que por el cielo vaga sobre la nube blanca que tiembla y te escucho en silencio y te digo que gracias porque me dejas pisar la senda y porque también me permites que goce del contacto con la tierra y de este sol que tanta luz reparte y tanto calor da y calienta y de esta música tan dulce que desde la corriente me llega y mientras tanto que camino, y ni sé a dónde este caminar me lleva, te pregunto como tantas veces, Dios mío, ¿es sueño esto que muero y la vida es aquella o es vida lo que vivo en sueño y mientras espero y muero, como el arroyo, voy hacia Ti, que eres ella?

CUANDO LLEGA EL OTOÑO, miro inquieto a las cumbres blancas y mientras por mi sangre me sigue

quemando el miedo del destierro que trae entre su sombra el que ahora llega de nuevo, me recreo en las figuras largas que trazan las sombras de los álamos que escoltan al río puro y sin querer compruebo que la luz es amarillenta como las hojas de los majuelos y se estiran soñolientas por entre las hebras del pasto húmedo del rocío tierno.

Pero cuando llega el otoño, como este que de nuevo aquí tengo conmigo, persiguiendo y comiéndose mi sueño, noto y veo como caen las lluvias y de los barrancos, al venir la mañana, brotan las nieblas cargadas de misterio y por el arroyuelo que tanto es trozo de la vida que dentro de mi tengo, tiemblan las ramas amarillas de los fresnos viejos y por el suelo se amontonan las hojas oro fundiéndose con las del año pasado que ya están negras y huelen a cieno.

Y ahora, en la mañana fría que tan solemne se me cuela por las venas que alimenta al corazón, tanto, Dios mío como los álamos, los arces, las higueras, los robles y los fresnos, tiemblo que lloro en mi rincón comido por el miedo mientras por los caminos del recuerdo, veo subir a la madre buena que viene de la fuente clara y en su mano, en su cadera y en su cabeza descubro uno, dos y tres cántaros de barro repletos de agua fresca y al pasar junto a ella, el viajero que ha llegado de fuera, la mira asombrado y exclama diciendo:
- ¿Cómo una mujer tan pequeña de cuerpo y con sólo dos manos puede transportar tres cántaros llenos de agua sosteniendo sobre la cabeza, tan firme, al tercero?

Y sigo mirando y veo que un poco más arriba la madre tiene su casa que fiel sigue siendo mi centro y

junto a la lumbre dorada, sentada la abuela que reza y espera mientras fuera y por los caminos, las alamedas, las cumbres de las rocas blancas y las huertas de tierra negra, sube el otoño viejo y nuevo atravesando el espacio por donde llega y se escapa el tiempo.

Y así es como ahora esta mañana tan recién nacida y tan fundida con el respirar de mi pecho, me quema de otoño, todo recuerdo mientras como los álamos, temblando espero que el del poder se me acerque y escrito me enseñe mi destierro y por esto lloro y me refugio en Ti, Dios mío, entre el zigzags de las hojas amarillas que se lleva para delante este otoño viejo.

* **¿CÓMO LE DIRÍA YO** lo que sucede? Porque aunque creo que le puede gustar, también intuyo que ya pasa de casi todo y sé que le ha dolido mucho o quizá lo que más le ha dolido porque adivina que por aquí llegó el mal a estos paisajes pero hoy ¿le puede servir de algo? Tendré que pensármelo despacio no sea que le venga a estropear la mañana.

Porque esta mañana es especial para ella y por esto, nosotros hemos bajado por el camino que entra desde arriba, donde hay un pequeño collado y comienzan sus rodar los tres arroyos y al llegar a la curva de las encinas, dejamos el camino y nos venimos por el arroyo grande que aquí es ya un sólo cauce con la reunión del agua de seis o siete arroyos de la parte alta y también comienza a configurarse el valle hermoso, por no decir el más hermoso de todos y recorriéndolo vamos y nos acercamos a la casa de la abuelita que está en la mitad del valle, donde hay otro pequeño collado y las laderas, los arroyos, las llanuras, las encinas y el bosque es un

punto y a parte con los demás escenarios de estas sierras.

Llegamos a la casa a media mañana y como nos están esperando, nada más saludarlos emprendemos la ruta y la abuelita nos pide que vayamos despacio porque ya son pocas sus fuerzas, realidad que sabemos bien y por eso una vez unos y otra vez otros, le vamos ofreciendo la mano, el hombro o las dos manos para que se apoye y salga adelante y pueda, por fin, llegar a la meta y lo que ella sueña y lo que hoy quiere, es subir a lo más alto de la cumbre y recordar, desde ahí, las vivencias que tan feliz la hicieron en otros tiempos porque es su último deseo, su último sueño y como nosotros comprendemos lo importante que para ella es, le ayudamos, la arropamos y la animamos en todo porque casi intuimos que también para nosotros va a ser la última oportunidad de hacerla feliz en esta tierra y como es tan poco cosa lo que pide, nos sentimos obligados, por amor, a complacerla.

Llegamos a la cumbre cuando ya el sol está en lo alto pero como hoy es un día de primavera dulce, suave y lleno de flores por doquier, no hace calor ninguno pero sí brilla el sol llenando de belleza los paisajes e impregnándolos de un tono especial y por eso hemos escogido este día y por eso hemos venido hasta aquí.
- Lo único que deseo ahora es sentarme en la cumbre y dejar que mis ojos se derramen por el valle y las laderas y los bosques porque quiero contemplar despacio mis paisajes por última vez.
Y sus paisajes hoy son tan hermosos que es un placer sentarse frente a ellos ya que sólo están manchados por las construcciones del montón de hoteles y campings que

en los últimos años han ido levantado por aquí y es precisamente esto lo que a ella le duela más porque a sus años, muchas cosas ya no las comprende ni las ve con nuestros ojos y porque el valle que en su alma tiene registrado desde los años de su niñez, es otro distinto al que ahora existe y es que este valle, según ella nos dice, fue la joya de las sierras cuando sólo se veían por aquí cuatro cortijillos casi perdidos entre las encinas y los pinos y los manantiales de las laderas.

- En aquellos días era mucho más bonito y, además, todo estaba lleno de paz, silencios y mil corrientes cristalinas que atravesaban el día y la noche entonando canciones estremecedoras y por esto les dije yo que no queríamos tantas carreteras por estos rincones.
- Es que venían muchos de fuera y tuvieron que hacer hoteles para acogerlos.
- Pero deberían haberlo organizado contando con los de la tierra y que se hubieran desarrollado negocios familiares, con los del lugar, que siempre llevamos el sello de la sencillez, de la autóctono, de lo humilde y sincero y tenían que haber frenado, un poco, lo de fuera y que no hubiera sido tan fácil ocupar lo que era nuestro y lanzarnos a la emigración arrancándonos de las raíces porque si nos hubieran dejado aquí, seguro que la realidad sería más auténtica y, tanto ellos como nosotros, hubiéramos podido vivir sin hacer el destrozo que han hecho para lo poco que han conseguido y resulta que ahora se encuentran con las bellezas rotas, con las raíces de cientos de personas destrozadas y con la creación de un mundo artificial que no satisface ni a los de fuera ni a los que traen a los que llegan con ellos y, mucho menos, a los que somos de la sierra.

- Quizá tengas razón porque estos días en los periódicos no se habla de otra cosa que la crisis hotelera dentro del valle y ahora, ya andan diciendo que no se construyan más porque los que existen no sacan ni para comer.
- Tal como lo han planteado, no podía tener otro fin.

Pero por encima de todo, la otra realidad cierta, está aquí y a pesar de lo roto que han dejado el valle, aún sigue siendo bonito y puede que dentro de unos años recobre su fisonomía de siempre y esto soñamos desde las cumbres mientras lo contemplamos dejando que a la abuelita se le llena el alma de los recuerdos dulces que por aquí tiene esparcidos y desde la cumbre, frente a él, también nosotros nos dejamos empapar de las sutiles esencias que de la llanura manan para así sentirnos más unidos a ella y al espectáculo tan especial, del momento eterno que late, pasa y se va y también se queda.

* **EL OTOÑO ES EL TROZO** del año que más me gusta por lo que representa de puerta hacia un nuevo curso donde la vida, de los humanos y de la naturaleza, comienza a organizarse para afrontar el año que empieza y por lo que tiene de perspectiva y de cuerpo real con las lluvias primeras y los fríos y las nieves y las heladas de las noches largas y los cauces bajando a tope y las mañanas de niebla y, después del recogido invierno, la primavera y luego el verano y la sementera de matices aterciopelados y ocres y las mil invisibles emociones que laten por la tierra y el corazón de las personas y por la luz sesgada y las nubes negras, es por lo que tanto me gusta la estación del otoño.

Y como estoy a dos pasos del umbral de la estimulante entrada de esta estación, cuando ahora me

levanto, siento en el alma un cosquilleo cargado de esperanza que me ilusiona y me llena de cariño por todo lo que está a punto de comenzar y así es que, con la llegada de este otoño y la luz gris muda y algo húmeda del día que avanza irrigando los bosques y las llanuras del valle amado que tengo ante mis ojos, se me viene al recuerdo o mejor, se me despierta y me corre por el alma, la imagen de la casa y su calor íntimo con el perfume de los padres y la reina de mi corazón que duerme entre los brazos de la madre mientras yo me recojo en el suave terciopelo de las cabeceras de lana junto al fuego de la chimenea que reparte su calor y parpadea al ritmo de la noche que avanza y sueño o duermo tan profundamente que ni siquiera despierto al llegar la luz del nuevo día sino cuando ya los padres trajinan con los animales y la niña se ha ido con la punta de cabras a los montes de la primera ladera para que coman, aprovechando el fresco del día que también se levanta.

Y por esto, cuando me despierto y luego me levanto, me veo solo en el cortijo y al salir a la puerta, ya me encuentro con el día algo alzado y el padre, con los vecinos hermanos que han venido para ayudar un poco, liados con la techumbre del trozo de cortijo que ha hundido el peso de la última nevada y al verlos tan encaramados en las paredes y asentando las vigas de madera encima para ponerlas en el techo donde las otras se han quebrado, me uno a ellos y también sujeto y empujo y hago fuerza y acarreo piedras y amaso barro y apuntalo los maderos para que encaje en su hueco y participo en sus comentarios y observo como el trozo de techumbre de la parte final del cortijo que aplastó el peso de la nieve de la última nevada, adquiere una nueva presencia de esqueletos de troncos atravesados que

comienzan a sujetar las tablas y éstas, el barro y el monte y luego las tejas y mientras tanto, el entusiasmo y la luz de la mañana y el sudor de los hermanos amigos hasta que llega la hora de pararnos porque la madre se acerca con la sartén de migas humeantes y nos anuncia que es el momento de comer y descansar un poco para reponer fuerzas.

Pero con tanto y lo que me gusta este bullicio amable entre las cosas cotidianas y sencillas de la pobre gente de este cortijo mío, tan lejos y tan distantes de las ciudades y de las civilizaciones de las masas y toda su parafernalia de angustias y prisas y proyectos y demás negocios de la tierra y la materia corrompible, como no veo a la niña y ya estoy pensando en ella, porque la quiero, pregunto a la madre:
- ¿Por dónde anda?
Y la madre que la quiere más que yo y desde su corazón callado, controla y ama y cuida y mima y da vida y fuerza, responde:
- Mírala por donde viene con sus cabras.

Y al mirar, la veo que baja por el puntal de los álamos largos al fondo de las rocas coloradas y clavados sobre la ladera y avanza guiando a su punta de cabras que trae del monte espeso que rodea al manantial y según se acerca, ya viene jugando y sonriendo y con su cara linda, color de rosa pura, llena de gozo y tan resplandeciente de belleza blanda, que dejo la lumbre y el corro de los amigos con el padre y la madre y las migas en la sartén humeantes y me voy a su encuentro, puntal arriba porque ya también mi corazón tiene ganas de besarla y de expresarle el agradecimiento del orgullo que siento de tenerla como hermana en estos campos

primorosos y el agradable perfume de la mañana con sus cinco cabras que dan leche calentita con sabor a monte silvestre entre la sonrisa de nieve y nácar de sus labios de miel y su inmaculada alma y al verme que me acerco, me saluda cariñosa y dice:
- Lo único que de ti quiero ahora es que me lleves acuestas sobre tus espaldas, no al cortijo para donde se van las cabras, que ya madre se encargará de recoger, sino hacia la curva del río y hasta el charco azul de las aguas claras donde me quiero quedar a jugar contigo hasta que termine la mañana.

Y como la hermana risueña, es tan mariposa celeste que vuela y no tiene alas y tanto acaricia y da gozo con sólo estar a su lado y mirarla y a pesar de ser tan recia en su ternura y en su gracia de muñeca de espuma, es tan delicada en su corazón y en sus sentimientos y en su habla, la cojo de la mano y le digo que:
- Sí, vamos con el río y sus aguas que cuando estemos por entre los juncos verdes que tienen tono de malva, te voy a contar un secreto que tengo latiendo en el alma y es mitad sueño mío y la otra mitad, ansia de Dios y de luz y de calma y de amor y de no sé qué escondido misterio que conmigo va y me sabe a primavera y a fuente, como tú, de agua clara.
- Pues vamos por los charcos del río y cuando estemos por allí, me hablas.

* **YA AVANZADA LA PRIMAVERA,** recogemos el rebaño de ovejas y por la hondonada del arroyo de las adelfas espesas, subimos buscando las tierras altas de la montaña que es donde se dan los finos pastos del verano y en las navas anchas, cuna de las primeras fuentes y

cuando el día comienza a llegar a su centro, al coronar la primera llanura del manantial caudaloso y que es el primer venero del arroyo, nos venimos a la izquierda y al pasar las derruidas paredes del viejo colmenar, nos encontramos con las nogueras del cortijo grande.

Y como en el cortijo grande tenemos a los amigos, nos acercamos a saludarlos y al vernos y verlos, el corazón de ellos y el nuestro, se llena de alegría por el encuentro y el sincero amor que nos profesamos.

- Pues os regalamos y, tenéis que llevaros, estas morcillas y estas pocas patatas y la cántara de aceite y los panes que acabamos de amasar porque ya sabemos que, en las soledades de la cumbre, todo el hato que se tenga es poco para soportar los largos días y las húmedas noches hasta que en el otoño volváis.

Nos dicen al tiempo que nos ofrecen los presentes del fruto de sus cosechas y del sudor de su frente pero le decimos que no lo cogemos porque también lo necesitan ellos y porque, ahora mismo, traemos pan y patatas y harina y aceite que transportamos en las aguaderas de la yegua que nos acompaña y antes de que se nos acabe, volveremos al cortijo del valle a por más para ir soportando y viviendo y trabajando en la soledad de la montaña hasta que regresemos, cuando por el otoño, las primeras nieves aparezcan.

Y seguimos guiando al rebaño de ovejas y cuando ya remontamos la llanura grande de lo más alto de la cumbre, también a la izquierda y por donde crece la encina vieja, buscamos la cueva que conocemos de tantas veces y desde tiempos tan lejanos y por entre las rocas de las paredes, colgamos las sartenes y en los agujeros naturales, metemos las patatas y el costal con la

harina de trigo y el aceite y los garbanzos y las mantas y las cabeceras para dormir por las noches y en poco tiempo, ya estamos instalados y con los animales pastando por las fértiles praderas verdes y la yegua suelta por la llanura y el agua de los manantiales, corriendo y el viento frío que sube del valle y la soledad y el azul del cielo limpio y el sonido de los cencerros y el balar de los borregos y los perros dando compañía y los amigos hermanos y el padre que es bueno para con todos y charla y acoge y perdona y une y llena de amor las horas de la soledad de la cumbre y los sueños y la espera.

Y los días pasan y como la primavera llena de hierba tierna hasta los más pequeños rincones de las alturas por entre las rocas y los majuelos y los escaramujos y los cambrones, las ovejas pastan y rumian y engordan y sestean bajo las encinas y se amontonan en las partes altas y a la luz de las estrellas y con luna llena, duermen tranquilas sobre la cama de piedras calizas y así hasta que a las tres semanas, al amanecer del día quinto, empeora el tiempo y como ya nuestros alimentos escasean, preparamos la yegua y el amigo vecino desciende por la senda de la cañada en dirección del valle en busca de más provisiones.
- Volveré en dos días y de paso, ya traeré noticias de la familia y también, si la niña quiere venirse, que se venga pero que no es necesario.
- Pues aquí quedamos nosotros esperando que vuelvas.

Y esta misma mañana, se nubla el cielo y se calma el aire y se tensa el ambiente y al doblar la tarde, la nieve comienza a caer.
- Será como una tormenta de verano pero por si acaso, vamos a recoger a los animales contra la covacha de las

paredes del lado norte y resgaurdarlos por los cenajos de las piedras.
Comenta el padre y cuando ya termina de irse la tarde y llegan las sombras de la noche, los copos de nieve caen tan fuerte y tan espesos, que cubren las tierras verdes de las navas antes de que nos demos cuenta y el cielo se cierra y el frío se hace intenso.
- Pues nos refugiamos en la cueva y encendemos fuego y hacemos las gachas migas y nos acostamos junto a la lumbre y mañana ya veremos.
Sigue indicando el padre creyendo que la tormenta es como una más de las
muchas que conoce y se dan en estas sierras.

Y para animarnos y después de comernos las gachas y mientras la noche avanza, el padre nos cuanta que en una ocasión vivió también una tormenta que fue parecida a la que ahora mismo tenemos entre nosotros.
- Siguiendo la pista en dirección al pico blanco, después de atravesar la nava, crece el ejemplar grande del pino del grupo de los laricios que vino a nacer exactamente donde comienza el pequeño arroyuelo que atraviesa la llanura y bajo este pino fue donde, un día de primavera, muy parecido a este y también al caer la tarde, llegamos y no hacía frío ni viento y aunque sí estaba nublado, aquello más bien le daba un toque especial a la llanura tan llena de hierba y con sus flores y repleta de mariposas y como iba cayendo el día y el lugar nos pareció tan delicioso, decidimos parar, montar la tienda bajo el pino y acampar ahí esta noche y más que nada era por lo atractivo del rincón, la majestuosidad del pino arropando la llanura con sus ramas casi a ras de tierra y lo delicioso del pequeño manantial brotando ahí mismo y se hizo de noche enseguida y esto nos obligó a meternos

en la tienda nada más terminar de montarla y no tardamos en dormirnos y deliciosamente estuvimos soñando hasta que a altas horas, nos despertó el viento y fue casi en el centro de nuestro sueño y, además del viento que emitía extraños sonidos al romperse en las ramas y las rocas, hacía mucho frío.
- Es una tormenta de nieve.
- Pero ¿cómo va a nevar en estas fechas?

Y al llegar el día salimos de la tienda y efectivamente: lo de por la noche había sido una tormenta de nieve con poca nieve pero sí mucho viento frío y miramos por la llanura y vemos que presenta un extraño aspecto y nos vamos por ella con la intención de recorrerla y ver qué a pasado.
- Mira lo que hay aquí.
Y nos acercamos y, llenos de extrañeza, sobre unas matas de tomillos, descubrimos una mariposa en el suelo que no puede volar y es una mariposa perteneciente a la familia de las Papilios.
- Es la mariposa de los rabos ¿Sabes lo que ha pasado? Que el viento las ha tirado por el suelo y el frío las ha dejado heladas y por esto, seguro que en cada mata de hierba o de enebros hay unas pocas.

Y nos ponemos a mirar y encontramos mariposas por todos sitios y de todas las clases: la niña Andaluza, pequeñita y azul y las colias de color amarillo y amarillo cromo y las alas rebordeadas de negro y la blanca del espino, tan escasa en toda la sierra pero aquí abundante por la cantidad de majuelos en estas cumbres y la que parece volando una bandera nacional en miniatura con alas amarillas en el centro y rojas anaranjadas en los extremos y varias especies del grupo de las ninfas de

incomparable belleza en sus alas que en el anverso semejan a un manto bordado y por el reverso con lunares y bandas nacaradas blancas y las saltyrus, oscuras y con reflejos tornasolados y las vanesas, muchas vanesas, las únicas en estas sierras que hibernan agazapadas en las grietas de las rocas y troncos de los árboles saliendo a volar en días claros de sol, a partir de febrero.

- A ver si encontramos a la Graellsia.

Es esta mariposa la famosa Graellsia Isabellae, codiciada por todos los coleccionistas del mundo y considerada como la más hermosa de Europa occidental porque es especie española, descubierta en 1849 por el sabio naturalista español Mariano de la Paz Graells, aunque otros dicen que fue descubierta en Francia por el año 1922 y que la dedicó a la reina Isabel II, soberana entonces de España y la reina agradeció tanto el homenaje, que la lució sobre su pecho, disecada y montada en un collar de esmeraldas, en uno de los bailes de palacio.

La Graellsia sólo vuela en el crepúsculo de la tarde, permaneciendo durante el día oculta entre las ramas y acículas del pino y esto hace que no sea muy conocida aparte de que su vuelo es lento y pesado y no se aleja mucho de los alrededores del pino en que nace.

Pues nosotros la encontramos enredada entre las acículas de un pino laricio y es un macho, el que tiene las antenas en forma de pequeñas plumas y la cogemos y junto con las otras, las guardamos entre las hojas del cuaderno de bolsillo que es lo mejor que tenemos a mano.

¿Quién nos iba a decir a nosotros que nos íbamos a encontrar en el centro de un espectáculo como el de una tormenta de nieve en plena primavera? Porque fue realmente algo bello por lo inusual, por el lugar, por el momento y sobre todo, por lo inesperado y por eso, desde aquel día guardamos el secreto y nos sentimos felices de tener en nuestro registro una experiencia que quizá sea única y de aquí que ahora, LA NAVA DE LAS MARIPOSAS, tenga tanto significado para nosotros porque nos llenó el alma y nos abrió un poco más a la dimensión de Dios mostrándonos sus maravillas.

Y al amanecer del día sexto de la tercera semana, lo que vemos es toda la sierra blanca y todas las navas de las cumbres, cubiertas con una nevada que llega hasta la cintura y los pinos caídos a lo largo de las tierras inclinadas de las laderas y las fuentes heladas y el gran rebaño de ovejas, arrinconado en las covachas de las paredes y asustado y soñoliento frente al gran manto blanco de las llanuras y nosotros, también en la cueva acurrucados y con un poco de fuego y con cuatro patatas y dos trozos de mendrugos de pan duro y un chorreón de aceite y tres palos para avivar la lumbre y ni una senda visible para andar e ir a donde las ovejas ni a las fuentes a por agua ni a por leña y menos para acercarnos al cortijo grande o a las tierras amadas del valle de nuestras almas y como preguntamos a padre, responde:
- Si no sigue nevando y con el calor de esta primavera, la nieve se irá en dos días y hasta que regrese el compañero con las nuevas viandas, tendremos para mantenernos vivos.

Pero la nieve sigue cayendo durante toda la noche del día sexto y el séptimo y el octavo y no para en toda la

semana y como se nos acaba el pan y las patatas y el aceite y los palos para la lumbre, también nos vamos quedando sin ánimo y al poco, sin fuerzas y casi sin esperanzas de salir con vida de tan tremenda nevada y mientras empezamos a sentir el hambre, nos preocupan las ovejas arrinconadas contra las covachas de las paredes y sin probar bocado en diez días y sin beber agua y los borregos que se hielan y la hierba que no se ve ni se distingue la nava ni los caminos ni los arroyos ni las copas de los pinos y ni siquiera las tierras de la solana.

- Pues padre, usted que es más viejo y tiene más experiencia, ya dirá si lo que hacemos es esperar a que acampe y, antes de que mueran ellas y nosotros a la vez, llegue el hermano vecino con la yegua y nos traiga alimento o nos ponemos en camino, por las hondonadas de los arroyos, y nos echamos por la nieve en busca de auxilio y calor y casa.
Y el padre, que sí es sabio y duro y experimentado, habla y dice:
- Esto se pasa y como todavía tenemos un puchero de patatas, las cocemos y nos las comemos y nos sentamos alrededor del último rescoldo de las ascuas y ya veréis como antes de que muramos, la nieve blanca se abre y aparecen los arroyos con su agua y la hierba verde y las nubes se alzan y las ovejas, salen a su prado y retozan los corderos y las flores vencen a las escarchas y regresa el hermano vecino con la yegua cargada de pan y todo vuelve a la armonía de la primavera mágica y, hasta puede que por la vereda que sube por la cañada, aparezcan la niña con su alegría y nos llene otra vez el alma de la ilusión por la vida y se nos olviden las penas de estas noches amargas.
- Pues padre, si usted lo dice, usted manda.

Y en la tarde del décimo día, ya con las nubes por el cielo rajadas y mucha de la nieve que hay por los campos, derretida y el agua corriendo por los arroyuelos y las ramas de las encinas otra vez despejadas y los barrancos perdidos allá en el infinito de las brumas blancas, me animo y me salgo de la cueva y por la senda estrecha que pasa por debajo de las viejas y ampulosas encinas y va por el borde mismo de las rocas tajadas en cuyo fondo del acantilado todavía se parapetan las ovejas y esperan amontonadas a que termine de salir el sol y derrita la fría capa de los copos inmaculados, me voy saltando a duras penas, por las rocas y agarrándome a las ramas de los enebros y los lentiscos y al llegar a la reina de las encinas viejas que está clavada en la misma cresta de la cumbre y un poco tumbada para el barranco por donde debe subir la senda que viene del valle que es el amor del alma, me paro y sobre la piedra gorda que ya está de nieve aclarada, me subo y casi congelado por el viento tan frío que llega desde lo hondo y bastante muerto de hambre y sin fuerzas y sin ganas, me pongo a mirar para lo hondo a ver si por la senda que debe subir por el barranco, veo venir al hermano vecino que debe traer a la yegua cargada y, hasta incluso y con un poco de suerte, a la pequeña hermana que tanto ahora recuerdo y quiero y tan extraña y perdida y lejana, en estos momentos siento que la tengo.

Y mirando quieto y mudo, en el rodal de tierra y bajo las ramas de la negra encina, se me escapa la vida y el alma, mientras espero en silencio, que asome y llegue lo que tanto falta y como me rodeas desde el asombro de tan gran manto de belleza bravas y desde la mudez dormida de la inmensa sierra tan vestida de traje de novia

y de gala, me siento morir y me siento vivo y me siento sueño y me siento ansia de eternidad detenida entre la sombra y el viento y el agua y aunque la niña no sube, sí la veo volar en forma de hada y hasta la oigo decir que aunque todo es tanto y lo que yo creo que nos está matando, es nada y que sólo hay que esperar un poco y al atardecer, ya llega el alba.

Y ahora, aquí y en la distancia de aquel momento y rincón y en la luz que sigue medio apagada, lo recuerdo y me digo que aquello fue como un sueño pero lo de la encina sobre la tierra clavada y la piedra gorda y yo a su sombra esperando y frente al valle con la lejanía borrada, es imagen construida con la misma materia de la que está hecha mi alma y por eso se mantiene tan vida y tan pura y tan blanca y tan dulce, que sigo creyendo que Tú mismo eres ella que vives, gritas y callas.

* **EL OTOÑO LLEGA** y no llega porque las lluvias recias todavía no han parecido aunque sí cientos de nubes negras y blancas que cubren el cielo y revolotean y amenazan y parecen olas gigantes y ocultan el sol de las tardes de plata de este septiembre tibio, a ratos y caluroso, muchas mañanas y lo que ya sí están bien maduras y hasta pasas y secas, son las moras de las zarzas y los higos de las higueras negras y las nueces y las bayas y las piñas de los pinos viejos y las avellanas y los higos chumbos y los frutos rojos de las cornicabra y los de la hiedra y los del lentisco y los de la sabina y el enebro y maduran las castañas y las bellotas gordas de las viejas encinas y las de las hayas y los madroños de la umbría callada y las acerolas del barranco frío y el almez de la fuente clara y las serbaleas y las almendras y las endrinas y las uvas blancas y el otoño con su paso lento

y cargado con los cientos de frutos de siempre, como si supiera que es mi último año y no quisiera que llegue al fin ni que me vaya.

Y a lo largo de todo el verano han sido muchos los incendios en las sierras y muchas también han sido las opiniones, versiones y enfados de unos y otros porque cada uno lo ha visto desde ángulos diferentes y yo que estoy aquí parado y escondido y respirando de contrabando, he leído y me he enterado de tanto, que ahora me pregunto que ¿quién tiene razón o más razón que el otro y por qué se llega a esta casi lucha solapada?

Y yo que soy de aquí y a lo largo de muchos años he vivido por todas estas sierras y las he pisoteado en infinitas direcciones, no sé qué me pasa porque desde hace algún tiempo me viene acompañando un sentimiento raro y es como un temor, como una tristeza, como un dolor que sin doler me llena el alma y la cuestión es la siguiente: Siento o por lo menos intuyo que por alguna circunstancia ajena a mi voluntad y deseo, me voy a alejar o me van a echar de las sierras que tanto amo y como parece que aquí tengo raíces hondas y parece que la esencia de mi propio ser o existencia, está unida y en un trozo muy grande, a la realidad de estas sierras y como es que las quiero tanto y es tan grande mi dicha cuando ando por estos parajes, noto que pertenezco y me pertenecen hondamente estos rincones pero alguien o algo me dicen que me van a prohibir venir más por estos montes y en consecuencia los voy a perder para siempre.

Esta es la sombra que genera en mi conciencia tanto miedo y tanta tristeza y tanto dolor y para agarrarme a lo que tanto es para mí, un sentimiento hondo me tiene

totalmente invadido: Antes de que suceda esta catástrofe y auténtica tragedia en mi vida, me tengo que recorrer y conocer a fondo un puñado de veces más, los caminos de estas sierras y sus arroyos y sus ríos y bosques y tengo que andármelo, mirarlos, amarlos para así llevármelos conmigo y hacerlos un todo con mi ser para que, aunque me lleven lejos, no los pierda nunca.

Es quizá por la amenaza de esta sombra planeando sobre mí vida por lo que hoy he bajado por el arroyo pequeño y desde el punto del cauce, que es el lugar más exacto, que hay unas rocas negras, junto al charco color zafiro y salta la corriente formando una cascada que parece de juguete, veo el pueblo que me queda enfrente, asomado un poco al barranco, como si tuviera parado en lo más alto y ocultando al otro lado la parte mejor y es por eses lado, el que no se ve, por donde baja la cañada ancha donde las casas son pequeñas y no rompen el paisaje sino que lo realzan.

Y bajando por aquí, rozado con mis manos las ramas de los árboles que arropan el arroyo y al llegar al charco color zafiro, me paro y miro al pueblo y lo veo tan bello, tan pequeño, tan lleno de misterio y profundidad que me invade un placer hondo pero como desde este punto y lugar tan especial no sólo se ve el primer pueblo sino casi todos los pueblos que hay dentro de las sierras de este espacio que tanto amo, la sensación, el gozo, el sentimiento de placidez y belleza se me multiplica y este lo conozco sólo un poco y es delicioso lo que de él descubro y aquel, lo anduve sólo un trozo las Navidades pasadas que era también una tarde de invierno y este otro ni lo pisé nunca y por eso es más sueño y más casi fantasía que sólo con mirarla parece que se desmorona y

el que se oculta entre el monte y la ladera, parece inaccesible y lejano y por eso aún atrae más y el que anda recogido junto al arroyo y el que se mira en el río y el que se confunde con las nubes.

Podría decir que no hay ninguno ni muy pequeño ni muy grande ni más bello ni menos señorial porque es como si fueran complementarios el uno del otro y como si todos fueran bellos y ninguno pudiera ser al mismo tiempo hermoso ni existiera sin el hermano, que es lo que siempre fuimos los serranos en estos lugares y esto podría decir porque, además, lo siento y de este sentimiento y realidad tan diferente a las realidades que normalmente manejamos los humanos, me surge la pregunta: ¿Por qué los pueblos de estas sierras se empeñan en ser cada uno por separado si en el fondo no son nada más que una sola cosa? Si la belleza, si los que los vemos desde fuera nos complace profundamente descubrirlos en un todo, cada uno con su matiz ¿Por qué ellos luchan en la dirección en que este todo se puede romper?

Tendrían que entender ellos, como lo entiendo yo, que están contenidos dentro de una dimensión única e infinitamente más grande y rica y perfecta, que les sostiene y da vida, y lo personal, lo aislado, siempre es parte del conjunto y que ahí, en el conjunto, es donde está su esencia y esto lo sé hoy porque lo estoy viendo y como puede ser que pronto se me acabe la oportunidad de andar y palpar estas sierras, voy a ver si me doy prisa a irme por los sitios que aún no conozco y por eso ahora me digo que es una suerte que hoy haya descubierto este arroyo y el punto de éste charco color zafiro desde donde se ven todos los pueblos y es suerte, porque de ningún

otro modo nunca habría visto y sentido lo que ahora mismo estoy saboreando y gracias a que Tú me lo permites.

* **COMO TANTOS,** hoy de nuevo el día llega con el sigilo del viento colándose por las rendijas de la puerta y ni siquiera al cortijo coge desprevenido que aunque parece que ni siente ni tiene vida por su quietud pétrea sobre el cerrillo, no es así porque observa atento mirando al barranco por donde sube la vereda y se da cuenta de quién viene o va por ella y de los que se acercan a la fuente y de la corriente que salta por el arroyo y de los arrendajos que revolotean en los tres majoletos de la cerrada del toril y también se da cuenta, y apunta en la memoria de su secreto libro que recoge la historia de los días y de la gente, de la presencia del padre y lo que hace y por dónde va y de lo que suda y habla y de los momentos de la madre que entra y sale y del hermano que sueña y ayuda en lo que puede y aunque juega y ríe, llora en el mundo oculto de su alma y de la niña que duerme y cuando se asoma a la puerta, trae en su cara el sueño que todavía le vence.

Y como tantos, con la llegada de este nuevo día, hoy otra vez el cortijo que se remonta sobre el cerro y desde su quietud de piedra, vigila las tierras del valle y los caminos, observa y sigue y se va con el padre que ya le abre la puerta del corral a las vacas y se las lleva por las tierras llanas, rozando los sembrados de los panizos y las paratas de los huertos y por donde el río talla la cerrada de los charcos grandes que tienen tonos de cielo limpio y luego descansa en el vado ancho, las empuja y las vacas saltan a la corriente y se hunden en las aguas y con las cabezas y los cuernos sobresaliendo, nadan y cruzan al

otro lado del río y luego se extienden por las tierras llanas de la fuente de las adelfas y las zarzas tupidas y por ahí se quedan esturreadas y comiendo de la hierba fresca de la mañana mientras el padre asciende por la ladera del cerro alargado y vuelve a la fuente de las piedras blancas y luego sube por la senda y se va a la era y a las tierras de la huerta ancha y como el cortijo no deja de observar, desde su atalaya en el cerro, se da cuenta que el padre, desde los primeros rayos de la luz del día, no para y por más trabajo que tenga, siempre llega a tiempo y todo está en su momento justo y nunca acaba.

Y con el día que llega, en el sigilo del viento que no se mueve pero pasa y refresca y llena de vida, el cortijo observa desde su cerrillo privilegiado frente al valle y como la madre ya también se ha levantado, se da cuenta como entra y sale y recoge las cenizas de la lumbre en la chimenea y ordena la ropa que tiene amontonada y carga con ella y se va por el corto camino que lleva a la fuente y en la pila que tiene su lavadera y rebosa de agua, se pone a lavar y como es por la mañana, recién entrenado el día, está sola y quizá porque el alma se lo pide o porque en el corazón se amontona la soledad o porque el silencio le invita y cree que es un buen momento para hablar o llorar y dar las gracias, con la dulzura de voz que por primera vez oigo en mi vida y el acento amargo como nunca hasta hoy yo he descubierto de esta madre santa, exhala sus tonos suaves y dulces y armoniosos y canta:

Impregnando de tu ausencia está el silencio,
las estrellas, el sol y los naranjos,
impregnado de tu gracia y belleza
has dejado para mí, todos los campos.
Tú llegaste escondida entre las flores

pequeñita, sonriente y jugando,
y sembrando ríos blancos de azucenas
mientras ibas dulcemente caminando.
Y llegaste silenciosa aquella aurora
trayendo, tiernamente, entre tus manos,
la esencia y el color de las estrellas
y el sueño que mi alma había soñado.
Pero ahora, impregnado de tu ausencia y tu sonrisa
sin que lo sepas, al irte, has dejado,
todas las nubes que blancas vagan
solitarias y silenciosas por mis prados.
¿Quién te ofrece otra sonrisa más hermosa
y quién te ofrece, flor celeste, más encanto,
para que sigas silenciosa entre las horas
y te marches silenciosa de mi lado?

Y como tantos, hoy de nuevo y con el día que llega, ya hace un buen rato que ando por el lindazo que rodea a la llanura por el lado norte y además de estar jugando, contemplo gozoso al rebaño de ovejas blancas y regordetas careando por los ricos pastos que se dan por las tierras de la llanura y como por el linde de los robles y los alcornoques viejos también se paseo el pastor de las otros rebaños y que tan buen amigo mío es, me voy por la tierra y me pongo a su lado y justo en el momento en que oigo las notas del dulce y triste canto que salen de la boca de la madre, exclamo:
- ¡Qué extraño!
- ¿Lo dices por la tristeza que se adivina en su canto?
- Por eso lo digo y porque me resulta raro.
- Es que la madre lleva dentro de su alma un buen dolor amargo que se calla y no pronuncia nunca y como lo tiene tan guardado, parece un misterio hermoso que en su corazón está sembrado y vive con ella y ahí se consume y

cuando tiene que llorarlo, lo hace con la dulzura del amor de madre y con el regusto del beso del enamorado.
- Será lo que tú dices pero me resulta misterioso porque es la primera vez que a mi madre veo llorando.

Y como a la niña hermana todavía no la veo porque quizá todavía siga soñando en su cama de ángel de las nieves y amapola de los prados, seguimos subiendo
por el seto de los robles y los lentiscos y la lomilla que divide a las dos cañadas por donde alguien, ni se sabe cuando, puso montones de piedras y ahora forman una raquítica pared que ni siquiera llega a la categoría de tapia porque son piedras sueltas y apiladas a lo largo y siguiendo la raspa de la cuerda suave que deja a los lados las dos amplias cañadas y donde la lomilla termina y se derrama la llanura que da al levante, comienza el valle y mientras pasta su rebaño y mi rebaño, todo tranquilo y en su mundo recogido y plácido porque hoy, la gran llanura está cubierta de hierba fresca, seguimos caminando por la raspa que hace de cresta y vamos despacio y entretenidos y mirando por entre las piedras, cuando, y junto al tronco del viejo roble, me tropieza con el casquillo de bala, oxidado.
- ¿Qué es?
Le pregunto al tiempo que lo cojo y lo alzo en mis manos.
- Es la bala de un fusil.
- ¿Y quién por aquí lo ha dejado?

- Hace ya mucho tiempo, yo no lo recuerdo pero lo sé porque mis padres me lo han contado, cuando fue la guerra, por aquí también hubo un ejército luchando y la lomilla que ahora mismo recorremos, fue como la divisoria y la trinchera entre los dos bandos y tras estos robles y los montones de piedras, se apostaban lo que

hacían la guerra y disparaban a los hermanos, que eran los enemigos que bajaban por el cerro del monte, al otro lado de la cañada y del cortijo y de los llanos.
- ¿Y esta bala es de aquella guerra?
- Este casquillo de bala es de aquella guerra y seguro que habrá más por aquí tirados.

Y animado por las palabras del amigo pastor, me pongo a buscar y enseguida encuentra un puñado y sigo levantando las piedras y debajo y, entre las hojarascas secas, descubro más casquillos de balas oxidados.
- Seguro que tras el tronco de este roble se apostó algún soldado.
- Eso es casi evidente y, sabe Dios, cuantos descargas hizo desde aquí y cuál fue el blanco de cada uno de esos disparos.
- ¿Así que el proyectil de este casquillo de bala que ahora tengo en mis manos, hasta pudo haber dado muerte a los que en aquellos momentos eran enemigos pero hermanos y bajaban por el cerro del monte y no querían luchar y sin quererlo se mataron?
- Con toda certeza que sucedió eso y fíjate tú si esto también es raro.

Y como tantos, con la llegada de este nuevo día, miro hacia el cerrillo que me queda un poco abajo y sobre las tierras de su cumbre redonda, veo al cortijillo amado y saliendo por la puerta, que es mirador del valle, a la niña todavía casi soñando que al despertarse y darse cuenta que no estamos a su lado, nos echa de menos y, aun con sus ojos medio cerrados, mira y busca y desde su miedo callado y la inseguridad que le corre por el alma, le tiembla la voz por la garganta y mientras camina, nos va llamando y al oírla y verla, me llevo a los labios el

casquillo de bala que hace dos minutos me he encontrado y soplo y el silbido del aire aprisionado, retumba por una cañada y otra y el eco se pierde por la llanura y se mezcla con el sonido de las esquilas del rebaño.

Y ahora, caigo en la cuenta que es aún más extraño que esta mañana de primavera y cuando todavía sobre el cerro, mi pequeña casa se está despertando, desde la distancia y desde el rincón donde hicieron la guerra, estoy llamando a la niña hermana de mi corazón, con el silbido que sale del casco de la bala que explotó en el fusil y entre las manos de alguien que ni siquiera conozco pero que fue serrano y que sin querer y en aquella lucha y con la misma arma con que hirió en el corazón y mató a un hermano, ahora reclamo la atención de la belleza que es estrella y flor de los prados,